

F. PEREIRA GAMES

**La vida en los
Andes Colombianos**

9834 1993

004356-J.



QUITO—ECUADOR

Imprenta de "EL PROGRESO"—Carrera Flores N° 20.

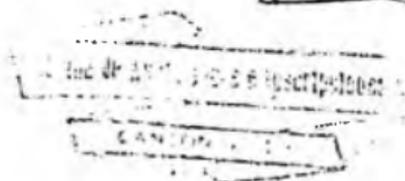
1919

Con esta fecha queda inscrita la presente obra
en la Oficina de Anotaciones de este Cantón a
folios 1 número 3 del Registro de Propiedad In-
terística y Literaria de 4^a clase, Tomo 21^o -

Quito, Octubre 25 de 1919

El Anotador,

Pedro Pallares Antelo



INTRODUCCION

He visto que los libros quedan muy desairados cuando les falta la INTRODUCCIÓN, por este motivo se la pongo a éste que, bastante por otros, la necesita.

Estando ciego en Túquerres dicté estas páginas a Francisco Muriel quien tomó la tarea con el mayor empeño y entusiasmo. Cuánto tengo que agradecersele!

Escrito a FLUIDO DICTADO lleno está de incorrecciones. Para escribir bien se necesita una paciencia colosal y no la he tenido.

Vine del frío Túquerres a este temperado y encantador Quito. Aquí fui curado de la vista, gracias a una famosa operación del Dr. Angel Sáenz, gloria de la tierra ecuatoriana. Ya sano, dueño de una imprenta, provocárame editar LA VIDA EN LOS ANDES COLOMBIANOS y allí va el parto de mi gestación intelectual.

La vida nos arrastra por sus varios caminos y vericuetos. Nuestro fondo o substratum se consagra—al través de los cambios—muy relativamente uno mismo pero NO ABSOLUTAMENTE el mismo; uno de los mejores dones con que puede gratificarnos la naturaleza es el de la adaptabilidad. Poséolo en alto grado, a esto atribuyo la dosis de felicidad que he disfrutado.

En las montañas ráspidas o en las urbes civilizadas; en la riqueza o en la miseria; especulando entre intelectuales o rezando en Pasto; viritando en los páramos o sudando en las costas tórridas; en Túquerres o en Bogotá... en todas

las situaciones de la vida—y han sido hartas para mí—he logrado estar contento fabricándome un MODUS VIVENDI que me ha parecido la felicidad. Jamás me he quejado, en este sentido he sido fuerte así como tampoco jamás he exhuberado.

Alegres o tristes; interesantes o fastidiosas—lectores—las páginas del libro que os presento son todas vividas, por esta razón lo llamo un DOCUMENTO HUMANO; con ilustraciones hubiera quedado bueno, mas no es posible. Salga así a luz y eche a andar por el mundo. Recibido, os lo ruego, si nó con amor con benevolencia; es un huésped amable que os busca.

A mis viejos amigos de otros días lo dedico; recuerdo del que nunca ha olvidado ni amigo ni a mujer. Y basta.

Quito, Enero de 1919.





LA VIDA

EN LOS

ANDES COLOMBIANOS

ANDES ORIENTALES

CAPITULO I

Bogotá.— Recuerdos lejanos.— Escuela y colegios.— La Universidad; grandes hombres de entonces.— El Instituto de Agricultura.— Los condiscípulos.— La Escuela de Ingeniería.— La insurrección de los estudiantes.— Tipos.— Amistad y amor.— Pasión por los libros.— [La Bruyère, La Rochefoucauld, Lord Chesterfield, Machiavelo].— La educación de la voluntad.— Para qué sirve todo esto?

Con la imaginación como telescopio apunto a la nebulosa del pasado y miro, y miro. Densa niebla... todo esfumado y triste cual el paisaje mañanero en Aguilar. Qué es lo que puedo distinguir más lejos, con alguna claridad? Qué es lo último que, en el foco visual del telescopio, se presenta a mi vista? Ah! los recuerdos...! Fotografías desvanecidas por el tiempo, apenas reconocibles las unas, tal cuál mejor estampados los otros, y, de repente, entre ellas, un detalle nítido, perfecto, saliente y preservado aún.

Las acequias de Bogotá corriendo por el centro de las calles, medio por el cual la ciudad se libertaba de sus inmundicias; los aguaceros torrenciales de Noviembre cuando las acequias, que llamábamos caños, crecían como ríos y nosotros—los niños y las niñas—saliendo de la escuela de las González atravesábamos esos ríos, felices y contentos. Acostumbrábamos quitarnos los botines, colgarlos a la cintura y entrar en las profundidades cenagosas e inmundas, ágiles y alegres.

Cómo recuerdo ahora a mis condiscípulas con las que siempre me ligara la más pura y santa amistad; de ellas quién queda!; quizás alguna, vieja horrible, desmedrada y vencida por el tiempo y por las penas. Y de los otros? — En el mar de la vida, náufragos los más, nunca volvemos a saber unos de otros: "*rari nantes in turgite vastum*".

Eran las señoras González Lineros el *timebum* de los niños. Por qué?, lo ignoro. Mujeres más buenas y más santas jamás conociera; pero la fama es así; era el terror para un niño amenazarlo con las González; allí fui yo por alguna insurrección infantil. Temeroso, hosco, agitado el primer día, poco después prefería la escuela a mi casa y el cariño de las buenas viejas a todos los cariños.

Escuela de tipo antiguo, mixta o como se decía, de hombres y mujeres. En el salón, de un lado las niñas, del otro los niños pero la clase para todos la misma.

Fenas eran las señoras González; con la fealdad santa de aquellas buenas viejas que Fernán Caballero inmortalizó en UN SERVILÓN Y UN LIBERALITO; tal cual manía también las distinguiera. Doña Blandina nos enseñaba a todos labores de aguja de mujer, encareciendo la importancia de que los hombres supieran fabricarse, sobre angeo, un par de chinelas; Doña Olaya nos enseñara la escritura y las artes superiores; Doña Concha el Catecismo; qué buena era Doña Concha! Era la más fea de todas, pues extraordinariamente extrávida, miraba a ciento veinte grados, pero hacía olvidar su fealdad con lo que le salía del corazón; Doña Mariquita, un enigma, no se metía en nada,

vivía retirada en su cuarto rezando novenas y todos sufríamos que tenía el don de profecía.

Por encima de todo, y muy rara vez vista, salvo en las grandes emergencias, aparecía Doña Domitila, la madre de todas las González Lineros; alta, seca, escuálida, apérgaminada, símbolo de una justicia inflexible y severa que en vez de espada y balanza llevaba al cinto un enorme manojito de llaves y un temeroso látigo de cinco ramaltes; *el amigo de los niños*, como ella solía decir. Por fortuna raras veces la veíamos.

Formaron ellas—y la justicia se haga sobre su recuerdo querido—casi toda la niñez de la mía y de dos generaciones anteriores. Descansen sus cuerpos en la tierra propicia y canten sus almas hojanas en el coro de las vírgenes!

Una tarde, cerca de las cuatro, llegaron las sirvientas, a buscarme, de mi casa; estábamos en clase. Llamóme Doña Olaya y díjome: "Váyase ligero a ver a su papá, a abrazarlo y a felicitarlo"—Pero qué pasa?, pregunté a la sirvienta.

—Camine, camine ligero, allá verá.

La calle de San Juan de Dios donde, dijéramos, fue nuestra mansión señorial estaba colmada de una multitud compacta, frenética, aclamando a mi padre. La casa llena; la primera persona que pude distinguir y me abrazó fue el Ilmo. Señor VICENTE ARBELÁEZ, "Arzobispo de la Metrópoli.

Aquel día había tenido lugar la más borrascosa sesión que ha presenciado nuestro Parlamento: Al tratarse de la Ley de Tuisión, mi padre defendió la libertad de todos, la libertad de los católicos a los cuales se pretendía oprimir, surgiendo la escena que está descrita por Cordovez Moure: la invasión del sagrado recinto del Senado por mi hermano Ricardo, y el frenesí del pueblo por mi padre. De esta tarde inolvidable he conservado tal recuerdo que me parece, ahora, estuviera presenciándolo todo.

Vino luego el entusiasmo instruccionalista del que fue-

ron factores esenciales los Zapatas—don Felipe y don Dámaso—grandes hombres en la genuina acepción de la palabra y dignos de que la balanza se incline a su lado dejando un poco la sistemática silenciación de sus memorias. El Gobierno introdujo entonces los primeros Profesores alemanes que implantaron una verdadera instrucción primaria. Vino el buen Weiss—¿quién de esos tiempos no lo recuerda?

Para estimular al pueblo, los de clases elevadas mandaron a sus hijos a las Escuelas primarias; las primeras que bajo métodos racionales existieron en el país; allí fuimos los Camacho Tamayo, los Camacho Carrizosa, los Pieschacón, los Arangos y cuántos más?

Lleno de patriotismo colombiano el buen Weiss hacía poesía:

Colombin amada
Bañada del mar,
Con sangre libertada
Del gran Bolívar.

que cantábamos con el más grande entusiasmo.

Arrima al foco del telescopio ahora la gran fiesta de las Escuelas del 72. Murillo, Presidente—Robespierre en su figura, en su lógica, en su sinceridad—de pie en las gradas del augusto Capitolio, entonces apenas en comienzos de construcción, vió desfilar las Escuelas; el tricolor sobre el pecho, lleno de unción; como sacerdote de un rito, tuvo palabras para todos y sonrisas de amor. Luego en la Huerta de Jaime (hoy plaza de los Mártires) la egregia figura del divino Rojas se alzó en la tribuna:

“ Todo aquí lo renueva el sentimiento
despertando tristísimas memorias
en esta plaza, huerto memorable,
de suspiros y lágrimas y sombras.

Hoy es veinte de Julio, en él confluyen
de limpia luz sesenta y cuatro auroras;
es la fecha inmortal que el pueblo escribe
en el gran Calendario de sus glorias!"

Era la casa de mi tía Mercedes Pereira el punto de reunión de la numerosísima chiquillería de la familia. En ocasiones juntábamos sesenta. Qué alboroto infernal! Cuánto considero ahora a la pobre señora que supo extender su amor maternal a los suyos y a los hijos de todos sus próximos!

Amplia, soleada, la casa en San Victorino, llevaba impreso el sello del confort que tan bien entendiera don José Francisco mi abuelo, en sus edificaciones. Allí nos reuníamos, principalmente los domingos, y jugábamos como locos todo el día. Cuántas veces escapándome de mi casa, allí iba a refugiarme, cuando por algún motivo tenía que temer la mano no muy suave de mi mamá; mi tía arreglaba todo, parlamentaba y, pasada la borrasca, me llevaba ella misma para asegurarse, *de visu*, que sus gestiones habían dado buenos resultados.

Con mis primos—hermanos para mí—asistíamos juntos a la escuela y juntos repasábamos las canciones patrióticas que el patriótico maestro alemán nos enseñara.

Fue costumbre en mi casa la tertulia familiar todas las noches hasta las diez; concurrían mis tíos que, con su chispeante ingenio, lo amenizaban todo; se hacía buena música.....

Hoy día, ya olvidado de todos, surge ante mí la figura de uno de los hombres más extraordinarios que ha dado Colombia: el doctor Ignacio Pereira—*el cojo*—médico que sin recurso del microscopio penetró en el origen microbiano de las enfermedades y sostuvo su hipótesis, pasando por maniático, muchos años antes de que Pasteur hubiera llevado a cabo sus famosas investigaciones. Estableció, él primero, la doctrina de la aséptica y la antiséptica con claridad innegable.

Tocaba la guitarra, el grato doctor, y le gustaba can-

tar canciones sentimentales del estilo de entonces.

Los Gambas se distinguieron por su exaltado misticismo; de mis tías varias fueron monjas; pero la más santa entre todas viviera, en su antigua casa en Santa Clara, vida austera y casi monástica. En esta casa silenciosa, con su inmenso patio sembrado de flores, las más bellas y mejor cuidadas, pasé yo los años de la pubertad y la primera juventud al lado de la buena señora que hizo por mí algo más de lo que el común de las madres hacen por sus hijos.

La caridad ardiente de mi tía Trinidad obligábala a vivir con estrechez, pues todo lo daba; ningún pobre, ningún necesitado acudió a ella en valde y, cuando le faltaba dinero, daba a los pobres su ropa de vestir y la de cama. Según decían fué la más hermosa de las Gambas, que lo fueron extraordinariamente; pero cuando yo la conocí, la edad sólo dejara en ella una expresión nobilísima y austera sobre un fondo inmenso de tristeza y desencanto en sus ficciones.

Nunca le oí hablar del pasado; en tantos años como viví con ella, jamás logré adivinar ni sus penas, ni sus desengaños.

En religión representaba el tipo un poco jansenista de la época; en secreto llevaba a cabo sus prácticas religiosas caseras, y sólo la ví enojada un día en que mi curiosidad infantil me condujo a acecharla. Las sirvientas—antiguas mandaderas del Convento del Carmen—hacíanme estremecer de horror contándome las tremendas penitencias, las disciplinas, los cilicios....

Antes de la guerra del 76, nuestra casa en San Juan de Dios era concurridísima; los grandes negocios de mi padre, sus monumentales empresas, su actividad comercial, su influencia política y en fin todo lo que hace a un hombre hombre del momento, llevaba a nuestra casa toda clase de personas; ingenieros norteamericanos o ingleses traídos por él, ya para la empresa de alumbrado en Bogotá, ya para los ferrocarriles, para la barca o el pueu-

te de Honda; gentes de negocios, políticos prominentes e infinidad de personajes pululaban allí. Los suecos eran la gran especialidad de mi padre; el doctor Nisser y el doctor Rodolfo Andersen considerábanse casi como miembros de la familia; asimismo Francisco Groot—entonces Pacho—Secretario de mi padre.

En esta atmósfera de actividad y de poliglotismo se despertó en mí, desde niño, el amor por la ingeniería como profesión y la afición al estudio de los idiomas extranjeros como divertimento.

Los recuerdos de los hombres en Colombia están siempre ligados con las revoluciones; para saber la edad de alguno basta preguntarle cuál es la última guerra civil de que se acuerda. Periódicamente el país fue devastado por la revuelta.

Qué bonitos uniformes usaran mis hermanos, Francisco y Ricardo, en la Guardia Civil de Bogotá cuando las guerrillas amenazaban la Capital y los jóvenes fundaron batallones para defenderla! Del Convento de la Enseñanza donde se educara salió, en ese tiempo, mi hermana Margarita, hermosa, huraña; cómo me acuerdo! Quería sólo hacer pesabres y cantar villancicos. Un día como alcanzara a divizar a don Santiago Pérez, fuéale encima diciéndole llena de furia: "Quítate de aquí rojo malvado." Afortunadamente para ella la atmósfera social cambióle pronto el enfurruñamiento monjil por el más suave y dulce de los escepticismos.

Después de la guerra del '76, tomó más impulso el entusiasmo instruccionalista; los hombres de entonces cayeron en el infantil error de creer que un pueblo se transforma instruyéndolo, y lo que es peor, que puede transformárselo en el corto lapso de una generación.

Al entusiasmo de los unos se enfrentó el entusiasmo de los otros; ante las escuelas que se decían atenas se opusieron las escuelas ultracatólicas; ante la Universidad; los Colegios de Cuervo, Concha y otros. Pero resultado benéfico: la instrucción se difundía.

En las familias, las madres timoratas preferían que



sus hijos se quedarán ignorantes más bien que enviarlos a los establecimientos malditos, donde ellas, así se lo imaginaban, los profesores fueran el mismo diablo en persona; los padres liberales sostenían la enseñanza oficial, mirando con malos ojos que sus hijos fueran educados por beatos ignorantes. Pero es de justicia reconocer—y esto vengo a reconocerlo ahora—que los liberales dieron siempre toda garantía a los establecimientos privados que los conservadores levantaron delante de los suyos como un desafío; lo que vemos ahora es muy diferente de lo que sucedió entonces.

Varias generaciones se educaron en los colegios privados en pugna con la educación oficial, y de tanto hombre ilustre como de ellos saliera—los hay muchos vivos todavía—estoy seguro se acordarán que el Gobierno liberal dió muestra de la mayor tolerancia.

Sea lo que fuere, el movimiento en favor de la Instrucción Pública entre el 76 y el 83 es algo que marca raya en la historia de estos países. Los liberales creían que instruyendo se hacían invencibles, los conservadores, por su parte, que instruyéndose vencerían; y, de esta pugna saludable, surge el movimiento intelectual, la floración más grande de las inteligencias que dió con justo motivo a Bogotá el puesto supremo en la América, la Atenas como todos la aclamaban.

Tras corta divagación por el Colegio de don Ricardo Carrasquilla y por el Seminario Conciliar, insté a mi padre me matriculara en la Universidad Nacional; me asfixiaba la atmósfera de los colegios beatos!

Cuál sufriría mi madre? ahora lo pienso; pero, entonces el brillo magnífico, de esplendorosos soles, que irradiaban Vargas Vega, Salvador, Camacho, Liévano, Ancizar, el inmenso Rojas y tantos y tantos más, obsecaba mi espíritu y no lo siento. A los hombres de entonces debo el amor a las ciencias, el criterio riguroso, la sinceridad en mi alma y cuanto bueno hay en mí.

Y así fue cómo, una mañana en el 79, llevóme mi padre a mí—niño de trece años—al local de la Candelaria.

ria, a la presencia del general Rudecindo López, Rector de la que entonces se llamara Escuela de Ingeniería Civil y Militar, reorganizada en esos momentos bajo un nuevo plan.

Era el general López hombre bondadosísimo pero severo en los asuntos de disciplina militar; ocupaba brillante posición debida enteramente a sus méritos personales. Como Rector de la Escuela daba el mayor interés a la parte de milicia y nos sometía a la ordenanza con espartana austeridad.

Yo no sé por qué una gran mayoría de los grandes—*putanes* como se los llama en los colegios—odiaba al Vicerrector Londoño; el hecho es que entre éstos fraguaron y llevaron a cabo la más tremenda insurrección que registran nuestros anales escolares.

No hacía mucho había llegado a Bogotá la primera misión militar, la americana, compuesta de los coroneles Nichols y Leinly de los cuales el último organizó, más tarde, la primera Escuela Militar, separándola de la Escuela de Ingeniería Civil; al decir primera escuela militar no echo en olvido la otra que el general Mosquera fundara; empero, me imagino que no fue de mayor consecuencia.

La insurrección de los estudiantes pudo haber tenido los peores resultados a no ser por la serenidad de temple y la presteza del general López para acudir al teatro de los acontecimientos; Luis M. Peña, joven chiquinquireño, que había sido el alma del motín, se saltó la tapa de los sesos delante de todos nosotros; espectáculo horrendo que jamás olvidaré.

Grande fue la sensación en Bogotá con los acontecimientos de la Candelaria; se extremó la disciplina; quitaronse las armas y municiones; a consecuencia del atolondrado movimiento de los estudiantes vino la separación de las dos Escuelas. La de Ingeniería Civil se organizó en local separado de la Militar.

Entusiasmata el doctor Salvador Camacho Roldán por la enseñanza agrícola científica, consiguió del Gobierno se

fundara el Establecimiento más notable que ha existido en Colombia: el Instituto Nacional de Agricultura Superior.

Nunca se vió en América un instituto de enseñanza superior en donde se diera instrucción tan sistemáticamente rigurosa y tan completa. Pero también es bueno saber que nunca vió Colombia tan buenos estudiantes como los que se pasearon por los claustros de la amplia y bella quinta de Segovia.

Despertó en mí el doctor Camacho Roldán el amor por el estudio de las Ciencias Naturales; con su voz suave y persuasiva me hacía ver las inmensas lontananzas que al hombre abre la investigación experimental; la Química, en sus conversaciones, aparecía cada vez más fascinante capaz de realizarlo todo, de transformarlo todo.

Por él, haciendo un esfuerzo supremo, entré al Instituto y pretendí seguir a un tiempo mismo dos carreras.

La Universidad Nacional, la gran Universidad como ahora mismo se la llama, era una entidad poderosa, respetable, respetada y temida. Disfrutaba, si no de la autonomía rentística, si de la autonomía instruccional, la autonomía de su régimen interno y la completa libertad de enseñanza. Su cuerpo de Profesores, elegido únicamente en vista de la capacidad, estaba formado sin distinción de partidos políticos; en su recluta se buscaba la calidad, nada más que la calidad.

Un Rector, asesorado por Consejo Universitario numeroso, gobernaba la institución; no existía en ese tiempo el Ministerio de Instrucción Pública, árbitro último, como ahora, y juez supremo en asuntos escolares.

Fue el doctor Antonio Vargas Vega por años y años Rector general de la Universidad Nacional y, si temido por su extraordinario rigor en cuanto se refería a los estudios, fue siempre respetado; por muchos entrañablemente querido; unánimemente admirado. En la Universidad, donde no había condescendencias, donde era desco-

nocida la preferencia, teníase que estudiar o dejar el campo.

La Escuela de Derecho llevaba la batuta; en esa Facultad, inteligencias como las de Antonio José Restrepo, Arrieta, Uribe, Obeso y tantos más, dominaban enteramente, de allí irradiaba a todos los demás centros universitarios.

La Libertad soplaba como viento huracanado. Leíamos, con furor, los GIRONDINOS de Lamartine, los MONTANESSES de Esquiroz y cuánto se haya escrito, apasionado y ardiente, sobre la Gran Revolución. Quién de nosotros no se sintiera el alma de un Vergneau, de un Demouline, Saint Juste o aún de Robespierre?

En momentos de frenético entusiasmo—muchas veces al salir de clase—trepábase alguno de nosotros sobre una mesa y dirigía a los demás discursos apasionados en los que restallara la frase vehemente, toda ella hija del amor a la Libertad.

Pero, para qué hablar más de estas cosas? Pasó todo, y ahora la generación que se levanta, se levanta sin ideales; el ansia del lucro es lo único que puede moverla.

En todas partes hubo tipos entre los estudiantes, pero en ninguna como en el Instituto de Agricultura Superior. Allí, Efigenio Flores, de capa española color carmelito, serro granada y broche de metal. Sabía de mujeres y tocaba admirablemente la bandola: Dado, como todos los Flores, a la poesía, era la figura conspicua de *estudiante de Salamanca*; allí, Rosendo Mora, austero, frío, incansable en el estudio; algo como Robespierre en su figura, analista dogmático. Jesuita que ahorcara los hábitos, sabía contarnos historias curiosísimas de la manera cómo se nace en esta masonería del traje negro; su inteligencia era poderosa y aunque no lo hubiese sido, su perseverancia hubiera vencido los más grandes obstáculos. Más allá, Namas, un momposino, gran tocador de acordeón—cual casi todos los costeños—y hombre de los lupanares, llamaba sus venústicas cicatrices la marca de la virilidad. Y cómo negar a Umaña que nunca pudo pasar del primer

ño? Pequeño, pero de fuerza atlética descomunal, erró su vocación buscando en la Universidad lo que más fácilmente, y con mejor provecho, consiguiera en un circo.

Santosimio, ampuloso y doctrinario, con figura medio dantesca era nuestro orador obligado en toda emergencia.

Muertos todos, talvez, los que formamos esa pléyade de jóvenes, dos vivimos aún a quienes uniera estrecho lazo de la más fuerte y perfecta amistad: Laureano García y yo.

Cómo se formó nuestro cariño? Desde el primer día.

Yo era un muchachote tímido y de exagerada modestia; la sangre se me subía a la cara por el más insignificante motivo haciéndome perder el hilo de las cosas. Pero cuando me familiarizaba con las circunstancias ninguno fuera tan audaz y atrevido. Cual gallina en corral ajeno el primer día que asistiera a las clases, tímido y encogido; miraban los compañeros con zorna al muchacho cobibido que de otros centros universitarios trajera fama de inteligente.

Raquítico y extraordinariamente miope, entonces, García, fue el primero que vino a mí a tenderme una mano de amigo e informarme de cuanto valiera la pena de conocerse. Desde el mismo momento intimamos. Oh amistad, rosa florido de la juventud primera. Oh amistad! No escribieron sobre tí libros enteros los antiguos filósofos del puro latinismo! Sobre tí no han escrito los más brillantes, los mejores de todas las lenguas? y qué diría yo ahora! Repetir en mal estilo lo que se dijo en bueno; o pretender sobrepasar lo que escribieron quienes sabían hacerlo? Oh, no; para saber cómo son las cosas es preciso sentir las y el destino concedióme la suerte de haber sentido—allá en esos tiempos lejanos—la perfecta amistad, la pura, la sin mancha, la sin interés; la que fluye de los corazones, como el chorro de agua, suavemente, murmurante y continuo.

Surve sin agitación, continuo sin modificación.

Ser los mejores, los más fuertes, los más perfectos, tal era nuestro ideal. Los medios?... La lectura, el ejercicio, la gimnástica. Creíamos en la gimnástica funcional como dogma de fe. Llegaron en ese tiempo, por primera vez a Bogotá, las obras de Smiles que leíamos ávidamente. Qué cándidos: nos fascinaba el optimismo *forcené* del buen inglés!

Por las tardes, saliendo de clase, marchábamos a paso gimnástico los cinco kilómetros a Puente Aranda y sin detenernos volvíamos de la misma manera para acostumbrarnos a ser invencibles contra la fatiga.

Pero qué delicia esos paseos!... Laureano, con el dón maravilloso que siempre lo ha distinguido de la narración fácil, contábase novelas que él leyera. Ay Dios mío! fuera de Julio Verne yo no había leído nada todavía. De su boca salían, mejor mil veces que lo escrito en el libro, las relaciones horripilantes de los *MISTERIOS DE LONDRES* de Trollop, y por la noche en mi cama, yo soñaba con aquel personaje siniestro que se deleitara leyendo las *RECREACIONES TOXICOLÓGICAS*; con Ana y con María, más sobre todo con José María Tellez Dalarcón, Márquez, de Rioanta, que llenaba mi espíritu con la fascinación de lo potente, de lo perverso y fuerte.

Contárame también *Los Mosqueteros* y otras de Dumas que leídas por mí —después de algún tiempo—pálidas, sin brillo, y sin interés me parecieran comparadas con la narración vivífica que a mi amigo le escuché, encantado, durante nuestros paseos a Puente Aranda.

Los domingos subíamos a Monserrate antes de almuerzo; fatigante jornada para todos, que a nosotros se nos hacía un juego.

Rothlisberger, excelso Profesor de Historia, contratado en Suiza por el Gobierno para San Bartolomé, fundó por ese entonces, con los estudiantes, el Club Andino a semejanza de los Alpinos de su país. Ideal de educación física para los jóvenes; para determinar en ellos el amor

a la naturaleza y a los estudios de observación. Ideal para preservarlos del licor y de las malas costumbres que se contraen en la ciudad: andar a pie, largas, larguísimas jornadas; contemplar los panoramas magníficos de nuestros Andes y aprender a conocer las plantas, las piedras, los insectos... tal era el objeto de nuestra asociación estudiantil.

Activos fuimos García y yo como miembros del andinismo, sobre todo al principio; pero poco a poco fuimos engolfando en el estudio, la lectura y la especulación.

Tremenda palabra: especular. Para qué se investiga el por qué de las cosas? Para qué se pretende penetrar en el reino inaccesible de lo que no se puede conocer? Para qué bregar cabeceando contra el desconocido absolutamente inconocible? Ya el viejo poeta griego lo dijo: "*No se picusa impunemente.*"

Entonces se desarrolló en nosotros la pasión por los libros; la sed inextinguible de leer y leer. Como el alcoholizado bebe, como el morfínmano se inyecta, como todo vicioso frecuenta la acción viciada sin encontrarse satisfecho nunca, así el leyente, leé...

Leíamos todo; ya no íbamos a Puente Aranda sino que saliendo de clase nos íbamos a la casa de García. Oh aquella casa! Que pudiera yo describir tu atmósfera!; que me fuera dable volver a ver a la vieja querida que a la par de sus hijos acostumbraba bendecirme!

Severo, limpio, ordenado con minucia extremada— exteriorización del orden, método y sobriedad de Laureano—su cuarto era el más exquisito retiro para la meditación y el estudio. Si las cosas de uso, si nuestros aposentos, si todo lo que se toca con nosotros lleva el sello de nuestra propia personalidad; si es posible indagar el carácter de un hombre por la forma que toma su sombrero, el modo cómo gasta los botines o por su caligrafía o por mil otras cosas en las que él marca el sello personal, creo yo que nada es capaz de dar tanta idea, al respecto, como el arreglo del aposento en que habitualmente mora.

La, entonces incipiente, biblioteca ya contenía bas-

tante; los mejores autores franceses; Macáuley, la de Juderías Bender; Goethe de Llorete; Bequer y, tantas cosas más fuera de libros de estudio. Y allí, con voz emocionada y dicción admirable, Laureano me leía a Vigny, las Campanas de Schiller, el Cuervo, Cuentos y Leyendas; los Ensayos de Montaigne... en esa escuela aprendí a amar la bella literatura.

Viviera yo entonces en Santa Clara con mi tía Trinidad. Mi padre desilusionado de todo, horrorizado de la maldad de los hombres se había retirado de los negocios y de la vida pública y, con mi madre y mis hermanas—primero en la Villa de Leiva y luego en su hacienda "El Tejar," en Cajicá—aislado, pasó un cuarto de su existencia, fuerte y activo sin embargo, en el retiro y la meditación.

Recelosa en extremo por mis amistades de colegio, mi tía sin embargo, tuvo por Laureano, desde el primer momento, la más grande simpatía y si Flórez u otros condiscípulos que iban a estudiar conmigo poco le agradaban, al ver a García, ligera, bondadosa sonrisa alegraba su semblante.

En la morada de la buena señora yo ocupaba media casa. Allí mi primer Laboratorio, mi cuarto de estudio en donde lucía un inmenso pizarrón y utensilios de escuela y luego el dormitorio cuyo principal adorno era un bellissimo esqueleto humano que para estudio y meditaciones me sirviera. Era el terror de todos en la casa, el tal esqueleto, motivo de disgusto y repugnancia para mi buena tía que lo soportaba, no obstante, como soportó tantas más solamente porque me gustaban.

Concurrían a mi estudio—si pudiera llamarse así mi vivienda—condiscípulos de Ingeniería y Ciencias Naturales a repasar conmigo; de allí salió mi amor al profesorado y la claridad de exposición. Pero había días reservados para García.

De vuelta de nuestros paseos, en vez de la suya, buscábamos mi casa; y encerrándonos en mi cuarto depar-

tinamos hasta tarde. Mi amigo gozaba de la preeminencia—ávidamente envidiada por mí—de tener llave de su casa. Jamás consintiera mi tía que yo usara tal instrumento de libertad; duélome confesarlo ahora, la primera que tuve fue hechiza, adquirida por medios subrepticios de la más desleal falsificación.

La ambición naciente, las preferencias que guiaran nuestros futuros destinos en la vida se esbozaban entonces: él, conductor de hombres, almacenador de este gran potencial que se llama dinero; yo, el estudioso, el que seguirá—cual soliéramos decirlo—la modesta profesión de sabio.

En mi primer Laboratorio—que más parecía la madriguera de un alquimista que la morada de un químico—se hacía práctica la enseñanza teórica que se daba en la Universidad; desde entonces llamáronme mis amigos FAUSTO, *nome de guerre* que me sirviera luego en nuestras andanzas amorosas.

Por esa época leíame García un folletín llamado "Elsa," historieta romántica de la más extrema castidad. Qué impresión me causara? Por que ha influido tanto en mis destinos? Por qué lo considero como punto de partida de la evolución interior que me hizo ajeno a la ambición de ganancia y de lucro? Yo no lo sé; pero ahora, ya viejo, al releerlo, un río de lágrimas corre por mis mejillas. Será el recuerdo? Será la sugestión de la cosa misma?

He aquí intercalada la historieta; si la generalidad no la comprende, siempre habrá algunos que la puedan sentir.

ELSA

"El profesor Nieman hacía largos años que estaba agregado a la Universidad de Heidelberg. Había enseñado sucesivamente la literatura griega, la historia y la filosofía con incomparable brillo. Laureado por las facultades francesas, autor de un estudio sobre Lucrecia, que es una obra maestra de elegancia y de erudición, el

profesor Nieman se había recreado algunas veces en la novela. Había publicado cortos romances melancólicos y castos que aparecían en francés en la *Revue des deux Mondes*, en inglés en la *Illustrated Review*, en alemán en la *Kölnische Zeitung*, y era maravilla ver con cual instrucción del genio de las lenguas el profesor escribía sus exquisitas novelas.

Con la distinción de su espíritu y la reputación adquirida antes que la juventud hubiese muerto, Nieman habría tenido derecho a aspirar a una situación eminente en la prensa, en la diplomacia, en la política. En varias ocasiones hablábasele ofrecido un asiento en el Reichstag y misiones brillantes en el extranjero. Pero había rehusado todos estos honores con una voluntad tranquila que ninguna sollicitud pudo vencer.

Era un hombre sin ambición, sin impaciencia de ver por levantarse el mañana más bello que el día presente, y había dicho en más de una ocasión que esperaba envejecer y morir en la ciudad universitaria donde había crecido y donde había llevado, antes de ser profesor, la gorra del estudiante.

No recuerdo, sin embargo, haber encontrado un hombre que tuviera menos que él el físico de su profesión.

Nieman no era en ninguna manera el sabio mal vestido y ceñudo que llevaba sobre sí el olor de las bibliotecas. Su talla era elegante y su ropa blanca de irreprochable frescura. Tenía las manos blancas y largas, manos de mujer, y sus facciones delicadas iluminábalas una mirada que había permanecido joven después que en su rubia cabellera se veían algunos hilos de plata.

El profesor Nieman llevaba una existencia muy tranquila. Desde la época ya lejana de sus estudios había conservado siempre el mismo pequeño apartamento en la Friedenstrasse, modesta morada en donde algunos antiguos grabados, un piano y una magnífica biblioteca recordaban al artista y al literato. Nieman recibía allí a muy pocas personas. Se mostraba con cada cual afable y cariñoso, pero parecía tener poca prisa en hacerse de amigos. Se lo había conocido refractario al mundo, y rehusado cortesmente toda invitación a las tertulias y a las partidas de placer. Si a veces se conseguía llevarlo a alguna reunión íntima, hablaba de todo con el encanto de un hombre que sabe mucho, y con la reserva de un espíritu delicado que no quiere fastidiar a los demás con la exhibición de su ciencia.

Durante los primeros años de su permanencia en la Universidad, cuando estaba en todo el brillo de su juventud y ya en toda la madurez de su talento, Nieman había sido solicitado en distintas ocasiones para que se casara. Se le habían presentado jóvenes ricas y bellas; pero, sin dar jamás explicaciones al profesor había declarado que su intención era permanecer celibatarío, y había persistido en esta actitud con tanta firmeza que los suegros más encarnizados habían concluido por dejarlo tranquilo



No se lo conocía, por lo demás, ninguna relación femenina. Estudiante, había formado parte, decían, de una de esas sociedades de castidad que florecían en Alemania hasta ahora veinte años. La sociedad se había disuelto, pero sin duda Nieman había continuado fiel a su voto.

Sin embargo, el profesor recibía cartas, a raras intervalos, que parecían venir de una mujer amada. Varias veces tuvo oportunidad de ver entre los sobres la letra fina y delicada de la dirección; un perfume aristocrático se exhalaba del papel elegante, blasonado con una corona y timbrado de Roma o, de alguna otra gran ciudad de Italia.

Los días en que el profesor Nieman había recibido alguna de esas cartas, se convertía en otro hombre. Su latitud habitual daba lugar a un buen humor pasajero. Y, cosa maravillosa, en esos días Nieman parecía interesarse por la vida.

Pero, transcurridas una o dos semanas, su semblante recobrabá su expresión de tristeza, y las facciones del profesor se animaban sólo con los buenos versos o la buena música; y todavía escuchaba con pensosa impresión los cantos de amor y las poesías ardientes de ternura. Era algún recuerdo? Acaso eran remordimientos de no haber amado? Era quizá el sufrir vago de un hombre que oye hablar ante sí un idioma desconocido? Nadie habría podido decirlo, y cada cual tenía el derecho de comentar a su antojo.

En el invierno de 187... el profesor Nieman pareció más abatido que de costumbre. Sus mejillas se hundían, sus ojos tenían una expresión de fatiga y desaliento. Observó que hacía largo tiempo no le llegaba ninguna carta de Italia y, lleno de compasión por desgracias ignoradas, se dedicó tiernamente al pobre enfermo. Llegó, así, poco a poco, a hacerle salir de su soledad, a sacarlo en la tarde del vasto aposento donde un día le aguardaba, donde nadie debía molestarle. Pasábamos la noche al lado de mi chimenea, con los pies sobre los morrillos, fumando largas pipas, hablando de mil cosas.

Una noche, aleutado por una intimidad ya larga, le pregunté de improviso:

—Nieman, jamás habéis tenido un amor desgraciado?

Retiró su pipa, movió la cabeza, y respondió sin ninguna emoción:

—No, ni amor desgraciado, ni amor afortunado. Jamás he tenido amores.

—Cómo exclamé, ni novias, ni caprichos?

—Ni caprichos!

—Ni prometida?

—Nunca.

—Entonces, prosiguió yo, no habéis amado jamás a ninguna mujer? El profesor se recogió un instante. Parecía vacilar en responder. En fin con su palabra grave y suave dijo:

—Bien pueda referiros mi juventud.
Y comenzó.

Cuando tenía diez y siete años se apoderó de mí un gran cansancio de la vida. No me conocía ninguna pena; mis padres, ricos comerciantes, me habían hecho dar una buena educación y se consagraban a hacernos muy feliz. Habíamos sentido muy embarazado para definir mi mal o indicar la causa de mi melancolía. Estaba cansado.... cansado como el viajero que pensando desde el amanecer en lo largo del camino, se sienta desalentado al borde del sendero.....

No me parecía que la vida pudiera tener para mí el menor atractivo, y en vano había buscado el medio de interesarme por alguna cosa. Todo me fastidiaba, y se apoderó de mí un violento deseo de dormir, de dormir siempre.

Cerca de la casa de campo de mi padre hay en Eisheim un antiguo castillo rodeado de un parque inmenso. Una extensa laguna límpida y profunda como el cielo, extiende su sábana azulada bajo la sombra de los olmos sauces; allí florece la miosotia.

Amaba esas flores, amaba esas aguas, amaba esa calma y esa paz. Con frecuencia, llegada la noche, salvaba la pared del parque, y me encerraba permanecer allí hasta la llegada de la aurora, envuelto por los rayos de la luna o humedecido por el rocío. Era ahí, sí, era ahí donde algún día iría a buscar el reposo.

Cierta noche, habiendo deliberado conmigo mismo, y habiéndome convencido del largo fastidio de la vida, me resolví a concluir. Era en Otoño: era la estación maldita en que las flores se deshojan; en que el ángel de las bellas noches extiende sus alas hacia cielos más suaves. Mi lentitud me condujo hacia el parque del castillo y salvé sin pensar la antigua pared que me separaba de la eternidad.

Seguí suavemente la gran avenida que conduce a orillas del lago. Un pálido rayo de luna, a menudo cubierto por las nubes, filtraba a través de las ramas ya deshojadas. Vi como a la memoria una frase de Schubert, la frase melancólica del Adiós.

Ya se me presentaba en medio de su corona de juncos el hermoso lago tranquilo y solitario. Corrí, corrí... tenía prisa de sepultarme en esa serenidad, en ese olvido, y arrojando en la orilla mi gorra de colegial, me dejé caer cerrando los ojos.....

Experimenté una vivísima sensación de frío; después un grito seguido de otro rasgó la noche, y una pequeña mano cayó sobre mí, estrechándome muy fuerte y manteniéndome en la superficie del agua.

Cuando hubo pasado el primer instante de estupor, oí una voz fresca y joven:

—Sosteneos bien, tomad el borde de la barca... Tercéis fuerzas?

Instintivamente levanté los brazos y me encontré asido a una pequeña embarcación que se inclinó con mi peso.

La claridad de la luna me mostró entonces distintamente, las facciones de la que me habla salvado. Era una joven alta, esbelta, de apariencia muy delicada, y, sin embargo, sus manos oprimían mis brazos con sorprendente vigor; otra mujer sentada en medio de la embarcación, hacia fuerza de remar hacia la orilla. Muy pronto toqué el fondo con el pie y sentí que tendría fuerzas para llegar hasta el ribazo. Lo conseguí como pudo asiéndome de las cañas que forman al lago como una cintura verde; pero apenas había dado dos o tres pasos en la ribera, cuando ya estaba desmayado.

Recobré mis sentidos delante de un gran fuego, en medio de una sala muy alta con tableros blasonados. Mi padre, el Doctor Vogel y el Conde Albrecht de Schoenfeld en persona me rodeaban solícitos; el Doctor con una rodilla en tierra me friccionaba con fuerza; mi padre sollozaba.

—Desgraciado niño, me dijo; has querido morir; acaso yo te he causado alguna pena?

—Oh padre mío, ni vos ni nadie!

—Sin embargo, tú sufres.

—Profundamente.

—Y por qué sufres Franz, por qué sufres hijo mío?

—No lo sé, estoy muy cansado de la vida. El Conde Albrecht levantó los brazos al cielo.

—Qué blasfemia, exclamó, cansado de la vida, a vuestra edad; pero hijo mío, si apenas tendéis diecisiete años!

—Sin embargo, estoy muy hastiado, nada me interesa en el mundo, nada, para qué vivir?

El Dr. Vogel sacudió la cabeza.

—Vamos, dijo, creía que había querido jugar a los Werther. Esto es más grave. Lo que mata a esta niña no es el mal de amor sino el spleen. Sr. Nieman será preciso vigilar de cerca a vuestro hijo.

—Sí, sí, interrumpí con una especie de rabia, porque volveré a comenzar.

Mi padre quería que me transportaran inmediatamente a casa, pero el doctor se opuso formalmente.

—Prevee, dijo, un violento acceso de fiebre. Vale más que Franz no salga de aquí.

Quedé, pues, en el castillo de Eishelm, y el Doctor no se engañaba, porque durante ocho días estuve entre la vida y la muerte. Por fin pude levantarme y el médico autorizó algunos lentos paseos en el parque. Entonces fue cuando vi por segunda vez a la joven que me había salvado.

Se llamaba Elsa; era hija única del Conde y no tenía más que quince años.

En cuanto me vio, se dirigió hacia mí, y me hizo sentar a su lado.

—Señor Franz, dijo con gravedad, estáis curado!

—Estay enteramente fuera de peligro señorita; os doy las gracias.

—No es eso lo que quiero decir; estáis curado de vuestras negras ideas!

Hice un gesto indefinible; la joven continuó sin mirarme.

—Sin embargo ha sido una gran suerte que se me haya ocurrido dar un paseo nocturno sobre el lago! Sin mí dormirías ahora.

—Sí, repuse; dormiría, sería feliz...

Me asió una mano con indecible melancolía.

—Señor Franz, continuó en voz muy suave, no quiero que muráis. Seré vuestra amiga y cuando vuelvan los días de hastío acudiréis a mi lado. Vamos, apoyaos en mi brazo. No es cierto que es extraño ver a una muchacha como yo sostener a un gallardo mozo como vos?

Estaba tan bonita y tan graciosa al hablarme así, que no pude dejar de sonreír.

—Ya veis, dijo, la curación empieza.

Preguntóme afectuosamente las causas de mi gran pesar. Tenía vergüenza de no poder encontrar ninguna; me fastidiaba y nada más; la vida me era pesada; cosa ninguna de este mundo podía inspirarme interés.

—Os receto, dijo, que trabajéis mucho, que leáis muchos libros y que vayáis seguido a ver al eminente profesor Elsa Schoenfeld para que conjure al espíritu del mal. El tratamiento empesará mañana, y para principiar, el doctor prescribe que se dé con él un largo paseo todos los días.

La convalecencia se operó rápidamente. El Dr. Vogel me habla entregado graciosamente a la que él llamaba su eminente colega. Pasaba con la señorita de Schoenfeld la mayor parte de mis días. Se ingenió en variar las recetas y en distraer al enfermo de todas maneras. Ya teníamos que leer juntos una poesía de Goethe, ya debía ayudarlo a descifrar una mazurka de Chopin. La joven era de un carácter muy franco, muy perseverante, muy activo.

—También tengo mis días malos, decía; suelo estar muy aburrida, y entonces me siento al piano y trabajo.

Pudo decir que esas palabras me han salvado. Hasta entonces había tenido muy poca afición al estudio.

La señorita Schoenfeld me inclinó insensiblemente a adorar la poesía, la música, la bella literatura, y por impulso propio llegó, poco a poco, por una progresión insensible, a ocupar mi ocio.

En estas excelentes disposiciones salí de Eishelm, para ir a seguir a la Universidad de Heidelberg los estudios de historia y de filosofía. Me encarnicé en profundizar los problemas más insolubles, en agotar las más áridas cuestiones. Pero cuando fatigado de vivir en el mundo sobrenatural de la ciencia, volvía a la vida real, mi hastío, mi inconmensurable hastío, recobraba su imperio.

Entonces el alivio me llegaba en una dulce y gozosa carta de Elsa. El mal no resistía a ese tratamiento de pura amistad. Cuatro páginas de puño y letra de la señorita Schoenfeld discipaban el hastío por cuatro semanas.

A veces cuando conocía que la crisis sería más violenta—al acercarse el otoño, por ejemplo—recurría a los grandes remedios. Dejaba la Universidad, volvía a Eisheim, y el doctor recetaba de nuevo los grandes paseos de brazo. Juntos volamos marchitarse las últimas hojas, y cogíamos juntas las últimas flores de *No me olvides*. La joven estaba a mi lado, el lago, el hermoso lago, tranquilo y puro no me atraía ya a su seno fatal.

Tres o cuatro años transcurrieron así. No era feliz, pero estaba mucho más tranquilo. La vida no me interesaba, pero conseguía matar los malos días sin sufrir demasiado. Una sonrisa de Elsa, una carta, una obanza dulce y encantadora me consolaban de mis semanas de *spleen*.

Elsa tenía entonces veinte años. Un día, una hermosa mañana de octubre, me llamó aparte y apoyándose dulcemente en mi hombro:

—Franz, me dijo, muy pronto me casaré. No es causa pesada eso?

Recibí con mucho gusto aquella noticia. Jamás había sentido amor por la señorita Schoenfeld. El sentimiento que me unía a ella era una tierna y agradecida amistad. Siempre había pensado con alegría en el momento en que diera su corazón a un hombre digno de poseerlo. Pero temía que se hubiese engañado, que su matrimonio no fuese la obra de amigos demasiado officiosos. ¿La habrán consultado? Amaría a aquel cuya mujer iba a ser?

Mi amigo me tranquilizó completamente. El barón Cristian de Lanza era su prometido desde varios años atrás. Era un joven diplomático, pariente bastante lejano de su familia, a quien yo no había visto nunca, porque varias misiones confidenciales en el extranjero lo habían tenido constantemente alejado de nosotros. Pero la fe jurada había sido respetada por ambas partes y, de vuelta a Alemania, el Barón venía a reclamar del conde Albrecht la recompensa de su fidelidad.

Al día siguiente, por la mañana, lo ví en el castillo de Eisheim.

El Barón se dirigió a mí tendiéndome la mano.

—Sé, me dijo, que sois grande amigo de Elsa; queréis permitirme que sea vuestro camarada?

Tenía una sonrisa leal y bondadosa.

—Amáis mucho a la señorita Schoenfeld, le pregunté.

—Lo he sido fiel durante largos años, dijo. La había visto muy pequeña. Un día peleamos por una porfía, por una disputa de juego, por una nada. La pobrecita se puso a llorar. Me parecía que esas lágrimas caían sobre mi corazón, y desde entonces juré no casarme con ninguna otra mujer. La señorita Schoenfeld ha

sido el sueño de mis años juveniles y, rarísima felicidad, puedo decir, que me caso con la joven a quien siempre he amado.

Ella había escuchado durante esta conversación; abrazó tiernamente a su prometido y tomándose la mano:

—Cristian, dijo, este es un pobre enfermo que os encomiendo. En adelante seremos dos para amarlo, para sostenerlo en la vida. Es un salvamento en que os cedo la mitad.

Celebróse el matrimonio pocos días después. No fue uno de los pocos días felices de mi vida. Vela a Elsa radiante y transfigurada. No se dirigía al templo como tantas jóvenes casadas a su pesar, que guardan en su corazón un nombre querido; que se adelantan hacia el altar como las víctimas antiguas, todas pálidas en su traje nupcial, y con una corona de espinas debajo de las rosas. No, su amor era profundo, era fiel y correspondido. Di las gracias a Dios por haber dado la felicidad a la joven que había sido mi ángel guardián!

Qué más os diré querido amigo! Los años que han seguido no han producido en mi vida ningún incidente nuevo. Como los pueblos felices, puedo decir que no tengo historia. Acaso los hombres desgraciados serían a veces semejantes a esas naciones virtuosas y

He querido permanecer en la Universidad de Heidelberg; para qué buscar la felicidad a lo lejos?

Kant, nuestro pensador, murió sin haber salido de Königsberg, en cuanto a mí, me basta mi pequeña cátedra de profesor. He cumplido mi deber social, instruyendo a los jóvenes de mi generación; creo haberlo hecho con una grande imparcialidad y un sincero deseo de serles útil. Moriré en mi ciudad universitaria, cuando haya sonado la hora impacientemente esperada por mi melancolía. Y no habré perseguido a través de lo desconocido la felicidad, esa rosa azulada de la vida terrestre.

No me ha casado. Ella llena todo mi pensamiento; aun cuando el sentimiento que nos une a una mujer sea pura amistad, nos es imposible dividir nuestro corazón.

Ella! Durante los primeros años que siguieron a su matrimonio, tenía la felicidad de verla a menudo. El barón Cristian desempeñaba un empleo en la Corte; pero llegado al Otoño, venía a cazar en los grandes bosques que rodean el Castillo de Kieblion. Entonces nos reuníamos los tres y pasábamos las noches sentados junto a los primeros fuegos de leña en la estación fría, llamas gozosas y locas como las ilusiones de la juventud. Nos agradaba pasearnos en las alamedas ya sembradas de hojas marchitas. Ella soltaba el brazo de su marido y me rogaba, me mandaba que me apoyase en el suyo.

—No soy para siempre vuestra amiga, vuestro sostén! de ella.

Será mi gloria de mujer velar por una pobre alma martirizada como la vuestra.

Yo quiero Franz, que siempre vengáis a buscar valor a mi lado.

Ayl la provisión de valor que había hecho se había agotado. El barón de Lenz, salió de Alemania; fue nombrado Secretario de la Legación en Roma y Roma está muy lejos.

Elsa partió, prometiéndome escribirme a menudo. Durante un año he recibido muchas largas cartas que me confortaban y disipaban por algunos días las tinieblas de mi alma.

El tiempo siguió su curso. Las cartas se hicieron cada vez menos frecuentes y hoy ha cesado del todo.

Con frecuencia reflexiono con tristeza, pero sin amargura, en este abandono; no me quejo de la señora de Lenz. Acaso la vida no se compone de olvido, de amistades que se dejan morir en el corazón, sin maldad, sin ingratitud, solo porque no se piensa en ello y porque la corriente de cada día nos arrebatara hacia otra parte? Además, no desanimó ya a ese corazón tan perseverante? Ella hubiera querido curarme y solo ha conseguido hacer de mí un pobre melancólico que arrastra su vida. Pienso a menudo en ella, y reconozco que ha dado pruebas de un gran valor, de una paciencia tierna y sublime. Si después de tantos años la han separado de mí las preocupaciones del mundo, no por eso sea menos bendecida!

Al terminar su triste relato, el profesor Nieman se levantó y sacó de un cajón de su *secretor* un paquete de cartas cuidadosamente amarradas.

—Aquí está su correspondencia, me dijo. Me agrada releer estas buenas y gratas páginas, tan llenas de consejos y de estímulos afectuosos. Sé de memoria cada línea, cada signo, cada acento; el único descanso de mis interminables noches es posar mis ojos sobre esas líneas que ella ha trazado. Ayl ya no aumentará el número de sus letras.

Durante los días siguientes, nuestro pobre amigo se sintió peor. Vela que se acercaba el invierno y decía que no tenía valor para ver la nieve, para oír gemir el viento entre los grandes árboles. Sin embargo, Nieman se empeñó en terminar su curso. Quería concluir el brillante estudio que había comenzado sobre la teoría de la "Segunda Re-miniciencia de la Escuela Platónica", estudio que había atraído a Heidelberg a un gran número de estudiantes extranjeros.

Hubo que sacarlo cargado al terminar la última lección y el pobre maestro cayó a la cama para siempre.

Los médicos fueron impotentes para diagnosticar una enfermedad clasificada.

Nieman moría de una afección mal definida; se extinguía porque ya no tenía fuerzas para vivir.

Prodigáronsele los más solicitados cuidados pero en vano.

El enfermo los recibía con agradecimiento, pero con la amarga satisfacción de un desesperado que sabe que por fin ha llegado la hora de *dormir*, de *dormir sin cesar*.

Nieman no pronunció jamás el nombre de Elsa, pero cuando llegaba el correo se incorporaba en su lecho, y miraba con avidez hacia la puerta. Y cuando le había puesto a su alcance las correspondencias, ninguna de las cuales volvía del país soñado, cata de nuevo en su abatimiento acostumbrado.

El 5 de Noviembre, los doctores me previnieron que ese día sería sin duda el último; el enfermo se debilitaba de hora en hora. En la mañana, las corporaciones delegaron tres miembros elegidos entre los alumnos que más habían amado al maestro, y en nombre de todos fueron a darle el eterno adiós.

Cuando los jóvenes salían de la pieza del moribundo, fui prevenido de que una señora extranjera deseaba hablarme con instancias.

Me encaminé al hotel donde me aguardaba la viñera. Era una mujer de treinta y cinco a treinta y ocho años, alta, muy bella, de una noblerana distinción. Se dirigió calorosamente a mí; sus ojos profundos estaban velados por las lágrimas.

—Señor, me dijo, he sabido que el señor Nieman estaba peligrosamente enfermo. Podría llevarme a donde está? Soy una antigua amiga; me llamo Elsa de Leuzo.

Algunos momentos después, entrábamos en la pequeña casa del profesor. Entré solo a su pieza; al verme, Nieman se incorporó pensosamente.

—Amigo, le dije, traigo noticias de Italia!

Pero su mirada de enfermo buscó a Elsa en el hueco de la puerta donde se mantenía oculta.

—Gracias, contestó débilmente el profesor, Dios es bueno para conmigo; porque no son noticias las que me traéis. En Elsa que viene; aquí está. . . . me alegro mucho de volver a verla.

Corrió hacia él: le tomó la mano derecha entre las suyas, y ella se arrojó salteando al pie del lecho.

Nieman parecía haber recobrado algunas fuerzas; hablaba muy distintamente:

—Os doy las gracias; sentía partir sin decirlo cuanto reconocimiento llevo en el corazón. No es culpa vuestra, agregó en voz triste, si era sobrehumana la tarea que habíais emprendido.

—Franz, dijo en tono suplicante, Franz, perdóname; he sido criminal. La vida me ha encadenado con sus fiestas, con sus placeres de cada día. Estaba embriagada de triunfos, de alabanzas, del perfume de las flores de baile, y olvidé a mi pobre enfermo, olvidé mi misión. Ya no me atrevía a escribirlos. . . . Ya lo veis. . . . pasaron semanas, en seguida meses, después años: temía saber que no habíais podido soportar la vida sin mí.

Franz diseñó nuevamente su sonrisa entristecida.

La joven comprendió un terrible significado.

—No, exclamó, no, todo no ha terminado! Viviré, puesto que estoy aquí. Cómo podréis morir, Franz, cuando estoy a vuestro lado, cuando os hablo, cuando estrecho paternalmente vuestras manos? Os llevaré al castillo de Eischeim. Todavía quedan días agradables; los pasaremos en el parque, a las orillas del lago azul; y, cuando venga el invierno, iréis conmigo a gozar un poco de los hermosos rayos del sol de Italia.

El profesor sacudaba con el aire indulgente de un hombre que ha puesto el oído a sueños infantiles.

—Gracias, dijo, gracias. Es demasiado tarde. Sueña la hora del reposo.

En seguida miró a la joven con inexplicable sentimiento de gratitud y afecto, y en voz más fuerte le dirigió todavía estas palabras que fueron las últimas:

—Adios Elsa; adios querida amiga mía!!

Alberto Batlle.

La atmósfera política se ennegrecía con densos nubarrones desde el 82; la efímera presidencia Zaldúa, las evoluciones de Otálora, el peligro Núñez que los radicales veían con ojos de profetas y tanto y tanto signo de los tiempos, anunciaba cosas que estaban por venir.

Los estudiantes de Derecho se preocupaban por todo eso, nosotros—los de Ciencias Naturales y Matemáticas—estábamos seguros que las cosas seguirían como iban, siendo nuestro único afán estudiar, estudiar, estudiar.

Dos figuras notabilísimas brillaron entonces como astros de primera magnitud en la Escuela de Ingeniería Civil: BRAULIO RENTERÍA y ROBERTO VILLARUEL; en el ramo analítico el uno, en el geométrico el otro; si no hubieran muerto tan jóvenes hubieran sido orgullo—como lo fueron en la Escuela—de la Patria Colombia. Cuál es el destino de los hombres? Por qué sobrios y fríos se lanzan luego en el torbellino de violentas pasiones? Por qué luego, en la carrera de la vida, las cosas cambian tanto? Preside acaso el *Fatum* sobre el desarrollo de todas las cosas? O es que es cierto lo que Valencia dijo: "La mujer es el cruel enemigo del hombre?"

En la clase de Algebra superior presidía Braulio, el estoico, el abstemio, el que solo se tomara un vaso de helados y al que nadie pudiera convencer de ir a ver muchachas. El nos explicaba, haciéndonoslo entender, aquel horror didáctico que se llama el teorema de Sturm; la serie terrorífica de donde viene, *e*, la base de los logaritmos neperianos y otras tantas ferocidades algebraicas que, en esos tiempos, se enseñaran con muy poco método.

Graduado con los más grandes honores, esperanza cierta de la ingeniería nacional y orgullo patrio en ciernes, fué a su tierra la ardiente Cartago donde el sol brilla implacable, caldeando la sangre y retemplando los nervios.

Cerca a Cartago está el pueblecito de El Zarzal donde parece que Dios, desde el cielo, arrojara a la tierra ramilletes de flores para hacer sus mujeres. Y allí el abstemio, el frío-----

Cómo murió? No se sabe bien; encontráronlo, al amanecer, roto el cráneo contra un árbol, caballero muerto sobre caballo muerto.

Corriera, me imagino, en noche oscura por el inmenso llano en busca del amor; frenética carrera, prisa por llegar pronto al lugar ansiado—caballero del amor y la muerte—ciegos corrían caballo y jinete.

La Muerte en forma de árbol no previsto se interpone en el camino, implacable y fatal.

Que Hurtes te hayan recogido en el cielo, Braulio; que ellas te hayan vendado la destrozada cabeza y con lienzos embaleamados hayan curado tu macerado cuerpo!

Roberto Villarruel murió tristemente en Fusagasugá; tan bueno, tan merecedor de un largo porvenir!

“Danza todas las danzas que ha tejido el Oriente,
las que prenden hogueras en la sangre liviana
y a las plantas deshojan, de la déspota humana
o la flor de la vida, o la flor de la mente.”

Soplo de castidad sensual de la casta Alemania, llegaronnos las traducciones que Pérez Bonalde virtiera,

en rima sugestiva y extraña, del Cancionero y las otras poesías de Heine. Sobre alinas de adolescentes cayera aquello como lava encendida, oscura y sin luz; el calor opaco de lo que se siente y no se ve.

“La mano apoya contra el pecho mío.
Sientes de un duro golpe la inquietud?
Es que hay adentro un carpintero impío
que labra mi ataúd.”

y todo el Heine de Pérez Bonalde quedó en nuestra memoria.

Más tarde, años después, mi esposa, mi idolatrada Lile, arrullaba a sus hijos con tonadas de cuna, inolvidables por lo tiernas; la rima de Heine se repitiera como ritornelo que nunca podré olvidar:

“Levántate amado, levántate Enrique,
ya el día infinito radioso despunta;
acuden los muertos sus blancos sudarios,
entreabre sus puertas la eterna ventura.”

Así, desde mi adolescencia hasta ahora, Heine, representó para mí, papel muy grande en la vida interior; y, en los momentos de tristeza grande del presente, tarareo el arrullo de cuna cual en tiempos felices lo oyera:

“Alzarme no puedo, no puedo amor mío,
profundas tinieblas sin fin me circundan,
que a fuerza de llanto perdieron mis ojos
la luz que a las almas alegra y alumbra.”

De los viejos tiempos y las buenas épocas de días mejores sacó, mi tía Mercedes, la idea de establecer en su casa de San Victorino una tertulia semanal de adolescentes; romántica como ella lo era, dióse el gusto de fundar

un "Parracillo" en donde los jóvenes tuvieran ocasión de pulirse con el trato de las damas dando pujo a sus bríos literarios. Ella, que enamorada de la obra musical de Ponce, bautizara a su última hija con el nombre de Florinda, quiso también que la futura sociedad de jóvenes llevase un nombre romántico: *La Trinitaria*, nombre de flor. Hétenos aquí bailando todos los sábados donde mi tía Mercedes.

Conocía el amor por los libros y, aunque García me hubiera llevado ya a los lupanares nunca sintiera cosa en mi alma semejante al amor; creílo encontrar aquí y allí; mas sólo lo sintiera luego, mucho más tarde. Amor de libro, vana fantasía; pero, así y todo, obsecante y dominador.

Que nos enamoramos? Claro que sí: Laureano de una de mis primas, yo de una de las suyas; no podía ser de otro modo.

TERESA!, tú no has envejecido; el tiempo sobre tí no puede pasar. Agua corriendo sobre un lecho de diamante cómo pueda gastarlo?

Tu belleza desafía al tiempo, desafía a las penas, desafía a la vida. Y tú ahora—tras tantos años que han pasado—has de ser la misma: magnífica, opulenta, perfecta!

Sí, yo te veo ahora niña de quince años; tan bella, ilusión para todos. No alegre, meditabunda tal vez. Fría tal vez, pero excelsa. Minerva te llamara mi fantasía de adolescente estudioso; Palas magnífica. Nos quisimos, dime!

"...yo no lo sé; mi vida,
de la tuya hace tiempo desprendida
se demuestra rebelde a la pasión;
pero hay horas, hay horas en que al verte
no pudiendo ya unir a ti mi suerte
preferiera vivir sin corazón!"

Oh mi Palas tan bella. Por qué no nos casamos? Tus hijos serian los míos. Juntos viviéramos en la ciudad querida; la brisa fría de la Sabana acariciara nuestras viejas frentes. Juntos subiéramos la falda del cerro y, desde el atrio de la Capilla de Egipto, miráramos el espléndido panorama que, para nosotros se extendía, hacia abajo. Allá, en el confín del horizonte, las blancas cumbres del Tolima y del Ruiz, eternos testigos de todas las mudanzas; más acá, nuestro valle tan bello—liquida esmeralda la Sabana—al pie de la Ciudad; desde los altos campanarios, hasta nosotros llegaría el repique alegre de las campanas de Bogotá, las únicas que suenan llevando al alma toda la vibración de su metal. Luego, bajar despacio la empinada cuesta, hablando sabe Dios de qué!

Tu hado y mi funesto hado forjaron las cosas de otro modo; de aquel amor primero dejáronme el obsecante recuerdo... a ti qué te dejaron!...

Con sorprendente talento musical, mis primas sabían organizar exquisitos concertetos que amenizaban extraordinariamente las reuniones de la Trinitaria, desenvolviendo en todos el amor, la pasión, por la buena música. Lola Furero, adulescente, más que para su edad crecida, bella y ardiente a lo odalisca, dejaba correr su voz suave y espléndida—elemento de la orquestación—haciéndonos entrever entonces lo que viéramos mucho después en nuestro teatro Colón: la segunda manera de Verdi, el divino Meyerber de Hugonotes y el Profeta.

También el viejo Vargas contribuyera, en mucho, a despertar en mí el sentido de la verdadera música; él no comprendía sino a Bethoven, y, horas enteras sentados cerca al magnífico piano de cola, el mejor adorno de su casa en Santa Inés, hacía que sus dos hijos mayores tocaran a cuatro manos las óperas numeradas del Genio de la Música; comentando, para los adolescentes de la familia, la sinfonía magnífica.

Puede decirse que, factor eficiente de la formación

del gusto musical en Bogotá, fue el doctor Antonio Vargas Vega, como también maestro modelador de las inteligencias. Que una ola de justicia venga sobre este hombre ilustre!

Con los primeros vuelos en la sociedad los adolescentes, que principian a ser jóvenes, cambian puntos de vista e ideales más precisos se van entretejiendo por dentro; la trama de la vida váse delimitando en contornos y figuras; deseos precisos, formas mejor definidas que en la infancia.

La mujer aparece en la escena, vaga, indecisa al principio, después cierta. Por un sentimiento de la innata enemistad de los sexos deseamos dominarla.

Será cierta la tesis de Schopenhauer de que en el recóndito odio de los sexos entre sí está la aspiración de la humanidad al aniquilamiento! Será cierto que existe el deseo innato en la criatura de hacer ver al Creador la inutilidad de su obra!

Sea lo que fuere, en la primera juventud la idea que tenemos de la mujer es muy diversa de la que luego, la experiencia nos enseña. En esa edad deseamos vencerla, dominarla, amiquilarla. Presiente acaso nuestro organismo que más tarde seremos los esclavos de la hembra! Queremos defendernos! Para el futuro remoto que la vida abre delante de nosotros, somos débiles y queremos escudarnos contra nuestra debilidad!

Tenerlas todas, prostituir las todas, someterlas a nuestro capricho a todas, tal es el feroz sentimiento que nos domina, velado es cierto, pero en el fondo ésta es la cruel verdad.

Leyéramos entonces, con Laureano, libros de otro orden de los que leíamos. Leíamos asiduamente las cartas de Lord Chesterfield; aquellas cartas que hablan de transformarnos en perfectos hombres de mundo; La Bruyere, La Rochefoucauld que nos enseñaran a conocer los caracteres, a penetrar en el oscuro fondo interior de hombres y mujeres al travez de la máscara de su fisonomía; y Machiavelo luego—el Maestro insigne que enseñó a

gobernar—el Florentino suave y fácil que pusiera en libro—con candidez de niño—los secretos siempre reservados de la política de todos los tiempos.

Lleváramos, entoncos, minuta diaria de nuestras sensaciones, de nuestros avances, de nuestras conquistas en este ramo del saber; el vencimiento de la hembra. El vencimiento de aquello que, en nuestras casi infantiles imaginaciones, se nos apareciera como la meta digna, la única.

Cuánto semejantes lucubraciones nos llevaron a descuidar los estudios formales universitarios: clases no asistidas, cuadernos descuidados, condiscipulos que se nos iban adelante, sonrisas malévolas de los profesores y tal cual admonición cariñosa del doctor Carrasquilla. Cómo remediar el mal? Frenéticos cojimos los libros, los cuadernos, las notas que nos prestaran nuestros amigos y ciegos, como locos, a estudiar. En mi cuarto en Santa Clara, sobre papeles, apuntamientos y libros de texto cuántas veces mi tía Trinidad entrara a las cinco de la mañana, horrorizada al vernos con la vela encendida, estudiando.

Surge aquí la figura de uno de aquellos que en la miriada de preclaros talentos colombianos viene a mi memoria en estos momentos, llenando mi alma entera de amor, de respeto y de cariño. Es la alta y distinguida figura del doctor JUAN DE DIOS CARRASQUILLA L. la que enfoca en este instante el telescopio de mi imaginación; si algún apelativo glorioso quisiera anteponerse a su nombre, debería llamársele el *Sabio*. Fue el doctor Carrasquilla el tipo perfecto del hombre de estudio; sus trabajos condujéronlo a la fama mundial. Nada puedo agregar novedoso a este respecto, cuanto puedo hacer es llevar a su tumba, jamás olvidada por los colombianos, la modesta ofrenda de mi cariño casi filial.

Viva él en la patria memoria la vida eterna de los benefactores y su carácter y su amor al estudio sean imitados por todos!

La experiencia de la vida que pone a nuestros ojos de patente las mentiras vitales nos lleva también a descubrir, al cabo de los años—cuando los sucesos aparecen como tamizados al travez de una fina criba—en cuanto hemos hecho qué es lo que nos sirve y lo que nos es inútil o malsano. Aplicando la crítica engendrada por la edad sería me imposible negar que el fundamento de todo mi sér futuro se generó en la pequeña estancia en donde tanto leíamos con García. Bendigo aquellos libros, aquellas horas de conversación y todo cuanto entonces hicimos!

Bastante despecho de la vida y de las cosas, envuelve el lema que se dió para sí propio Silva: "*Ante omnia ridere*"; no hay que gastar despecho con lo inevitable; es mejor estar con Montaigne y que en nuestros labios se pronuncie, ante todas las cosas, una bondadosa, pero escéptica sonrisa.

Si jóvenes me preguntaran ahora qué es mejor entre tener ideales o no tenerlos, a todos les diría sin vacilar: "*viajar por los campos de la existencia con ideales es la única manera de justificar el viaje.*" Los buenos autores que devoré allá en las postrimerias de mi adolescencia hánme servido de manjar nutricio que me ha alimentado por años y años. Ellos han sido los *fiambres intelectuales* en la peregrinación.

CAPÍTULO II

La Sabana de Bogotá.—Ubató.—Féquene.—Chiquinquirá.—Lelva.—Ráquira.—La Candelaria.—Infancia feliz.—El retorno años después.—Los frailes agustinos.—La mansión señorial de Simijaca.—Desecación de Féquene.—Esmeraldas.

Venga de donde venga el viajero; no importa que sea de la pintoresca Suiza, cuando desde una eminencia contemple la Sabana tiene que brotar de sus labios, de su alma entera, un grito de admiración. Triste es el paisaje, como el de todas las altiplanicies andinas, pero espléndido.

Plana como la palma de la mano; teñida al verde oscuro se extiende la Sabana de Bogotá; para dónde pueden correr aquí las aguas? se pregunta uno; esa mesa de billar abarca leguas y leguas.

Enmarcado entre las serranías de los Andes Orientales, el que fue lago en el Cuaternario, semeja una elipse cuyo diámetro mayor son veinte leguas y el menor catorce. En la época de la desecación, allá en la prehistoria, el lodo del fondo conservó su nivel de reposo, ningún sismo influyera luego para alterar los lineamientos del nivel de la superficie.

Perezoso, sin corriente el Funza corta los terrenos a lo largo y, enantes inundáralos totalmente en sus periódicas avenidas; limo precioso depositara sobre ellos el río—como el Nilo—antiguo y fecundante.

Obras egipcias han llevado a cabo los hacendados de la Sabana de Bogotá formando diques longitudinales sobre las dos riberas del curso de agua a fin de contener las inundaciones que, si benéficas para la tierra en sí, causan la ruina, por el momento, de las sembrerías. Cuántas veces, recorriendo un potrero, se sienten las aguas, entre diques, correr sobre nuestras cabezas a tres metros de altura.

Lento avanza y, al borde meridional de la Sabana, cortada a pico, se lanza atronador, rugiente, ebrio en Tequendama cual si cansado de su lento paso y su molición por leguas de distancia, quisiera dar innegable muestra de actividad y de violencia.

Así los hombres, muchas veces muelles, afeminados, indolentes por épocas, revientan de repente en turbiones de actividad y movimiento.

Al Oriente, la cordillera principal, los Andes, las moles de que dijo Olmedo que equilibran la tierra con su masa potente; moles son todas sobre bases de oro. Al Occidente, la cordillera secundaria de Suba. Al Norte, la reunión de las estribaciones orográficas. Al Sur, el precipicio.

Recostada sobre la falda de la serranía, al pie de dos

cerros que se abren como para dejar una puerta, está Bogotá.

Cuando, hace años, se cruzaba la Sabana en un mal coche o a lomo de cansada cabalgadura qué lejos parecía todo.....!

La ciudad visible entre brumas desde un primer momento iba creciendo proporcionalmente al acorte de la distancia; pero cuántas horas para llegar a San Victorino.....

Cruza el tren bufando entre olas de vapor y de humo; desfilan a la vista los prados verdes y fecundos, los ganados magníficos, pero no se logra apreciar la belleza de aquello cual se apreciara antes; ni el olor de la tierra se recibe, ni el vaho de las majadas, ni el rostro rozagante de traviesa muchacha se alcanza a distinguir.

Valle de los Alcázares llamaron los conquistadores a la inmensa altiplanicie, fenómeno geológico único en el órbe. La tradición registra que la población india era numerosísima, degenerada indudablemente, pues no resistió un siglo a la conquista; perdió su idioma en los sobrevivientes casi sin dejar rastro; los chibchas desaparecieron no dejando tras sí huella ninguna de su dominación.

Al Occidente, Facatativá; al Norte, Zipaquirá, jalones que marcan los límites hasta dónde en el futuro se extenderá la Capital de la Colombia del porvenir. Pueblecitos regados aquí y allí; alegres y aseados encantan al que los visita y hacen sentir la impresión del bienestar de sus habitantes.

Sobre las carreteras, pesados carros se mueven lentamente al mesurado paso de las yuntas y el "orejón", con sus inmensos zamarros y descomunales espuelas monta brioso coreel, orgullo de la raza caballar en nuestra tierra.

La choza aquí y allí; por todas partes, el indio sumiso y servil que no supo conservar el recuerdo de Nemequene o Tusquejusa; abyecto, astuto y mentiroso vive la vida estéril, vegetativa dependiendo—del amo blanco que lo conquistara— sin recuerdos, sin tradiciones.

Atraviezan el valle del Funza dos carreteras principales; la de Occidente que va de Aguacalarga a la capital; la que en su parte más difícil llevara a cabo el Oidor Anunciabay por motivo de amor.

Los Pantanos de Tres Esquinas, intransitables casi siempre, se convertían en laguna profunda cuando el Funza crecía; para ver a su amada con facilidad Anunciabay, con trabajo de indios, levantó la piloteadura o alcantarillas, como hasta ahora se llaman, para formar el camino y sobre lo seco correr de noche a ver el alma de su corazón.

La otra carretera—la del Norte—quién la proyectó y qué motivo personal lo indujo a ello? No hay crónicas que lo narren. Terminaba en Zipaquirá, ahora años; en el día está proyectada hasta Cúcuta en los confines septentrionales de la República; gran parte de las viejas carreteras fueron utilizadas para el trazado de los ferrocarriles de la Sabana y del Norte, allá cuando el General Daniel Aldona gobernó a Cundinamarca después del 86.

Quando se introdujeron a Bogotá las primeras bicicletas se despertó por este ejercicio un entusiasmo frenético. Qué delicioso era correr sobre las carreteras, sobre todo en las épocas en que estaban bien conservadas, recientemente macadamizadas, afirmadas sólidamente bajo el peso de los potentes cilindros de vapor. Volar sobre el bicicleta empujando el pedal, sentir el viento sobre la cara, la extensión desvanecerse y ágiles las piernas pedalear siempre para ir más ligero, tan ligero que no fuera posible ir más ligero. Qué importan las pendientes o las contrapendientes? Pedalear con furia cuesta arriba, soltar los pies y dejarse ir cuesta abajo; qué importa todo aquello?.... Ir con velocidad, gozar de la velocidad, ir más ligero, más ligero!

Al Norte, donde se entrelazan las estribaciones y se forma la pequeña cuesta del Callao trazó, hace muchos años, el Ingeniero Enciso el proyecto de la carretera a Ubaté y Chiquinquirá; en época más reciente tocóme a

mi reformar y terminar tan importante trabajo. Vencida la cuesta del Callao y siguiendo siempre al Norte, cambia el aspecto de los terrenos; de las fértiles llanuras se pasa a tierras de loma casi estériles. Vegetación y calidad del suelo, todo cambia, pero por breve espacio; al poco andar, el vallecito de Tausa de nuevo reconcilia la vista.

Paredón inmenso de rocas se levanta cerca a Tausa en el punto llamado "El Biquerón," altísimo, siniestro. En roca viva la arenisca forma un abrupto para el lado del valle.

Sitio de recuerdos americanistas, es famosísimo este lugar: allí los indigenes que se sintieron orgullosos huyeron del español codicioso y lascivo, con sus esposas, sus hijos y tal vez sus tesoros. De la altísima cima del peñón de Tausa se lanzaron abajo, primero las hijas, luego las mujeres—tal vez con ellas los tesoros—y luego ellos, uno a uno danzando la danza de la muerte. Como el montón se hizo tan alto, los últimos cayendo sobre fondo muelle—desgraciadamente para ellos—no murieron; esclavos fueron a pesar de sus deseos de libertarse con la suprema y única libertadora de los hombres; la Muerte.

Al poco andar, y bajando una pequeña estribación, se descubre el valle de Ubaté; la otra sabana, tal vez más magnífica que la de Bogotá, más pintoresca indudablemente, porque tiene el encanto que las musas de agua dan al paisaje. El lago de Fúquene, el de Cucunubá, el de Letrán y otros tantos animan el panorama; el verde intenso de los potreros se va desvaneciendo—a la proximidad de las aguas—en el pajizo amarillento del juncal y luego el agua, no azulada ni limpiada como la de los lagos de Suiza, sino de color sucio de lodo y apariencia de masa profunda.

De la cuesta se columbran las tierras que van a Simicaja la fértil, a Saboyá... y en lontananza se presiente a Chiquinquirá—no diré la religiosa—sino la de las romerías.

Ubaté, llamada a un gran desarrollo comercial e in-

dustral agrícola debe ser ahora muy diferente de cuando yo la visitara, por última vez, hace más de diez años. Es para todos bien sabido que aquellas tierras son las más fértiles que existen en Colombia; que su cría de caballos es la primera del país; que sus haciendas son las más valiosas. Pero no es para ocuparme de esto aquí; con los recuerdos de mi primera infancia los que quiero evocar. Cuando con mi padre, por primera vez, fuimos a la Villa de Leiva.

En vez de seguir el camino de herradura que lleva a Ráquira tomamos canoa y, atravesando el lago de Fúquene, fuimos—no me acuerdo a dónde—al otro lado de tanta agua que, a mí, me pareciera el mar.

Rizaba el viento la tranquila superficie de la laguna y la ola pequeña golpeaba contra la canoa.

Así es el mar? le preguntaba yo a mi padre. El me refiriera entonces las olas, las verdaderas olas cómo son; el azul bello de las aguas del mar no comparable con el turbio, amarillento color de las aguas del lago. "En el mar, él me decía, tú puedes abrir los ojos dentro del agua y verlo todo tan claro como a la luz del día; aquí imposible." Y tantas cosas que yo le preguntara sobre profundidad, él me explicara inconcebibles para mi infantil imaginación.

De los buzos me hablara, de los que él viera en Panamá cuando joven; cuando, maestro de escuela, anduvo con los chiquillos—sus pupilos—allá en las playas inmensas que deja en retirada el mar, que un día, hace cosa de tres siglos, Balboa, el primer blanco pisó con la cruz y la espada. De los fondos del mar, tan llenos de cosas extraordinarias; las esponjas y corales creciendo como árboles de la misteriosa vegetación submarina; los peces, habitantes de esos mundos, corriendo como ratones sobre el fondo de arena fina y suave que no lastima el pie, y qué más me contaría en aquellas horas de navegación por Fúquene? Yo no me acuerdo, sólo sé que alorado le oía, pendiente de sus labios... Y la oleada suave de la laguna golpeaba la canoa murmurando algo como un arrullo.

Pasaron tantos años, tantos que no llevé la cuenta y, un día, antojado de ver los lugares donde corrió mi infancia, díjale a José María Plata: "vámonos a veranear a la Villa de Leiva, a ese rincón del mapa que nadie conoce en Bogotá y que para mí guarda los más grandes recuerdos."

Nos fuimos a Simijaca, a la mansión señorial de los Uribe Buenaventura como centro de nuestras excursiones por Leiva, Chiquinquirá y sobre todo, el desierto de la Candelaria, donde sabíamos que frailes agustinos llevaban vida austera, tan sólo comparable con la de los Padres antiguos Pacomio y Eutimio.

Ignoro la crónica de quién fuera el feudatario o encomendero que dirigió para él y los suyos la señorial mansión; pero estoy seguro que fue hombre poderoso y atento a su bienestar. Los rasgos distintivos del carácter del hombre se encuentran en todo, en todo lo que hace y—fuera quien fuera—el que planeó la mansión de Simijaca, dejó en ella impresa su personalidad.

Dos torres cuadrangulares adornan la manoir; amplias, espaciosas, claras son las piezas de habitación en ellas. Diéronnos los Uribe -tíos de José María - para él y para mí uno de aquellos departamentos; querían dejarnos en libertad; ellos tan religiosos, y si se quiere beatos, a nosotros, jóvenes turbulentos y bastante *non sanctos*.

Viviéramos entonces Chepe y yo en la más grande intimidad; la intimidad de jóvenes ligados en la carrera del placer y el derroche; sin pensar en nada que no fuera sino placer, fiesta, orgía, deleite material o espiritual. Buscar sensaciones, fueran las que fueran, pero sensaciones.

Montábamos, durante nuestra permanencia en Simijaca en los mejores caballos de los Uribe; rezábamos con los tíos de Chepe el rosario y lleváramos a nuestra torre la más regordeta sirvienta en seguida. Buenos y cariñosos tíos de Chepe, cuánto debimos hacerlos sufrir!

Más de veinte años se habían corrido desde que yo, un niño, viviera en la Villa de Leiva con mis padres y

hermannas, de donde fui enviado a la Universidad en Bogotá. Veinte años que se pasaron tan breves y tan cortos! Carrera hecha, porvenir lisonjero; yo, el Doctor, mirábalo todo fácil, sin dificultad, hacedero. El país que progresaba con rapidez maravillosa y yo un elemento de ese progreso, empresario fecundo y audaz. La noción de dinero era vaga para mí; tentalo, qué me importaba lo demás? Parásito de mis antepasados que me legaron pingües caudales sabía gastarlos y, en el afán de aprender y sentir, derrochara una de las mejores fortunas de Colombia. Empero, viene esto al caso!

Desde los primeros días de nuestra llegada a Simijaca emprendíamos, con José María, largas escursiones sobre la laguna. Hábil como fuera yo en el manejo de las embarcaciones que mi padre me enseñara; practico además con la experiencia adquirida en el Hudson, el Schulkil y en otros rios de la América del Norte; enseñado a manejar canoa en el Saldaña y en el Magdalena, pilotaba la nuestra sobre el inmenso Fúquene con mi amigo un poco temeroso de tanta agua. Saliendo por un vallado de la hacienda, entrábamos a Letrán y de ahí a Fúquene, en escursiones que, con Plata llamábamos de los Argonautas: Jaxones éramos en busca del vellocino!

Por las tardes, montábamos los mejores caballos; aquellos briosos, indomables brutos que en Sogamoso y Simijaca se crían. Aquí un episodio de nuestras andanzas:

Volviéramos una tarde del pueblo, Chepe y yo, caballeros en dos potros; de repente, un tronco caído en un vallado hizo asustar a mi caballería; templó la rienda y, al hacerlo, la cabezada del freno se reventó y éste traído por la rienda vino a dar sobre el pecho del caballo, que partió entonces, loco, desesperado. El nire me silbaba en los oídos durante la frenética carrera; al entrar al puente de Simijaca restallaron los cascos del bruto sobre el entablado y ensurecióse más. Allá distante, la puerta de la hacienda cerrada; era indudable que al dar contra ella el caballo ciego se mataría matándome.

Un "orejón" se da cuenta de las cosas; vuela sal-

vando vallados y abre la puerta; mi caballo entra en la magnífica alameda de sauces y llega al patio de la señorial en donde sobrecogido se detiene. Al ruido de tan intempestiva entrada el buen Don Rafael suspende sus rezos y viene a ver qué pasa.....

Tras una corta permanencia con los Uribes resolvimos continuar la escursión y emprendimos nuestro viaje a Leiva—la villa de los recuerdos míos y de otros—; aquí nació el héroe de San Mateo; aquí murió Naríño; pero qué me importaba todo esto si en ese rincón pasara yo la edad de tránsito entre la infancia y la pubertad?

Aquí la casa; el huerto de frutales y tanta cosa con que mi padre supo embellecer su retiro; aquí el convento de carmelitas donde todavía se tuviera el recuerdo de la Madre Felicitas, la mayor de las Gambas; allá el convento de San Agustín, en donde las señoras Umañas recibieran las primeras visiones y el mandato celeste de fundar un hábito terciario de la Orden de Santo Domingo, y el Padre Saturnino Gutiérrez, predicador insigne, capellán de las monjas; el Cura, Dr. Mateus, fértil en horripilantes historias de aparecidos, de bandidos y de crímenes!

Todo eso iba a volverlo a ver tras más de veinte años de ausencia. Los caminos míos, tan conocidos, iba a ver de nuevo; los inmensos trigales en donde bandadas de tórtolas opacan el día también los iba a ver; todos esos campos, teatro de nuestras cacerías con Francisco, mi hermano mayor, habíalos de encontrar de nuevo; los pozos de la quebrada que tan inmensos me pareciera de niño los iba a encontrar ahora. Y cómo no encontrar también a las señoras Flores, tan buenas, tan amigas? Qué recuerdos! Caminábamos con Chepe hablando de todo eso, esperando maravillas, él por mis descripciones, yo por lo que llevaba adentro.

En Suta cambia enteramente el paisaje: una meseta ondulada se extiende hacia adelante, Avida en apariencia y semejante, según dicen todos los que conocen, a los eriales campos de la Mancha por donde el de la Triste Figura caminaba sobre su flaco rocín buscando andanzas.

Caotus espinosos constituyen la principal vegetación y el pimiento, casi árbol, gracioso y perfumado. El suelo, arenoso y calizo, está poblado de fósiles, testigos de su edad, el Jura, inferior al Cretáceo, rico en enormes animales de formas fantásticas y de cuyos esqueletos fosilizados surgió—en los antiguos que los encontraron—la leyenda de dragones, quimeras y otros animales fabulosos. Allá en el confín, cerca a los cerros altos, la Villa de Leiva se coligé por la tupida arboleda de olivos casi negros, símbolo de paz.

Por fin llegamos al silencioso rincón término de nuestro viaje. Pero qué desilusión!; las cosas no me dijeron nada. Quién habría cambiado, ellas o yo!

Pequeño todo y feo me pareciera; el pozo de la Colorada no me llegaba a la rodilla; el buen Padre Mateus hacía mucho que había muerto; las carmelitas, donde se recordaba a la Madre Felicitas, no me brindaron el suave bizcochuelo que en otros tiempos preparaban para mí; el Padre Gutiérrez me habló de política.....

Qué horror!; todo era otro, inconcebiblemente otro, y para colmo de desgracias tuve que soportar las chanzonetas del amigo, compañero de viaje, que en el triste rincón esperaba hallar un paraíso con hurles y lo demás.

Desilusionados, qué podíamos hacer? buscar seneciones en Chiquinquirá o ir a buscarlas de más altos quillates en el desierto de la Candelaria!

—Vámonos donde los frailes, le dije a mi amigo, vámonos a vivir con ellos unos días. Entre ellos viviremos la vida austera y tèmpera que vivieron los Padres del desierto; vámonos allá.

José María quería irse para la ciudad de las romerías donde hay bonitas muchachas y mucho movimiento; pero convencido que mejor nos quedaba ir primero donde los agustinos y luego a otras partes.

En el erial manchego de esta altiplanicie se levanta el Convento, inmenso edificio que la piedad española fabricó un día para el retiro y la meditación; allí viven los Padres Recoletos, según la Orden del más atrevido—y si

pudiéramos decirlo así—el más científico Padre de la Iglesia, del innigne San Agustín.

Orden extraordinaria, los agustinos se han disputado el dominio de la fe; Calvino, Zuinglio, Melancton y Lutero, hombres de fe ardiente, fueron hijos del Patriarca de Hipona y muchos de ellos vistieron su hábito adusto y frío como la fe que predicaban.

Al lado del convento, inmensas hospederías sirven para aposentar a los peregrinos que, por épocas, concurren a millares a purificar sus almas—en este paraje solitario en donde se venera milagrosa imagen de la Virgen en su advocación de la Candelaria.

Difiere el lugar de otros muchos de peregrinación en Colombia en algo que no sé cómo definir: la Candelaria es absolutamente diferente de Chiquinquirá en el Norte, de Las Lajas en el Sur. Sea la severidad de la Orden monástica que maneja el Santuario, sea lo erial del panorama, sea lo que fuere, las peregrinaciones a la Candelaria no se asemejan a las otras.

Como a las dos de la tarde arribamos a la puerta del Convento, apeándome llamé. Un monje flaco, casi esqueletizado, vino a la portería.

—Qué quiere Usted?

—Quiero ver al Padre Superior o al que manda en el Convento, respóndle.

—Está en el coro, contestó el portero.

—Pues dígame que dos jóvenes de Bogotá, conocidísimos como calaveras, desean hablar con él, para que les dé permiso de vivir unos días con los frailes.

—Ah, si vienen a peregrinación, ahí están las hospederías; vean dónde quieren alojarse.

—Nó, replíqueme, queremos vivir adentro, con los frailes; vaya, buen hermano, hable con el Padre Superior. Dele esta tarjeta mía.

Pocos momentos después el Padre Lanuza, entonces Superior de todos los agustinos de Colombia, vino al locutorio.

—Querían hablar conmigo?

— Si señor; desearíamos pasar unos días en el Convento, pero en el Convento, con los frailes; no venimos por devoción, no somos peregrinos, somos buscadores de sensaciones y queremos experimentar la de lo místico; por esta razón pedimos la hospitalidad adentro, no en las hospederías.

Mirábame el fraile sorprendido, no sé si disgustado por tal atrevimiento; pero ahora pareceme que un sentimiento inmenso de caridad llevólo a hacer lo que hizo.

— Trescientos años, dijo, tiene de fundado este Convento, jamás se ha recibido a nadie adentro; pero como Uds. lo desean, vengan a vivir con nosotros el tiempo que quieran. Entren.

Ordenó que nos abrieran la puerta y se nos preparase la celda del Padre Bustamante, ilustre bogotano, hijo de San Agustín, muerto no hacía mucho.

Ancha, espaciosa, blanca, la celda del Padre Bustamante tenía ventanitas al frontis del edificio y del lado de adentro comunicaba con el amplio corredor del claustro patio; a la izquierda, y pasando la rejería, se iba por el corredor al coro. Por la derecha, la ancha y elegante escalera de piedra que da al piso bajo, al otro claustro de magnífica construcción; de éste se pasa al huerto arbolado, por en medio del cual el río corre cristalino, limpio y tranquilo cual la conciencia de los moradores del convento. Árboles frutales embalsaman el tibio ambiente de la huerta; aquí y allá, entre claros del bosquejo, los cuadros de legumbres y hortalizas cultivadas con la más grande solicitud.

Cuatro días pasáramos, en delicioso recogimiento por mi parte, en la celda del viejo fraile bogotano que después de la desamortización siguió viviendo solo, año tras año, en el convento, incansable pidiendo a Dios el regreso de sus hermanos. Y así consiguiéralo al fin. Día de infinito júbilo para el casi centenario monje fue aquel en que la puerta de la Candelaria se abrió gozosa para recibir a los que volvían tras largos años de ausen-

cia. Después murió contento, según cuentan, cantando salmos de alegría.---

Por las noches, paseándonos en el anchuroso corredor, el Padre Lanuza y yo disertábamos sobre temerosos puntos de doctrina: la gracia me preocupaba entonces tanto sin poder penetrar en el misterio. Cuando pasáramos por frente a la puerta de nuestra celda oíamos los atronadores ronquidos con que José María Plata pregona- ba su complexión rubusta y su indiferencia por las cosas del cielo.

Por la mañana, al coro. Con qué placer me acuerdo de los sitiales antiquísimos de maravillosa talla y la pequeña iglesia al pie, sencilla, encantadora, en donde los pocos vecinos del contorno se agrupaban a las plantas de *Madona Candelaria*, la milagrosa.

Y en tanto que yo me dedicara a empaparme en la deliciosa atmósfera de misticismo y austeridad monacal que me rodeaba, Chepe destapaba botellas de cognac y leía novelas francesas tendido en su cama, indiferente y aburrido.

Una noche, queriéndole jugar una mala pasada, fui-me furtivamente a las ropas y acomodéme un hábito; entré silenciosamente a la celda apenas iluminada por una mortecina vela y acerquéme con paso cauteloso a la cama del durmiente. Jamás hiciera aquello! Despertó Chepe y al verme se llenó de terror. Trabajo me costara convencerlo de que yo no era el Padre Bustamante.

Ráquira—pueblecito alegre y solado como pocos — es famosísimo por sus locerías ordinarias y por las espléndidas arcillas que, para todo orden de industrias cerámicas, se encuentran en sus contornos.

Mucho antes de que mi padre se retirara a la Villa de Leiva acostumbraba, con la familia, veranear en Ráquira; allí me acuerdo haber pasado épocas deliciosas en mi infancia lejanísima.

Proseguimos a Chiquinquirá lugar en donde, entonces como ahora, se hacía el gran tráfico de reliquias auténticas y esmeraldas de contrabando, provenientes estas últimas de las minas nacionales de Muzo.

Comercial, activa, Chiquinquirá es un centro de primera importancia, como que afluye la mayor parte del comercio de Santander; la enriquecen además miríadas de peregrinos que incesantemente concurren en grandes bandadas diarias y cada siete años (en tumulto, en oleadas) a la fiesta magnífica que se celebra en honor de la venerada Imgen.

Son típicos los romeros peregrinos a Chiquinquirá. Van por partidas más o menos numerosas, hombres y mujeres. Adelante uno, a paso moderado, sopla en la *Chirrimía*—especie de flauta chillona—sin descansar un instante; detrás, otros con capadures, tiples y panderetas lanzan una tonadilla monótona y triste; luego los hombres de la caravana, caballeros en toda clase de bestiaje, con sus grandes zainarras de cuero, aire distraído y fatigado; en seguida las mujeres, cabalgando en bestias enjuegadas a la antigua sobre sillón, las más veces ricamente bordado de plata; tras las hembras los peatones, los pobres que se apegan a un romero rico; y por último las cargas de equipaje, los bastimentos y otros bártulos del viaje. Así vienen desde lejos, de muy lejos, de Venezuela, sabe Dios de dónde más... Y por los caminos, la chirrimía sonando incansablemente, avisa a las gentes que pasan hombres y mujeres en busca del milagro.

Aquí una anécdota grotesca: No hace mucho, una viejecilla principió a cegar de un ojo y resolvió ir a Chiquinquirá a pagar promesa, era la fiesta de los siete años; los cohetes rompían el aire, la pólvora se quemaba por hacer ejercicio. Llegó la buena vieja a la plaza del pueblo y, en ese instante, un cohete mal disparado vino a reventarle el ojo que trajera sano; ciega entonces la infeliz mujer, gritaba desesperadamente, llena de rabia y de dolor: "Madre mía de Chiquinquirá!, dejadme siquiera el ojo que *truje*!!!"

Por el río de la Balsa se comunica la ciudad con el gran lago de Fúquene y una parte del comercio se hace en canoas a Ubaté. Son negras estas canoas como las góndolas venecianas y en vez de trapa les acomodan velas tejidas de junco, quizás reminiscencias de los ancestros malayos de los indígenas.

Don Enrique París creó que fue el primero que pensó en desecar el lago de Fúquene para poner en valor los cientos de miles de hectaras que su superficie representa. En terrenos de la calidad de los de Ubaté y Sinijaca, Fúquene significa un valor como de varias decenas de millones, la obra no es de costo exorbitante.

El insigne hombre de ciencia, don Rafael Nieto París, ideó el primer proyecto canalizando el río Saravita desagüero de la laguna. No se llevó a cabo esta empresa; más tarde el señor José María Sarabia la proyectó de nuevo, no ya por la canalización del río, sino por medio de un túnel que, atravesando la estrecha cordillera, formara desagüe sobre el valle de Tinjacá. Nada se ha hecho hasta el presente a pesar del halagador prospecto que brinda a los capitalistas esta empresa. En los últimos años, el malogrado ingeniero Pedro Defrancisco, trabajó bastante en la localidad.

Pero debemos consentir que una belleza natural cual lo es Fúquene se destruye en favor del mercantilismo en un país que tiene todas sus tierras desiertas! Es preferible que en vez de desecar a Fúquene vayan las gentes a trabajar las tierras, feraces cual ningunas, de las márgenes del río Minero, actualmente abandonadas e incultas. Déjese a Fúquene cubriendo con sus aguas amarillentas y profundas los millones en que se estima su fondo; déjese el bello lago para recreo de todos; déjese las bandadas de patos que por épocas vienen desde el lejano Norte. A la manera como otros gobiernos consagran y conservan las bellezas naturales y cuanto Dios hizo para encanto y distracción de todos, conserve nuestro gobierno los bellos lagos que dan a la sabana de Ubaté encanto y animación únicos y especiales en Colombia.



El pueblecillo de Fúquene situado sobre una pequeña colina que domina la laguna es el asiento de los únicos aborígenes chibchas que tal vez conservan alguna tradición, algún recuerdo de la cosa antigua; tal vez alguna reminiscencia desteñida y débil del gran Quemuenchatocha, el tremendo, el que desorejara a los emisarios de los Quezadas. Conversando un día con el Cura de Fúquene (cuando yo anduviera trazando la carretera de Ubaté) a propósito de los indios, le manifesté mi extraordinaria curiosidad por saber si ellos, en el fondo de su conciencia, conservaban algún recuerdo tradicional de su tiempo, alguna noción del perdido idioma que millones hablaron en la época de Zaques y de Zipas; manifestéle la creencia que yo tenía de que tal vez, entre ellos, por una especie de masonería, se fueran transmitiendo en señaladas familias los recuerdos perdidos para todos de su raza y su idioma. La misma preocupación mía tuviera el Cura; él me contó, cómo investigando en el confesionario, había logrado adquirir el barrunto de que algo de eso existe, de que hay tradiciones conservadas pero que nada cierto se podía inquirir.

Si entre chibchas hay algo positivo en materia de leyenda tradicional es en Fúquene la única parte en donde tales tradiciones y leyendas se han de conservar; puede ser que ellas tengan algo guardado; algo por lo que los historiadores dieran... que nó dieran por saber! Nada de raro tiene que, en la forma de verdadera masonería, secretos históricos, de la más alta importancia, se vengán transmitiendo de padres a hijos entre aquellos feos indios que pueblan los alrededores del lago y cuyo odio por los blancos es bien conocido.

Tribus feroces poblaron las márgenes del río Minero y del Carrare cuando el superhombre Quezada subió de Santa Marta a la altiplanicie de Bogotá—no se sabe por qué milagro—conduciendo caballos. Los Muzos fueron el terror de la pequeña salauge española; ebrios de furor, de

carnicería y de antropofagia estos demonios no se dejaron reducir.

Semejantes a los Gnomos, perversos y maléficos, guardan los muzos, los tesoros de la tierra. Guardaban la esmeralda, la piedra preciosa por excelencia, la irreproducible, la infalsificable, y la guardaron bien. Cuando dominaron al chibcha los españoles preguntáronse de dónde vendría el oro que en Sugamuxi y en otras partes ofrecíase en profusión tan grande. Dónde no había minas de oro; cuál fue la fuente que al chibcha le llevara el oro? La sal en primer término; Zipaquirá dió a los súbditos de Nemequene—como ahora está dando a la República—el producto natural cambiante por oro u otras cosas y en segundo lugar, las esmeraldas, las piedras verdes que los muzos arrancaban a la tierra desde entonces. La sal de Zipaquirá y las esmeraldas de Muzo trajeron a los chibchas el oro de Antioquia lejano, como a Salomón le llevaba Hiram las maderas preciosas y el oro de Ophir.

Así es la tradición; desde los tiempos bíblicos y los más remotos aún de las fábulas indias, la noción económica de las corrientes comerciales se nos viene manifestando: un producto aquí es estimado allá y de allá viene en cambio, lo que se necesitara aquí.

Por el intercambio de la sal y la esmeralda llegaron a las tierras del Zipa el oro; las especias y las plumas de las aves raras, las aves de los climas en donde el sol brilla y la atmósfera es tibia. La corriente comercial en la prehistoria chibcha se comprende fácilmente, es la misma corriente de todo tiempo, de todo país y de toda edad, de cuya observación Adam Smidh hizo una ciencia de observación como lo son todas las llamadas ciencias naturales.

En la historia de las minas de Muzo hay un misterio impenetrable que el hombre de estudio quisiera descifrar. Cuánto han producido las minas? Cuáles han sido las mejores esmeraldas? Desgraciadamente nuestros gobiernos no se han preocupado nunca por llevar una estadísti-

en forma, ni conservar datos valiosísimos para la verdadera historia en nuestra patria.

La formación geológica de las minas de Muzo se desarrolla dentro del inferior al Cretáceo y algunos pisos encima de él. Cuando las grandes intrusiones de granito moderno que determinaron el relieve de las cordilleras colombianas, hacia la terminación del período Cretáceo, la intrusión, en Muzo, determinó la liberación de algunos elementos—entre ellos el berilio—que se hicieron solubles en las aguas magmáticas, fueran eyectivas o fueran superficiales. Ellas llevaron en solución los silicatos que gota a gota—en un lapso de tiempo que pudiéramos llamar infinito—se cristalizaron, por cristalización lenta, hasta formar la piedra verde. Cuántos millones de años transcurrieran para cristalizar una esmeralda? La esmeralda de Muzo es suigéneris, no puede confundirse con ninguna otra: no es la oriental—corindón teñido de verde—ni es tampoco el beril hallado en algunas rocas ígneas en Francia y otras localidades. La esmeralda de Muzo es el producto del tiempo, la cristalización lenta en el gran laboratorio de la naturaleza, única que tiene el dominio de este factor inaccesible a la codicia humana: la variación en la sucesión.

Por eso es tan bella la esmeralda colombiana, porque fue hecha con el mismo más grande por la madre que tenía el tiempo a su disposición, fabricándola despacio en la sucesión de las miradas.

Las esmeraldas de la calidad de Muzo que se hallaron en tanta profusión en el Perú son el signo cierto de hasta dónde se extendiera el comercio del chibcha, en todo caso no directo, pero de mano en mano; si las esmeraldas fueron conocidas al principio como del Perú débese a que el comercio chibcha las enviara hasta allá.

Las minas de Muzo no ha mucho estuvieron constantemente dadas en arrendamiento por el Gobierno Nacional a compañías explotadoras; entre estos arrendatarios debe citarse a don José Ignacio Parin del cual se refiere una interesante anécdota. Dicese que buscando un

venero rico gastó íntegra su príncipezca fortuna; cuando sólo le restaban unos miserables reales llamó a sus peones y les propuso trabajar con el mayor empeño el último día para que alcanzara el dinero. Un indio viejo indicó el sitio donde debieran trabajar este postrero día y, oh maravilla! saltó la verde en tan inmensa cantidad y buena clase que el Señor Páris, yéndose a Europa, remedió con creces el desastre de su fortuna figurando aún en la Corte Pontificia, como el rey de las esmeraldas. Tántas llevan que por poco se vuelven comunes! Como muestra de su gratitud a la tierra—su patria querida por otra parte—que tanto lo enriqueciera, regaló a Bogotá la obra maestra de Tennerani: la estatua del Libertador que se levanta en la plaza Bolívar de la Capital.

Son las minas como las mujeres: cuando quieren ser buenas no hay igual, pero ay del que las encuentre descontentadizas y esquivas! Los españoles trabajaron por socabón los delgados hilillos del venero irregular; más tarde se cambió el método por el tajo abierto que aunque envuelve un descomunal movimiento de tierras alcanza a penetrar en todos los senos de la formación. Los trabajos en la actualidad—llevados a cabo por el gobierno mismo—son de una magnitud bien considerable.

Encuétrase la gema en hilos delgados y vénulas de calcita en el sedimentario dolomítico de los pisos inferiores del Creta. Encuétrase asociada la esmeralda con bellísimos cristales de calcita, cuarzo y pirita; de formación posterior a esta última pues se hallan a menudo bellas esmeraldas con inclusiones de pirita en su interior. El raro carbonato de cerio [la Parisita] aparece también asociada con otros carbonatos del grupo.

Entre las más grandes esmeraldas se cita la que el Gobierno de Colombia regaló al de Francia en tiempos del segundo Imperio y que fue tallada en forma de copa; el Papa las ha recibido también buenas y grandes, pero no se tiene minuta especial de ellas.

Muzo ha sido explotado por el contrabando y el fraude en grande escala en toda época, aún ahora, apesar de la

severísima vigilancia, hay un gran tráfico de piedras robadas cuyos principales mercados son Chiquinquirá y Ubaté.

Distínguese Muzo por otra maravilla del reino animal: sus bellas mariposas, insectos que uno imaginara tomaron los colores de sus alas en las fuentes mismas donde se cristalizan las gemas. Famosas han sido y sobre todo de gran valor cuando dentro del cuerpo del insecto se colocaba un lindo *canutillo* que salía con el entomologista fuera del radio de vigilancia activa; también las tominejas (colibríes) sirvieron para distraer piedras y sacarlas afuera.

No es en Muzo y Cosquez la única localidad en donde existe la esmeralda colombiana, ni tampoco allí es el Gobierno nacional dueño exclusivo de todos los veneros; muchos particulares poseen minas en esta región y la formación esmeraldífera parece ser extraordinariamente vasta. En Somondoco—región bien distante de Muzo—fue en donde los españoles encontraron los primeros yacimientos de esmeraldas; los indígenas de esta localidad no poseían ni el valor ni la ferocidad de los canibales muzos. Dando tormento, a aquellos infelices, los codiciosos conquistadores se hicieron descubrir las minas de la localidad; después de agotar sus esfuerzos en explotaciones poco fructuosas en Somondoco y tras lucha encarnizada con los Gnomos del río Minero lograron apoderarse de las minas de Muzo y comarcas aledañas; pero de sus trabajos en la otra comarca dejaron recuerdos terribles. Los yacimientos dormaban en una altura a cuyo pie corre el río Somondoco; en la parte alta no había agua para la explotación del venero. Los españoles vencieron la dificultad formando con iniriadas de indígenas una cadena—especie de noria humana—desde el río hasta la cumbre, de mano en mano se pasaban de unos a otros los pobres indígenas, las vasijas llenas de agua, las que una vez vaciadas en la altura, regresaban para llenarse de

nuevo en el río; por la una fila de indios subía el agua, por la otra bajaban los trastos vacíos. Bajo el látigo de implacables cómitres las pobres bestias racionales trabajaban hasta caer muertas de fatiga. La tradición conserva el recuerdo de más de doce mil víctimas en menos de una semana!

Cuando tenía mi Oficina en Bogotá—muchos años después de la excursión sentimental que efectuamos con Chepe Plata a Leiva y otros parajes de recuerdos—fui llevado al Valle de Tenza (a Guateque) a una consulta relacionada con minas de esmeraldas: en una estratificación semejante, pero no idéntica, a la de Muzo se había encontrado un nido de soberbios cristales (de tamaño extraordinario) de aguamarina (esmeralda incolora), diáfanos y de perfecto brillo. Entonces tuve ocasión de visitar el pintoresco Valle de Tenza, el cual en realidad no es valle pues el terreno es bastante accidentado, lo que no significa nada, ni quita un pelo al primor de la localidad. Fogonera de pueblos agrupados, mejor diría ciudades: aquí Guateque; al frente Garagon; por más allá Manta; más allá Somondoco, etc. Población densa, activa y laboriosa; terrenos en los cuales no se ve una sola pulgada desperdiciada, con además cultivo de árboles frutales tan extensivo y bien hecho que es todo aquella bendición de Dios. Se producen aquí las mejores chirimoyas del mundo tanto por su tamaño como por su dulzura y calidad; manzanas que sólo en Duitama se ven mejores; duraznos y cuanta cosa puede imaginarse de las que, en materia de frutas, produjera aquel jardín delicioso que nuestros primeros padres tuvieron que abandonar por una majadería según se nos enseña en la escuela.

Fuíme a bañar al río Somondoco; sus aguas limpiadas, verdosas y profundas me atrufan; sentado sobre una piedra a la orilla pasaban mis ojos del río al alto cerro minero en donde demoraron las antiguas explotaciones; con la imaginación pensaba en la miseria humana; en los pobres somondocos que caían exhaustos bajo el látigo cruel de los cómitres.

Miraba distraído hacia el lado de arriba, río arriba, e hirió mi vista una blanca casita que se destacaba en medio de un potrero.

— Quién vive ahí!, preguntéle al mozo que me acompañaba.

— El señor N N***.

— N N***!, repliquéle admirado.

— Sí señor, me contestó el muchacho.

Una inmensa amargura me invadió; era mi amigo el que viviera allí solitario, lejos de todo ser humano y de toda compañía, víctima, el pobre, del Rey de los Espan-tos; me lo imaginaba ya deforme — él tan buen mozo, tan alegre y jovial en otros días — por la cruel ulceración de la más temida de las enfermedades. No me atreví a visitarlo porque comprendía que la visita de un antiguo amigo sería para él el peor de los suplicios.

Distraída mi fantasía tras la imagen del pobre elefancinco que en la flor de la vida y en el hervor de todas las esperanzas se veía en aquel rincón apartado del mundo, nuevo Job, en el podridero, fulme por los campos del ensueño hasta la lejana Agua de Dios — leprosería nacional bien descuidada entonces — acordéme de Adriano Páez, poeta insigne, enamorado de la Patria cual pocos; creí ver lo más horrible del dolor humano y oír el grito inmenso que al cielo se alza y que no puede distinguirse si es una súplica o una blasfemia! Piedad inmensa llenó mi corazón y, desde entonces, por la más singular asociación de ideas, la esmeralda — con su brillo suave y amable y su sonriente color — despierta en mi los más nobles pensamientos, el sentimiento de amor y caridad por toda la creación.

Los antiguos astrólogos colocaban sobre el mes de Mayo la esmeralda, vendrá mi simpatía por esta gema de la circunstancia de haber nacido yo en Mayo!

CAPÍTULO III

Las carboneras.—Ferrería de La Pradera.—Las salinas de Zipaquirá y Nemocón.—Hulla blanca.

No es mi propósito escribir aquí una monografía geológica del período hullero cretáceo y postcretáceo que determinó la formación de las potentes capas de hulla existentes en las serranías aledañas a la Sabana de Bogotá y otras localidades del país, para esto refiero a los lectores lo que yo mismo y otros tantos hemos escrito en revistas técnicas al respecto. Quiero tan sólo atraer la atención hacia el interesantísimo fenómeno geológico de las formaciones carboníferas que pudieran llamarse recientes.

En los alrededores de Bogotá, pero sobre todo en Tequendama, es donde se explotan mejores minas de carbón; luego en Zipaquirá, magníficas y, al otro lado de la pequeña cordillera de Sabá, en Subachoque, demoran yacimientos de la más grande potencia.

El inmenso lago que un tiempo fuera la Sabana de Bogotá, estaba lleno de gofos y entre ellos, sin duda alguna, el más grande fue el que metiéndose tierra adentro, hasta el pie de las serranías, formó lo que es ahora el valle—prolongación de la Sabana por ese lado—que se extiende desde cerca a Funza hasta más allá de Subachoque.

Hacia años que el Dr. Pedro Carlos Muirique comenzara la explotación de ricos yacimientos sideríticos en su hacienda "La Pradera"; con un pequeño horno alto y carbón de madera, producía fierro cual lo hiciera, también por ese tiempo, don Roberto Bunch en Pacho.

Más tarde formóse una compañía de poderosos empresarios, tanto por su dinero como por sus energías; héroes del trabajo en Colombia, los señores Barrigas, (don Julio y don Juan Pablo) y don Alejandro Arango se asociaron con Muirique para fundar, en grande escala, la Ferrería de La Pradera.

Dinero gastado en masas, energías derrochadas en bloque eran los elementos necesarios para llevar a cabo tan descomunal propósito, ingenieros, obreros especiales, maquinaria, herramientas y enseres, todo había que traer de Norteamérica o de Europa y con qué costo!... Ningún ferrocarril todavía cuando comenzaron a introducirse aquellos fierros, fierros inmensos, moles pesadimas que no se sabe cómo pudieron arrastrarlas desde el Magdalena hasta la altiplanicie. Pero las energías no desfallecían ni los dineros se agotaban: factor humano y factor económico, lo indispensable para llevar a cabo obras industriales.

Fue Mr. Miller el primer ingeniero que proyectó las cosas. Muy notable como especialista en su tierra y muy borracho; pero cosa increíble, lo vi dibujar cayéndose, gráficos de la más alta precisión. A veces ebrio andaba por andamios altísimos con la agilidad de un mono. Soberbio y agrio de carácter era Mr. Miller, pero su técnica indudable, altísimas capacidades, lo hacían acreedor al respeto y a la confianza de todos.

Estaba finalizando la revolución del 85; la *reforma de Núñez* se veía siendo su primer medida, la clausura de la Gran Universidad, centro peligroso para las nuevas ideas que se venían encima triunfadoras por medio de la brutalidad de la guerra civil.

Estaban concluidos mis estudios y había ido a vivir con mis padres en "El Tejar"; allí me dedicaba al ejercicio y continuaba con mis libros en repaso mientras pasaba la borrasca para dar principio al ejercicio de lo que aprendiera en los claustros de Sr'n Bartolomé y la Quinta de Segovia. Al bordo de un barranco que mira al río —el Río-frio— se elevaba la casa en donde mi padre viviera tantos años; una alameda de eucaliptos, que entre los dos sembramos, da entrada a la propiedad. Árboles queridos que crecieron tan pronto y tan robustos!

Dispuesta la casa con la cómoda extravagancia que mi padre supiera imprimir a sus fábricas era cosa nueva en aquellas tierras del Distrito de Cajicá de cuya pa-

roquia sólo distaba un cuarto de hora. Como un nuevo Robinson, mi padre construyera por sí mismo tres espléndidos botes con viejos gruesos troncos de sauces centenarios que enantes bañaban sus hojas en la corriente límpida y profunda del Río frío. Abajo de nuestra casa, como a un cuarto de legua, el curso de agua estaba represado por la esclusa de un molino y, a causa de esto, daba campo, en esa distancia, para la navegación. Días enteros pasáramelos yo en la barca dejándome arrastrar por la suave corriente, leyendo o estudiando, y cuántas noches, con mi madre y hermanos, que tocaban admirablemente la guitarra, nos íbamos a andar sobre el agua, bajo el cielo estrellado y lunación clara de las noches del norte.

Laureano García vino a pasarse con nosotros algunos meses, huyendo de la detestable situación en que se encontraba Bogotá por entonces; también viviera en casa mi tío Guillermo y, por las noches, como dormíamos los tres en el mismo cuarto, nos embelesábamos con su chispeante ingenio, con aquella memoria prodigiosa que no olvida nunca ningún detalle. Qué relatos aquellos! Qué incidentes tan típicos; lástima no se hubiera coleccionado las reminiscencias de ese hombre ostupendo!

Con el deseo de adquirir práctica en la ingeniería mecánica resolví entrar como simple obrero en la Ferretería de La Pradera y fuíme un día para ser recibido con el mayor agrado por uno de los Arangos, entonces Superintendente de la Fábrica; multitud de jóvenes bogotanos, de las buenas familias, estaban allí en calidad de trabajadores sometiéndose a la labor dura y áspera en cambio de la enseñanza práctica. Allí Tomás Arango, el íntimo de los tiempos de las Sras. González; Pachito García, hermano de Laureano, y cuántos más! Contador de la Empresa era Francisco Jordán con quien, en otro tiempo, deseáramos irnos a habitar la paradisíaca Tunaco y nuestras relaciones se estrecharon más convirtiéndose en la inquebrantable intimidad que sólo desatará la muerte.

Jordán había seguido la carrera de ingeniería mili-

tar, valeroso y ardiente, tomó las armas con sus copartidarios y fue el Ayudante de Ricardo Gaitán Obeso, genio militar el más grande quizás que ha dado el país. Herido Francisco en Barranquilla de un balazo que le atravesó la garganta de parte a parte y que, por inexplicable misterio no fue mortal, peleó a los quince días en la Humareda; acabada la guerra—náufrago del desastre—fue a hacerse contabilista en la empresa de los Barrigas.

Nuestra chisladura entonces era la del perfeccionamiento moral; leíamos a Franklin y—en atmósfera tan propicia—la vida de Stephenson por Smiles; queríamos asemejarnos al hombre práctico y sencillo que supo cambiar los métodos de locomoción y dotó al mundo de una de las aplicaciones más grandes en sus consecuencias para el progreso de la humanidad y de la industria.

Llevamos el método frankliniano hasta el extremo de rayar cuadernos para el ejercicio de la virtud y la práctica diaria y metódica del examen de conciencia. Bastante platónico era sin embargo todo esto.

Yo tenía entonces amores en Bogotá y, todos los sábados, durante dos años que permanecí en la Ferrería, montaba a caballo a las seis de la tarde y a galope abierto recorría las once leguas que me separaban del nido de mi amor. Horribles a veces los caminos, con el fango a la cincha, devoraba no obstante la distancia, febril e impaciente; casi siempre al rayar las tres de la madrugada sentaba el caballo frente a la ventana de mi niña y ella, salía trémula y temblorosa. El domingo juntos, y por la noche, emprendía otra vez la frenética carrera para estar el lunes a las seis de la mañana junto al torno que giraba, giraba sin descanso haciendo saltar la viruta de metal como un hilo continuo. No sé cómo resistiera por tanto tiempo el violento ejercicio de los sábados, las emociones del domingo y el pesado trabajo del lunes con dos noches sin dormir. A veces, al regresar, el sueño me vencía; cuántas estuve a punto de caer!

En las horas de la madrugada todo tomaba para mí un aspecto fantástico: inmensos castillos orillaban el ca-

mino, templos descomunales, casas solnriegas cuyas paredes blancas daban reflejos que lastimaban la vista; formas fantásticas de todas las clases y de todos los tipos. Detenia el caballo muchas veces creyendo iba a topar contra un obstáculo, y abriendo desmesuradamente los ojos lograba al fin, por tremendo esfuerzo de voluntad, volver a la realidad de las cosas.

Después de la separación de Mr. Miller vino Warell, hombre que indujo a los empresarios a montar la fábrica sobre un pie de grandeza y magnitud que ningún capital colombiano podía resistir: descomunal horno alto, descomunales sopladores, descomunales máquinas, y las dificultades se presentaron. En esa época fue cuando don Julio Barriga mostró la heroicidad de su carácter, ejemplo semejante al de Bernardo de Palissi, lo quemó todo; metió su inmensa fortuna, la de los suyos; buscó dinero por todas partes, se sometió a todo con la fe ciega que es la única capaz de dar la inquebrantable tenacidad que hace los mártires en las religiones y los héroes en los campos de batalla o en los de la industria.

En la Pradera se sentía uno transportado a los centros fabriles de otros países: el humo de las chimeneas, el resoplar de las máquinas y el movimiento activo de los trabajadores hacían creer que, por un portento de magia, se hallara uno fuera de Colombia, la indolente y apática.

Pocas localidades han sido tan favorecidas por la naturaleza para establecer la industria siderítica como este rincón del Distrito de Subachoque: las minas, la cal y la hulla se encuentran próximas, unas a otras, en yacimientos potentes. Además, el río Subachoque da fuerza suficiente para una parte de la motorización. Es bien seguro que, si la empresa hubiera continuado sobre el pie modesto en que Miller la plantó, saliera adelante coronando con el éxito a los hombres valerosos que la fundaron.

Durante la primera época, en la Ferrería, se construyeron toda clase de máquinas y es de notarse que los primeros motores de vapor hechos en Suramérica se fabricaron allí; además se surtió de trapiches a todo el

interior de la República, lo mismo que de motores hidráulicos y fuera de todo esto, gran parte de los rieles del ferrocarril de la Sabana, salieron de la Pradera. Benéfica en extremo fue la labor que ejerció esta empresa en las inteligencias de los que allí trabajaron, aportándoles ideas prácticas, amor al trabajo duro y conciencia del honor profesional. De allí salieron multitud de moldedores, fundidores y mecánicos prácticos que han ido luego a otras partes llevando su contingente, su aporte al progreso general.

También se evidenció en la Pradera un hecho sumamente consolador y que todos deberíamos tener presente: es que el obrero colombiano, bien alimentado, es capaz de un trabajo si no superior por lo menos igual al del operario extranjero. Se vió esto con los puñadores, cilindros y otros de trabajo muy pesado que superitaron a los obreros ingleses de manera innegable; pero qué modo de comer aquella gente!

Desde la primera vez que la oí pronunciar en un sermón, hay una frase de la Escritura que se me viene en todo instante a la mente; pero no en el sentido tremendo de la mística sino en otro muy diferente: "TODA PALABRA TIENE SU ECO EN LA ETERNIDAD." Expresión en la que siempre he visto representado el principio de la conservación de la energía. El paso de lo real en el tiempo al potencial infinito de lo eterno. Consoladora en extremo ha sido para mí, durante toda la vida, la mencionada expresión bíblica. No hay trabajo perdido, cuanto se hace, de algo sirve si no para nosotros mismos para otros o para la especie que es la que, en definitiva, debemos amar.

Pueden algunos hombres perder dinero en las empresas, pueden ser las víctimas de obstáculos insuperables o de dificultades invencibles, pueden no coronar los éxitos; pero su trabajo, sus esfuerzos, su abnegación no son perdidos, repercuten en el eco de la eternidad y, en todo caso, son factor no descuidable en el progreso de las naciones y en la mejora del género humano:

“Erguido bajo el golpe en la porfía
me siento superior a la victoria;
tengo fe en mí; la adversidad podría
quitarme el triunfo pero no la gloria”

De la salina de Zipaquirá deriva nuestro Gobierno una de sus mejores rentas con el monopolio de la sal y de ella la habían derivado antes los chibchas, más tarde los conquistadores. Es bien sabido que tales minas de sal son las más grandes del mundo; las únicas que se le asemejan son las de Wili-ka en Polonia.

El yacimiento salífero ocupa una extensión de leguas, sus verdaderas dimensiones—sobre todo en profundidad—no se conocen a ciencia cierta todavía. La explotación hasta ahora poco se hacía por métodos rudimentarios; delante de aquel inmenso depósito, para qué temer el desperdicio? Es bien probable sea un solo banco de sal el que se extiende por Zipaquirá a Nemocón y Sesquíé. La hipótesis del fondo marino, para explicar la existencia de este yacimiento, poco concuerda con los hechos, sobre todo con la composición de la sal—bastante diferente de la marina—y por la presencia de gran cantidad de pirita en la masa, siendo bien posible, y parece lo más aceptable, asignar como causa genética de estas salinas a efecto—si no exactamente de volcanismo—sí a los sincrónicos de la intrusión granítica a fines de la época secundaria, y, que la formación esté subordinada a termales en la época.

Amplias galerías, por donde pesados carros de yunta transitan, penetran en el corazón de la compacta masa de sal gema y se extienden en todas direcciones en el interior; grandes salones tallados en la roca salífera se abren de trecho en trecho para permitir el cómodo tránsito de los vehículos. La mayor parte de estas galerías están bautizadas con nombres nacionales.

La salgema, o roca de sal, es firme y compacta de modo que se tiene sola y la explotación no exige maderá-

men Es bastante impura en general, de color negroáceo — producido por una materia betuminosa— y algo cargada en piritas admirablemente cristalizadas. En algunos puntos la sal se presenta en perfecto estado de pureza, cubos perfectos. Los mineros dan a estos topes de sal pura el nombre de "palomas".

Una vez afuera la sal gema es purificada por disolución y recristalización. Antes, el Gobierno monopolizaba también esta industria de la elaboración de la sal; ahora es libre y da trabajo a millares de gentes, siendo el principal negocio de los zipaquirés. La elaboración se practica disolviendo la roca salina en grandes tanques, dejando sedimentar las impurezas y evaporando luego las aguas saturadas en moyas de barro. Detalle nacional digno de mencionarse: la cocción final en estas moyas se lleva hasta un punto crítico de temperatura tal que, sin alcanzar a fundirse, la sal sin embargo se hace compacta como piedra. Las moyas no sirven sino una sola vez lo cual da campo a una activísima industria cerámica en la localidad. El lector podrá hacerse cargo de los percances a que están expuestos los elaboradores cuando los persigue la mala suerte, como se dice; moyas que se rompen, sobrecalentamiento en otras ocasiones con el que se funda y pierde la sal todo su valor. El olor que exhalan los hornos de cocer sal es para mí lo más agradable que puedo imaginar y desde tan lejos, en tiempo y distancia, lo siento ahora cual embalsamada atmósfera que me trae los recuerdos de otros tiempos. A causa de las emanaciones y las aguas salinas, los prados de Zipaquirá son del verdor más intenso y de calidad incomparable; allí casi sin cruzar y sin mejoramiento de selección, las bestias y ganados sorprenden por su lozanía.

Ahora treinta años—antes de construirse el ferrocarril del Norte y la Gran Carretera Central—Zipaquirá era el término de la mala calzada por donde traficaban vehículos de rueda y lugar obligado de parada para los viajeros a Boyacá o Santander. Cuán típico era aquello, digo aquellos coches y ómnibus. En la plaza de San

Victoriano, punto de partida de la capital, los viejos armatostes estaban esperando la llegada de los pasajeros que para el Norte o para el Occidente fuesen a emprenderlas: escuálidos jamelgos los tiraban, llenos de mataduras.

Santiguábanse los viajeros al entrar al vehículo, y ya completo el número, el postillón cerraba la portezuela, se echaba un trago, subía al pescante y arre!!; pero los caballos no se movían; el dolor de las mataduras del collar los hacía recular. Zumbaba la fusta, se arrimaban los chiquillos a empujar de las ruedas y un gañán oficioso royaba a las infelices bestias con la garrocha de arrear bueyes y, en ocasiones, todo aquello era inútil. Dentro del coche u ómnibus, los viajeros temerosos se contaban en voz baja espeluznantes historias de coches volcados en las alentarillas de Tres Esquinas y otros accidentes semejantes. De repente los caballos ciegos de furia y de dolor partían incontenibles, locos, frenéticos por la carretera mal cuidada y el armatoste daba saltos, tumbos y movimientos tan desordenados que los de adentro se rompían las cabezas contra las armazones de metal o caían unos encima de otros. Qué horrible era aquello! La remuda en el Puente del Común, seis leguas para los infelices animales, y allí, otra vez la misma escena de la partida; pero un teatro más peligroso.

Gracias a Dios, todo se ha transformado. Silvó la locomotora en la Sabana y con ella el progreso. Los pueblos deben bendecir al General Aldana que ¡leó el absurdo técnico más provechoso para el país; hacer los ferrocarriles en el interior llevando los rieles y locomotoras del Magdalena a la altiplanicie, cuesta arriba como se pudiera. Yo vi subir una de aquellas máquinas por un infernal camino con esfuerzo de titanes; día había en que, entre centenares de peones, no lograban hacerla avanzar un metro. Así me imagino acarrearían los egipcios los monumentales bloques de sienta con que construyeron las pirámides y los chibchas también así arrastraron las disformes vigas de piedra que sirvieron para el Templo del

Sol en el Infernito, cerca de la Villa de Leiva, cuya fábrica interrumpe la conquista.

El absurdo técnico se llevó a cabo con el mayor éxito; el ferrocarril de la Sabana, desde sus comienzos, dió pingües beneficios al Gobierno; más tarde se construyeron los del Norte y Sur por el mismo procedimiento. Con la reciente terminación del ferrocarril de Girardot las cosas han cambiado por entero.

Poetas y escritores cantaron y celebraron en todas las edades la grandiosidad del Tequendama; pero de cuanto he oído nada se compara con la expresión del original Carlos Copete. La primera vez que vió la magnífica catarata, lleno de admiración no tuvo otra palabra sino: "qué chorrizo!!" En este sentido de "qué chorrizo" es que quiero hablar. Colombia, por su arrugada topografía y por la abundancia de cursos de agua torrenciales posee en *hulla blanca* una riqueza incalculable; el día en que se estime esta potencialidad nacional nos quedaremos admirados; en élla lo tenemos todo.

La vida de los pueblos está ligada a su potencialidad en energía; los que dependen de la hulla negra nacional (como Inglaterra por ejemplo) y no poseen hulla blanca, serán tributarios de otros países cuando se agoten sus yacimientos nacionales; - de aquí proviene el espíritu de conservación de la riqueza territorial que se despertó en todo el mundo civilizado algunos años antes de la guerra europea, así como también de aquí proviene el espíritu de imperialismo.

Los químicos modernos trabajan incansablemente en el problema de la transmutación de los metales, mas no en el mismo sentido en que trabajaron los alquimistas. Deseaban estos convertir los metales livianos en metales pesados, desean aquellos lo contrario y para qué? Para obtener la energía almacenada; la gigantesca energía potencial que representa un cambio de densidad. Querían los alquimistas cambiar el cobre en oro—, problema que en-

vuelve un inmenso gasto de energía—quisieran los químicos transmutar el oro en cobre para obtener la cuasi infinita potencialidad que el cambio representa. Poco antes de la Guerra la vida probable del carbón en las Islas Británicas estaba avaluado en 175 años y con ella se ligaba la vida del imperio, de aquí la necesidad para Inglaterra de hacerse dueña del imperio del mundo.

El problema para las naciones es un problema de energía y las que poseen inagotables fuentes de energía, como Colombia, están llamadas a un porvenir seguro, lo hará su raza actual?

En todas partes en el país se han aprovechado siempre, en pequeña escala, las energías gratuitas del agua; pero el único intento—afortunadamente coronado del mejor éxito—para utilizar en grande escala caídas de agua es el llevado a cabo en Tequendama por los señores Samper. Obra esta, sin duda, en su género, la de más alto valor técnico en el país.

Antes de precipitarse el Funza por el corte vertical en que termina su suave y perezoso curso por la Sabana, forma varios raudales, casi cataratas. Uno de ellos de 45 m. de altura fue el escogido por los señores Samper. La energía utilizada son poco más o menos 5 000 caballos de vapor. La planta hidro-eléctrica del tipo más perfecto genera electricidad a veinte mil voltios que en Bogotá se transforman para los usos de alumbrado, motores industriales, calefacción, etc.

La planta está situada en el punto llamado "El Charquito" de la hacienda de Cincha, una de las localidades más pintorescas que puede haber en el mundo y la empresa de energía eléctrica se ha propuesto reproducir allí un pueblecillo suizo—la nueva Oerlikon—de encantador aspecto; orden, aseo, método, absoluto abstemismo y actividad reposada y segura, son las características en la marcha de los trabajos. Las obras fueron planeadas por el ingeniero italiano Vergniano, uno de los hombres de más alta capacidad técnica que, en su reino, haya venido a Colombia; la casa Oerlikon, suiza, fue la cons-

tractora y la que envió los operarios para la erección.

Fatigaria al lector la minuciosa descripción de una planta de aprovechamiento hidroeléctrico moderna; basta saber que todo en "El Charquito" es *up to date*, como se dice en inglés. Pero si es digno de insistirse en la acción moral que los señores Samper han ejercido, con sus obras, sobre el espíritu general en la capital de la República; ellos han enseñado cómo la actividad reflexiva y constante es en los hombres la más poderosa fuerza de acción; que la ciencia del detalle, sin caer en la minucia, es lo más esencial. Han llevado a cabo una obra que puede servir de ejemplo, han probado que el trabajador colombiano—cuando se le mejoran las condiciones higiénicas del medio en que se mueve—es perfectamente comparable al trabajador europeo dando con esto una lección a todos. Su acción empero, es aún mayor: desde hace muchos años los señores Samper abrieron salón de conferencias científicas en donde los hombres más importantes en técnica e industria enseñan al artesano.

Obra benéfica de la más grande trascendencia es la de instruir al artesano: llevar ideas claras a los cerebros; despertar en ellos la fecunda gestación de las *ideas-fuerzas* y la noble emulación. Despertar el sentido de la eficiencia, el amor a la acción, la fe en el esfuerzo. He aquí una labor meritísima que, en cualquier punto de Colombia en donde nos encontremos, debemos intentar y, si no podemos hacerlo en la escala en que lo han hecho los Samper, siempre nos será posible efectuarlo dentro del radio que abarquen nuestras capacidades, pues no podemos olvidar que el desenvolvimiento y progreso de la Patria dependen en un todo, no de la instrucción sino de la educación de las masas.

CAPÍTULO IV

Juventud primavera de la vida.—Los inseparables.—Libros de caballería.—Restrepo, Cuervo, Plata.—Un Jueves Santo de la Juventud dorada.—Silva; él fue para mí una conciencia exterior.

No siguiendo en esta narración un orden cronológico, tratando solamente de pintar cuadros de la vida en los Andes, tengo que saltar un largo espacio de tiempo para volverme a encontrar en Bogotá, por el 90.

Por el Tolima había andado, por la América del Norte, por Antioquia, Cauca y sabe Dios por donde más. Era entonces dueño de nuestra casa en San Juan de Dios; no hacía mucho mi madre había muerto y, sumido en el más profundo dolor, vivía solitario frecuentando el Cementerio, casi indiferente a todo. La parte alta de la casa la ocupaba el inmenso laboratorio de química que, a todo costo, trajera de América y las colecciones de minerales, duplicado de la famosísima que el Gobierno colombiano enviara a Chicago para el Centenario del 92 y cuya formación se me encargó y llevé a cabo. No era ya aquello el laboratorio de alquimista que, de estudiante, fundara en Santa Clara; era algo magnífico.

Los bajos de la casa los ocupaba mi tía Trinidad; no podía acostumbrarse ella a la nueva vivienda, no la acomodaban los alrededores y extrañaba no ver las cosas que siempre acostumbrara a mirar. Qué me detuvo para seguir una carrera de ciencia sin mezclarme en negocios?; nadie ha tenido como yo la más grande oportunidad para ir adelante sobre un riguroso plan de estudio; todo lo tenía: buenos bienes de fortuna y sanandos, afición, técnica universitaria completa, experiencia del país y de afuera y, además, todos los elementos materiales indispensables para ir tan lejos cuanto hubiera querido ir. Pero el medio en que viviera—si no hostil—era completamente indiferente. Trabajar ciencia pura, sin más halago que la

satisfacción interior, es algo que pueden comprenderlo solamente almas purísimas de la más perfecta elección. Desgraciadamente la mía no fue de estas.

El medio ha matado en Colombia a millares de genios que hubieran sido verdaderas celebridades de figurar en otro tintero. Ahora las cosas ya no son así; pero entonces lo que se respiraba era un vaho asfixiante de intereses vulgares y de indiferencia por la labor desinteresada del estudioso. Publicar los trabajos? para qué si nadie los leía... Hablar con alguien de estas cosas?; esto sería despertar tedio, sufrir bostezos, hacerse insoportable adquiriendo la fama de chiflado. Y es así como el Fatum de las circunstancias nos arroja muchas veces fuera de nuestro sendero natural y nos lleva a hacer lo que nunca pensamos hacer. En el edificio de la Fatalidad las piedras están sostenidas en equilibrio aparente por insignificantes granos de arena, muévase uno de éstos y todo el edificio cambia de aspecto.

La juventud bullía en mí más efervescente que nunca a los treinta años y a su calor fue derriéndose el hielo de mis negras tristezas; poco a poco metime en el concierto de las gentes, al concierto de la vida que alegre cantaba a mi oído. Reuníanse en el amplio salón de mi casa, que mis bellas colecciones adornaban, casi todas las noches infinidad de amigos (serios los unos, dispersos los otros) a la profusa luz de innumerables mecheros de gas que hice colocar a pesar del mal servicio de la empresa, pues aún no se conocía en la metrópoli la incandecente. Y qué tipos se vieron allí reunidos! Mis antiguos profesores Montoya, Herrera y Tapia que llevaban la batuta de la Física y la Química; el ya entonces eximio músico Martínez; García, del cual principiaban a separarse nuestros caminos, como de un árbol vetusto se separan las ramas, y algunos nuevos con los cuales mi intimidad principiaba a delinearse. Pedro Plata, hermano de Chepe, con quien anduviera en otro tiempo en excursión sentimental; Restrepo Tamayo, de talento tan claro e ingenio incomparable; Emilio Cuervo, del cual apenas se

entreveía la poderosa figura del futuro y ---- otros muchos más.

Allí, en mi amplio salón, disertábamos según el agrado de cada cual, reinando absoluta libertad. Algunas veces practicábamos el *foxianismo* pretendiendo penetrar, si en el movimiento de las meras, había la auto-sugestión o la intrusión exterior. Animada función; es bien seguro que ninguna tertulia de amigos llegó jamás a tan alto grado de intelectualidad como hasta donde culminara la nuestra que nunca tuviera reglamentos o imposiciones. Se hablaba lo que se quería, se discutía los temas más abstrusos en ciencia o metafísica, se hablaba de amor y de *omnia re scibile*.

Como a las nueve mandaban de abajo el te y la reunión se dispersaba cuando a los concurrentes les daba gana de irse; muchas veces quedábase García y charlábamos íntimamente hasta tarde de la noche. Su espíritu práctico estaba plenamente delimitado; se veía al manejador de hombres y dinero; el mío por el contrario se abría a las sensaciones: inmensa curiosidad dominaba mi alma, quería saberlo todo, sentirlo todo, experimentarlo todo. La grandeza y la caída; la prosperidad y la ruina; el amor y el despecho y en suma, probar todas las frutas que este árbol frondoso de la vida ofrece al hombre—dulces y amargas—pero todas dignas de saborearse; pues que si Dios nos manda al campo de la existencia es para que probemos todos los frutos que en él se cosechan. Nunca pude comprender al hombre sedentario—caracol en su concha—que vive aferrado a la tierra como el molusco a la peña que lo vio nacer. Quise verlo todo y esto es el único interés que tiene esta narración.

La fuerza de las cosas fue expulsando, poco a poco, de nuestras reuniones a los hombres serios y al cabo de poco tiempo encontráramos reducidos a sólo algunos cuya juventud ardiente nos conducía a las más grandes locuras.

“Juventud primavera de la vida,
oh primavera juventud del año”

Desde entonces nos hicimos inseparables los cuatro: Pedro, el de gran cara sajona, portento en la música y el esnobismo; Joaquín, estirpe viva, que como Edgar Poe, ocultara bajo su seriedad aparente los más tiernos sentimientos y la imaginación más viva; Emilio, fácil seductor, suave en la forma, fuerte en el fondo; y yo. También a este cenáculo íntimo pertenecía de hecho Carlos de la Torre, en otra parte descrito, el amigo querido, el sinoeto de mi alma.

Nos reuníamos por las tardes en casa de Pedro Plata —el millonario en Cúcuta se acordará ahora de aquello?

Casi siempre lo encontrábamos al piano, interpretando pasajes difíciles o dejando ir sus pensamientos al son monótono de una melodía repetida: la de Roberto de Meyerber generalmente: "*Regnaba un temps la Lombardie un prince illustre pel su valor*...."

Levantábase y nos recibía con sus frases amables de la pose escéptica que acostumbraba; generalmente nos deleitaba con algo nuevo de la literatura nueva que entonces por primera vez entrara a Bogotá; luego salíamos a pasear y.... luego!

Fue el librero Roca el primero que inundó a Bogotá con los libros de surro amarillo de la última escuela francesa, Renán, Anatole France, Lemaitre y toda la de fino escepticismo que no sé como juzgar. Obras de afirmación y obras de negación son ambas de fe; se afirma o se niega por fe y, en puridad de verdad, estas obras no pueden causar daño. Renán fue el primero que introdujo en la literatura moderna, calcándose acaso sobre formas antiguas, el eclecticismo perfecto y, su imitador France, llevó el sistema al absoluto acabado. La suave lima de estos escritores — en quienes la magia del lenguaje, el giro y la forma subyugan por entero las inteligencias — lo corroe todo. Los fuertes vínculos que nos ligan al sí o al no se destruyen bajo la acción corrosiva de la suave dialéctica de los autores franceses que desearon conducir los espíritus a un estado de cosas no sé con cuál época comparable en la vida del mundo. Impropiamente es la frase que he usa-

do: France jamás ha querido llevar a nadie a su modo de pensar, Kenán nunca lo quizo; sus obras no son de discusión, son de intelección; ninguno de los dos quizo tener adeptos y si los han tenido díchese a que su estilo los fascinara a todos; hicieron discípulos sin haber sido apóstoles. La magia del lenguaje lleva a creer que algo misterioso y extraño haya en los hombres que poseen esta facultad y piensa uno----en los Magos. No habrá en el fondo de todas las creencias supersticiosas el fondo, real y cierto, de la sugestión humana? No derivan todas las tradiciones del mismo origen de fenómenos de sugestión?

Pero qué nos importa la raíz de las cosas; bebimos, como lo decía Baldomero Sanín, el veneno y leímos aquellos libros con avidez insana; púsose de moda en Bogotá el suave escepticismo renanesco. El viejo Vargas Vega con su intuición de médico y patriota solía decir a menudo: "*para qué leen libros de caballería*"! y luego con tristeza, exhalando un profundo suspiro, agregaba entre dientes: "La Patria está perdida"

El fino escepticismo francés—el veneno que destilaban los libros de forro amarillo de la Librería Nueva—se infiltró, poco a poco, en todos los espíritus y nos llevó a este convencionalismo de ahora y al amor a las forinas. La corrección suprema del escéptico suplantó la que pudiera llamarse ferocidad democrática de antes. La distinción se impuso a la franqueza republicana y una sociedad pobre se encontró, de repente, invadida por las ideas de las ricas y viejas naciones de otras partes. No es porque yo exagere la influencia de la literatura sobre la marcha de las sociedades; pero si estoy seguro de que la literatura francesa, ahora veinte años, contribuyó de manera inequívoca al felseamiento que todos hemos observado, de las nociones de un republihanismo severo. Quienes aprovecharan de la infección escéptica.... al presente lo estamos viendo.

En todas las épocas Bogotá fue centro de intelectualidad; en lo pasado hay que recordar los románticos de los

tiempos de Marroquín, Samper y mis tíos Pereira Gamba; más tarde, en la época a que me refiero en este capítulo, se determinó un movimiento intelectual extraordinario; no sé como llamarlo si simbolista o simplemente reformista, pero del todo enlendo sobre la escuela francesa; talvez el único que se salvó de quedar envuelto en la olenda francesista fue Julio Flórez quien ha conservado siempre la nacionalidad del estro poético de donde proviene su incomparable popularidad.

El tipo de intelectual, como se entiende hoy, tuvo su génesis en el período de mi vida a que me estoy refiriendo; allí la Gruta Simbólica y la influencia decisiva de Guillermo Valencia, Baldomero Sanín Cano y otros tantos, en la forma de la producción literaria. Pero divago, metiéndome en terreno muy desconocido para mí.

Decía que leíamos libros de caballería y los leíamos con furor. El vicio de los libros, como otro cualquiera, me llevara a gastar considerables sumas sin reparar en nada y creo que los libros y los aparatos científicos mermaron mi caudal más que los licores y las mujeres. No se orela sin embargo que la vida intensa, la lectura y la conversación debilitaran en algo las capacidades de trabajo de los inseparables; sobrabanos el tiempo, parecíame que éste para nosotros se desdoblara, se multiplicara alcanzando para todo. Trabajé entonces como sólo años después viviendo en Pasto lo hiciera; tanto en ciencia pura como en cosas profesionales di de mí cuanto podía dar.

Con José Asunción Silva me ligaron en el Colegio relaciones apenas de saludo; más tarde lo veía, personaje enigmático, del cual yo no me daba cuenta precisa. Tan bello y tan solo, de quien se susurraban tantas cosas! Algún día—cuando él se metió en empresas industriales—fue a buscarme en consulta; desde ese momento principió entre nosotros una gran intimidad, tal vez una de las más grandes que él tuviera. Pude entonces conocerlo y penetrar el fondo de su poderosa, compleja, inteligencia; compleja digo y es la única palabra con que puede expresarse lo que el interior de Silva era; me lo imagino

un cristal tallado en facetas y todas ellas reflejantes. Su universalismo difería de todos los universalismos, jamás cayó Silva en la dogmatización, jamás en un didacticismo vulgar; su universalismo era aspirante; sabía de todo pero de nada empaparse más de todo, no en el sentido de aprender sino en el de conocer.

Rodeábalo una atmósfera hostil; quizás su misma belleza física despertara envidia, quizás su inteligencia, quizás los métodos nuevos de su poesía sugestiva o su indiferencia por todo. Pero es lo cierto que el medio ambiente para él, en Bogotá, no le era simpático; se le acumulaban historias extrañas y se referían *sotto voce* cosas extraordinarias; tal es la suerte de las almas de elección; tienen que vivir solitarias, pues son divergens, nota discordante en la orquestación que los rodea.

Silva, en los últimos meses de su vida—cuando ya tenía perfectamente resuelto el problema de su liberación ante sí mismo—buscó la sociedad de algunos que le mostraron decidido afecto y tierna simpatía; contámonos entre ellos los íntimos amigos de que me estoy ocupando y él se reunía con nosotros compartiendo nuestros placeres intelectuales pero huyendo de los demás. Fue una conciencia exterior para mí este amigo de unos pocos meses, el único que, en mi vida, me ha aconsejado franca, leal y valerosamente. Días enteros se pasaba en mi casa; tomábamos té con exceso y hablábamos de todo. Su conversación era tan intensa, tan tremendamente intelectual que a veces fatigaba, no de aburrimiento, sino de fatiga cerebral; cuando llegaba al terreno de su producción literaria y se conseguía de él un rato de lectura la fascinación sobre el espíritu era completa.

Fragmentos apenas de sus mejores obras él conservara; todos saben que su obra literaria se perdió en el vapor Francia; que esta pérdida fue para Silva golpe mortal porque la producción literaria no puede rehacerla el autor. Perdidas para siempre quedaron sus obras y él sintiera más la ruina de aquello que la de toda su fortuna.

Adorador de la forma, Silva adoró su cuerpo con cul-

to religioso; jamás consentiera que la sucia enfermedad o la embriaguez lo mancillaran; a la tierra lo devolvió limpia y voluntariamente. El no quiso que el templo adorado de su inteligencia se viera convertido en ruina por la vejez o los padecimientos; siempre preconizó la idea de que el hombre es libre para abandonar el espectáculo de la vida cuando se fastidie, espectáculo, decía, al cual no fuimos invitados ni se nos preguntó si queríamos concurrir.

Cuando he leído un juicio crítico del señor Unamuno de Salamanca que hace de Silva un niño, una imaginación infantil, no he podido menos de reírme—como todos los que conocieron a Silva se habrán reído—de la candidez estrafalaria del crítico español, puesto que para escribir con la sencillez artificiosa de Silva es preciso poseer una alma muy complicada.

Fue un Mayo, si mal no recuerdo, cuando ocurrió la muerte de José Asunción. Un sábado por la tarde me citó él para ir a su casa al día siguiente temprano; durante la noche llamó varias veces el teléfono en mi habitación; una pereza invencible me impidió levantarme a contestar. Por la mañana del domingo vestíme y fui a cumplir la cita del día anterior. Serían las siete de la mañana cuando llegué a su casa donde recibí la noticia de su trágico fin---

Creo fue Silva el único cadáver que no me haya infundido repugnancia; su belleza glorificada por la muerte, lo hacía aparecer muy superior de lo que fuera en vida. Sereno, impassible, semejaba un mármol antiguo del mejor tiempo griego. Toda la vida me he quedado con la curiosidad de saber quién llamó a mi teléfono, con tanta insistencia, aquella noche. Sería él? Qué me quería decir!--

El Café de Madrid era, en Bogotá, el centro de la juventud dorada; allí se bebía champaña a ríos, nada más que champaña; qué cosa tan cara! Pero cuando el

porvenir se ve adelante ilimitado, qué importa el costo? Cuando las fuerzas están vivas, las energías en plena acción, el músculo robusto y el nervio sano, qué efecto hacen sobre el organismo las noches de vigilia y las intemperancias? Dicen que los abusos de la juventud son letras giradas a treinta años vistas y, a los treinta años, qué le importan a uno los sesenta, término fatal del pago?

Pues bien, en el Café de Madrid nos reunimos frecuentemente; cuánta animación, más sobre todo, los Jueves Santo.

Habrán bogotano que no se acuerde del Jueves Santo de su tierra!, día en que las calles están llenas de mujeres que se mueven como las aguas de un río que tuvieran las casas por barrancos. Todas vestidas con sus mejores trajes—ricas y pobres, de altas o de bajas clases—pero todas mujeres; el Jueves Santo es el día del sexo. Los hombres agrupados en las esquinas, parados en las puertas de los almacenes o estacionados aquí y allá ven pasar esa corriente femenil que llena la ciudad; lleva el ambiente el tufo del perfume destacándose, sin embargo, sobre el tufo mujeril.

Qué caras tan nuevas se ven ese día, las mejores, las más bonitas por lo desconocidas. Bogotá tierra de mujeres bellas reserva para el Jueves Santo las mejores; las que se vieran pasar y no se volverán a ver más. Las que uno sigue y de repente se le pierden en el torbellino de una iglesia, perdurando, sin embargo, en el recuerdo, años tras años, al través de la vida.

El enamorado sigue a la niña de sus pensamientos durante toda la jornada mística, buscando una mirada entre los pater noster de las estaciones sacramentales; una mirada que, en esas circunstancias, vale tanto porque fue distracción de los ojos amantes que estaban fijas en la Hostia Sacrosanta, el Dios de todos. El lujurioso, indiferente al sacramento, sigue a la simpática sirvienta con la cual espera concertar una cita y no le importa arrodillarse junto a ella devotamente para murmurar a su oído la frase conveniente que otros tomaran, al verlo, por el

rezo de la estación ritual. El otro, va por verlas, por ver si encuentra de quién enamorarse; almas llenas de sed de amor, que tal vez no lo han sentido pero que quieren sentirlo. Los imprudentes del poeta griego que buscan a Venus, la terrible.

Y la juventud dorada bebía champaña en el Café de Madrid e imaginaba los medios para pasar la tarde distraído y, el día siguiente, el Viernes, tan desesperadamente triste en la ciudad. No se crea que al proceder así la juventud de entonces fuese una juventud impía o sectaria, nó: simplemente indiferente, dilettantista más bien que escéptica; porque lo primero significa ardor y entusiasmo, pudieran ser mal encausados pero ciertos; lo segundo, frialdad compatible únicamente con una profunda degeneración.

Recuerdo ahora—no importa que me separe del hilo de este relato—que un amigo mío tuvo amores con una religiosa y un día, cuando iba a abrazarla, la monja lo detuvo para quitarse el hábito.

—Nó, dijo el joven, con hábito es que quiero para sentirlo todo y, además el sacrilegio. Ved el dilettantismo. A un escéptico sólo le hubiera interesado la monja, caso de interesarle.

No sé hasta dónde mis amigos se sentirán satisfechos al verse aparecer en este libro con sus nombres propios; pero como nada deshonroso ejecutamos, no temo que al referir las cosas que vivimos en tan completo consorcio puedan ellos sentirse mortificados. Además, viejos estamos todos, y, qué cosa más grata al viejo como que le hablen de las travesuras de su juventud! Este libro irá a mis amigos cual la brisa grata que se levanta de las tierras bajas y recibe el viajero, cabalgando cuesta abajo, desde las frías altiplanicies hacia las soleadas tierras calientes. Sube de abajo el vaho perfumado por los azahares, los chirimoyos, los pomarosos y todos los frutales que se crían en la hondonada, recibiendo en la cara, embalsamado y tibio. Así llegarán estas páginas a los que un tiempo nos quisimos tanto, los que un tiempo fuimos in-

separables, los que sentimos al unísono y durante varios años galopamos a rienda suelta por esta gran carretera que se llama vida. Leerán estas páginas sabe Dios si enfermos o achacosos, vencidos por la edad; pero estoy seguro que las leerán con placer; aquí palpita el alma de nuestra juventud: la mujer. No importa quién fuera ella, si del tugurio infame o de señorial casa del harrio de la Catedral. Al través de los años—entre la niebla oscura de la distancia en el tiempo—todas son formas semejantes; mujeres que pasan. Y ahora por qué no referir alguna cosa típica que no se me olvidará nunca?

Fue un Jueves Santo cuando nuestro Arzobispo permitiera, por causa de excepción, que algunos monumentos quedaran abiertos por la noche, tras largos años en que se prohibiera la exhibición nocturna del SACRAMENTO a causa de los desórdenes. ¡Caramba! saber que había monumentos por la noche, quién dijo tal!.....pues a comer con unas buenas mozas y luego irnos a recorrer las iglesias. Cosa más suave no se viera!

Como lo pensamos lo hicimos: qué buena comida en el hotel de Aquilino Vanegas!, en reservado por supuesto, con tres buenas y lindas niñas hijas de un Coronel retirado de cuyo nombre no quiero acordarme. Qué alegre corrió el champaña aquella noche! Chispeante ingenio y deliciosa charla hasta eso de las diez y luego nos calamamos los sobretodos, enfundamos en cada bolsillo gruesas botellas del exquisito Monopol y, embruzando a las niñas, a correr las iglesias,

Por fortuna para nosotros y la buena fama de nuestra devoción, algún amigo caritativo que nos encontró en la calle, llainónos al buen sentido, fuimos, pues, con la música a otra parte a terminar la noche, si menos devotamente de lo que pensáramos, no por eso con menos gusto.

El furor por los deportes comenzó en Bogotá por estos años del 96 para adelante y más fue todo la bicicleta. Con orgullo puedo decir que en tal ejercicio fui incompa-

rnble; lo tomé con ferocidad y exageración con que me aferraba a todas las cosas entonces. Cuál tonifica los nervios el uso de la bicicleta; en mi sentir no hay deporte tan moralizador como este. Cuál se abre el espíritu á las aspiraciones nobles y cuánto se desea el perfeccionamiento físico, con qué terror se mira lo que pueda debilitar la fuerza de las piernas, la precisión del ojo, la firmeza del pulso sobre el manubrio.

Los domingos, como un pájaro, recorría las ocho leguas á que distaba "El Tejar"; a eso de las siete de la mañana estaba al lado de mi padre y en su compañía pasara, sin sentirlo, las horas. A las diez de la noche emprendía mi vuelta a la ciudad; rápido, tendido sobre el manubrio devoraba las leguas. Oh! delicia sentirse uno factor de una velocidad tan grande y vencer la distancia dominándola sin experimentar fatiga!

Algunos años antes se había fundado uno de los más simpáticos centros sociales: el Gum Club. Por esta época el Gum pudiera llamarse el árbitro de las elegancias metropolitanas; estaba en su apogeo; centro muy exclusivista rayaba la nota más alta en lo social. Para dar una muestra de lo que era posible hacer se resolvió un baile de proporciones descomunales; baile para todo el Bogotá de entonces, en el teatro Colón.

No me siento capaz para describir la fiesta; su magnificencia fue tal que intentar una pintura me llevaría a los atajos del lugar común, lo que siempre he desendido evitar, cuando escribo. La perfección artística y soberbio decorado de nuestro coliseo se prestaba a maravilla para enmarcar la incomparable gracia, la suprema belleza de las elegancias bogotanas. Derroche de flores y de adornos...

Creo que ninguno de los de la época haya podido olvidar las emociones de los días antes, ni los recuerdos que, para siempre quedaron de la noche incomparable. Los días anteriores en los preparativos: la afanosa activi-

dad, las zozobras, los anhelos, los temores; la noche del baile, el sentimiento del éxito, la infinita antisatisfacción por una cosa que salió mejor de lo que se esperaba.

Allí conocí a la morena que había de cautivarme por algún tiempo y ella, al leer estas páginas—aunque no la nombro—se acordará de que vábamos juntos toda la noche sin separarnos un momento. Por qué desde que nos vimos nos tratamos como antiguos conocidos? Por qué la miré desde el primer momento cosa ínta propia? Y por qué nos separó la suerte, años más tarde, de modo brusco y fatal! Mi vida en el pasado, se me aparece como un largo camino lleno de encrucijadas; estos puntos de bifurcación que quedaron atrás son las mujeres que en algún momento intervinieron en los destinos de mi existencia. Me hubiera casado con aquella—me digo—hubiera tomado por aquel otro deshecho; mi vida no hubiera sido la que ha sido, sino otra completamente diferente. Una inmensa curiosidad invade mi alma obligándome a tratar de construir todas las vidas que yo hubiera podido tener; todas diferentes, sólo a causa de haber ligado el hombre su suerte con cierta y determinada mujer.

El misterio del eterno femenino aparece en todas las circunstancias de la vida humana.

CAPÍTULO V

Per Honor per la fé che mi padre a servato.—Aida.—Oriente de Bogotá.—Un idillo en La Unión.—Los tesoros de las lagunas.

Entre estilos musicales que puedan impresionar más a los latinoamericanos hay dos que llegan completamente al fondo de nuestras conciencias y de nuestros corazones. Creyérase antes solamente en la melodía de Bellini, *Norma* fue el ideal musical; más adelante, mejor formado el gusto, lloraron las señoras de Bogotá con la *Lucia* de Donizetti y, andando los tiempos, Verdi se hizo el dueño de

las almas. Bogotá se ha distinguido como auditorio esencialmente verdiano; cuando la obra magnífica del Maestro—Aida—se representó por primera vez en Bogotá, arrastró toda la corriente del sentimiento. En esa música pareció concentrarse el alma de nuestros pueblos. Pero veo que he dejado la tesis principal; al decir, al principio, que dos, entre los grandes maestros, consiguieron arrebatarnos alma y corazón me he referido, por una parte, a Verdi y por otra al coloso musical—el Newton de esas regiones magníficas del sentimiento—a Meyerber.

Hugonotes, representado en el Metropolitan Opera House de Nueva York (1890) por una de las mejores compañías del mundo, causóme la más honda impresión; el inmenso drama que se desarrolla bajo el sonido de la más perfecta música llevara a mi alma a recorrer *in mente* toda una época, una época histórica de altísimo interés. Amor y odio, tolerancia y fanatismo, caridad y matanza en el drama tremendo se desarrollan bajo el imperio de la más poderosa orquestación que genio humano pudo imaginar. Y en el pasaje de la *conjura*, cuando los bajos estremecen la tierra, aquella voz potente del baritono que se levanta, grito feroz de fanatismo, llega hasta lo profundo:

“ Per l' onor, per la fe
Che mi padre a servato.”

Y trajera de Nueva York viyo el recuerdo de esa frase musical que nunca olvidé.

Quando en Bogotá se representó Hugonotes—aunque en condiciones muy inferiores a las de los teatros extranjeros—la *conjura*, sin embargo, causó estupenda impresión. Martínez Montoya, noches enteras hiciéranos sentir—maestro en el piano—las bellezas de la obra del coloso, y todavía pareceme oír la “*canción del paje*” cual el teclado la daba bajo la precisión de los ágiles dedos del artista.

Martínez amara entonces a la que más tarde fue su compañera, la nobilísima mujer—único amor suyo—que

desde niño cautivó su corazón. Desde niños se quisieron; qué bello ideal. Fueron virgenes al tálamo y, después en la vida, siempre iguales, siempre constantes han perpetuado a través del tiempo y de las circunstancias su luna de miel. Quiérense, ahora viejos, lo mismo que se quisieron de niños dando cuerpo a la fábula de la perfecta juventud; perpetua juventud que sólo puede conquistarla la pureza de los sentimientos y la nobleza interior.

Cuando medito sobre el destino que nos cupo a los que fuimos íntimos amigos en los mejores años de la vida, no puedo menos que envidiar el que le tocó a Martínez Montoya. Qué destino tan bello! qué apetecible suerte la suya! Súpremo en el arte, maestro excelso en lo más divino que el hombre pueda imaginar; puro en su conciencia y sus acciones con la entera pureza del alma; alegre y tranquilo con la alegría verdadera de la que sólo disfrutan los sabios, me lo imagino ahora, rodeado de numerosa familia, el mismo de siempre. Sonriente, suave y leal arrancando del piano—como en los buenos días—la catarata de sonidos que van a tener su eco en lo más profundo de nuestro ser, convirtiéndose de ahí en visión de paraíso, en recuerdos de épocas lejanas, en imperiosa sensación del momento. Tal vez ahora—cuando distraído el maestro deje correr su mano sobre el teclado—inconscientemente surja la melodía tan suave de la *canción del paje* y, por natural asociación de ideas, las notas fugaces traigan a su memoria la imagen del amigo ausente, há tanto tiempo, e infortunado.

Tengo que reaccionar contra la ola de negra melancolía que me invade, soplo de lo oscuro; más, al pensar en estas cosas se atropellan los recuerdos, el pasado se alza con fuerza extraordinaria, incontenible, llenándome por entero. He deseado escribir y, cuando escribo, no sé si haga algo que valga la pena. Pero.... se me aproxima Epicarino—el viejo poeta fabuloso—y suavemente al oído me dice: "*Los frutos exquisitos maduran tardíamente.*" Consuélame el viejo poeta griego y me consuela también el saber que lo que se escribe con sentimiento perdura

Tristeza enemiga de las almas, oléjate.... alejaos, cuidados y miserias, y.... véame joven otra vez en la noche serena de nuestro Bogotá. Brille la luna, espléndida en el parque Bolívar. Que las flores esmalten el rocío nocturnal.... Que la obra maestra de Tenerani se alce sombría y esquiva como un enigma.

Nosotros, salimos de la Opera, llenos por dentro de lo que la música da, vagábamos noctámbulos buscando por todas partes nuestro placer; ensayáramos a grito herido reproducir la voz soberbia del baritono en su tremenda frase de la conjura: *Per l'onor, per la fo...* A veces, parecióme que al oír nuestros cantos una irónica sonrisa plegó los labios del bronce augusto que eterniza a nuestro Libertador.

Vino a ser para nosotros, los inseparables, la frase de Meyerber un canto que—valga decirlo así—fue un canto de guerra. Ay Dios mío, la guerra que se hace la juventud a sí misma. qué bien se produjo Gutiérrez González al decir que "Todos cantamos en la edad primera". Formas poéticas han venido luego, nuevas, tomadas de otros pueblos; pero en el fondo de nuestro sentir Gutiérrez González perdura siempre el mismo, el que mejor interpretara el alma colombiana y, después de él, Julio Flórez.

Trato de desenmarañarme de la tupida maleza que me impide seguir adelante, como el que trocha en la montaña, de tal manera trato de apartar lo que me estorba para proseguir; en este tupido monte de lo que pade entro buscándome un camino, pero semejantes a las lianas de la vegetación tropical las cosas que fueron me cierran el paso—en ocasiones con tanta insistencia—que me obligan a dar un rodeo. No sé donde iba. Calculo estaba refiriendo nuestras andanzas nocturnas cuando Cuervo, Restrepo, Plata de la Torre y yo sabíamos atronar las calles de la dormida Bogotá con el feroz himno de Meyerber. Mascullando estas musicalidades me viene a la memoria una anécdota que cojo al vuelo y, venga al caso o no, allá va:

Enamoróse uno de mis amigos de una niña sumamente musical, la flauta, era para ella, la *última ratio* de los instrumentos y pues que tocar flauta era lo mejor, púsose el bueno—pagando profesor por supuesto—a soplar por el canuto, tapar agujeros con los dedos y manejar llaves. Sintióse al fin fuerte en el arte del bicorne y resolvió darle una serenata a la niña tan musical y tan aficionada a la flauta. Parece que la noche entera se estuvo, aguantando sereno, y soplando por el melódico tubo; temprano fue a mi casa.

—Vámonos, me dijo, y me acompaña para ver el magnífico resultado de la serenata.

Allá fuimos; madre e hija salieron a recibir con la cabeza amarrada y muy jaquecosas.

—Mis señoras, díjeles yo, qué las tiene tan enfermas?

—Ay señor, contestóme la musical, hemos pasado la noche más horrible; un borracho se estuvo toda la santa noche soplando en una llave, aquí en la puerta, y no nos dejó dormir.

Pobre amigo mío el que creía en la flauta y gastó dineros para el profesor!

Cuando la Poli, tan graciosa y tan bella, subió al escenario del Colón en *Aida* se produjo el triunfo operático más grande que ha presenciado la metrópoli colombiana. La Poli fue hecha por Dios para representar *Aida* y enloqueció a los Bogotanos. Mucha *Aida* se ha visto luego, pero ninguna como aquella. Ebricos de entusiasmo la admiramos y la juventud entera enamórase locamente de la diva; conservo aún—entre los recuerdos queridos—su retrato que al reverso tiene la dedicatoria más original, algo parecida a aquella que Maricocas hiciera en su camisa de dormir "Al portugesito valiente"

Pepe Plata, con su espléndida voz de barítono, nos arrebató en las reuniones íntimas haciendo un *Amonasso* espléndido; Radameses lo éramos todos, quién no cantaba:

*Celste Aida, forma divina,
mística rosa de lume e sol,—
Tu del mio cuore sei la regina,
tu de mia vita sei lo splendor....?*

El arranque de apasionado, inextinguible amor de la esclava tratáramos de reproducir con nuestras voces in-melódicas :

*"Tu sei regina, tu sei possente—
Io vivo solo por questo amor...."*

Nos deleitara pensar en el quinto acto, que no se representaba en la escena, sino caído el telón, en el esquisito retrete de la Poli, que andaba ennoviada con el Maestro Guerra.

Ah, felices tiempos aquellos! Dónde se fueron! Dónde están! Potencialidades inmensas—reales un momento—al caos volvieron de donde por sólo un instante—relámpagos fugaces—lograron salir, fulgir y oscurecerse luego para siempre....!

Los noctámbulos tenían un lugar de reunión en la más típica tienducha que pueda imaginarse; una buena señora, tal vez por caridad hacia los trasnochadores, abrió un establecimiento, para el gremio, que fue afirmado.

Abríase la tienda entre dos y tres de la madrugada, se conseguía buen chocolate a la antigua, espeso y de mollienda casera; huevos, chorizos, empanadas y en fin cuanto el nocturno peregrino de las calles necesita para rehacerse. Y qué tipos se reunían allí.... Caras pálidas y ojerasas de los que a la madrugada abandonarían el lupanar o el garito; tipos excéntricos de poetas noctámbulos—la flor a veces de nuestros mejores ingenios—algo de bohemios, mucho de gentes viciosas; pero los más, alegres compañeros que nos gustaba andar de noche, de cuando en cuando, en cosas poco devotas.

Perpetuo comensal, digámoslo así, del simpático establecimiento era Jorge Pombo, ingenio de los preclaros

que da Bogotá, al presente ya también ido del espectáculo de la existencia. Jamás faltara Julio Flórez que a veces allí, comiendo empanadas, escribió algo de lo mejor que su estro divino—el más resonante en la América española—le supiera inspirar; sentado frente a un enorme tazón de chocolate me parece ver a Julián Páez y... cómo podré recordar a tantos y tantos! Nunca he podido abandonar la costumbre de callejear las noches en las ciudades que habito, no sé explicar el inencomiable placer que hay en eso, pero es asunto perfectamente sabido que el noctambulismo proporciona, a los no metódicos, una diversión increíble. Benditos los que, como el italiano del cuento, se echan a la cama, *rezan sus oraciones* y duermen como un angelito.

Contrahe, por aquel tiempo, íntima amistad con uno de los hombres más extraordinarios de los que Dios vacía en ocasiones, en moldes raros; aunque la diferencia de nuestras edades era notabilísima se formaron entre nosotros sin embargo vínculos de afecto, estimación y cariño como de contemporáneos. Hombre extraordinario en toda la acepción de la palabra fue don Rafael Nieto Páez, Leonardo de Vince en persona, con todo su genio, con todas sus aptitudes y sus desventuras. Como Vince, Nieto Páez, queda figura tradicional, sin obras casi que inmortalicen su nombre. Vivirá siempre don Rafael, como vivió el otro en el recuerdo de los que le conocieron, sabiéndolo admirar; por su reloj eléctrico y algunas otras cosas que quedan de él y, aunque son pocas, suficientes, son impero, para que perdure su memoria.

De fealdad rara, pero supremamente intelectualizada, alto, delgado, todo nervios, fuerte y hábil, dominó Nieto Páez la mayor parte de ciencias y artes. Sus fuertes, nerviosas manos, capaces de doblar una gruesa barra de fierro poseían tacto tan excelente que llevaba a cabo, las más difíciles, las más delicadas operaciones de la mecánica fina de instrumentos; habilidad incomparable la de este hombre en los trabajos de mecánica de precisión; lo estimo superior a todo lo más notable que el mundo pue-

da dar en su género. Su estructura interior correspondía con la física de manera maravillosa; su inteligencia—como sus manos—era robusta y ágil; podía pensar con extraordinaria intensidad y soluzarse con las cosas triviales; maniático por la exactitud, apuraba los cálculos para resolver problemas concernientes a la relojería y otras artes de su resorte.

Para comprender su manera en estas cosas referiré cómo entre él y yo fabricamos el gramo absoluto en Bogotá, el gramo matemático, para cuya construcción se tuvieron en cuenta todos los elementos de aportar al cálculo; influencia de la gravedad, latitud, altura, desplazamiento atmosférico etc.; las pesadas se efectuaban en una balanza de mi Laboratorio sensible al céntimo de miligramo y, por procedimientos especiales de Nieto Páris conseguimos aún mayor exactitud. Baste lo dicho para formarse idea de lo que era el hombre.

Interesábase mucho en mis estudios; trabajara yo entonces en la teoría de la disolución de los cuerpos, ignorante de la tesis de Oswald, Van der Waals etc. que apenas principiaban a entrecerse. El camino elegido era soberbio y don Rafael se apasionó del asunto aportando el contingente de su serena crítica científica y su amor a la verdad. Unas veces en mi Laboratorio, otras en su taller o en su casa de habitación disfrutamos la dulce intimidad de quienes se preocupan por la ciencia, por la investigación de las cosas.

El medio le fue adverso—adusto y brusco en apariencia—Nieto no tuvo el don de gentes: unos lo miraban mal a causa de su ruda franqueza, a otros la envidia les roía el corazón y él se aisló dedicándose a vivir solitario—magnífica alma—frecuando apenas unos pocos amigos, consuelo de sus últimos días. Entre el sinnúmero de gentes que he tratado en esta vida jamás conociera corazón tan bondadoso como el de don Rafael, incomparable generosidad y caridad ardiente que apenas sí Vicente de Paúl la igualara.

Aparte de nuestro intenso estudio e investigación

científica solíamos con el viejo Maestro pasar ratos bien divertidos. . . . Cuando se regresó a su tierra la Compañía de ópera de la Poli quedara en Bogotá establecido un matrimonio, los Benincore, coristas de la Compañía. Ellos fundaron un pequeño restaurante en donde se comían excelentes macarrones, tallarines, raviolas, y, en fin, la especialidad de la culinaria italiana regada con regular Falerno y buen Chianti. El matrimonio Benincore sabía atender a sus huéspedes sin reparar en la compañía que llevaran. Hasta entonces era casi imposible en la ciudad conseguir una buena cena, en lugar decente, para invitar a ella a una damisela, muchacha elegante o sirvienta bonita. Gracias a los Benincore ya hubo donde pasarse un rato sabroso en alegre compañía.

El marido era un hombre alto y grueso con tremendos mostachos de bandido siciliano y aposturas siempre teatrales; la mujer, Marieta, era una buena muchacha, bien fea, pero extremadamente servicial.

Con bastante frecuencia cenábamos con Nieto Paris en el pequeño restaurante de la Concepción; acompañado yo—pues él era de costumbre absoluta—de alguna flor de burdel que por aquel tiempo llenárame el alma. Cuando los estómagos recalentados por los exquisitos macarrones y la botella del rojo falerno echaban a la cabeza los vapores de la alegría era de ver a los antiguos cómicos entusiasmarse y desplegar todas sus habilidades. Nosotros les servíamos de coro y auditorio y los pobres creíanse, en aquel cuarto estrecho—por la fuerza potente de sus imaginaciones—en la Scala de Milán o cuando menos en el Colón.

La serranía a cuyo pie está Bogotá y que se dirige aproximadamente según el meridiano, forma el *divertio squarum* entre el Magdalena y el Meta (mejor dicho el Orinoco); para el Occidente, todas las aguas van al Magdalena; para el Oriente, a los afluentes del Orinoco. Trasmontada la cordillera se extiende una especie de valle

estrecho o, mejor dicho, de vallecillos agrupados do se levantan multitud de pueblos risueños y soleados: Ubaque, La Unión, Fômeque, Cáqueza y otros tantos que fueron lugar de veraneo para las familias acomodadas de la capital. Todo contribuye a hacer de estos pueblos de la región oriental balnearios—démosles ese nombre—incompáribles: la suavidad del clima, la abundancia de las aguas, las facilidades generales (sobre todo su corta distancia a la metrópoli), la amabilidad de los habitantes, hacen que Ubaqué y La Unión fueran siempre los preferidos por los veraneantes y, por diciembre y enero, la mejor sociedad bogotana se congregaba allí—libre de trabas, engomados cuellos, formal etiqueta—campestra y divertida.

Tanto cuadro de costumbres como se ha escrito, por plumas excelentes, ahorran el trabajo de entrar en descripciones. Baste saber que, algún día de diciembre, Emilio Cuervo me convidó para ir a pasarnos con su madre, que veraneaba entonces, algunos días en la Unión. Gozoso acepte el convite. Temprano, al día siguiente, cabalgábamos ligeros en espléndidas caballeras camino de la Unión.

Fresca la brisa, fría y seca, la reconstituyente aura matinal de la altiplanicie nos azotaba de frente; contentos, churlando hasta por los codos, dejábamos andar nuestros caballos a todo paso. Van quedando atrás las calles, seguimos luego el camellón de San Cristóbal y pasando el río Fucha, emprendemos nuestra arribo para salir al páramo. El camino sigue la hoya del río Fucha hasta sus nacimientos y se extiende primero sobre las formaciones de areniscas carboníferas y luego sobre conglomerados diversos que dan lugar a la caliza conchillana; más arriba, la gruesa capa de tierra vegetal, impide distinguir la formación subyacente, en la cumbre, el páramo triste y desolado conturba brevemente el ánimo, mas al avanzar un poco, la vista se explaya sobre el pintoresco escenario de los pueblos de Oriente, comienza el descenso y el entusiasmo aumenta a medida que se respira el hálito embalsamado que de abajo sube; predomina el olor del azahar, pues en

la Unión, sobre todo, los naranjos se extienden formando casi un bosque y, cuando están en flor, su aroma satura el aire en una extensión de leguas. Por la vertiente oriental aparecen las calizas negras tal vez de una edad geológica sin crónica con la de Muzo.

La Unión está situada en la confluencia de los dos ríos Blanco y Negro; límpido el uno, negrusco y repugnante el otro, como sus nombres lo indican. Un buen puente de fierro sobre el primero da acceso al villorrio.

Caminábamos, decía, Emilio y yo cuesta arriba tirándonos proyectos sobre el empleo que íbamos a dar a estos días de vida social pero campestre en medio de las más finas elegancias capitalinas. De las alforjas de nuestras monturas asomaban los cuellos de las grandes botellas del mejor Martel conseguible y, a cortos intervalos, salían al aire de entre las botellas reluciendo en ellas el amarillento néctar que da chispa a la conversación. Atravesamos el páramo galopando; el brío de nuestra juventud mezclado con los vapores del Martel nos hacía cantar, diletantizar, filosofar en un tutis revultis encantador.

Gloria sea dada a Arnaldo de Villanueva que inventara el *agua de juventud*!; gloria al místico alquimista que por allá a comienzos del año de Cristo de 1200 logró hacer tan trascendental invento!!! Así juzgaba las cosas nuestra juventud; más tarde se reflexiona, más tarde se llega a pensar con Tostoy que el alambique fue una invención del demonio.

Cuando principia a penetrarse en tierras tibias en el descenso, flores sin número esmaltan el suelo—las hortensias crecen aquí y allí profusamente. Con grandes ramilletes de estas flores adornamos nuestras caballerías; penacho en la testera, hermosas guirnaldas en el cuello y en la tupida cola entretegida con las más bellas flores; las nobles bestias dejáronme hacer cuanto quisimos: andando luego, los campesinos salían a mirarnos—yo no sé si admirados o rientes—CABALLEROS DE LAS FLORES cual nos hubieran bautizado en tiempos de la andante, sin lanzón ni rodela visibles de metal, pero armados de todas las

armas por dentro. Caballeros de los ideales, custodios de un Granl que demoraba en algún punto que apenas definiéramos confusamente.

Por el camino tomáronnos la delantera otros del tout Bogotá maculino quienes, como después lo supimos, llegaron a la Unión, portadores de la noticia de nuestra tremenda borrachera.

Ya a la vista del pueblo, vueltos en nos con el calor del ambiente y la falta de más Martel, deshicimos lo hecho transformándonos de nuevo en jóvenes elegantes, moderados y discretos; nuestra entrada, esperadísima, fue un gran chasco para todos.

Azarada estaba doña Carolina, la incomparable matrona, correctísima dama, ejemplo entre ejemplos de nobleza y virtud, madre de los Cuervo Márquez, con las noticias recibidas. Salíonos al paso, afanadísima la pobre señora; pero su sorpresa fue grande al encontrarnos tan en los cabales, tan morigerados y correctos; fácil nos fue convencerlo de la falsedad de las noticias. "Parece increíble, decía ella, que en pocas cuadras de distancia se fragüen tales chismes." Emilio y yo nos reíamos a trapo tendido recordando las peripecias del viaje----

Era M*** la tapa, como se dice en Bogotá, de la elegancia femenina; al Chio andando suelto por las calles—diablos entre diablos—y M*** la diabllez por excelencia. Delgada en apariencia, *fauz maigre*, como los galos tan conocedores de estas cosas definen la gorda flacura de algunas mujeres, pero rellena, encantadora cual pocas; era la reina entre los veraneantes; hombres y mujeres rendíanle homenaje. Bastante histérica, inficionada también con el mal del siglo, el ansia de pensar corroía su espíritu que estaba bajo la influencia de los dos venenos: el natural el sexo y el otro—el más terrible—la lectura.

Bajo el florido emparrado de bellísimas que sombrea el gran patio del hotel de la Unión nos conocimos con ella, Emilio y yo bajo la cariñosa pero atenta mirada de doña Carolina. La madre temía para el hijo la influencia

avanzadora de los ojos de color indefinible de la Circe. Cuánto hubiera dado ella porque yo fuera el preferido! pero las cosas resultan de otro modo y, bajo aquel emparado esmaltado de flores, recibiendo el vaho de los azahares que llenaba la atmósfera ellos, Emilio y M***, se quisieron a la primera ojeada.

Quedé yo retirado al segundo plano en calidad de confidente y dime a contribuir con Emilio para llevar a cabo distracciones que hicieran época en este verano; gozar con la felicidad de otro es un gran placer. Pensara yo también en la morena ausente que en Fusagasugá deseaba verme; también allá lugar feliz de recreo, a orillas del Chocho de aguas claras e impetuosa corriente.

Encima de Ubaque, encerrada entre serranías y escarpadas peñas, demora la laguna—lugar de paseo obligado para todos los veraneantes en la comarca—que lleva el mismo nombre del pueblo. No sé si la palabra sea bien empleada pero llamara siniestro el paisaje.

Es la laguna de Ubaque, como tantas otras que demoran en lo alto de los Andes, triste y terrorífica; las aguas profundas se extienden tranquilas, sin ribazos, albercas son—cráteres talvez de extintos volcanes—en las que desde el primer momento al ontrar en ellas se pierde el pie sobre sus paredes cortadas a pico.

Triste es el paisaje cuando está solitario casi todo el año; triste como en los tiempos en que la empobrecida raza de los chibchas peregrinaba a estos lugares solitarios a propiciar a su dios iracundo e insaciable; pero qué alegres son los alrededores de la laguna de Ubaque cuando los bañeantes bogotanos van a ella en giras festivas.

Para dar placer a M*** imaginámos con Emilio un gran paseo a la laguna.

Verde y de suave declive es el prado que se arrima a las aguas por el lado de Ubaque, en tanto que por el lado opuesto, altos peñascales negruscos aparecen como corte abrupto, pero por allí no se baja. Con gran costo

cubrimos de flores todo el terreno donde las bellas y sobre todo M*** debían poner el pie; que no pisaran en las cercanías de la laguna sino flores, las mujeres que fueran. Bestias enviadas para todos los invitados por nosotros costáranos un platal.

Reunidos los músicos de los pueblos vecinos logramos una gran orquesta—muí ensayada es cierto—pero lo bastante para dar a la reunión, en proyecto, agradable impresión. Y todos deberían hallarse congregados alrededor del misterioso lago para que cuando M*** apareciera, de trompas, clarines y trombones se alzara al cielo diáfana la espléndida marcha de Lohengrin....

Todo nos salió bien, las horas deslizáronse como minutos y nuestro paseo a la laguna fue fugaz como el instante que tarda la golondrina para volar de alero a alero en la ciudad. Cogidos de la noche volviéramos por el áspero sendero—en fila india. A la cabeza, doña Carolina; junto a ella, yo para servirle en todo, pues el hijo—olvidado en sus amores—jamás pensara ni en lo frágil del camino ni en las necesidades del momento.

—Recemos el Rosario—dijo la buena señora—en este camino tan horrible con noche tan oscura.

Y pasada la voz, se contestaba en toda la fila a los pater noster y avemarías, mitad palabras, mitad risas por toda la bulliciosa comitiva. En medio de tan devoto ejercicio llegó a nuestros oídos el restallido de un beso; el bien conocido sonido hizome estremecer; en medio de la oscuridad, estoy seguro, que me miró doña Carolina preguntándome: "¿Qué pasa!"

En el pueblucho, al otro día, ya por todos se supo que Emilio y M*** eran novios jurados, jurados ellos en el altar de la Juventud. No ha de referir otras cosas que hicimos, a nadie interesa esto. De este grande amor de mi amigo guardé siempre la memoria y, algún día ha de publicarse la noveleta que con el título "Arcadia Feliz" há tiempo en depósito conserva la mano cariñosa de otro amigo. Para terminar este episodio diré que Emilio continuó en Bogotá para matrimoniarse la escena aquella que

interrumpió en La Unión nuestro devoto rezo una noche apacible; mas, de repente—que los quereres de las hembras son ignorados y tortuosos como los caminos de la Providencia—dejólo ella por otro.... Yo, el confidente, recibí la última:

—“ Me voy para Europa, no quiero vivir más aquí.”

Y largóse....

Acompañéle a la estación y, partido el tren, desde el andén miraba el humo de la locomotora dispersándose en la atmósfera; por primera vez en mi vida cometi el lugar común de pensar: así como ese humo que se va al espacio se disipan nuestras ilusiones, nuestros amores, nuestra existencia.

El ganó ciertamente; casado con M*** no pasara de un buen burgués si acaso; libre, cual lo ha sido, conservó la autonomía de sus acciones y ahora, bien a las claras está que lo llaman con insistencia elevadas posiciones en la política del país.

Las lagunas que, por una y otra parte, existen en las mesetas andinas, aquí pequeñas, allá grandes pero todas tenebrosas y tristes, despertaron en el aborigen ideas de temerosa admiración; temieronlas, quisieron propiciarlas como se desea propiciar toda entidad terrible. Allá fueron ellos en manadas—como me lo imagino— a rendir el culto a los dioses que apenas si entreveían: crueles y malvados a semejanza suya, propiciables con dádivas, venales en definitiva.

El chibcha, disimulado y falso como todos los indios, hizo de las lagunas su adoratorio y a ellas ocurrió llevando sus tesoros. Conocidísima es la tradición de la balsa cuando el Zipa desnudo entraba, sostenido sobre frágiles maderas, a la laguna de Guatavita; sobre la balsa el gran Sugamuxi y los sacerdotes espolvoreaban sobre su cuerpo color aceituna, previamente emmielado, oro en polvo proveniente de comarcas lejanas, de los montes de oro que

en Quimbaya poseyera la que después llamóse Antioquia. Brillante, resplandeciente, el Ziga se lanzaba de la balsa a la laguna para limpiarse en sus aguas el dorado que lo cubría dando de este modo, a Bochica, la más grande prueba de amor y adhesión. A él le entregaba la veste brillante que lo cubría y despojado de ella se quedaba el hombre de carne, igual a todos.

Oh bello símbolo el que aquella vaga religiosidad del chibcha supo inventar! Llamaré sencilla su concepción mística, pero en esta sencillez cuánta complejidad. Es la historia de todas las creencias surgentes del fondo del corazón: buscar la divinidad que se oculta en el misterio, tratar de resolver lo que no es reducible y, delante de la incógnita eterna ingeniarlo por halagarla. De blanco lino vistieronse los vestales en todos los tiempos y con la blancura de su veste comparóse su pureza. "Limpia ellas como las nieves que cubren los montes altísimos." Y todo para qué? para tener contenta la incógnita inconocible, la que no puede concebirse y en la cual sólo es dado creer.

El indio y cuantos viven en una esfera moral muy baja, creyeron siempre que era fácil cohechar las fuerzas naturales por medio de dádivas y presentes, por esta razón buscaron en las lagunas lugares—a su entender los mejores—para depositar sus ofrendas. Las generaciones presentes benefician aquella tesaurización descubriendo los buenos depósitos, cumpliéndose así la ley natural de que el pasado siembre para el porvenir.

Entre las lagunas que más fama tuvieron por sus tesoros ninguna comparable a Guatavita; la bellísima representación en oro del rito de la balsa se encontró por primera vez allí. Los españoles conocedores del riquísimo depósito pretendieron desaguarla; maravilla su obra. Cortaron un cerro como se corta la ranura en la cabeza de un tornillo con una segueta; esta obra permitió bajar un tanto el nivel de las aguas. Bastante hallaron de lo caído sobre el talud del pozo y quedaron contentos; más tarde se continuó la obra y supongo que los resultados

compensaron las esperanzas de los empresarios. De todas las lagunas en Colombia pueden esperarse tesoros, tesoros del aborigen; pero es indispensable que nuestro Gobierno establezca al respecto una legislación especial, tal que, sin impedir se busquen las riquezas probables en ellas, se las conserve—encanto de nuestros altos montes, recuerdo de las razas que ya fueron—sin desecarlas; métodos tiene la industria para hacer esto y si es justo que todos busquen el tesoro soterrado, también es justo que las generaciones que vienen disfruten el delicioso panorama que nuestras lagunas andinas les brindan. Un día, la historia reminiscente vendrá a formar parte de las tradiciones populares; aunque blancos, aceptaremos la leyenda del Zipa, no de nuestra raza pero sí de nuestra historia y lo tendremos a él, indio, figura magnífica de nuestra prehistoria; al tratar de él recordaremos el tipo fabuloso que en otros pueblos estableció la nacionalidad; tal vez de estos recuerdos, de esta fábula, de estos mitos dependa la soberanía, la integridad de la República.

Los tesoros del Zipa, qué se hicieron? Las tradiciones son muchas, cuéntanse cosas y cosas; pero es lo más posible que en el fondo de alguna laguna estén ahora—visitados por los pejecillos que no saben qué hacer con ellos—esperando que alguien vaya a descubrirlos; aquel alguien a quien Dios se los dará sin buscarlos.

CAPÍTULO VI

La industria cafetera.—El Chorro.—El barrio de San Cristóbal.
—Sic vos non robis.—LILE.—Cuanto esfuerzo estéril!

Bajando de la altiplanicie a las fértiles tierras que se abren entre peñas para formar las vegas del río Funza se experimenta el inmenso placer de recibir en la cara la brisa tibia que de abajo sube como convidándonos para ir donde hay calor. Los de arriba, los que ven que en las

frías mesetas la producción de la tierra es exigua, emprendieron el descenso de la cordillera para buscar abajo—donde el sol fecundante anima la vegetación—campos mejores a sus bríos; descaujaron los montes y sobre suelos vírgenes, plantaron el café, el arbusto de rojo fruto al que ningún insecto ataca, temeroso tal vez de sentir sobre sus elementales ganglios la poderosa acción de uno de los más fuertes excitantes.

El café, grano extraño que de la feliz Arabia nos vino, se propagó en nuestra América, bendición del cielo, para el acrecimiento de la riqueza pública.

A excepción de los chinos y japoneses todos los pueblos del globo buscan en el café no solo la excitación nerviosa sino principalmente—de una manera inconsciente por supuesto—el gusto de las reservas orgánicas; pues bien sabido es que el alcaloide contenido en esta pepa obra principalmente como agente orgánico del consumo de lo ya almacenado, da fuerza al corazón y hace olvidar las más urgentes necesidades. Esta es la historia del café; la misma vieja historia de todos los excitantes; mas esto no viene a nada.

Los primeros que, en Cundinamarca, establecieron la industria cafetera fueron los Sáenz. Nicolás—tan bueno, sabio verdadero si en Colombia los hubo—Francisco, hábil en el negocio, fabricante de millones, y José María que funda ahora desde París, donde reside, hospitales en Bogotá para alivio de sus hermanos—los hombres que sufren—lleno de caridad. En la historia de los Sáenz hay una página conmovedora, digna de los mejores libros de la moral optimista de Smiles y de sus congéneres en esta clase de literatura: don José María Sáenz—caballero de los buenos—muriera dejando enorme deuda por motivo de malas operaciones comerciales en los últimos días de su vida; sus hijos estaban en libertad de recibir o no la herencia a beneficio de inventario. Ellos la recibieron dedicando todas sus energías, todo su trabajo, toda su actividad para pagar las deudas de comercio que su padre dejara, y limpió también el nombre que tan buen enballe-

no supo legarles. Dios los recompensó con creces, cual sabe hacerlo en ocasiones.

Puede decirse que los Sáenz fueron los fundadores de la industria cafetera en Colombia y también, de ellos decirse, que fueron los que ejemplarizaron en nuestro país a todos en el más leal, más noble y más desinteresado rasgo de amor del hijo a su padre. Hay además, en la vida de los Sáenz, algo que habla muy alto en favor de la mujer bogotana: En la miseria de los primeros días las esposas de Nicolás y de Francisco—damas distinguidísimas de la capital—abandonando voluntariamente cuanto la ciudad brinda de refinamiento y de confort, siguieron a sus maridos, alegres y contentas, a la montaña virgen para compartir con ellos todas las penalidades y todos los sufrimientos que la nueva vida les imponía.

Gloria a las hijas de la ciudad querida que tantos ejemplos supieran dar, en toda ocasión, de fidelidad, de amor cierto, de abnegación completa! Gloria a Bogotá que las produce! y si bien es cierto que, en general, la mujer colombiana realiza el ideal de la Mujer Fuerte—el tesoro incomparable—que se describe en los Proverbios también es cierto que, entre todas, la bogotana sobrepasa, en ocasiones cuanto el vir-jo Salomón sospechara.

El alza de precio del grano atrajo la atención general a la naciente industria y el ejemplo de los Sáenz fue seguido por una multitud entre la cual la mayor parte se enriqueció.

Las regiones de Viotá y Aldeanías del Funza y Sumapaz son el teatro del más activo trabajo; los plantíos se fueron desarrollando; buenas, elegantes habitaciones dieron lugar a las chozas primitivas de los primeros *pioneers*; maquinarias del mejor estilo se importaron luego para beneficiar la pepa—oro que el cielo hace cargar a la rubíaca—de hojas lustrosas, bajo las sombras de los cámbulos, y la industria desarrollada trajo el bienestar.

Quien viaja ahora por la región cafetera de Cundinamarca no puede menos de admirarse; por todas partes las plantaciones se extienden, por todas partes la actividad,



sobre todo en las épocas de cosecha; por centenares hombres, mujeres y chiquillos afluyen a los ingenios; es la época de coger el rojo fruto que irá al beneficio. A tanto la arroba del grano recogido paga la empresa. Idénticos a los vendimiadores, los jornaleros y jornaleras se mueven dentro de la plantación recogiendo la fruta madura sobre las ramas del cafeto enhiesto y frío, cuyas hojas brillan al sol. Frío el cafeto, como los que venden licores, da el exitante que lleva a los nervios la efímera sensación de un paraíso.

Cargados a la espalda, o sobre la cabeza, arriman los vendimiadores al local adecuado en donde su trabajo se recibe a la romana y se paga allí mismo en moneda corriente. Los negros ojos ardientes y limpios, como las mejores claridades que el cielo envía desde el infinito lejano, brillan en la fisonomía de las mujeres mirando al patrón; miran al que paga con la ansiosa avidez de todos los deseos. El dinero está allí, el potencial que encierra los quereres humanos, la virtud y la honra.

Entre todas las plantaciones de café, ninguna me trae tantos recuerdos como aquella a quien el fundador puso por nombre "Antioquia" quizás no sea la más grande pero es la más pintoresca, la más bella. Extiéndese el cafetal sobre una ladera suave, casi una planicie, en la vertiente del río. La sombra de los arbustos está formada por cámbulos centenarios que al propósito dejara el plantador cuando la tumba, con previsión sagaz.

Lozano crece el arbusto en la región fértil y en terreno propicio. Algunas rocas salientes animan la vista con la idea de la rusticidad y los que luego hiciera el fundador para suavizar las líneas duras de la Naturaleza, hizo de aquel lugar algo amentísimo: aquí se aprovechó la cascada para formar un baño, allá una gruta, más allá la enredadera—la bellísima—sirvió para emparrado y las lianas naturales se acomodaron en forma de arcos triunfales porque él, en su fundación recibía por épocas la visita de la familia, la visita de los seres queridos a quienes deseaba halagar.

La última vez que visité el cafetal "Antioquia", estaba triste; de aquel amor primero ya no quedaba nada y recorría las alamedas de la plantación pensando en cosas que no habían sido y que hubieran podido ser. Los cámbulos al soplo de la brisa dejaban caer silenciosamente sobre el suelo sus flores rojas semejantes a cuajarones de sangre y, al mirarlos mi alma me decía: es la sangre de tu alma la que cae sobre el suelo a marchitarse allí como las flores, en silencio y sin ruido. Ante la invasión del sentimentalismo mi espíritu científico reaccionaba; la idea de que nada se pierde surgía en mí y, sobre las ruinas de los sentimientos, construía la tesis de una renovación. La flor que se pudre lleva al suelo mismo el germen de mayor fertilidad, y, "la muerte que es la destrucción de generaciones enteras es la fuente de vida de las generaciones nuevas." Mientras andaba por las alamedas recordándola, el cámbulo botaba sus flores purpurando el suelo silenciosamente.

Llegóme la funesta época de meterme en negocios—jamás lo hubiera hecho—no supe apreciar lo que tenía, ni tampoco la potencialidad que había en mí para el estudio; imágenes, imágenes, imágenes vinieran a moverme en un sentido tan completamente desfavorable. Pero así es la reina de las cosas, ella nos lleva por donde no pensamos ir; la imaginación—la fragua donde se caldea el hierro ardiente de nuestras voliciones—trabajó activamente; el soplo incendió la brasa y por su luz fatua me dejé conducir.

Las obras, las grandes obras de los antiguos se me apreciaron bajo la forma de una mentira vital. Tras los genios seguí no comprendiendo que en ellos hay siempre un elemento malo; vela lo bueno que fabricaban pero el acerbo de mal que traen consigo no se presentó nunca a mi fantasía cual parte del problema. Supesé muy mal mis fuerzas, las desconocí y, cuando las conocí, no pude aceptar las bases del negocio. Creyera yo entonces que las co-

que andarían de suyo sin mezquindades y sin ruindad; pero me engañé, "Domine, si error est ad te descepti sumus!"

Fue así como—siguiendo consejos de amigos que me querían y galopando a brida suelta sobre el corcel de mi imaginación—yo, que estaba llamado a seguir la modesta profesión de sabio, con bienes cuantiosos y saneados, me metí—sin aptitudes especiales y con el más inmenso caudal de majadería—a los negocios.

Vendiera buenas fincas ubicadas en los mejores sitios de Bogotá para emprender en la industria chircalera y fundar el nuevo barrio de San Cristóbal al sur de la ciudad. Mi inepticia comercial llevóme a creer que bastaba ofrecer tierras para fundar nuevos barrios y materiales de construcción para que tras mí fluyera la corriente de caudales monetarios. Qué desilusión tan grande fue ésta cuando pude entrever que ni las gentes se apresuraban al llamamiento, ni las monedas seguían dóciles la huella de mis pasos.

La mayor parte de mis caudales quedó vinculada en la finca que entonces compré denominada "El Chorro." Oh funesto presagio!—Mi padre que aún estaba vivo, al ver el nombre con que había bautizado la propiedad, "qué mal nombre, me dijo, por ese chorro se van a ir todos tus dineros, si me hubieras consultado te hubiera dado el nombre que convenía a tu finca: "El Bramadero."

Cual trabajé allí, no sé decirlo; saqué aequino, fundé chircales, regalé tierras para capillas, exploté minas de carbón y senté las bases del populoso barrio que ahora suena tanto—San Cristóbal—todo llevado a cabo inconscientemente es cierto, dentro del terreno del más absoluto desinterés. Ya varias veces lo he repetido, mi incapacidad comercial era completa; al afrontar los negocios encontréme con que, para hacer dinero uno, era preciso sustraerlo del bolsillo de otros siguiendo formas más o menos convencionales, proceder imposible para mí.

Quise entonces que la tierra diera lo que en ella no había y emprendí en grande escala la plantación de árbo-

les que estoy seguro, absolutamente seguro, fue la primera que se estableció en la República. Pero dejándome ir en la narración de lo algo bueno que yo hiciera en pro del país, olvido relatar que en esa época, en que fundé la hacienda de El Chorro en San Cristóbal, cansado ya de pasar de un amor a otro amor busqué en el matrimonio la completa estabilidad, lo que mi alma buscara aquí y allí por todas partes, la solución del más grave problema que al hombre se presenta en la vida sexual: la compañera permanente y única a la que se destinan toda la ternura del corazón y todos los afines del alma; la *curo carnis*, la que en lo futuro va a ser la única, la madre de la familia en ciernes que el hombre social presigió desde hace mucho tiempo.

Un día de San Juan en 1897, en la Iglesia de San Juan de Dios, pasé por las emociones de ser casado con un ceremonial de la más grande suntuosidad y luego, por todo aquello que significa el día de las bodas: la reunión de familia, amigos y relacionados; el pastel de novia; la orquesta resonante; los festejos y las amabilidades entrando a figurar en mi vida. LILE, la abnegada compañera que apenas por quince años me acompañara y a la que Dios se llevó en el feo Túquerres, en momentos de grande adversidad para mí. Pero en la época de mi matrimonio jamás presintiera que, en breve, una sucesión de acontecimientos fatales me llevara a la ruina y a la desolación; por el contrario, refulgía en el meridiano de mi vida el sol esplendoroso de la esperanza en el futuro; la ilusión del valor, de las energías incontrastables y el aura de la felicidad.

En nuestra bella y pintoresca casa de "El Chorro" fuimos a establecernos donde disfrutamos días apacibles de completa dicha sin que nube alguna menoscabara la fulgente esplendidez de nuestro cielo interior.

En esta confesión sincera de mi vida nunca podría dejar pasar por alto el reconocimiento de algo que—en medio de mis numerosas faltas—se alza delante de mí justificándome: mi absoluta fidelidad al amor conyugal,

la completa lealtad para mí compañera, para LILY, que desde el primer día lo fue todo para mí.

Vida ordenada, y hasta cierto punto metódica, llevara en ese tiempo; los cuidados de mis empresas en "El Chorro" y la Oficina de consultas en Bogotá ocupaban toda mi atención, mejor aún nuestra atención porque ELLA cooperaba, tan asiduamente, en todo lo mío que en realidad formábamos un solo individuo. Poco sociales, pasábamos lo más del tiempo en el delicioso aislamiento de "Dos que son uno y uno en dos". Nuestras alegrías eran inmensas al ver desarrollarse los almácigos de eucaliptos australianos cuyas semillas esperábamos ansiosamente por cada correo que llegara del exterior; luego el trasplante, hecho por nosotros mismos, con solícito cuidado y, ver crecer los árboles, los árboles que un día, ella y yo, habíamos de mirar enhiestos, gigantes, poblando la querida heredad, la descomunal riqueza que nuestros hijos recibirían más tarde.

Como todas las almas buenas, LILY adoraba a los animales, los quería con afecto maternal y en poseerlos de todas clases afluía su más ardiente deseo. Cuál los miraba y, cual si ellos se fascinaban con los efluvios de su alma angelical, la correspondían; no hay idea de la cantidad de queridas y buenas bestias que en derredor nuestro pululaban.

El enorme, sedoso, negro Mefistófeles y su morisca esposa, angostas legítimas—susurraban sobre su falda en el costurero o la seguían por todas partes cuando andaba, de aquí para allí, ya en los quehaceres domésticos o inspeccionando las obras; la buena gata, la morisca, llamábalas en sus alumbramientos con tenaz empuje y las mimadas erían queríanle como madre. La cabra Amaltea—su inseparable compañera—nos esperaba a la puerta de la quinta cuando, por algún motivo, íbamos a Bogotá; alegres y felices en nuestra carreta tirada por el buen rocillo lucio, gordo, manso. La vaca, Josefina, de pura raza normanda no habría sus ubres repletas sino a la mano delicada de LILY y, si hosen con otras, era con ella sumisa y hasta cari-

flora. En los estanques que formamos para recreo, los parrucos patos chilenos y los ágiles chilicos del Tolima recibíanla llenos de amor cuando por allí pasara; y, cómo no recordar las gallinetas?, la pintadilla—extraña en sus costumbres domésticas—que delante de nosotros, acompañándonos, andaba por todas partes. Y la gran pajarera de malla de alambre en donde las perdices se procreaban por centenares! No olvidaré tampoco las ovejas de Argelia que introdujo al país Luis Montoya y de las cuales logramos procurarnos algunos ejemplares. Para qué decir más!; pero cómo dejar olvidado al papagayo blanco, rara ave, que la celaba cual si fuese su marido!; cuánto trabajo costaba convencerla que a mí debía permitirme abrirla:

"Nessum maggior dolore che il ricordarse
D'el tempo felice nella miseria....."

viejo lugar común, tan repetido; simbolizara en esta corta frase el Aligieri la hez amarga de la humana existencia. Yo, sin embargo, si veo con pena la pasada dicha en la miseria presente, la veo sin amargura, tal vez estén en lo cierto los que creen en la ley de las compensaciones que en otros términos expresa el equilibrio natural del vivir. Las alegrías pasadas y nuestro descuido en los buenos tiempos, nuestra satisfacción conduce irremediablemente a tiempos malos pero, sobre todo, el Fatum de las circunstancias determina en ocasiones nuestra metida en un impase del cual no sabemos cómo salir.

Los domingos eran muy alegres en el Chorro: amigos y allegados pasaban con nosotras la mayor parte del día. Gratas, inolvidables reuniones! El deporte favorito era el tiro al blanco en el cual se ejercitaban también las damas; paseos por los alrededores y, en la época en que los cerezos de Santana estaban en cosecha el buen Máximo González nos llevara a regalarnos con el delicioso fruto. Hombre original, Máximo, quién no lo recuerda en Bogotá! El dios Neptuno, como sus amigos lo llamaban, vitalicio Ingeniero del acueducto, dispensador del agua en

la metrópoli. Ya te fuiste también, buen amigo, al largo paso de donde no se vuelve!!!

Las obras de hidráulica que llevé a cabo entonces pusieron en claro cuanto el ingeniero—cuando cuenta con dinero—puede hacer: del río San Cristóbal derivé una larga acequia y tomando la caída que me convenia (utilizada esta) derivé un nuevo canal para producir otra caída que di a la venta. La técnica empleada en tal operación, púsome por un fugaz momento, en la general opinión, como hombre capaz de las más extraordinarias cosas. Y, si los acontecimientos que vinieron luego no cortaran el hilo que—como seda de araña—conducía el carro de mi fortuna, otra hubiera sido mi vida; más no hay para que conjugar la forma verbal “Poder haber sido”.

La tempestad se presenta. Como el marino ve la nube oscura que apenas se destaca en el horizonte, los colombianos vieron también que, al arrimarse el siglo nuevo, el XX, sobre la desgraciada Patria se venía la tormenta: el ciclón periódico de la guerra civil. Ya trataré de esto en otro capítulo y, para terminar la historia de mi grandeza y prosperidad tengo de agregar que de todo mi esfuerzo y mi constante labor en El Chorro y San Cristóbal no me quedó nada; otros beneficiaron el inmenso trabajo y el río de dinero que corrió por mis manos, y fui como las aves, como las abejas, como las ovejas que el inmortal Virgilio en su grafiti sobre los tersos muros del Capitolio romano y bajo Augusto, escribiera dándonos a todos la gran lección de lo que somos “Sic vos non vobis”.

Si nidifican las aves, ellas —es cierto— no saben si para ellas será el nido; melifican las abejas sin saber que para otros sea la miel y las ovejas crían su lana, para quién?.....

Cuando se hiciera un escudo heráldico para los Pereira Gamba en él debiera figurar simplemente un yunque y sobre el yunque un libro; como única inscripción, encima el verso del Poeta Inmortal:

SIC VOS NON VOBIS

CAPÍTULO VII

El papel moneda.—Fué Núñez lector asiduo del segundo Fausto!—Guerra y agio.—Desmoralización y desmembración.—Tienen razón los separatistas!—La ruina.—Fin de la vida vieja.—La vida es una sucesión de recomienzos.

Después del 86 el doctor Núñez, árbitro de los destinos de la República, impuso a la Nación—y contra el común querer—el curso forzoso del papel moneda. Al decir contra toda la opinión de la nación debe entenderse que una mayoría inmensa era enemiga de la medida que colocaba a Colombia en una condición monetaria de carácter fiduciario; el proyecto de Núñez encontró entusiastas, sin embargo, entre sus allegados más íntimos que soterra, cual genio de las tinieblas, veían en el papel moneda, mejor dicho, preveían una época próspera de rápido enriquecimiento por medio del agio. El agio, esta enfermedad social desconocida entre nosotros hasta entonces y que hizo su primera aparición a raíz de la guerra civil del 86.

Fuó Núñez lector asiduo del segundo Fausto? Reminiscencias hubiera dejado en sus últimos escritos Goethe inmortal; reminiscencias no aparecen en sus obras literarias, pero la esencia está en la vida de la República.

Llevado Fausto al país de los pergüetanos encontróse con el rey escaso de dineros y lleno de ambición; contribuciones no podían imponerse; los áulicos ansiaban dineros y escasa la moneda, fulto de energías el país, el rey no sabía qué hacer. Sagaz entonces Mefistófeles dióles a los de la corte el buen consejo: imprimir en tiras de papel números y decir a las gentes: esto vale tanto... El Rey, señor de horas y cuchillo, en el país de los buenos pergüetanos apoyara con toda su autoridad la medida; quiénes atreveríanse a chistar? Y así fué cómo en aquel país lejano que el doctor Fausto recorrió durante su

vida de aventuras, la autoridad estableciera el curso forzoso sobre un pueblo inconsciente de sus necesidades y sin voluntad.

En fin, aquello de la fábula Mefisto lo llevó a cabo sobre los pobres pergüetanos y en la realidad—superando a toda la fábula—Núñez y los que lo siguieron practicáronlo en Colombia con el más feliz éxito.

Pudo el potente cerebro de Goethe entrevernos en la región del caos donde viven las *Madres*, que únicamente ven a los que no han nacido? Decirlo es difícil, pero la historia de la presente actualidad está demostrando que el reino de los pergüetanos no es una ficción; que ha existido, que existe....

Las gentes se engañaron al resignarse al *dogma* que Núñez estableció de los *Catorce Millones*; so la palabra del inspirado se creyó y es muy seguro que el Reformador procedió de buena fe. Los economistas de verdadera escuela vieron el peligro, lo hicieron conocer y, entre otros tantos, Colombia jamás podrá olvidar ni a Camacho Roldán, ni a don Miguel Samper que miraban las cosas desde el punto de vista científico y desde el punto de vista de la experiencia.

Otros tal vez sinceros, se dejaron ir tras la seducción de Mefistófele, y fueron ardientes panegiristas del papel. La palabra de Núñez, además, pesara como pesaba en otro tiempo la de Samuel en la lejana Palestina tan distante para nosotros ahora en tiempo y lugar.

Catorce Millones, nada más—el monto de los impuestos—papel de suyo respaldado con las entradas del Gobierno y más que todo, con la palabra del Profeta.

Colombia entró parte por la fuerza, parte por la fe en el Reformador, parte por la intriga de los que veían con claridad en el papel moneda su lucro, en el régimen fiduciario del curso forzoso. El papel trajo, como consecuencia inmediata, el desarrollo de los negocios y una época de gran prosperidad, la inyección que se pone al morfinómano cuando se siente abatido, el trago que se echa al buche para sentir entusiasmo. Ilusión, pura ilusión....!

En la fábula del segundo Fausto, el rey de los pergüétanos experimentó las ventajas del papel moneda; tras la carencia de numerario apareció la abundancia, pero ésta resultó efímera, qué hacer? Emitir más papel; el Pactolo se había descubierto, Mefistófeles había enseñado al buen rey el arte de fabricar la piedra filosofal en una litografía y así en Colombia—cual si Mefistófeles hubiera gobernado nuestras cosas—reproducción fuimos del reino aquel, del reino de los pergüétanos que lo aceptaron todo.---

En el gobierno de Holguín—si mal no recuerdo—fue el escándalo de las emisiones clandestinas: el Gobierno en apuros emitió papel en secreto; el morfinómano necesitaba una nueva inyección y ya el país pudo sentir que las inyecciones iban multiplicándose en frecuencia y dosis.

Al mismo tiempo que el país se inmundaba de papel las necesidades de la administración pública crecían, crecían cual un río cuyas aguas se aumentan con las lluvias torrenciales. Una figura excelsa aparece aquí ante mi vista interior; veo con la más clara precisión la admirable silueta del incomparable Padre Federico Aguilar. Por qué se le ha olvidado tan pronto en Colombia? Por qué este hombre extraordinario ha pasado a las tierras del olvido, dándonos prueba cierta de nuestra ingratitud? Tal lo veo ahora en el púlpito de la iglesia de San Juan de Dios, llenando el recinto con su verbo elocuente y fecundo; su evangélica predicación resonaba bajo las bóvedas como en otro tiempo resonara en Judea la de los Profetas Mayores; cual los más austeros Padres de la Iglesia, Aguilar no vaciló en enfrentarse contra todos los demones de la época. Mostró al país los peligros del curso forzoso; mostró la ruina que vendría y las revoluciones en ciernes y—otro Juan Bautista—atrevióse el único a echar en cara a Núñez sus adulterios, a la sociedad bogotana la vergüenza que sobre ella recayera tratándolo a la manceba del Dictador en las condiciones en que la trataban. Los besamanos en el Palacio de San Carlos

pasaron por sus labios con la expresión de la verdad y evidenció la vergüenza que sobre todos caía.

Ni antes ni después orador sagrado tuvo el acento del Padre Federico Aguilar; como él ninguno ha hablado ni después hablará; grandes oradores hemos tenido y desde el Canónigo Sanvedra hasta los doctores Carrasquilla y Cortez el púlpito en nuestra tierra ha visto figuras magníficas, pero a Aguilar nadie lo ha superado. Quisiérase cortar su peroración patriótica la autoridad: la civil y la eclesiástica; mas, él como Cristo, preguntó a las dos autoridades: "En qué he hablado mal?" Sólo la muerte pudo detener a este varón eximio, sólo la muerte pudo sellar la boca que hablaba la verdad.

Un día todos fuimos sorprendidos con la noticia de que el Padre Aguilar había fallecido casi repentinamente; día de duelo; quizás para alguien pudo serlo de alegría, pero qué efímero. Al presente es bien seguro que las palabras del excelso apóstol resuenan todavía en muchos corazones y es de esperarse que una ola de justicia venga en la historia para el humilde nombre del misionero que logró hermanar las nociones—triste es decirlo, que ahora principian a presentarse como antagónicas—de Religión y Patria.

No fue Núñez quien inventó el sistema del *apaciguamiento*, todos los estadistas lo han practicado; entre nosotros empero, el sistema del cohecho era desconocido; con la Regeneración lo trajo y tras ella siguió siendo común.

Los leonanos en el Palacio de San Carlos, en donde Núñez vivía con su querida, eran muy concurridos, hasta el Arzobispo de Bogotá los frecuentaba. Pero el Delegado Apostólico, Monseñor Agnosi, había tener catarro en tales ocasiones y guardar cama las más veces. Figura excelente la de Monseñor Agnosi—primer Delegado que la Santa Sede envió a Colombia—murió en Bogotá tras una cortísima enfermedad y los maledicentes suauraron como la del Padre Aguilar se debía a malas artes; pero quién está al tanto de los misterios de la política?

Falsando el *dogma* de los *Catorce Millones* a causa

de las emisiones clandestinas, la \$: pública se resintió, principian-do inmediatamente la depreciación del papel, del tipo del 180 al 200. Tan alarmante baja debió detener al Gobierno en el camino de las emisiones.

Los que teníamos fe en las energías del país creíamos firmemente que este — por un movimiento de dignidad colectiva — rechazaría el curso forzoso; que un boicoteo se establecería en contra del papel moneda. Imposible imaginar algo diferente cuando se tiene la infantil candidez de creer que el pueblo colombiano es el más noble de la tierra... Desgraciadamente las cosas no fueron así; el Gobierno sabía muy bien que nuestras masas inconscientes van, como manada de carneros, al matadero, sin chistar.

Las operaciones de agio principiaron a marcar-se de manera que hacía presagiar el desenfreno próximo; pero esto lo veo ahora — a posteriori — con la experiencia adquirida; antes, mi fe era ciega en que el país reaccionaría.

Desearo volver al punto de partida de mi juventud, desearo volver a la vida de estudio, a los ideales viejos de escribir libros y ser Profesor en la Universidad; aburrido del manejo de los negocios, para los cuales mi incapacidad resultara completa, cometi la incomparable simpleza de vender mis propiedades para hacerme rentero. Recibir intereses, vivir tranquilamente con mi familia estudiando y escribiendo.

La renta que nos procuráhamos era buena, nos permitía vivir sin afanes realizando el ideal que Schopenhauer enseña como más bello fin del hombre: trabajar por distracción no siendo esclavo del trabajo, gozar tranquilamente de sus ocios. Por eso el Maestro enseña en aquel extraordinario libro, que pudiera llamarse el arte de saber vivir, que el hombre debe arreglar primero sus finanzas para entregarse luego a la vida perfecta del filósofo disfrutando de completa independencia y estando libre de las acchanzas de la necesidad.

Qué raudal de lágrimas derramó LILE al tiempo de firmar la escritura de venta de nuestra querida finca; al

ver pasar a extraños las arboledas que ya crecían lozanas y cambiar de método de vida y de costumbres.

Buscárame para vivir en lo sucesivo la quinta de la Magdalena tan bella y pintoresca; su antigua casa del más puro estilo colonial, sus frondosos árboles, sus verdes potreros; el río del Arzobispo—que corre en su lindero—todo allí me atraía; recuerdos lejanos también me fascinaron. Aquella era la morada hecha a propósito para quien deseaba seguir una vida de estudio. Cercana a la ciudad, con la inmensa facilidad de la línea de tranvía que pasa por frente al viejo caserón, la residencia allí me permitía cumplir con los deberes sociales y a un tiempo mismo vivir la reclusa existencia del que escribe *desde su celda*. Al poco mi esposa se conformó con el cambio; es cierto que no vivíamos en una heredad propia pero disfrutábamos de todas las ventajas de la vida campestre social. Más dedicado allí que en El Chorro a la vida de familia la magia de la ilusión sopló sobre nosotros su aliento—con amoroso cariño—de fe y de esperanza.

La baja del papel moneda continuaba implacable; ante mi optimismo mis amigos se reían; pero cómo creer que nuestros conterráneos fuesen seres indignos. Imposible imaginarlo; erré porque creí a las gentes llenas de dignidad, creí que había energías.

Desde algo antes del 99 el malestar general se acentuaba; en las conversaciones de corrillo y en la intimidad se hablaba de que la guerra civil era inminente. Poco después se presentó ella; la hirsuta figura del desorden, alzando en alto la tea de la discordia y seguida de sus horribles sicofantes: el hambre, la ruina y la muerte.

Duró tres años la bestial contienda durante la cual los hombres se asesinaron, se mutilaron llenos de un odio inconsciente y estúpido; tres años durante los cuales el fruto del trabajo se perdió, el desprestigio y la ruina vinieron sobre todos.

La historia inexorable—la Némesis incomparable que a través de las edades lo pesa todo en la fiel balanza que la verdad le lleva—marcará con el hierro ardiente de

su fallo a cuantos intervinieron en el movimiento cuartelario del 31 de Julio. Quién los guió! Qué inteligencia superior manejó como fichas de ajedrez a los que entraron en esto? No lo sabemos, pero lo presentimos.

En el fondo de la conciencia pública están bien delimitados los contornos de la entidad anónima que supo engañar las nobles aspiraciones de muchos y conducir a la Patria a la más grande contienda. Nada queda oculto en la Historia de los pueblos; por el primer momento no se sabe nada, con el transcurso de los tiempos todo se ha aclarado y la verdad histórica brilla algún día. De qué sirvió el "*Plan Admirable*" de la Médicis para acabar con la Reforma en Francia? De qué sirviera "*el salir del hereje*" y toda la obra de Ravaillac; de nada. Efímero, por un momento el triunfo es, en definitiva, pírrico.

Como no escribo política ruego al lector me perdone este corto desplante; necesidad tal vez para el país pudiera ser la guerra; limitome a lamentarla tanto en general como en particular, pues ella me trajo la ruina, la absoluta ruina. Afortunadamente para mí tras los días oscuros que siguieron al general desastro volvió otra vez el astro del día a relucir:

"Que aún después de la noche más oscura
alegra el sol y vívido fulgura"

Apremiado el Gobierno puso en actividad la litografía; se movieron las prensas; los rodillos entintaron y el papel moneda, como río corriera—lava devastadora—quemando la riqueza común y lo que es peor todavía modificando las nociones generales de la buena economía del pueblo.

El agio se hizo dueño absoluto de todo y, sobre la ruina de millares de pequeñas fortunas, se fundó la enorme riqueza de unos pocos. Quién pudiera creer que los colombianos se resignaran al deprecio de la moneda nacional y en forma tan increíble?; del 200, al principiar la guerra, bajó al 1000; poco después, al 3000, al 5000, al

10 000.--- Horrorizados vimos en Bogotá saltar el cambio de un día a otro, del 10 000 al 20 000; lo que valió 1 valiera entonces 200 veces menos; un peso se convirtió en medio centavo.---

Describir la furia de especulación, la confusión de ideas que reinara en el país durante esta época aciaga puede ser objeto de un libro, libro que ha de enseñar lo increíble en materia de psicología social, triste para nosotros cuanto evidenciará la dosis maciza de tontería con que el Criador se dignó dotarnos.

Es indiscutible que el Gobierno de los Marroquines ha sido el más funesto para el país; su obstinación en continuar la *guerra de los tres años* que hubiera podido terminarse en corto tiempo a no ser por el lamentable 31 de Julio; el increíble, inimaginable abuso de la litografía nacional y más que todo el no prestar atención al clamor que venía de las apartadas regiones de la República, a la voz de los pueblos distantes, todo esto unido da a las figuras de los Marroquines carácter execrable ante el pueblo colombiano.

El 3 de Noviembre de 1903 llegó a Bogotá la noticia de que el Itano se separaba de nosotros; quería formar casa aparte, libertarse del yugo que el peor de los gobiernos colombianos impusiera, como pesada carga, sobre la cerviz de los panameños. Pocos días antes de la separación de Panamá circuló en la capital de la República la más curiosa conversación de corrillo: se dijo que cuantos quisieran hacerse ciudadanos norteamericanos concurrieran a la Legación para inscribirse. Preciso es disculpar a los que fueron; qué distinto es escribir ahora al cabo d' quince años de paz que escribir entonces bajo el régimen cruel, despótico y arbitrario del más pérfido de los hombres que diera Colombia; sí, preciso es disculpar a los que, ansiosos de una liberación, no se creyeron obligados para con la Patria—no madre entonces sino madrastra—que trató a sus hijos con sevicia. Me preguntaba yo: tienen razón los que quisieron separarse de nosotros ¡, e ingenuamente me contee-

tara que nadie está obligado a hacer casa común con aquellos que lo maltratan.

El sentimiento unánime en el país que todos tuvimos de ir a Panamá a abogar la rebelión dando, si fuere necesario, nuestras vidas por la Madre Común, fue abogado imperativamente por los Marroquines, y los que— llenos de entusiasmo— marcharon a combatir a los rebeldes fueron desamparados en las inhospitalarias costas del Atlántico y muchos allí murieron de necesidad. El Gobierno procedió con la más suprema cobardía: qué otra cosa podría esperarse del cínico que, sin el menor sonrojo, dijo:

“YO HE SIDO EL MEJOR PRESIDENTE QUE HA TENIDO COLOMBIA, RECIBÍ UNA REPÚBLICA Y DEVUELVO DOS!!!!”

En ninguna de nuestras guerras civiles se vieron tales ejemplos de barbarie y llegar la desmoralización a tan alto grado como en la de los *Tres Años*. Las persecuciones ejercidas por el Gobierno fueron tales que no hay palabras con qué ponderarlas. En medio de la desolación general, de la ruina común, los agiotistas se enriquecían con la miseria de otros; en medio del desastre reinaba en Bogotá y en las otras capitales la más grande actividad en cierta clase de negocios; fundábanse bancos sin más capital que el que esperaban les entrase con las primeras especulaciones; compañías anónimas cuyo objetivo no se podía distinguir bien y, en fin, cuanto la más desenfrenada especulación puede imaginar. Y el río de papel moneda crecía, crecía inundando el país.

Interesados a la larga ambos bandos en que la guerra continuara, pues de ella derivaban algunos sus riquezas propias, se vieron cosas increíbles: baste citar el caso de dos hermanos jefes, el uno de fuerzas del Gobierno, el otro de fuerzas revolucionarias, que se repartían entre sí y con un tercero—figuras siniestras si los hubo en esta tierra—el monto de las expropiaciones, los empréstitos y los robos con que oprimieran y devalijaran a las poblaciones. Libros enteros pueden escribirse citando casos análogos; pero como este no es mi propósito baste un ejemplo para nuestra y sigamos adelante.

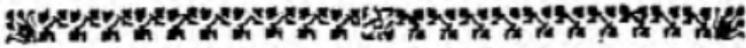
Tocóme en suerte recibir el pago de cuantiosas arcencias cuando el cambio estaba al 20 000 ; víme constreñido a recibir bastante menos de la doscientava parte de lo que creía tener y mi ruina fue completa.

Para quien se educó en las más estrictas enseñanzas de lo que es la conciencia, hay cosas inconcebibles ; desgraciadamente la multitud sólo posee una conciencia artificial : la de la Ley.

Cuando se estableció la paz fue cuando se pudo estimar la inmensidad del desastre : La Patria estaba en ruina, desmembrada, desacreditada entre propios y extraños. Ante todas las conciencias se impuso la necesidad de confiar a un hombre de superiores energías el timón de la barca zozobranada, la Patria que se hundía. De aquí provino que casi por el unánime consentimiento se llevó al General Reyes al solio presidencial.

Dejando asuntos de orden general y volviendo a mi propia persona bien puede imaginarse mi enorme desconsuelo al mirar por tierra todos los castillos que había fabricado, ilusiones desvanecidas y como única esperanza recomenzar.

No sé si para todos pero para mí sí, la vida ha sido una sucesión de recomienzos. Principiar una obra, poner en ella toda la esperanza para verla desvanecida de repente cual si un genio maléfico la barrierá con una escoba ; principiar otra con el mismo resultado y, en esta serie de recomienzos, pasar la vida entera. Empero yo me alegro de que mi existencia haya sido tal como ha sido, pues de esta manera he podido ver tantas cosas ; vivir, si pudiera decirse así, infinidad de vidas. No hay en esto una compensación ?



Andes Centrales

CAPÍTULO I

Cómo principió mi carrera profesional.—La fiebre minera en Tolima.—Confusión de ideas.—Randolph versus White.—La ilusión del progreso.—El Cinabrio.—Carlos de la Torre.—Dulce amistad.—Visitación: un idilio en la montaña!

En 1838, después de haber pasado una época de trabajo duro en la herrería de La Pradera, reslvi establecer oficina en Bogotá y dedicarme a la consulta. Nunca tuve—pero menos entonces—lo que se llaman ideas prácticas; desentra el progreso, el desarrollo del país, pero de una manera dijérase romántica. El negocio, y hasta la palabra me chocaba, causándome repugnancia. Vender los conocimientos parecíame sacrilegio; las ideas de Schopenhauer sobre esto hablan calado hondo, muy hondo en mi conciencia. Las violentas frases con que el ideólogo alemán fustiga a los vendedores de la filosofía eran el *non plus ultra* de mi sentir.

Me daba vergüenza cobrar honorarios, en regla general cuando despachaba una consulta y el cliente me preguntaba "Cuánto le debo?" no sé por qué esa frase se me hacía insultante y no podía dejar de contestar "Eso no vale nada" causando la sorpresa del interesado y en mi interior el amargor de mi majadería.

Los amigos me aconsejaron no fuera tan tonto; mí padre mismo—a pesar de ser tan desinteresado como lo era—me increpaba suavemente y me hacía ver la mina, verdadera mina q' yo poseía con mis conocimientos. Y aunque esto

venga fuera de propósito tengo que convenir que si hubiera seguido los prudentes consejos del autor de mis días otro hubiera sido mi destino; él me decía: "No entre nunca en negocio, trabaje profesionalmente, cobre su trabajo y conserve la buena fortuna que ha de heredar un día." En otra parte de esta narración se vió el resultado que para mí tuvo el no haberme guiado con la sabiduría de la experiencia; como otro Robinson embarquéme por mares procelosos y del naufragio quedóme sólo la conformidad altiva de aquel de quien nos refiere Quinto Curcio, que jamás los dioses o el destino pudieron arrancarle una queja. Mas esto es de ahora, que entonces pensaba de otro modo y ante mi vista se habría espléndida la lontananza del porvenir en cuyo fondo brillara atrayente, fascinante el Lago Encantado.

La ciencia de la vida, que ya la poseo, me ha hecho condensar en un aforismo toda la sabiduría que la serpiente haya puesto en mí en estos tantos años de trajineo por el sér "La conciencia de haber sido majadero es una de las peores formas del remordimiento." Y basta, esto, sigamos con la narración.

Al escribir estas páginas me detiene el temor de que ellas solo sean interesantes para mí y que escriba yo un libro para mi propio entretenimiento; sin embargo las cosas vividas despiertan el interés general, mi fe en ciertas doctrinas psicológicas es bastante para vencer el desfallecimiento que me domina en ocasiones. Continúo dictando, el golpeteo de la mecánica hace cosquillas en mi cerebro; los hechos pasados vienen en tropel a mi memoria; continúo dictando y me resigno a que, salga lo que saliere, he de concluir el libro. También la imaginación ayuda, ella alienta, veo el libro impreso precisamente de forro amarillo como los de caballerías que se vendieron en la Librería Nueva. Quizá bien recibido, quizá olvidado llenando, como un estorbo, los anaqueles de las librerías, pero impreso, un esfuerzo hecho que no será perdido porque "Toda palabra tiene su eco en la eternidad."

Del mes no me acuerdo, cualquiera del 87, recibí un

día en mi oficina al emprendedor caballero D. Joaquín Campuzano, venía a proponerme me fuera al Quindío a explorar unas minas de azogue, recientemente descubiertas rastreado una antiquísima tradición española; gracias al perseverante y sistemático trabajo de D. Eliseo Torres de Ibagué. Cerramos el trato en pocas palabras, la suerte estaba echada, mi vocación decidida; había de ser en lo futuro un ingeniero de minas.

"En nuestra tierra—decía Silva—todos tenemos que estar etiquetados; ay del que quiera hacer cosa diferente del rótulo que se le ha puesto!" Qué verdad tan profunda la que contiene esta metáfora de José Asunción. El criterio simplista de los nuestros ahoga muchas veces.

Mi contrato con Campuzano fue el primero que firmé en mi vida; primer pliego de papel sellado en cuyo pie estampara mi larga rúbrica de nombre completo con los dos apellidos y ahora me acuerdo del día, pues fué el veintisiete de Mayo de 1887, día de mi santo, cuando ajusté veintidós años. Rubricado aquello, que me obligaba a un trabajo extraordinario a cambio de mezquinitima remuneración, sentíme sin embargo tan contento que no me cabía. Envidiárame a mí mismo como el chiquillo aquel que parándose delante de un espejo de cuerpo entero, se miraba y decía "Quién fuera yo!"

Principia a trabajar la imaginación, la voraz, la incansable. Me iba a las montañas, verdaderas montañas auténticas; vastas soledades pobladas de siervas y de oncería de toda especie. Me iba a sumergir en seno profundo de la Naturaleza, allí donde planta humana jamás había hallado el suelo virgen de la selva milenaria. En fin, iba al Quindío que mi fantasma engrandecía con las relaciones tradicionales de mi familia.

Ibagué, mil veces descrito por los míos, donde mi abuelo José Francisco Pereira enantes poseyera la más bella finca: El Vergel. Allí pasaba la familia—cuando mis tios y mi padre eran apenas niños—épocas deliciosas de las que siempre hablaban con el calor intenso q'la rememoración de la infancia feliz trae a los viejos, llevando sangre al cerebro



y haciendo vibrar las células de la memoria con increíble actividad. Y el Quindío! La mole potente por donde un camino lleno de peligros y de contingencias cruza la selva primitiva, austera e implacable, en donde todo es inpropicio al hombre. También allí recuerdos familiares el éxodo de las familias caucanas que buyeran de Cartago a Ibagué en la época de la independencia. Los Gambas, los Buenaventuras, Piedrahitas y tantos otros que atravesaron la montaña a pie y llenos de miseria por no caer en manos del feroz Calzada. Casi todas mujeres, matronas venerables, ayer familias acomodadas hoy reducidas a la miseria por la confiscación de sus bienes hecha por los tenientes de Morillo. Entre los pocos hombres que acompañaran a estas pobres señoras iba el Dr. Ramón Gamba, encardate patriota cuyo feliz ingenio—jamás menguado por las contrariedades—fué el mejor apoyo, el único bálsamo para tanta miseria. Cuanto hubiera oído contar en mi casa, fuese ya de las miserias del éxodo caucano o de las alegrías del Vergel se me venía a la mente fatigándome con la ansiedad de ver pronto lugares que imaginaba sagrados para mí. De balde me hubiera ido!

Preparativos de viaje. Ropa a medidas; las indispensables botas que daban el diploma de ingeniero, armas, cartuchos, municiones, instrumentos de ingeniería y el equipo fotográfico, una de mis grandes aficiones. Cuanto siento haber perdido los millares de negativos que durante mi vida impresionara, aquí y allí por todas partes, mi inseparable Kodak!

Si hubieran de bautzarse con adjetivos las ciudades de Colombia, llamaría yo a Ibagué la incomparable; la Capua deleitosa de mi tierra. Indescriptible es el encanto de Ibagué, donde reside! Es la localidad?; son sus mujeres?; es el conjunto general? Todo concurre allí para hacer de la capital del Tolima algo insuperable: la situación topográfica, el clima delicioso, el Combimbo cristalino y torrencial que envuelve a la perla del Tolima

como collar de diamantes. Sin mucho movimiento comercial, ahora treinta años, era Ibagué sin embargo, el lugar de tránsito obligado para los viajeros al Norte del Cauca y de aquí un movimiento que si bien era activo no era propio.

El ibaguereño era indolente, como el lazzarone se sentía satisfecho con su cielo esplendoroso y su clima más a propósito para las delicias que para la actividad. La creciente invasión antioqueña en el Quindío ha cambiado las cosas recientemente; por otra parte, la continua cruz de los ibaguereños con la potente raza de Antioquia ha operado una transformación completa. Pero no es el antioqueñizado activo Ibagué del presente de la que quiero ocuparme sino de la otra, la soñadora e indolente, la alegre y risueña.

De Ibagué a las minas que íbamos a explorar se tenía una jornada de a caballo a Ibagué viejo y de ahí para adelante dos a pie en la montaña.

Preparada la expedición por D. Eliseo Torres salimos una mañana de la ciudad caballeros en poderosas mulas y con toda nuestra impedimenta sobre robustos buyes: toldas, víveres, herramientas y explosivos, cargas de equipaje, etc. Unos pocos peones antioqueños, alegres y decididos y una mujer de Cundinamarca—la Mercedes, la buena y atenciosa como pocas—para la cocina. Y andar cuesta arriba por el potente Quindío que por primera vez viera.

Torres me entretenía con su charla animada, con sus exquisitas historias y sobre todo con la relación animadísima de sus aventuras montañosas. Cuánto me entretenía y cuánto envidiara pasar las experiencias de aquel hombre encantador. Todo era nuevo para mí: la montaña, la vida de trabajo que iba a emprender, la misma libertad plena que soplaban como aura desconocida.

Hicimos una jornada corta a la casa de Salazar, cerca de Tapias, vivienda de un colono antioqueño, talvez de los primeros que emprendieran la conquista del Quindío.

En el frontis de la bien blanqueada casa había una

pintura al fresco que representaba a nuestros primeros padres en el acto de comerse la manzana del engaño, con estos curiosísimos versos al pie :

“ Por qué comiste Adán y Eva
 La manzana ?
 Por qué dejarte engañar de la serpiente !
 Esa fruta tan funesta y tan insana
 Que nos prohibió el Creador Omnipotente ! ”

Del camino principal, bastante adelante de Tapia y cerca al punto que llaman el Moral, se desprende una senda que bajando a un abismo atraviesa el Coello por el puente de San Lorenzo y trepa luego a la meseta de Ibagué viejo. Esta meseta está formada por un conglomerado y bordeada y definida por dos ríos ; el Vermellón de un lado y el Anaimé de otro. Allí fundaron los españoles la ciudad de Ibagué, la primera que fué destruída por los Pijaos con bárbara degollina, violencias y demás ; la ciudad fué trasladada al lugar que ahora ocupa ; de la vieja no quedan ni vestigios a pesar de que se sabe que fué muy importante.

Esta hermosa planada era poseída por D. Manuel Gómez, santandereano, primer colono que se estableciera por allá. Más adelante me ocuparé de él con detenimiento, pues nunca he visto tipo más digno de mención. En la casa de Gómez debíamos dejar las caballerías y emprenderlas a pie, monte adentro hasta el término de nuestro destino.

Amplia era la casa de aquel viejo colono, ricacho ya pero trabajador como nunca a los sesenta y cinco años y fuerte cual ninguno ; amplia, espaciosa y usada en extremo, ocupaba casi el centro de la meseta, rodeada de algunos árboles augustos y en la posesión más pintoresca que sea dable imaginar ; el río Vermellón corría más cerca, llamado así por los españoles a causa de la gruesa tinta de cinabrio que dejara en la batea proveniente de la erosión de las aguas sobre los ricos yacimientos que exis-

ten en sus cabeceras. El Anaine más lejos, al otro extremo de la mesa, rico en oro y de curso apacible. Los dos unidos van en seguida al Coellos.

Siguiendo el curso del Anaine, aguas abajo y ya engrosado por el Vermellón, como a dos leguas de Ibagué viejo, los colonos antioqueños tenían abiertas algunas fincas y estaban formando la población de Anaine; también minas de oro se descubrían en la localidad.

En el trayecto entre la finca de Gómez y el incipiente caudero de Anaine, el río forma extensas vegas casi planadas y de una fertilidad extraordinaria. Dispersas sobre estas planadas las casas de madera de los colonos animaban el panorama, en todas ellas brillaba el aseó que caracteriza al antioqueño y que diferencia su morada de las demás de las clases pobres en el resto del país.

La aldea de Anaine, toda en maderas, era el centro de reunión de los colonos en los días feriados y teatro de escenas violentas, pendencias y crímenes que son inseparables de toda nueva fundación cuando ésta se afecta por una raza activa y pujante.

En el año de 87 se declaró la fiebra minera en el Tolima; algunos buenos descubrimientos hicieron creer a las gentes que las minas de oro los enriquecería a todos fácilmente; que los yacimientos metalíferos son tesoros de inmediata, fácil extracción. Y como en todas partes el criterio se maleó, vino la ofuscación y con ella la confusión de ideas. Ya habrá ocasión de continuar sobre esto; volvamos a la casa de Gómez donde nos espera la expedición lista para entrar a la montaña. Larga fila de cargueiros con todos nuestros bártulos a la espalda desfila fatigosamente por la estrecha trocha que se abre ante nosotros, cucuta arriba, dentro del bosque secular. Algunos trocheiros adelante limpian y amplían los puntos más cerrados. Se habla poco concentrando todas las energías en vencer la pendiente.

Atrás de todos, guardando una corta distancia, Gómez, Torres y yo cerrábamos la marcha. En el primer alto volví la vista atrás: ante mí se extendía la vega del

Animame, en primer término, con sus alegres casas y entre ellas una, la más pintoresca, que más tarde me dió ocasión para no olvidarla nunca. Más allá el camino del Quindío extendiéndose como una serpiente blanca sobre el monte negro hasta donde la vista alcanzara.

A las cuatro de la tarde el rancho en la montaña cerca de algún arroyo; las fogatas que se prenden; la actividad de todos para la comida y luego la deliciosa charla de los peones antioqueños. Entre ellos siempre hay alguno que sabe contar cuentos, narraciones como sólo pueden oírse en Oriente por la vivacidad e ingenio del narrador: el cuento de "*Sebastián de las gracias*" que ocupa varias noches, que como las narraciones orientales lleva intercalaciones rítmicas en forma de melopea y otros tantos.

Después el silencio lleno de ruidos de la montaña, el canto augusto de la Naturaleza; los ruidos insólitos que interrumpen la magestuosa sinfonía del bosque y que a veces hacen estremecer: la caída de un árbol, el chillido agudo de una bestia o de una ave nocturna; el apresurado y bestial paso de las partidas de dantas que atraviesan rompiendo la maleza, la ficción de un rugido que trae la imagen del tigre el más temido de los habitantes del Quindío y otros tantos ruidos que hacen comprender la vida nocturna, la incansable animación de las selvas primitivas.

Ya a la hora de los cuentos los peones han conversado—en voz baja y temerosa—de los seres maléficos siempre enemigos del hombre, que pueblan las montañas nuevas: la madre de monte, el hojarasquín y otros tantos seres fabulosos y malos que son el terror del montañero.

Para quien oye por primera vez estas cosas no dejan de causarle impresión, como impresiona profundamente todo lo de esta vida nueva, desconocida en absoluto para el habitante de las ciudades. Mi alma se abría a las impresiones, como siempre se ha abierto, para recibir las del medio en que vivo; favorable condición de mi idiosincra-

sin que me ha permitido la más completa adaptación a los cambios de lugar y de ambiente.

Al otro día temprano llegamos al lugar de nuestro destino: el Cinabrio, las minas de azogue que Torres reatrea sobre viejas tradiciones españolas primero y sobre el río Vermellón, aguas arriba, en seguida. Allí era donde yo iba a vivir en lo sucesivo; la montaña, la inmensa montaña sin horizonte alguno se extendía por todas partes. Con profundo pesar me acordé de la casa en Santa Clara, su patio lleno de flores, las comodidades y el cariño que allí me rodearan y verdaderamente me arrepentí de la locura que había hecho cambiando, sin necesidad, todo mi bienestar por este monte frío, horrible y sucio. Los desfallecimientos en la juventud son, afortunadamente, de corta duración; el ánimo vuelve pronto, se rebuce gracias al exceso de fuerzas sobrantes y no decae; la ilusión del trabajo, la mentira vital de nuestra aspiración a la gloria y al renombre. Pero más que todo, el recuerdo de Teresa que tan lejos estaba y con la cual una sola vez hablé de amor; fue la víspera de mi partida; fui a despedirme, de aquella casa en que todos me querían tanto y venciendo—por la fuerza de mi pena—la timidez que al hablar con ella me sobrecogía, díjele todo lo que había en mi alma. Emplazóme para dentro de un año y tal vez se sorprendiera ella al considerar la absurda necesidad que cometería yo al irme lejos a vivir como salvaje cuando nada de eso necesitaba. Romántico por extremo, impráctico y si se quiere tonto—joven D. Quijote—me imaginara que para merecerla debía irme lejos a bregar y hacer cosas. Lleno de sus recuerdos vivía en el Cinabrio rindiéndola, en mi interior, el culto más solemne; mi espíritu esencialmente religioso completó en ella todas sus aspiraciones llegando a confundirla con todo lo que me rodeaba.

Días de actividad siguieron; atormentaba el hacha el bosque, caían los árboles, las sierras partiendo las tablas rugían y una activa animación fecunda nos llenaba. Las cosas principian a tomar forma: se delineaban las viviendas y restallaba la dinamita en las obras de mi-

na. Pocos meses después se levantaba cómoda vivienda para el alojamiento mío y de los trabajadores. Con qué gusto abandonamos la toldería para instalarnos en la espaciosa casa de madera que habíamos construido!

Queda el Cinabrio muy cerca de la cima de la cordillera central divisoria de aguas entre el Magdalena y el Cauca y geológicamente sobre los terrenos primitivos del Cámbrico que fueron levantados y puestos a descubierto cuando la intrusión sienítica del Cretáceo modeló la orografía del territorio colombiano. Inexplorada era toda la comarca hasta la cordillera, estoy seguro que el primero que se aventuró a doblarla—descubriendo la depresión de Calarcá, punto obligado del trazado para ferrocarril que una las hoyas del Magdalena y Cauca—fui yo cuando, levanté los planos de las concesiones mineras del Cinabrio; mas esto no viene al caso.

Trabajaba con los peones, como jornalero, y por la noche, rendido de fatiga escribía. En esa época escribí los primeros artículos técnicos que vieron la luz pública firmados, desde entonces, con las tres iniciales de mi nombre y también escribía al amigo querido que en Bogotá era el confidente de mi Dulcinea.

En la para mí irreparable pérdida de los negativos fotográficos de esa época, lo que más siento es la vista de las casas del Cinabrio, la torrecilla de madera donde yo vivía más elevada que los otros edificios. Allí tenía mis libros, el laboratorio portátil de ensayos y allí, hasta tardes horas de la noche, a pesar del cansancio, estudiaba y leía.

Vida de actividad extraordinaria, de castidad perfecta, porque el recuerdo de quien llenaba toda mi alma me hacía incapaz del más insignificante pensamiento que manoseara el purísimo espejo de mi conciencia.

Coleccionaba helechos—familia botánica en que es tan abundante la cordillera—y los más bellos iban a Bo-

gotá en paquete especial para entregarse a aquella a quien le gustaban tanto.

El furor por las minas de oro crecía en el Tolima; la fiebre llegaba al último extremo. Por todas partes se descubrían minas y los cándidos creían que un mero prospecto era una riqueza, sintiéndose millonarios. La fiebre del oro, la fiebre de la codicia, el delirio de hacerse pronto ricos sin trabajo que ha sido la historia de todas las fiebres mineras en todos los países de la tierra y en todas las épocas. En esta excitación de ansia de oro se encontraba Ibaqué cuando salí por primera vez del Cinabrio, como al año de entrada.

No me había cortado el cabello durante este tiempo y me caía sobre los hombros a lo Manrique; también había desdeñado mucho la indumentaria y cuando salí a la Incomparable imagino que mi figura era bastante estrafalaria. Muy bien recuerdo que la misma tarde que llegué a la ciudad me habló, en el hotel, de un joven ingeniero de minas que trabajaba en Anzime y del cual yo no tenía noticia como vecino, pero sí lo conocía de nombre por haberlo oído mentar mucho en Bogotá. Si que lo había oído nombrar, el Secretario íntimo del Bayardo colombiano—el Gral. Sergio Camargo—el hombre de valor impertérrito, en suma, el que acompañara a Camargo en todas las peligrosas jornadas del 85: CARLOS DE LA TORRE. Nos conocimos en la plaza de Ibaqué y puede decirse que desde ese momento fuimos íntimos. Dulce amistad que ha perdurado en todo el lapso de nuestra vida, que no se dividió como las ramas que parten del mismo tronco y que sólo la muerte podrá interrumpir.

En esta primer salida de la montaña tuve ocasión de informarme cómo estaban las cosas en relación con la industria minera. Es claro que todos estaban alucinados; la cosa era en realidad una locura, después he visto otras fiebres de esta clase pero como aquella ninguna.

Había un tal Mr. Williamson—hombre que pudo haber algo en sus mocedades—que el alcohol había embriagado por entero. A éste se le concedían facultades hasta de mago, se creía en su palabra como en la Biblia, aún más seguían sus desatinados consejos como siguen las gentes sencillas el consejo de un brujo.

Había D. Roberto White, ingeniero de nota que trabajara y que que hiciera cosas buenas; pero que deseaba desarrollar las minas en el Tolima aconsejando que se montaran todos los prospectos, y se pusieran molinos en todas partes, único modo—en su sentir—para diferenciar lo bueno de lo malo, y todo mundo metía sus caudales en molinos de palo donde quiera.

El Gobierno del Tolima regido entonces por el Gral. Casabianca tomó una medida—magnífica en principio—afin de evitar el malgaste de la riqueza pública, fue hacer venir de Norteamérica un ingeniero connotado que diera opinión. Al efecto vino Mr. Randolph [primer graduado en minas del Columbia College de New York] hombre de buenos conocimientos a quien traté mucho; mas no sé qué ideas gustaron el criterio de Randolph. Fuera emulación con White, fuera envidia es el hecho que él se propuso dar informes contrarios a los de D. Roberto. Si el uno hizo mal lanzando a las gentes a la contingencia, el otro obró peor llevándelos a la desilusión. De esta controversia no se sacó nada en limpio.

Los fracasos mineros vinieron en seguida causados por la confusión de ideas, alma mater de todos los desastres colombianos en industria y en política.

Recibiera yo entonces una carta llamándome a Bogotá: el año del empuje se cumplía y mis asuntos iban mal según me escribiera el amigo confidente. Partí como rayo a las tres de la tarde para galopar durante la noche las trece leguas que separan a Ibagué de Girardot, el llano, en pajonal amarillo, que el sol caldea con rayos de fuego y que se extiende interminable en apariencia. Apesar de su aridez aparente cuán bello, cuán fértil, cuán fecundo es el valle del Alto Magdalena.

De Ibagué a Girardot, la primer mesa se extiende hasta Gualanday; un corto descenso en cuesta sobre la arenisca trisica y luego, pasado el río de Gualanday, sigue el llano en suavísimo declive hasta la orilla del Magdalena, apenas si el Cuello interrumpe—como línea sobre un pizarrón—la plana superficie.

En estas tierras, en donde el sol domina, es mejor andar de noche; de día es casi imposible a veces vencer la soñolencia que la radiación atmosférica y el calor tórrido producen sobre los sentidos. En las marchas forzadas de los ejércitos, en nuestras guerras civiles, se cuentan por millares los hombres muertos porque el sol les derritió los sesos como pudiera derretirse un poco de manteca en un pote; tal es la creencia vulgar.

Forzando bestias y buscando remudas donde Dios me amparara llegué a Bogotá, me acuerdo bien, un día como a las dos de la tarde; peluqueado y listo fulme de visita a la casa querida donde todos me querían. Pero, oh dolor! todo lo hallé cambiado.-----

Al otro día, muy de mañana, emprendí el regreso a las montañas; ya no las veía horribles y sucias; veíalas de otro modo. Tras una grande desilusión el hombre, en general, toma uno de dos caminos: o el de los intereses materiales o el de la especulación para en el estudio y en los sentimientos; pero en puridad de verdad la primera desilusión en amor, acarrea grandes cambios en el organismo interno.

Como si la mano poderosa de mi amor primero me hubiera detenido, libre ya de ella y más aún libre por su inconstancia, saltó fogoso la valla q' me separaba entrando de lleno en el predio vedado, para mí, del amor carnal, del amor fisiológico como el hombre sano debo experimentarlo; al poco, niñerías me parecían mis escrúpulos y mis romanticismos. Afrudita venció a la casta Anafrodita trayéndome con su triunfo nociones más claras, más precisas y ciertas de las que hasta entonces hubiera tenido sobre estas cosas.

Vuelto al Cinabrio continué con mayor actividad al

obra emprendida, pero mi reclusión no fué como antes; salí a Ibagué viví, a Anaimé y frecuentaba los centros miérs de la localidad. Me llamaban de unos a otros en consulta.

Carlos de la Torre dirigía la mina Las Venecias, prospecto de las mayores esperanzas. Había establecido montaje racional y vivía con cierto refinamiento muy de admirar en las montañas. Anaimé, apenas en fundación, lo poblaban verdaderos bandidos, sólo en Segovia—en Reñedios—se vieran escenas tales; baste decir que el Corregidor, los días de fiesta, era un arsenal andante. Qué figura aquella Pequeño, con gran sombrero de paja, pendíale del cinto un enorme chafurte; por los bolsillos de los pantalones asomaban las culatas de dos S. & W. calibre 44 y en la mano llevaba una carabina. Con todo esto costábale trabajo sostener a los transgresores q' por lo general no se rendían sino a tiros o cogidos con horqueta como se coge una sierpe ponzoñosa. Por lo demás, y no habiendo aguardiente, los colonos eran tan suaves como ovejas a semejanza de aquel personaje de D. Pedro Antonio de Alarcón quien en tanto que respetaran sus usos, vicios y costumbres no se disgustaba con nadie.

De las otras poblaciones del Quindío, sólo Salento estaba fundada y Calarcá en proyecto. De lo que es al presente esa incomparable región del próspero Departamento de Caldas, en el Quindío, mi soñación.

Para vernos más fácilmente hicimos una trocha del Cinnabrio a Las Venecias y con frecuencia la traginara para ir a visitar al amigo querido. Con él hablamos de tantas cosas, proyectábamos tanto. Ni él ni yo obtuvimos en la vida lo que merecíamos porque fuimos desinteresados, y en el mundo, donde todo lo gobierna el interés, espíritus de nuestra clase son entidades insólitas, en discordancia.

Descubriérnse en Anaimé una mina de oro que por los cogollos se mostró sorprendente—La César—en la cual tomó acciones y metió dineros el nunca olvidado en nuestra tierra Sr. Cologán—que creo fué el primer Minis-

tro acreditado por España—; manejaba la propiedad un viejo andaluz de apellido Tejeiro, hombre simpático y fácil, casado con una muchacha ibaguereña, linda como ninguna en su tierra. En la mina de Cologán se daba buena vida con los dineros de los accionistas, ya se sabe que el furor minero estaba, como dicen algunos, en su período álgido. En La César se comía pavo real roseado con los buenos vinos de la madre patria. Llegó el momento en que la compañía se sintió mal del hígado, síntoma grave; para saber qué había de cierto escribíome el ministro Cologán una carta en la que me pedía fue-e a La César a rendirle un informe y al efecto fui pero haciéndoseme tarde pedí albergue en una casita de colonos, pintoresca en extremo, en la vega del río. Al ver la casa se comprendía que adentro había algo más que el asen natural del colono antioqueño, y cierto, allí vivías tú VISITACION!

No puedo imaginarte, VISITA, sino como nos velamos a orillas del Aníme en nuestras horas de intimidad. Oh mi adorada! Bajo los altos árboles; joven yo entonces y fuerte—el Señor—y tú tan bella, tan sumisa y tan buena. Te imagino muerta joven, tu cadáver no infundiera repugnancia ninguna; pero no te puedo imaginar vieja a ti VISITA a quien—cuando nos separamos—nunca volví a verte. Ni poseída de otros, ni pasando de mano en mano entre los hombres. Tal vez vendieras tus encantos, qué puedo saber yo? Si en el inexorable destino de las cosas tu suerte fué esa! A quién culpar! A la fatalidad de Dios o de los dioses que hizo las cosas así? A mi tal vez podrías culparme y si ingrato fué alguno, ese fui yo. Pero delante de la fuerza de las circunstancias la humana voluntad no tiene empuje. Víctimas somos de un destino fatal; mas yo seguro estoy que tú moriste en plena juventud; que tu orgullo te hizo librar de las miserias anejas a la vida de la carne: la enfermedad y la vejez. Tú no llegaste a vieja, VISITA, porque tenías el orgullo de tu cuerpo, el orgullo soberbio de legar a la tierra aquello que de ella recibimos, en plenitud.

Tú tan bella, oh mi adorada, volviste a la tierra sana y fuerte como a ella volviera el poeta a quien nadie olvida. Cuando nos separamos nunca pude saber de ti nada más y sin embargo, lo averigüé incesantemente como loco. A todos escribí, ausente en las tierras de la América grandiosa, a mis amigos escribía preguntando de tí y de tu suerte. Nunca pude saber nada. A ti quise volver pero me fué imposible, la vida había forjado cadenas poderosas para mí y al nido de nuestros amores ya no pude volver. Y ahora, viejo, qué puedo pensar ?

A mí te me presentas diáfana cristalización del ensueño juvenil; forma perfecta que me enseñó el amor; tus gracias son las que encontré después en todas las mujeres y en mí vives como vive el sacramento detrás del velo, eternamente, en el santuario de mi corazón. Nunca te he olvidado—tal vez ni un solo día he dejado de acordarme de tí y en las vigilia de las noches oscuras, en el invierno frío de la vida, te pienso, oh alma mía, y te recuerdo como entonces eras; ágil, esbelta y única entre todas; la virgen antioqueña que subía la cuenta de Ibagué viejo para buscarme y de la que todos hubieran podido decir: "Quién es aquella que sube tan esplendorosa como el sol ?"

Cuando estábamos juntos y las hojas caían, nos estremecíamos creyendo que fueran los pasos de algún envidioso de nuestra felicidad; subrecogidos mirábamos al rededor melancólicos. Ahora, dime qué nos importa todo eso ? Donde tú estés, oh alma mía, verás las cosas como son y si solamente desvanecida entre los elementos del Inmenso Único no puedes percibir la vida, en el ambiente que me rodea y en todo lo que existe te respiro y nuestra unión es más íntima que antes. Yo también pronto iré al Orcus que mal se llama oscuro; llámáralo el clarísimo, y cuando el tiempo venga de mi disolución yo estoy seguro, VISITA, que nuestros átomos han de buscarse afines para una unión más íntima; la unión de las cosas en el Todo Universal.

Quien lea este libro tiene que perdonarme, bondado-

samente, la tirada anterior, al tratar de recuerdos, la imagen de la joven que me quizo tanto y a quien yo quise tanto se viene en primer término. En los amores no convencionales—el amor como se entiende en el pueblo—hay algo superior a todo. Aquí no entra la convención sino la voluntad, es la tendencia imperiosa de la naturaleza la que habla, no la ley social de la conveniencia. Podemos casarnos—y muchas veces por amor—pero qué es esto delante del amor invencible que experimentamos libremente?

En la marcha de las sociedades modernas se ha establecido el canon del amor legal y se persigue el amor natural. Qué horror! Si se miran las cosas por el lado de la selección, la humanidad se está seleccionando en el sentido desfavorable, síntoma es la degeneración que se observa; no me imagino, empero, cómo es que al escribir estas páginas pierdo tan a menudo el hilo y me meto por los cerros de Ubeda en disquisiciones que no vienen al caso. Cuento la narración de un hombre que ha vivido en nuestros Andes; refiere sus experiencias, sus amores, sus desastres; pero el filósofo que hay en mí interviene, a veces, y digresiona. Cómo puedo evitarlo? Hay que tener benevolencia para quien escribe a esta edad y acordarse del tratado de Séneca "De senectute" y de los "Ensayos" de Montaigne y mil cosas más que suelen escribir los que, sin ambiciones de aquí abajo, miran, más bien, lo que hay de para adelante.

Tengo que hacer, de nuevo, referencia a mis escritos técnicos para los que quieran detalles de esta naturaleza respecto de las minas del Tolima y demás asuntos de información al respecto; limitaréme aquí a decir que por la falta de experiencia industrial, por las imprudencias y más que todo por querer elaborar minas pobres, en el Tolima, por los métodos antioqueños—buenos únicamente para yacimientos riquísimos—todo vino a la ruina. El decaimiento fue necesariamente tan grande como la ilusión. Pero el desastre minero—si bien fuera ruina de muchos—trajo la consecuencia de desarrollar la agricultura.

ra y gracias a la fiebre de minas del 87 se colonizaron inmensos territorios. Las minas volverán porque las hay buenas; trabajadas, sistemáticamente, por los procedimientos modernos han de dar resultado. Falto de información reciente, cuando escribo esto, es bien posible que al presente algo se haya realizado.

Al hablar de la fiebre minera me refiero a las minas de veta de oro, no a las aluviales, ni a las de plata que desde tiempo inmemorial se trabajaran con éxito: Malpaso y todos los aluviones del norte del Tolima produjeron siempre valores de mucha consideración lo mismo las minas de plata del grupo de Frías.

El detenido estudio que tuve ocasión de efectuar en el Tolima cuando comencé mi carrera profesional me permitió llegar al principio general de que un país minero está dividido en zonas o familias metalíferas; mis publicaciones al respecto tienen sin duda la prioridad mundial. Más tarde reduje el fenómeno a la influencia de las rocas eruptivas fundando la teoría— hoy aceptada por todos— de las rocas generadoras, esto es: de la venida al exterior de los metales sirviendo de vehículo una lava volcánica; teoría esta que hice extensiva a los diamantes y muchos años después pude verificar para los corindones en el Departamento de Nariño. Para el fracaso minero de que me ocupó contribuyó, muy eficazmente, la imprudencia en los gastos personales; halagados con la ilusión de los tesoros que se iban a encontrar prontamente, los jefes de los establecimientos vivían a toda leche, sin reparar en costos. Años más tarde observé el mismo fenómeno en Nariño y la frase que se estiló aquí es bien sugestiva: "la mina da para todo," en la cual se encierra un sentido que no necesita comentarios.

Dejaría incompleto este relato de la fiebre minera en el Tolima si no mencionara el último esfuerzo que hizo el General Casablanca para encausar la corriente de entusiasmo y metodizarla; por consejo mío pidió lo que se llama un tren de prueba para el examen de las minas, es decir: una planta metalúrgica pequeña a la cual los in-

tereados llevaran sus minerales para ser examinados y recibir instrucciones sobre tratamiento. Las buenas intenciones de Cumbablanca fueron ahogadas por los intereses de la política; se envió a Norte América a un político profesional en calidad de comisionado, gastó el Departamento ingentes sumas y al fin no resultó nada. La política! el cáncer de nuestra tierra, su ruina y su oprobio.

En mis frecuentes salidas a Ibagué tuve ocasión de hacer muchos amigos, frecuentar su sociedad y darme gusto, gusto como se lo diera el Raposón de que nos habla Queirus en su famosa "Reliquia", con la diferencia que fui un Raposón estudioso.

Fundamos un Club que se llamó el CLUB MINERO frecuentado por una sociedad de ingenieros, interesados en minas, prácticos, *etcétera páribus*, donde nos divertíamos de lo lindo.

Casi todos muertos ya!.....

Gabriel Solano de genio tan jovial, tan alegre, tan suave, gloria positiva de la ingeniería nacional; hombre que realizó obras y murió en la trinchera trabajando en favor del progreso nacional; Jonquin Buenaventura (*el tuerto*) tan buen ingeniero como empedernido pecador; Juramillo, recién desempacado de la vieja Alemania; Pachito Restrepo que tanto hiciera luego en Muzo y cuantos más. Pero no puedo dejar pasar desapercibido a D Jesús Cuervo, el hombre de imaginación ardiente con quien luego me ligaron vínculos de estrecha amistad. Era entonces Cuervo hombre arrimado a los cuarenta, el más viejo entre cuantos nos reuníamos en el amplio salón del Club Minero y llenábamos el recinto con nuestras voces, voces de juventud y de alegría—emprendía en todo: en minas, en tierras baldías, en plantaciones de café, en proyectos de obras públicas, siendo factor bien importante del progreso entonces. Con él proyectábamos el trazado del camino por Santa Isabel y el ferrocarril por la depresión de Calarcá.

Ratos agradables eran los que, de tiempo en tiempo, nos pasábamos en nuestro club cuando salíamos de las

montañas, fatigados del trabajo constante, para darnos un resuello en la "Incomparable."

Acabemos aquí este capítulo que ya se han echado afuera muchas cosas y reflexionemos, por un instante, cual fué la ilusión del progreso, hace treinta años en el país. La misma de ahora diez; la misma del presente... el Lago Encantado.

Cuando uno es joven, el futuro remoto de treinta años le parece una cantidad inmensa de tiempo. La vida anda a su paso maravillosamente rápido, y los treinta años se pasan como un soplo. En los treinta años, qué se hizo? Nada o casi nada. En otras tierras, treinta años... cuántos son! Siglos para nosotros. En menos de treinta años se conquista para la civilización todo el Oeste en el norte de América y también la Argentina se transforma; Colombia, empero, permanece estacionaria. Quizá en algunos centros hay cierto progreso que pudiéramos llamar nuclear, pero en el resto del país nada. Esta resistencia del medio quitó el ánimo a muchos; el desconsuelo vino y con él las tres viejas que trataron de entrar por la puerta del Doctor: la Angostia, la Deuda, el Hambre.

CAPÍTULO II

D. Manuel Gómez.—Los mineros antioqueños.—Balles en el Guayabal.—Recuerdos cinegéticos.—El Saldaña.—Las vaquerías.—Mi casado Leyva.—Natagatuna.—El cobre nativo.—La fábula de Mohan.—Los Farinots.—Compañías Inglesas.—Una noche en Frías.

En el 87 el minero antioqueño era, sin duda, el personaje más importante—mejor dicho, el más conspicuo—en Ibagué. Con el afán del oro, con el ansia por el amarillo que invadía todas las imaginaciones, él—el minero antioqueño—era el único que lo sabía encontrar buscándolo en la tierra y el único que conocía el arte de minear, el de erigir molinos y todas las demás cosas relacionadas

con el oro. Gentes de ambición, de agresividad en el sentido que se da a esta palabra en América del Norte, los mineros antioqueños, son trabajadores excelentes, superiores tal vez a sus congéneres que se ven en Colorado, Nevada o California y semejantes a ellos en todo; capaces como ellos de abandonar una mina porque se sepa que en las aguas potables de la localidad hay sales de oro en disolución que producen en el estómago la repugnancia por los licores. No se vea en esto una exageración, es bien sabido que en una localidad en Nevada los mineros desertaron porque el químico de la empresa halló rastros de cloruro de oro en el agua potable que se bebía, y dejaron de trabajar por no perder su afición al aguardiente a causa del antidoto que la naturaleza infiltraba en las aguas de uso diario.

Más tarde se ha reaccionado en Antioquia—como se reaccionó en América—contra el licor; pero tan benéfico movimiento no se había iniciado aún en el 87.

Cuando salían de la montaña, los mineros bebían en la ciudad—como el hombre de mar bebe en el puerto—hasta quedar sin un centavo y aquí las escenas, las violencias y los crímenes que hicieran temer la salida de los buscadores de oro en todas partes.

La progresiva invasión del elemento antioqueño sobre el Tolima era, además, mirada con recelo; el ibagueño que no pudo conquistar las montañas de su territorio miraba con malos ojos ese otro elemento agresivo que con el hacha al hombro y la mujer siguiendo sus huellas, cargada con los utensillos del meñaje, se entraba al monte, lo descabajaba y lo abría; ese elemento activo que con el sudor de su frente fecundara la tierra propicia. La ineptitud de los tolimeses para la colonización de las tierras, en presencia de la aptitud antioqueña para dominarlas, produjo en el débil el odio contra el fuerte, de aquí rencillas y escándalos a cada momento cuando los *maiceros* se emborrachaban en los pueblos.

En la sociedad Tolimesa—lo mismo que en la del Sur de Colombia—hay una clase en el pueblo que ocupa

una posición especial—llámanse aquí *ñapangas*, allá *cintureros*—pero se corresponden. Es esta clase la superior del pueblo que forma, digámoslo así, una aristocracia. Cintureros o ñapangas prefieren, con sobra de buen sentido, ser cabeza de ratón que cola de león; estar más bien a la cabeza de la entidad del futuro, el pueblo, que a la cola de la exigua minoría. Tanto en el Norte como en el Sur de la República la clase ñapanga es respetable y respetada, goza de influencias viniendo a ser algo—en su posición social—como el verdugo ennoblecido en la vieja Alemania; el último de la aristocracia, el primero del Estado Llano. De la clase cinturera para abajo sigue el pueblo analfabeta, masa que pertenece a quien manda sin ideales y sin ambición.

Pues bien, los bailes de cintureros en Ibagué han sido siempre famosísimos, se come el lechón—el puerco pequeño de leche asado en horno—manjar digno de la mesa de Lúculo; empanadas las más deliciosas que en todo Colombia se puede producir, empanadas aliñadas por manos femeniles con el mayor amor, y se rocía toda esa bucólica con el buen occisero, puro de caña no aromatizado con los sintéticos con que la química industrial ha envenenado todos los licres.

Dos barrios eran los principales para estos bailes de la clase ñapanga, siempre los sábados, y antagónicos; el uno arriba en la ciudad alta—el Guayabal—el otro abajo en la salida para Girardot. El de arriba llámase cosmopolita, concurríamos todos, los más antioqueños; el de abajo miraba con malos ojos al forastero, era, digámoslo así, un barrio de exclusión. Muy a menudo los de uno u otro barrio invadían al contrario y aquí el pujilato, el garrote y la barbera que los mineros manejaran con tan grande maestría.

Todos lo saben que en el bajo pueblo antioqueño—reminiencia de la filca andaluza, gitana o vasca—es la navaja de afeitur, la barbera, el arma preferida, y nadie ignora que gradúan con los dedos el corte que el arma tenebrosa inferirá al contrario. . . . a toda hoja mor-

tal, pero limitada entre el pulgar y el índice, modera los estraggs. "Le doy para quince días" dice el maicero cuando da el corte o lo gradúa para más o menos.

Cada sociedad tiene sus trajes propios, sus elegancias y sus reparos. Los que de arriba miran al pueblo—cual desde la torre de Eiffel—y apenas si lo distinguen como hormiga, por esto no pueden comprender que en el sencillo traje de nuestras clases pobres hay tantas elegancias y tantos refinamientos como los hay en los de arriba entre enfracados caballeros y sobrevestidas damas. Pero cuando uno vive con el pueblo inclinata el ojo y distingue detalles que para otros pasan desapercibidos. Yo he llegado a tanto en esta materia que aprecio las elegancias aún para la horrenda vestimenta con que ocultan sus formas las bellas campesinas y las ñapangas en el Sur de Colombia.

Para los bailes en el Guayabal; para sentirme pueblo entre el pueblo adoptaba, con verdadera fruicción, su indumentaria: alpargata nueva, calzón blanco, camisa roja, poncho de hilo y el sombrero de paja nuevecito; convertido en uno de tantos y no un caballero embotado, bailaba la noche entera el melancólico bambuco, el arrobador torbellino o la difícil caña. La caña es el baile por excelencia, el baile popular en Ibagué entre la clase ñapanguera y—qué donaire sueltan las mujeres y cuánto ingenio todas! Es una especie de bambuco, pero con versos, versos improvisados que se disparan entre el hombre y la mujer como un chispazo eléctrico. Entre pobres trabajadores he visto fluir la improvisación que envidiara César Conto. Pobres genios perdidos, perdidos en la fienda diaria, en el esfuerzo muscular de bestia, en su propia vida sin aspiraciones y sin más allá!

Acompañóme durante los últimos meses de mi permanencia en el Cinabrio mi primo Próspero Pereira que murió tan joven, mas en el corto lapso de su vida dejó, entre cuantos lo conocieron, imperecederos recuerdos. Jamás reguló Dios tanta bondad al corazón de un hombre ni tanta lentad. Fue mi compañero inseparable y al re-

cordarlo ahora, tengo que convencer que nadie me ha querido en el mundo tanto como él, con afecto tan desinteresado y adhesión tan completa.

Cazador infatigable rondaba los montes y siempre traía buenas piezas, para el trabajo también era excelente. Dios se lo llevó antes de tiempo y me viene a la memoria un recuerdo conmovedor: tenía una novia la que murió de pena pocos meses después de la muerte de Próspero —pero durante los pocos días que le sobreviviera—ella pobre, vendía todas sus cosas para comprar flores y cubrir con ellas, diariamente, la tumba de su amado. Raro ejemplo en la vida!

Volviendo ahora sobre el hilo de la narración: los domingos en el Cinabrio eran animadísimos, teníamos más de ciento veinte peones y a las tres de la mañana estaban listos para echarse por partidas monte adentro a levantar las piezas. El sábado por la tarde venía sin falta D. Manuel Gómez, entre él y Próspero organizaban la cacería.

Era D. Manuel Gómez un viejecito bajo de estatura, un poco grueso y completamente blanco de cabello; se arrimaba a los setenta pero ninguna de sus facultades se había menguado un ápice. Agil cual ninguno y de una fuerza física increíble; en sus mocedades dejó el Estado de Santander, donde naciera, y se trasladó al Tolima, entró él primero con el hacha al hombro y se estableció en la hermosa planada de Ibagué viejo en ese tiempo cubierta de bosques seculares; con su trabajo de colono, año tras año, fundó la bellísima hacienda que mencioné en otro lugar.

Tenía pasión; verdadera pasión por el negocio de fletes; pero su placer era arrear las cargas personalmente. Poseía inmensas bueyadas, y trajinaba con ellas, compañero de los otros arrieros y no como patrón; no hacía esto por miseria, pues era generosísimo, sino por placer. Su otro apasionamiento era la cacería. La relación de sus aventuras en la materia ocuparía un libro, lo cual se comprende, pues, metido en las montañas del Quindío,

ahora cincuenta años, tuvo que vérselas, a diario, con toda clase de fieras y animales de monte, baste saber que el tigre era tan abundante entonces, que en el camino los cargueros eran asaltados no en raras ocasiones.

Entre los héroes del trabajo la modesta figura de D. Manuel Gómez debe ocupar un lugar preferente y doy gracias a Dios de que me permita hacerle esta justicia. Conversar con él era estar divertido, sus relaciones tan variadas, su vida tan fértil en aventuras! Cosa rara en un hombre que había pasado toda la existencia con el hacha en la mano o remendando aparejos de carguío; su trato era excelente y su educación perfecta. Tal era el jefe de nuestras cacerías en el Cinabrio.

Unas veces subíamos hasta los parámos en donde pululaban los venados blancos; pero más comunmente se alzaban dantas en la montaña que todos caían a la quebrada abajo del establecimiento minero.

En dos ocasiones pude admirar el arrojo de Gómez: un día estábamos de parada, él y yo, en la quebrada al bordo de un horrible precipicio; sentimos el ruido de la presa y momentos después apareció la inmensa bestia hirsuta y jadeante, atemorizado me hice detrás de un tronco; pero Gómez se le fué encima, le echó mano a una oreja y como un rayo la hirió en la cabeza con el machete, la danta forcejaba, lo arrastraba pero él con agilidad increíble se mantenía en pie hiriéndola hasta matarla. Todo fué rápido, el asombro me tenía paralizado sin atreverme a hacer uso de mi carabina.

Otro día persiguiendo un león bastante crecido logramos que los perros lo encaramaran a un árbol; Gómez trepó detrás con el machete para matarlo en las ramas, a la mitad de su ascenso el león se le descolgó cayendo juntos al suelo, afortunadamente los que estábamos allí pudimos favorecerlo matando la fiera a lanzazos. Así era el buen viejo.

No creo que en Colombia haya habido localidad más rica en cacería cual el Quindío; además como nunca había sido perseguida no era recelosa y en un día de corrida

se hacían milagros. Varias clases de osos, bellísimos leones de la más fina piel, ciervos blancos en los páramos y venados comunes abajo; fuera de esto las dantas enormes que andaban en manadas considerables; cuanto a caza de pluma, cantidad increíble principalmente en el género pavas desde el gran paujil hasta una pequeña sumamente parecida a las gallinas domésticas y que he creído sea descendiente de las gallinas españolas que pudieran volverse montañesas cuando la destrucción de la ciudad (Ibagué antiguo) por los Pijinos. En ese tiempo todavía había en los páramos ganado alzado, esto es ganado que en épocas muy remotas había huido volviéndose salvaje; en su aspecto cambiara bastante del tipo doméstico y era una cacería peligrosa, pero bien divertida. La profusión de caza en estas montañas explica fácilmente la abundancia de fieras que durante mucho tiempo fueron el terror del Quindío y una de las mayores dificultades con que tropezaron los colonos para la cría de ganados.

Al presente los bosques impenetrables de ahora treinta años están en haciendas y cultivos; ciudades importantísimas se han levantado con admiración de todos: Armenia, Calarcá.... todo esto está dando la muestra de lo que una raza activa puede hacer. El colono antioqueño lo transformó todo en tan corto tiempo. Por qué? Porque ellos—como los *pioneros* en Norte América—se sustraen en la atmósfera sedentaria de los pueblos; cogen el hacha y la mujer, únicas cosas que necesitan y se van monte adentro lejos de las convenciones sociales, de las autoridades y de sus trabas. Tumban el monte, siembran el maíz, crían puercos y ahí está la finca fundada. Facundos se procrean, al corto tiempo los hijos también hacen sonar el hacha en la montaña; crece la familia y con ella la prosperidad.

Qué diferente es este cuadro del que se presenta a la vista al estudiar las clases pobres de nuestras ciudades! Qué esperanza tienen! Ninguna. Cada hijo que les viene, una preocupación, una buca más para su pobreza,

una nueva carga y tanto es esto así que los pobres desean no tenerlo. Cuántas veces ay! van al infanticidio!

Algo más de un año viví en Cinabrio y ya fundado aquel y floreciente quise salir a ver otras cosas y andar por otras partes; vino me la añoranza por mi vida de Bogotá, la idea de que malgastaba mi juventud concretándome a vivir en una sola localidad y no tener más horizonte que una sola empresa. Provocóme ser ingeniero consultor, andar de arriba para abajo, verlo todo y no estar radicado en sólo un punto, esclavo de la rutina. Arreglé mis cosas con la compañía y fuime a Ibagué a ejercitar la consulta profesional.

El ingeniero Buenaventura (el tuerto) estaba encargado del trazado de la carretera entre Ibagué y Girardot, cuyo único tramo difícil era el alto de Gualanday. Ayudéle en algunos trabajos de oficina y cuando me ocupaba en eso recibí una propuesta de mi inolvidable amigo el Profesor, Dr. Nicolás Sáenz para ir a Natagaima a estudiar los yacimientos de cobre que tan nombrada hicieran aquella localidad. Acepté, pero tomándome una vacación de algunos meses para pasarlos en la hacienda de Saldaña en donde al presente vivía mi hermana Margarita, recién casada con Lisandro Leyva, arrendatario desde entonces de la inmensa extensión territorial que forma el legado de la familia Caicedo.

Unido por estrechos vínculos de parentesco con los descendientes de los Caicedos, Lisandro, había podido conseguir, en buenos términos, la tenencia de la inmensa finca y allí trabajara entonces.

Es bien sabido que Saldaña fué la hacienda de mayor extensión y de mejores condiciones en todo el país; lindaba con cinco Municipios y en dos sentidos se delimita precisamente por los ríos Magdalena y el que le da su nombre a la hacienda. Todo terreno plano y fértil, nombra que semejante extensión (tal vez quince o veinte mil

hectáreas) nunca hubiera sido puesta en efectivo valor por los antiguos feudatarios, pues en realidad la hacienda Saldana, en tiempos anteriores, fué un feudo con villas, derechos de gleba y pernada.

Allí vivieran los Caicedos, raza ilustre y fuerte que degeneró pronto, pero antes produjo ilustres ciudadanos de los mejores, y, mujeres excelentes y caritativas que fundaron claustros para la enseñanza y ejemplo dieran de todas las virtudes. Otros se dedicaron al *dolce far niente* llevando vida oriental, entregados a la malicie y los divertimientos como sátrapas asiáticos. Fueron famosísimos tanto por la cantidad de hijos naturales que dejaron como por su afición a las chanzas pesadas que vulgarmente se llaman "pegaduras." Libros podrían escribirse a propósito de este divertimento de los Caicedos que en ocasiones rayaba en lo brutal; el infeliz que caía en sus manos era la víctima de las más pesadas burlas y para colmo tenían una magnífica mula enseñada a devolverse de cierto punto del camino; cuando ya habían agotado toda su malicia y el pobre burlado estaba en el último grado de desesperación, ofrecíanle bestias para el viaje y como atención personal le hacían ensillar la sucosa mula; montaba el infeliz y quedábase admirado de los movimientos y brías del animal, pero cuál no sería su terror al ver que a poco andar la mula se devolvía sin que fuera posible detenerla y al galope entraba a la mansión señorial. Allí era recibido con aclamaciones de alegría y con grandes festejos.

Vivía esta gente sin preocupación alguna comiéndose el ganado que, casi en estado natural, se criaba en la inmensa sabana y los frutos que los arrendatarios—especies de siervos de la gleba—produjeran con el sudor de su frente. Mas de cuatro mil de tales villanos representaba el feudo. Empero, en la época de esta relación todos los viejos Caicedos habían muerto, quedando sus descendientes legítimos degenerados y los naturales robustos y activos. Como dato curioso puede registrarse que D. Francisco vivió—como aquel famosísimo Augusto de Polonia—en el mejor concierto con su numeroso serrallo y como el de-

jó más hijos que los días que trae un año bisesto.

Bajo tal régimen, la hacienda de Saldaña vino a quedar para los descendientes, prácticamente arruinada, y tocóle a mi cuñado Leyva restaurarla, mejor dicho rehuacarla.

El llano del Tolima se dilata sobre las amplias vegas del río Magdalena, por una extensión como de ochenta leguas desde Honda y Mariquita hasta más arriba de Neiva, variado en su anchura, tiene donde menos catorce leguas. El río lo divide longitudinalmente recibiendo, por ambas bandas, numerosísimos afluentes que en forma torrencial bajan de las cordilleras y al entrar al llano moderan su paso y perezosamente se acercan al Padre de los Ríos.

Al Oriente, la cordillera de los Andes Orientales se levanta con declive escalonado que, para el que conoce la fisonomía de las rocas, le indica inmediatamente la presencia de potentes masas de arenisca y las formaciones cretácicas; al Occidente, la mole pesada de la Cordillera Central cuyos remates, ya dómicos, ya abruptos manifiestan las rocas primitivas, tal vez del cámbrico, y los eruptivos de diversas naturalezas.

Las dos cordilleras son el marco que la naturaleza puso a este cuadro magnífico del valle del Alto Magdalena. Pujonal amarillo, en apariencia, calcinado por el sol, se extiende ante la vista en todas direcciones y sobre él resaltan aquí y allí verdes, pequeñas extensiones de bosque que señalan, ya el curso de los ríos, ya los lugares donde brota alguna vertiente de agua. El suelo está formado, en regla general, por cenizas volcánicas, testigos de la actividad de los focos eruptivos en una época casi reciente; terrenos de la más grande fertilidad y a los cuales solo les falta el riego para ser de incomparable producción. Siguiendo el Magdalena aguas arriba, el llano se extiende con suavísimo declive ascensional; pero está interrumpido por pequeños alterones

que, sobre las líneas transversales, corresponden a los raudales del río. Pudiera decirse que se avanza sobre trayectos planos escalonados unos sobre otros en gradas sumamente suaves.

Bajo el calor tórrido de este valle caldeado por el sol, por las mañanas y por las tardes, se alcanzan a divisar los picos nevados de las grandes alturas con que se corona la cordillera central: allá el Tolima, núcleo aislado del eje de la serranía, y detrás de él—siguiendo hacia el Norte por veintenas de leguas—los picachos abruptos del Santa Isabel y luego la redondeada mole del Ruiz. Aquí el sol, dueño y señor de todo, el sol que calcina nuestro cerebro y hace correr la sangre con ritmo apresurado; allá el frío polar, la paralización de todo, la muerte por somnolencia y el anonadamiento de la vida en la naturaleza.

Las poblaciones, en el Tolima, están diseminadas a distancias considerables, casi todas a orillas de algún río y su aspecto, en general, es alegre y risueño; la cabellera es el rasgo característico de hombres y mujeres. La franqueza, la abierta alegría y la facilidad en las costumbres, el rasgo social. Cuanto a raza parece blanca con muy poca mezcla india, enervada, es cierto, más que por las influencias climáticas por costumbres ancestrales de ocio y negligencia. Tal vez los primeros colonos—andaluces o granadinos—trajeran de allá, su falta de ambición, su amor a la hamaca e indiferencia morisca.

La principal industria en el valle es la ganadería; la propiedad estaba sin dividir y el fierro o marca era—como en Casanare—el título que acreditaba la propiedad de los ganados. En los lugares en que la vegetación arbórea formó una capa de mantillo y, sobre todo, donde la humedad condyuya naturalmente a la fertilización del suelo se establecen chagras o plantaciones de tabaco.

De las poblaciones del Tolima, apartando a Ibagué, cómo no recordar el Espinal en donde no hay una mujer fea, y el Guamo de donde salen todos los cantares populares que después se dispersan por el ámbito de la Re-

pública? Es algo característico en la vida en el Tolima el canto; en ninguna parte fluye la armonía como en esta sección de Colombia. Todos son poetas natos y cantores; como el pájaro canta con la naturalidad del instinto, se canta en el Tolima en la gran fiesta del sol esplendoroso, de la belleza de la hembra y más que todo se canta la libertad de ese suelo propicio. He vivido en casi todas las secciones de la tierra colombiana, dentro de los convencionalismos de la sociedad y libre en las montañas, creo haberlo visto todo y al recorrer el inmenso pasado de mi vida ya larga, se me aparece el Tolima como el lugar encantado de delicias, como el paraíso perdido.....

Cantaba Abel Santos en casa de las Riveras, en el Guamo, cuando llegara yo a pedir hospedaje, camino para Saldana en visita a mi hermana; detúveme extasiado, jamás en teatros, ni entre cantantes sino oyera semejante voz, salía del pecho y corría como el agua corre en los arroyos murmurantes que bajan de la sierra. Toda la noche lo tuve cantándome, logré conquistarlo y el jilguero cantó por dar gusto al joven que lo oía fascinado:

“ Que alegre que canta el ave

Cuando sabe

Que a su nido ha de volver.

Gracias mi bien.....

Qué triste de ti me alejo

Cuando no sé si te dejo

para no volverte a ver.....”

Eran las Riveras —Elvira y Elisa— las muchachas más célebres de la ciudad, y el pobre Abel enamorado de una de ellas hacía fluir de su garganta el torrente armonioso de su canto, sintiera élla la belleza de aquel arte supremo, pero no lo quería y se entregaba al rico ganadero, estúpido y brutal, que dominaba el lugar. Pobre Abel! murió tísico algo más tarde a causa de las trasnochadas, tal vez también a causa de su dolor.

A orillas del Luisa y sobre la inclada pradera, se

levanta la antiqüísima ciudad del Guamo, sin edificios vistosos ni reliquias de vejaces españoles; no tiene la magnificencia de otras ciudades, pero tiene la simpatía, el misticismo que muchas veces encontramos en la mujer vestida de barapos y que falta, tantas veces, a la sobrevestida.

Como dos leguas dista el Saldaña del Guamo; se atraviesa el Luisa sobre un puente y al poco andar se penetra en el bosque de palmeras. Nada igual a esto, sobre una considerable superficie se extiende el palmar—la palma real magnífica que dió con su tronco y fronda, al arte griego, la columna y el capitel corintio—. Cuentan que el Libertador Bolívar extasiado contemplando la belleza de este bosque único en su especie, no quiso pasar de allí y pernoctó tendiendo su hamaca entre dos palmeras y pasándose el día en admirar el magnífico espectáculo de la espléndida columnata más perfecta que la del más perfecto Partenón—después, de nuevo el llano. Derepente al coronar un barranco, el Saldaña, limpio, transparente, azulado, el más diáfano, el más cristalino de los ríos de Colombia; ancho, como de una buena cuadra, arrastra su corriente, algo apresurada, casi a flor de tierra y va a entrar más adelante en el turbio Magdalena cambiando durante un largo trecho el color amarillento de sus aguas. Descendiendo el barranco se está en la ancha playa formada por guijarras redondos y cuyo estudio enseña toda la historia del curso del río; ellos representan el conjunto de las formaciones geológicas que el río, en su carrera, ha atravesado robando aquí y allá fragmentos de las rocas que encontró a su paso. Es interesantísimo para el geólogo examinar estos detritus que la acción secular de las aguas depositura en los playones.

La falta de puentes obligaba al paso en canoa de todos los cursos de agua no vadeables, peripecia siempre exitante y no escasa de peligro en muchas partes: descarrillar y descargar las bestias, arrumar todo en la canoa, meterse luego en ella tirando las bestias del roncal y luego fuerza de palanca para desatracar. Las bestias forcejean,

se encabritan, pretenden no entrar al agua profunda, mas al cabo son vencidas a latigazos, pierden pie y echan a nadar arrimadas a la canoa; dale al canaleta, dale al canaleta los bogas, y pocos minutos después en la otra orilla. Aquí ensillar, cargar y andando.

Cuando las bestias son muchas, siempre hay sus peripicias: unas quieren meterse a la canoa, otras se enredan; algunas veces, un caballo o mula se hunde y se pasa por debajo de la embarcación, pues siempre hay que llevarlas al lado de arriba para favorecerlas en caso necesario. Las bestias prácticas, sobre todo las mulas, son admirables, empuntan adelanté y cortan el agua con tal maestría y tanta fuerza que da gusto verlas: cabeza y todo el lomo afuera, cuello y cola tendidos, nadan a veces con tal rapidez que hay que soltarles el ronzal, pues de detenerlas se correría el riesgo de ahogarlas; a las muy prácticas se las hecha sueltas; otras por el contrario son pesadas, se hunden fácilmente y precisa levantarles la cabeza para sostenerlas contra el borde de la canoa. En el paso del Magdalena en la villa de Purificación en donde el río es muy ancho da gusto mirar— los días de marea —el paso de la multitud de gentes que se vuelven a sus casas, al otro lado; canoas verdaderamente rellenas de hombres y mujeres con veinte o más bestias tiradas; se sorprende uno de que el número de accidentes sea tan pequeño como lo ha sido por lo general. Cuánto deseara tener algunas fotografías de estos pasos!



El caserón de la hacienda de Saldaña, antiquísimo, pero sin arte alguno, ni idea del más elemental confort, está situado a pocas cuadras del paso real y rodeado de casuchos seculares cuyos raíces adventicias forman una tupida maleza. Enormes iguanas pululan en todos ellos. Dos tramos fronterizos, el uno más largo que el otro, forman la residencia. En el más largo, espaciosos salones en serie uno al lado de otro se rematan por la Capilla—



colocada en sentido transversal— que alguna vez, me lo imagino, fue adornada pero que estaba en ruinas. El otro tramo era un vasto aposento, la biblioteca de don Francisco Caicedo, rodeado de estantes sobre los cuales—ya bien apollados—se amontonaban los libros típicos de las bibliotecas colombianas del primer tercio del siglo XIX. He visto docenas de estas bibliotecas que todas parecen haber sido enviadas, sobre un mismo pedido, por el mismo librero.... el Diccionario Filosófico, las obras de Volney, las de Helvetius, etc., etc.

En Saldaña me esperaban las finas atenciones, el cariño de mi hermana y mi cuñado y algunos días de plácido descanso tras las duras fatigas que soportara en el Quindío. Diéronme para vivienda uno de los amplios salones desnudos y escuetos pero bien aireado y fresco, con buena hamaca que es lo más apetecible en tierras tan ardientes como las de las cercanías del Gunmo; apesar de que el manoir de Saldaña se refresca con las brisas del río no por esto deja de ser intolerable la temperatura en las horas del sol. De las diez a. m. a las tres p. m. la atmósfera se torna asfixiante.

Al otro día de mi llegada díme a rodear por todas partes; curiosar los libros de la biblioteca—mi afición—buscando entre ellos algo raro; inspeccionando la vieja colección de escopetas de los Caicedos que en sus tiempos debió ser maravilla de lujo y que todavía estaban muy servibles; visitar la arruinada Capilla y el Cementerio familiar en donde tantas gentes antes, habían rezado y luego ido a descansar en el hoyo de arena caldeado por el sol. Algunas cosas me llamaron la atención: la señorial estaba rodeada por un muro de mampostería aspillera, y preguntando se me informó que esas tincheras habían sido construídas—no sé en que guerra civil—para defenderse los de Saldaña de los valerosos lanceros de Campo Alegre que los amenazaban.

En el comedor quedaron algunos muebles antiguos, sin arte pero de una solidez mayor que lo que se requiere por lo común, y entre ellos un gran aparador con

puertas enrejadas que por la inscripción que lleva comprendí estaba destinado a depósito de licores:

"Aquí Baco incita a la bebida
Pero esta, con exceso, está prohibida.

Activísima era la vida de mi cuñado en su trabajo de ganadería. Eran épocas de rodeo y de saca de partidas para otras partes; como sobre 4 000 reses se estaban haciendo las operaciones de la hacienda. Antes de las tres de la madrugada principiaba la brega en los hatos, la que se suspendía durante las horas de mayor calor y se reanudaba por la tarde como hasta las seis. Qué animado espectáculo! Cuarenta o sesenta vaqueros a caballo—con el enorme rejo de enlazar de treinta brazas de largo o más en el arzón de la silla—desfilaban para principiar el rodeo; los patrones, así como ellos, en camión, daban las órdenes del caso, jefes de ejército.

Los cornupestos ariscos y rebeldes y siempre enfurecidos se debatían para no dejarse reunir en manada, y aquí, ver el correr de los vaqueros tras la bestia bravia, silvar el lazo y no murrar nunca; al sentirse cogida, la res, partía sobre el caballo que, amestrado a la lidia, sabe correr para donde conviene suelta la rienda porque el vaquero ocupa ambas manos en recoger el rejo. Entre los mejores enlazadores de la tierra ninguno como mi cuñado Leyva, causaba pánico verlo: a todo escape tras de la res, burlaba la enorme lazada de tres brazas y a larga distancia, al arrojarla se abría por el aire y caía al suelo abarcando todo el cuerpo del animal que hula, en seguida por rapidísimo movimiento del brazo la hacía saltar a los cuernos de la bestia que así quedaba presa.

Para quien no haya visto vaquerías es imposible hacerlo comprender la inmensa excitación que esto despierta; es como una batalla, como una gran cacería en la que los caballos se colocan al mismo nivel de entusiasmo que los jinetes y los nobles brutos, que aprenden admirablemente el oficio, hacen la mitad del trabajo.

Tras larga brega, carreras y percances se logra enco-

ralar el ganado. Gira éste mujiente en los corrales pero ya está reunido. A examinarlo entonces, marcarlo con el fierro candente, curar los que estén engusanados y darles sal para que aprendan a civilizarse un poco.

Cuando hay que sacar partidas, el espectáculo continúa interesantísimo más que todo cuando las partidas son crecidas. Nuevo trajín de los vaqueros para empuntarlas en la dirección conveniente, cuidado inmenso para que no vuelvan a dispersarse por el llano y, por las noches, donde se pernocta encerrarlas, cuando no hay corral, dentro de un cerco vivo de hombres a caballo; a cada instante un toro arisco quiere volverse a su majada, salta el jinete a detenerlo con la garrocha porque tras de él se salen todos. Arremete a veces el cornupeto al vaquero pero éste lo detiene con una certera puntada en los lomos. Ay! si hierra el golpe irá a rodar bajo su cabalgadura destripada!

Pero lo más exitante de estos episodios, de la vida vaqueril en el Toliim, es el paso a nado de las partidas en los ríos Saldaña y Magdalena. Los aprestos son varios, partida de nadadores para que *cacheteen* las reses si quieren enfilarse aguas abajo; partida de cañones para atender a todo y los vaqueros arreando la partida. Llegada ésta a la orilla del río, se arremolina no queriendo entrar al agua. Gritos, algazara inmensa, latigazos y piquetes de garrocha a las reses que al fin entran. Échase a nadar, la superficie del agua aparece entonces como una floración de cuernos, pues el ganado al nadar no deja ver sino la punta de la nariz y los cachos. Cuando alguno de los animales se enfila aguas abajo allí está el nadador listo que agarrándolo por uno de los cuernos lo obliga, golpeándolo en el cachete, a que se ponga transversal a la corriente. Qué reses tan bravías hay algunas, enbisten en el agua!

Al otro lado una partida de vaqueros espera la punta para no dejarla dispersar; puesto peligrosísimo porque los toros salen del agua enfurecidos como demonios.

Para solaz después de tan rudos trabajos, mi cuñado se divertía en no pocos rudos ejercicios deportivos: las caccías, a veces, pero más generalmente la pesca nocturna en el río. Qué divertido es esto! Congrégase la gente, para estas pesquerías, por centenares. Por la noche todo está listo: las canoas, las redes, los nadadores. Los sitios convenientes son bien conocidos y a ellos se llega silenciosamente, de otro modo los ruidos espantarían la pesca, pues en el agua el sonido se transmite con extrema facilidad y violencia.

Llegados al remanso, donde se va a maniobrar, se prenden fogatas en la proa de la canoa para despertar la curiosidad de los silenciosos habitantes del agua. Las redes son muy largas y anchas, generalmente se manejan entre dos canoas; pero también las hay pequeñas (chinchorros) para una sola embarcación. Se tira la redada y se alza, qué placer cuando en sus mallas queda aprisionado un grande patuló, el pez por excelencia comparable solamente con el escusísimo sábalo que se coge en otro río muy bello, muy lejos del Saldaña: el Telembí en Barbacoas. Hay épocas en que la pesca es abundantísima, se llenan las canoas de bagres, bocachicos, nicuros y otros tantos de estos animales cuya clasificación zoológica es el matadero de los estudiantes de primer año en Ciencias Naturales.

Tanto el Saldaña como el Magdalena están plagados de la venenosísima rana, cuya picadura causa el dolor más intenso imaginable y es frecuentísimo en las pesquerías que dos o tres de los aficionados reciban la punzonada de este asqueroso escorpión del agua, único animal —que yo sepa— que mestrua como las mujeres.

Al otro día de la pesca viene la gran comilona en la playa: el exquisito viudo, preparación culinaria genuinamente tolimense. En la ardiente urena del playón se abre un hoyo como de un metro cúbico y dentro de él se prende una hoguera que lo calienta a temperatura de cocer pan; cuando está de punto se barre y luego allí en vueltas convenientes se coloca el potaje compuesto de trozos

de plátano, de yuca, revueltos con los mejores de los peces más escogidos; se tapa todo con hojas, sobre ellas arena y luego fuego por encima. No sé como sabrán que la cosa está de punto, pero es lo cierto que la sacan cocida en el momento conveniente y ---- aquí quisiera convidar a Brillant Savarin para que me diera su opinión.

Cuánto hubiera deseado quedarme para siempre acompañando a mis hermanos y viviendo la vida activa del trabajo de la tierra; pero el destino me empujaba a otras cosas y la que entonces fue para mí una mentira vital me arrastró muy lejos: quería ser un ingeniero de minas y adquirir renombre, el estudio de la geología me apasionaba y—con vergüenza lo digo ahora—despreciaba a los agricultores. No tenía ideas claras de Economía general; creía en la ciencia aislada—la ciencia pura, un fin—sin entender ni el valor, ni la importancia de la riqueza. Los años me han cambiado, si no en el sentido de hacerme hombre de negocios, sí en el aspecto general en que se me presentan los problemas de la Economía Política. No hay mejor escuela que la experiencia de la vida para aprender a pensar; pero ninguna tan inútil para aprender a obrar. La experiencia—desgraciadamente para su aplicación—siempre nos llega tarde.

En la vida trashumante que he llevado me gustó poseer bestias de primera calidad y estar acompañado de buen paje a quien tratar no como un sirviente sino como un amigo, el que compartía mi mesa y compañero fuera en los peligros y las aventuras. Andaba conmigo en la época de este capítulo, un antioqueño (qué buen muchacho era) llamado Federico, por varios años me acompañó sabiendo dejarme gratos recuerdos y buena dosis de agradecimiento.

De Saldaña o Natagima una jornada sobre el llano, el mismo llano de pajonal amarillo, cruzado a cada paso por ríos, por riachuelos que hay que vadear cuando secos o atravesar a nado cuando crecidos. Preguntábale yo a alguno por qué en Antioquia todos los ríos tienen puentes y en el Tolima hay que vadear o nadar, y contestóme el toli-

mense "No ve Ud. las cosas claras, los antioqueños no saben nadar," espléndida razón que justifica la falta de progreso en el Departamento. Para hacer comprender bien la idiosincrasia mental del pueblo tolimense, vaya esta anécdota: Caminara una vez yo para Neiva perdido en el llano, encontréme un campesino al cual le pregunté: "Amigo, dígame si este camino va para Neiva?" El rústico miróme y respondió: "Ni lo uno ni lo otro, porque ni yo soy su amigo ni el camino que lleva va para Neiva."

Los alrededores de Natagaima fueron siempre temidos por las cuadrillas de malhechores, que desde tiempo inmemorial los infestaran. Contábanse mil cosas: los asesinados a quienes los bandidos desollaban la cara y arrojaban luego al Magdalena; cadáveres que aparecían luego abajo irreconocibles. El sitio de Baraudillas sobré todo infundiera temor; corre el camino muy estrecho, entre una barranca de un lado y del otro el río que forma allí un horrendo remolino, u olleta como se dice entre nosotros. Nunca en las experiencias de mi vida he tenido que vérmelas con saltadores, recorriera el país de día y de noche, por todas partes, sin haber tenido que sufrir en lo mínimo por causas de gentes non sanctas. Pero he oído contar cosas y allá va un cuento.

Entre los muchos bandidos de que se habla en Natagaima ninguno tuvo más fama como un tal Buena—especie de José M^o. en España, o de los bandidos italianos que aparecen en algunas obras de Dumas—muy protector del pobre, gallardo y valiente, era sin embargo el terror de las comarcas. Caminara una vez, camino de Neiva, un buen señor bogotano llevando caudales—del Fisco o propios eso no importa—pero atemorizado con la idea de los saltadores y sobre todo de Buena que los estaba haciendo buenas; la tarde se le ventó encima, deseaba el buen hombre allegarse a compañía. Dios se la deparó misericordioso.

Caballero en buena mula encontróse con un simpático viajero que caminara en la misma dirección; unióse con él y contóle sus cuitas. "No tenga Ud. cuidado, camine conmigo y vamos a mi casa que allí estará muy

seguro." Huésped espléndido fue el caminante para el atribulado bogotano. Al otro día acompañólo un trecho y ya llegando a la ciudad quiso informarse el buen señor a quien debía tantas finezas para darle las gracias "A Buena, señor, y reciba un buen consejo: a nadie le cuenta que anda cargando caudales, eso no es prudente."

Natagaima está ubicada en una posición muy pintoresca, al Oriente y muy cerca del pueblo corre el Magdalena, bastante estrecho allí y de corriente rápida; por el Sur el Anchique baja de la cordillera sobre un lecho de diabasa típica que muchos han llamado melafiro. La diabasa, la roca generadora del cobre en todas partes.

Pequeña población y alegre, Natagaima es una de las más simpáticas del Tolima. Hospedéme en la casa de la señora Bustos, buena y amable huésped, e inmediatamente principié los aprestos necesarios para la larga correría que iba a emprender, el estudio que me encomendará la Casa Sáenz Hnos. de Bogotá y que valga decirlo de una vez, uno de los mejores trabajos que he llevado a cabo en mi vida.

No se me tache de inmodesto cuando digo que en las conclusiones en geología económica, que rendí entonces en informes, me adelanté a la época.

Desde tiempo inmemorial los yacimientos de cobre nativo en Natagaima fueron conocidos; hallazgos se habían hecho de ponderosas masas de metal nativo de peso de muchos quintales. En los tiempos de la Colonia, los españoles beneficiaron el metal rojo para las campanas de sus templos y sus utensilios de menaje; ya antes los indios lo aprovecharan en armas y herramientas. Parece que los aborígenes—según tradición del Padre Velasco, en su historia del Reino de Quito—habían logrado formar una aleación dura o templar el cobre para darle dureza de acero; el citado historiógrafo designa este metal con el nombre de "Anta."

El servicial amigo, D. Fabio Carvajal—prohombre entonces y gamonal del pueblo—me ayudó del modo más efectivo para llevar adelante la empresa: había que alis-

tar indios, remisos en extremo, a que los blancos se informaran de las riquezas de la localidad. Indios los más astutos y malignos entre aquellos que pueblan los contornos; se dice que descendían de los Pijaos y representan su raza porque los conquistadores arrearon esta tribu indomable del norte al sur del Tolima y que los últimos vástagos de tan pujantes gentes se establecieron a orillas del Anchi-que. Qué habrá de cierto en esto? no lo sé; pero estos indios son esbeltos, fortísimos y de color rojizo bien diferente del amarillo o aceitunado que caracteriza a otros.

Conocedor del viejo refrán de que "el que anda con indio anda solo" arreglé las cosas para que, aparte de mi paje Federico, fueran algunos blancos con nosotros, previsión fue ésta que nos salvó más tarde de un fatal desastre.

La primera parte del estudio era fácil: ver todo aquello cercano a la población y tomar informes de la localidad. Los mejores hallazgos se habían hecho en tierras de un tal Bedoya que se creía—o tenía tradiciones que lo acreditaban—jefe, cacique o cosa así de toda la india. Receloso en extremo y enemigo de los blancos cual ninguno, Bedoya, tenía otro iterum; era casado con una bellísima trigueña del pueblo y la celaba como tigre. Creyera él, por lo común, que quien arrimaba a su casa mas iba en busca de su esposa que en busca de informaciones, no pudiendo aceptar que a otra cosa arrimara alguien a sus contornos. Con sobra de diplomacia me aduve para tratar con el indiano y de tal manera me capté su voluntad que prestó decidido, valioso, apoyo a la expedición. También la mujer contribuyera y con Federico me mandara cariñosas razones y envoltorios de pan de maíz—el bizcocho neivano tan sabroso—que bien caía a mi estómago joven en aquellos peladeros.

En la diabasa, deseminados, sin orden ni ligación alguna de hilos o vetas, se encontraban por todas partes depósitos de cobre nativo de mayor o menor entidad; por el examen del metal llegué a comprender que soluciones de sales cupríferas se habían depositado en las oquedades de las rocas y que allí por un proceso

electrolítico había tenido lugar el depósito metálico. Era, pues, de juzgarse que en las partes altas existían vetas de minerales de cuya descomposición se produjeran las soluciones cupríferas que habían servido para el depósito inferior y resolvíme tomar el curso del Anchique, aguas arriba, en busca de los depósitos primarios.

Debidamente organizada la expedición, emprendimos nuestra marcha un día que no me acuerdo, a fines del 88: larga partida de indios cargados con los viveres y algunos blancos con utensilios, armas y herramientas.

Corre el río sobre un lecho de diabasa enteramente pulimentada y las riveras son escasas de vegetación, la roca desnuda y pulida no ofrece apoyo al pie. No es continuo tampoco el curso del Anchique: está formado por saltos sucesivos semejante al ascenso por una escalera, de donde ha venido el nombre de *trapannas*: a estas formaciones, por la etimología de la palabra sajona *trapp*, escalera.

Cada salto cae en un gran charco—en la parte plana del peñaño—y el otro, a otro; así accendiendo entre intervalos relativamente planos y abruptos se vence la escalera.

Inenarrables son las dificultades que se presentan para trepar por las chorreras; visto aquello mandé a Natagaima a Federico, con algunos otros, para que me trajera unos cuantos rejos de enlazar, con ellos se nos facilitaron las cosas.

Repugnan los charcos del Anchique por el color negro de sus aguas que manifiestan con ello su inmensa profundidad; parecen albercas limitadas en dos sentidos, con dimensión indefinida en el otro. Al verlos se comprende la tradición antigua que horroriza a los indios: el MOHAN que vive en las cavernas subterráneas de estos charcos.

A los pocos días de andar aguas arriba y a medida que las dificultades aumentaban, el ánimo de los indios desfallecía "tentamos al Mohan con este andar sobre su tierra," decían, agregando "El Mohan es mulo." Entonces una noche en que rancháramos al pie de abrupto peñaño sobre la roca limpia y pulimentada, a la luz de la

hoguera formada con los escasos chamizos que se crían en las anafructuosidades, yo logré que los indios me contaran la historia maravillosa del Mohan, el dueño del río y de sus tesoros aledaños: vive el Mohan en los grandes charcos, espíritu de carne, toma diversas formas y su malignidad es solamente comparable con la de los caciques antiguos, muy superior a la de los españoles que si bien son crueles no son astutos, el Mohan es cruel y astuto. En tiempos muy remotos propúsose un cura de Natagaima domesticarlo, enseñarle la religión y obligarlo a que no fuera malo; vió el buen cura, en sueños, que si lograba cogerlo le pusiera una mordaza de cobre y no lo dejara beber, de este modo lograría catequizarlo. Y dióse trazas el buen padrecito—y no sabe como él cogió al Mohan. Púsole la mordaza de cobre que tenía preparada y amarrólo en el patio de la casa cural con una soga tejida con pelo de mujer, que ésta también lo había visto en sueños.

Al pobre Mohan, tan triste, amarrado del cauchó que creciera en el centro del patio, tuviéronle lástima todos; no parecía mulo, era una pobre bestia muerta de sed. Y así fue como una chiquilla sirvienta del cura, compadecida del Mohan, que pedía agua, llevólo en un mate de beber. Bebiendo, claro es que se fué. Se fué al río cogiéndoles adios a todos los que buscan el cobre, metal con que el Padrecito pensó aprisionarlo y desde entonces defiende los tesoros y no los deja encontrar "Y señor si seguimos buscando estos cobres estamos mal, volvámonos antes de que el Mohan se ponga bravo."

Mi pensamiento se fue, en esa noche, a recordar todas las fábulas que había oído recitar en las montañas del Quindío y otras que leyera referentes a otros países: la *Madre del monte*, tan pérfida siempre y tan mala, la que tomando la forma de seres queridos, o la de aparición femenil de soberana belleza, lleva al montañero a los precipicios o a los abismos, idéntica a la bella del lago, que sedujo—en inmortal narración de Bequer—al atrevido cazador que empuñó, la fuente tradicional, con el lodo

que levantara el casco de su corcel; el *Hojarasquín del monte*, no menos malo que la otra, pero algo más estúpido, que lleva a los hombres a la muerte por medio del terror; y el *Patasolo*, misterioso engendro de la selva, del cual sólo se conoce el rastro, un pie humano algo deforme, pero uno sólo de donde le viene su nombre....

Hay algo en esto? Hay en los parajes solitarios algo distinto de lo que es la pura naturaleza?

Dos versiones se presentan al espíritu: la una pudiéramos llamarla naturalista, acepta que algunos animales pertenecientes a faunas casi extintas se hayan recluso en los parajes no invadidos por el hombre y vivan allí causando sorpresa y cobardía en quienes alcancen a distinguirlos; la otra sobrenaturalista, acepta la existencia de estas cosas que sólo viven en el campo de la imaginación; donde esta reina de la vida humana entra a ejercer, todo es posible.

Los blancos que íbamos en la expedición nos convenimos que pronto los indios nos abandonarían como que, día tras día, se mostraban más remisos y cobardes. El trabajo de andar río arriba era cada vez más penoso. A medida que avanzábamos en la cordillera los saltos se hacían más abruptos, más elevados, más difíciles de trepar; los charcos más pavorosos y oscuros.

Al fin nos vimos en una posición difícilísima: las rocas que enmarcan el curso del río se unen muchísimo, un charco inmenso—especie de laguna—llena completamente el espacio que dejan los acantilados; hay que volver atrás o pasar esta charca a nado, o de otro modo, para buscar accesos por la chorrera. Propúsele a un indio nadara al otro lado para buscar la salida; horrorizado contestóme “No señor, esta es la verdadera cueva del Muban, él se ha venido adelante de nosotros para esperararnos aquí; nosotros nos volvemos.” Sentéme sobre una piedra con la cabeza entre las manos. Qué hacer? Volvernos? Subir era relativamente fácil, bajar casi imposible por donde habíamos venido. La chorrera parecía dar salida a tierras fáciles por encima; por ahí podría-

mos salir del cañón del río a tierra abierta. Nuestra imprudencia había sido grande; pero en todo caso una imprudencia no se remedia sino con otra mayor: pasar la negra alberca y libertarnos, como pudieramos, del par de murallas que nos aprisionaban.

Siguiendo la costumbre de pescar en el río, Federico echó el anzuelo; apenas caído al agua prendió el peje y sacó algo horrible que no puedo imaginar a que familia pertenezca: especie de anguila o culebra de color púrpura con inmensos bigotes carnosos y aspecto general repugnante. "El Mohan," gritaron los indios y en un instante desaparecieron como cabras, dejándonos abandonados.

Volvi a mirar el cargamento.... los que quedábamos que por todo éramos seis; contemplé las caras despavoridas de mis compañeros y el peje aquel tan feo y repugnante. Al alzar la vista, el charco negro, profundo y al frente la cascada diáfana y limpia cayendo de lo alto como lluvia de perlas. "Muchachos, les dije—a los que quedaban mirando los bártulos abandonados por la india—tenemos que ver como salimos de este apuro; de para abajo me parece imposible, más de diez y seis días llevamos de jornada. Echemos de para arriba que la cosa parece fácil y que Dios nos ayude." Federico que se reía del Mohan y de lo demás, pegó un gran grito, clamando como se acostumbra en Antioquia: "Si mi Doctor.... en el nombre de Dios no hay nada malo," exclamación con la cual volvió el ánimo a todos los compañeros. Entramos a decidir qué era lo que debíamos llevar y lo que debíamos dejar abandonado a orillas del feo charco—el charco de la desesperanza, como lo llamara yo entonces: los viveres y armas lo más importante de llevar, lo secundario, instrumentos, herramientas y utensilios.

El resto del día se empleó en recoger maderas de las que las crecientes arriman a las orillas de los ríos, buscando por todas partes reunimos algo con que hacer la más débil y miserable de las balsas narrada con lazos y rejos de enlazar de los que nos había servido para subir la

impedimenta y aún a nosotros mismos en esta peligrosa aventura. Medrosos atravesamos el albercón de dos en dos temiendo a cada instante que el Mochan se nos apareciera en forma de horrible serpiente con lo hubieran predicho los indios. Tirando la balsa de un lado a otro con rejas y bejucos añadidos logramos pasar a la otra orilla lo que nos fuera útil; el resto quedó abandonado en aquel paraje y allá estará todavía porque otro no creo haya pasado por allí.

Mis previsiones se realizaron porque subiendo el acantilado, con grandes dificultades, nos encontramos en tierra abierta; el punto precisó no importa, muy arriba en las cabeceras del Anchique. Tuviere yo la facilidad de Barret o de Connan Doyle para escribir, de esta sencilla aventura formaría un libro.-----

Las observaciones en lo que interesaba, durante la travesía fueron numerosísimas. Por todas partes encontramos la diabasa claveteada, digámoslo así, con el cobre nativo y en algunas partes los diques intrusivos del diataga completamente impregnados de metal. Riqueza dispersa difícil de someter a una explotación sistemática.

En lo alto y ya fuera del cañón del río principiamos a descubrir—lo que tan ardiente esperaba encontrar—las vetas. Aquel hilillo y reticulaciones de chalcosina, más allá potentes filones de chalcopirita y otros minerales del rojo en formaciones primarias no en el sentido de que fueran sinérgicas con la diabasa pero sí primarias en relación a los cobres nativos depositados electrofóticamente más tarde.

La excursión debió terminar aquí, mas la curiosidad me llevó a ver lo que había a la vuelta de la cordillera. Estábamos en el *divortio aquarum*, entre el Magdalena y el Saldaña; de donde veníamos las aguas corrian al primero, para donde queríamos ir las aguas al segundo. Después de consultar resolvimos pasar adelante, salga donde salga, ir a curiosear por allá donde nadie había andado.

Pobres compañeros míos los que quedaron a medias

sepultos en el descenso de la cordillera; a medina digo porque ya nuestras fuerzas eran pocas para cavar la tumba de los que enfermos y extenuados nos fueron dejando. Casi sin viveres, acosados por el mosco de cabeza colorada, especie de *tse tse* en nuestros climas, nuestro cuerpo se ulceraba y nuestras energías desfallecían en esos cortos pero largos días del descenso a las fuentes del Saldaña. Tres compañeros nos dejaron y los demás cavamos en la tierra las casas en donde siempre han de dormir sin necesitar nada. Los que quedamos, tres, agobiados de fatiga y de miseria llegamos a la orilla de un río grande que supusimos fuera alguno de los afluentes principales del Saldaña. Algunas chozas de indios con sus plataneras al rededor nos dieron a comprender que llegaríamos a una especie de caserío. Compadecidos los indígenas ofreciéronnos cuanto tenían, algo repuestos resolvimos seguir adelante río abajo — hubiera lo que hubiera — porque no podíamos caminar. Los buenos indios habléronnos de los grandes peligros de la navegación del río. Pero qué hacer! El mosco de cabeza colorada nos tenía hechos una pura llaga, las botas me habían magullado los pies de tal manera que prefiriera andar sin ellas, y manos y cara eran una pura listina. Quanto a Federico y el otro sobreviviente su condición era peor que la mía, estaban los pobres ulcerados más que yo, padeciendo por sobrecarga unos horribles fríos o calenturas de la peor especie. Pensando las cosas, lo mejor era echarnos al río y así lo hicimos.

Prácticos dos indios en pasar el estrecho del Saldaña — mejor dicho el Pongo — nos aventuramos sobre la corriente en balsas apenas de dos maderos, únicas que pueden manejarse en el torrente de la angostura.

Cuando Victor Hugo describe con tanta minuciosidad los escollos del canal de la Mancha en la maestra obra "Los trabajadores del mar," prepara al lector al drama que ha de suceder en aquellas peñas, que me las imagino peladas y enhiestas; que Victor Hugo describiera las tres peñas tremendas que se presentan al que baja

el río en la angostura del Saldaña, la Iglesia, la más grande, en medio del horrendo remolino. Me acordaré del nombre de las otras cuando las pasamos casi ahogados!

El indio ágil y astuto metía la palanca donde era de mejor conveniencia y no sé como entre el delirio de la fiebre y el dolor de mis llagas pasé los raudales,---- recuerdos claros no tengo.

Amenó el río y suave se arrima tras el Pongo al pueblo de El Ataco, punto donde al fin vinimos a vernos entre cristianos, Federico y Ortega—muchacho saldañero que se había ido coningo—estaban tan enfermos que tuve que dejarlos bajo custodia de la piedad caritativa de mujeres del pueblo y yo en la balsa seguí Saldaña abajo—enfermo y ulcerado—hasta el paso real que pocos meses antes cruzara tan alegre y campante a recibir cuidados en la hacienda de mi hermana querida. Pero al travez de tan dura travesía llevé intactos los apuntamientos de mis observaciones; los datos que importaran a quienes en mí pusieran su confianza.

Para terminar este bosquejo de la vida en el Tolima agregaré unas pocas palabras de la que se hacía en las compañías extranjeras de minas. Los gringos vivían siempre con todo el confort apetecible, sobre todo en las grandes empresas del norte del Departamento; en Frijas, por ejemplo, la esplendidez del Superintendente Mr. Green, era proverbial. En el sur no había empresa de tanta magnitud como las otras; pero se estaban llevando a cabo algunos descubrimientos de importancia que atrajeron a empresarios extranjeros; entre ellos vinieron los Pariseots, verdaderos aristócratas, a tantear un lance de suerte para rehacer su desmedrada fortuna, en las minas.

El mayor de ellos, hombre en plena flor, fue uno de los tipos de la más perfecta corrección que haya visto en mi vida; en cualquier parte donde él se hallara se distinguía por la elegancia en su vestir, su belleza varonil y sus maneras; a leguas se sentía el perfecto gentleman del más refinado Londres. Contrajimos una amistad bastan-

te estrecha y pude apreciar que por dentro era mejor que por fuera. Su resolución inquebrantable fue la de hacerse rico de nuevo o saltarse la tapa de los sesos, lo último puso fin a su existencia.

Invertidas las migajas de su patrimonio ancestral en unos aluviones cerca a Miraflores no logró lo que esperaba y con toda calma, parándose en una barranca que da al río, se pegó un tiro, asegurando el suicidio doblemente. El paje que lo quería entrañablemente se arrojó al agua, no se sabe si a salvarlo o a perecer con él.

La empresa minera de Frias, una de las más importantes del país, está ubicada en el Distrito del Guayabal y a no muy larga distancia de la ciudad de Honda. Las minas se trabajaron desde el tiempo de la Colonia con extraordinario éxito; son minas de plata y a diferencia de las otras de la región, en Frias no se encuentran ni rastros de oro. Mr Green logró vencer ciertas dificultades y dotó a la empresa con una planta *up to date* para la época.

Frecuentemente pasérame temporadas de algunos días en la casa de la dirección, gozando de la exquisita hospitalidad del jefe de la empresa. Mucho hizo Mr. Green en bien de la clase trabajadora: fundó escuela, buen hospital y trató, por todos los medios posibles, de procurar distracciones a los jornaleros para retraerlos del estanco en donde todos, en nuestra pobre patria, dejan en todas partes el monto íntegro de su jornal.

CAPÍTULO III

El camino de Santa Isabel.—Solo en los nevados.—Jenis Cuervo.—Las azufreras.—Manizales.—Pereira.—Cartago.—Recuerdos de familia: mi abuelo José Francisco.—Los Gumbos.

Cuando se examina en un mapa la posición de Ibagué y Manizales se concibe inmediatamente la idea de un camino que ligue las dos ciudades directamente, evitando el rodeo por Honda o por Salento; pero la cordillera se

atraviesa y en la línea directa al eje anticlinal de los Andes Centrales corresponde una zona de elevadas cumbres cubiertas perpetuamente de nieves. El deseo de hacer estudiar la línea indujo al activo empresario Jesús Cuervo a constituir una compañía para llevar a cabo la exploración del proyecto y me contraté con ellos al efecto.

En pocas épocas de mi vida he trabajado con tanta intensidad como en los momentos en que llevé a cabo el contrato para la exploración del camino de Santa Isabel: mis ideales de llegar a ser un ingeniero consultor se habían realizado, mis opiniones eran estimadas, acudían a mí los dineros y viajaba por todas partes.

El estudio del proyectado camino—que sólo me robaría corto tiempo—halagárame extraordinariamente, pues me daba la ocasión de mirar a fondo la geología de la cordillera.

Las observaciones relacionadas con la altimetría colombiana hánme atraído siempre; pero de joven las recogía con el mayor entusiasmo. Jamás me desamparó el hipsómetro, aparato altimétrico, de mi mayor preferencia. Siempre me ha admirado de que Caldas no descubriese la ley de Dalton cuando cayó en la cuenta de que los puntos de ebullición del agua variaban con las alturas; tal vez fuese por aquello que dice Arago "En trabajos científicos lo esencial—para hacer descubrimientos—es presentarse, ante sí mismo, un por qué a tiempo."

En el proyecto de camino por Santa Isabel dos vías se presentaban en la elección de una línea entre Ibagué y Manizales: la una por el Combeima, la otra por el río Lachina. Por ciertos motivos resolvimos empezar por la segunda y explorar la otra luego. Hechos los aprestos del caso y con más de treinta cargueros subimos el río Lachina hasta sus nacimientos; Cuervo me acompañó en la expedición, por lo menos en la primera parte de ella.

Era la primera vez que yo iba a ver de cerca el nevado del Tolima, el imponente Ruiz; unas nevadas que

desde niño atrajeran mi atención cuando las mirara—por las mañanas o las tardes—lejos, tan lejos, perdidas en la bruma de la distancia desde el alto de Egipto en mi ciudad natal. Pero si los nevados son tan bellos a tan larga distancia, júzguese cuál sería mi impresión al contemplarlos de cerca en la mañana—despejada y gloriosa—cuando venciendo el último repecho se presentó a mi vista el panorama con toda su magnificencia. Qué espectáculos, Dios mío! En pie sobre una lometica, donde la vista alcanzaba a dominarlo todo, mis ojos se extasiaban llenos de la gula del mirar: al Occidente, las neveras albas de la más absoluta blancura, cristalinas y reflejantes bañában el sol; a su pie, el páramo inmenso apenas ondulado, casi una sabana sobre cuyo amarillo verdoso se destacaban a trecho las lagunas, única solución de continuidad en el paisaje. Al Oriente, bajo del monte negro, el valle del Tolima y, apenas perceptible por una franja de vapores que lo manifiestan, el Magdalena se extiende en el confín del lejano horizonte.

Cuando haya facilidades de comunicación, es de creerse que las neveras y ventisqueros colombianos, en esta parte de la Cordillera Central, serán visitadas por los turistas preferentemente a las de Suiza porque, en verdad, son más bellas.

El páramo en la comarca es de una fertilidad increíble, a diferencia de otros que conozco tan estériles y monótonos; está enyerbado con las altas gramíneas y muy poco pajonal; de aquí proviene la pasmosa abundancia en ciervos que me sorprendió vivamente en la primera excursión. Prácticamente—Cervo y yo—éramos los primeros que hollaran las silenciosas soledades de las altas cumbres; el venado blanco no temía la malignidad del hombre, apenas huía cortos trechos a nuestra aproximación y andaba en manadas. Qué graciosos eran los pequeños saltando al rededor de las madres. A nuestros tiros, sin darse cuenta del destrozo, miraban atentamente antes de huir.

La temperatura áspera de tan elevadas regiones—

como cuatro mil metros sobre el mar—terrorizó a los cargueros, todos ellos calentanos que por un descuido nuestro vivieran con muy poco abrigo, y el mismo día que coronamos la cumbre nos abandonaron miserablemente desertando de manera maliciosa y perversa: quedáramos con Cuervo y mi paje algunos momentos contemplando la espléndida naturaleza, dando a la peonada la orden de seguir adelante para armar las toldas en un lugar conveniente y abrigado.

Pocos momentos después seguimos, y cuál sería nuestra sorpresa al encontrar nuestros bártulos tirados en el suelo; ni una alma; a nuestros gritos y llamadas, el silencio. Esperamos algunas horas antes de convencernos de que habíamos sido víctimas de una infame desertión; afortunadamente los camallas nos dejaron víveres suficientes y todo nuestro equipo.

Con actividad pramosa arramos una tolda, prendimos la candela y dejamos para la noche resolver lo que más convenía. El té hirviendo y alguna copa de coñac pusieron nuestros ánimos en la mejor disposición; pasáramos gran parte de la noche charlando y riendonos de la estúpida aventura. El genio de Cuervo se prestaba: siempre alegre, chancero, jovial e inquebrantable en su entusiasmo por las grandes empresas y las obras de progreso. Nuestro campamento estaba situado sobre una insignificante cuchilla que surge dentro de unos pantanos, origen de los ríos Luchina y Combeima, y desde allí se divisaba el abrupto cañón por donde corre éste y que fue el punto por donde huyera la peonada.

Por la mañana, temprano, acordamos lo único que se podía resolver: quedar me yo solo y que Cuervo se fue con mi paje a Ibagué a conseguir nuevos peones y cargueros. Aprovechamos el día construyendo un buen rancho en sitio conveniente. El frailejón—cuyas hojas abrigan tanto—crece en esta localidad con más de 4 metros de longitud y en sus troncos livianos tuvimos buen material para armar un rancho bien espacioso y cerrado; gruesa alfombra de hojas en el piso completó la última

mano de la confortable morada en la que había de estar solo, sabe Dios, por cuántos días. Metimos todo dentro y con el día se terminaron los aprestos. Por no sobrecargarse, D. Jesús y el muchacho llevaron consigo muy pocos víveres y tan sólo lo más indispensable para abrigo, creyeran ellos que en dos días saldrían a la ciudad; mas el hombre pone y Dios dispone.

Al quedarme solo no dejé de experimentar cierto sobresalto: las fieras abundaban, pero no era esto lo que más me inquietara, el rancho quedaba al puro pie de la nevera y ya había tenido ocasión de oír el aterrador estrépito de los aludes al rodar desde las alturas del glaciar. Aquí el verdadero peligro.

Organicé mi vida con método, tenía todo lo necesario; no me faltaban libros y entre otros tenía las completas de Shakespeare que entre todos los autores me fascinara entonces, en su Othelo y Julio César que, sin ser yo un literato, he creído sean las obras maestras del dramaturgo británico. Muy a la madrugada prendía la lamparilla; las más veces el agua que dejara en la tetera estaba congelada, al fin hervía y la aromática infusión me aportaba, con el calor del estómago, el ánimo para los trabajos del día. La mayor parte del tiempo la empleara recorriendo el terreno, tratando de adivinar por donde se pudiera hallar un paso en la enbiesta cordillera, infranqueable cerredo que dividía los dos departamentos, El Tolima y Antioquia. De todo tomaba fotografías pero perdí las películas impresionadas por la estúpida curiosidad de una sirvienta en Ibagué que abrió las cajas para examinar qué fueran aquellos vidrios, antes de haberlas desarrollado.

Enojoso fuera describir minuciosamente cuánto hice durante quince días o más que pasé solo en la cumbre de los Andes. Especie de naufrago, en una isla solitaria, esperaba a diario el socorro que había de venirme de afuera, y por la noche oía los ruidos del volcán: ya el viento enfilándose en las grietas de las rocas truena o chilla notas de una gigantesca arpa colia, silva cuando golpea

sobre las desgarraduras, y en otras múltiples combinaciones del choque y forma de la superficie produce toda clase de sonidos, diríanse lamentos, aullidos de fieras, roncans voces que hablan lenguaje desconocido pero siempre amenazante. De repente, por encima de los ruidos del viento y los otros de la soledad, rompe el silencio de la noche el formidable estruendo del alud que baja; masa informe de hielos, cantos arrancados al flanco de la cordillera, lodo glaciario y guijeros. Si en las mañanas despejadas la vista de los nevados es espléndida, imagínese el lector cual no será a la luz de la luna en las magnificas noches del páramo. Todo es allí fantástico. Ninguno se atreverá nunca a pretender una descripción. Hay cosas que tienen que ser vistas pero no pueden ser descritas.

Cuando el tiempo empezaba a hacérseme largo, cata ahí que una tarde rompe el augusto silencio de la comarca el ruido estridente de cornetas, clarines y cachos unido a la incesante detonación de armas de fuego. Hallábase sentado en la cabaña con el Shakespeare junto, tratando de traducir el monólogo de Othelo.

-----If I quench thee, O flaming minister
I can relume thy former light again if I repent
But thou the cunningest pattern of most perfect nature .

Salt a informarme. Numerosas partidas de gente con grande algazara se aproximaban a mi habitación; llegáronse con gritos de regocijo, saludándome como a un resucitado. Pasadas las primeras demostraciones pude informarme de lo que sucediera: los penes desertores—para disculparse—habían propalado en Ibagué la especie de que Cuervo y yo habíamos muerto soterrados por un derrumbo. La noticia llegó tarde a los oídos del General Casabianca—Gobernador entonces del Departamento del Tolima—quien inmediatamente telegrafió a Manizales y Pereira para que levantaran partidas a buscar nuestros restos, y éstas eran las gentes que llegaban a encontrarme

después de inútiles requisas que por varios días hubieran practicado en las cañadas y precipicios. Cuanto a Jesús Cuervo, el pobre se extravió en la montaña; diez días anduvo, los últimos sin viveres, para poder salir a poblado; hambriento y exhausto.

Con la nueva gente venida continué los trabajos; al cabo de algunos días de exploraciones encontramos un paso natural—especie de ancha grieta que corta la sierra—que lo bautizamos con el nombre de “Portón de Santa Isabel.” Mi alegría fue inmensa puesto que había cumplido el objeto de mi comisión: encontrar por donde pudiera cruzarse la cordillera. Lo demás era muy hacer, trabajo de nivel y rutina de trazado.

En los últimos días de permanencia en el llano del Placer, que mejor hubiéramos bautizado llano del Encuentro, se organizaron grandes cacerías con lo que nos dimos bastante regocijo. Aquí me permito recomendar a los gastrónomos el beefsteak de carne de ciervo no corrido con perros sino muerto cuando se halla pastando tranquilamente, algunas piezas del oso gordo y las becañas (caicas como se llaman entre nosotros) que se crían cual no las he visto tan grandes en mi vida, en las cercanías del llano del Placer.

La vertiente occidental de la Cordillera Central, esta es, la que mira a Antioquia, es bien diferente de la otra, la que mira al Tolima. Esta es suave, amena si pudiera decirse así; esta, abrupta, empinada y, perdóneseme el mal empleo del vocablo, cataclística.

Al atravesar la línea todo cambia: en vez del páramo que se extiende como una sabana apenas ondulada, aparecen rocas hirsutas, gigantescos cantos desprendidos de las cimas por la acción glaciaria, todo revuelto como si en ese instante acabase de suceder un cataclismo. Es fenómeno digno de estudio para la geología del país la observación de que las vertientes occidentales de los An-

des son tan abruptas y las orientales suaves. La razón aparente de esta anomalía se encuentra en la hipótesis de la tectónica terrestre la que se ve, bastante confirmada también, al reparar que los cráteres—en regla casi general—derramaron su lava hacia el occidente; observación es esta que no se escapará a ninguno de los que con ojo estudioso hayan recorrido los Andes Colombianos.

En lo referente a trazado, la vertiente antioqueña me ofrecía serias dificultades; bajar de las alturas a los terrenos arbolados de gradiente suave era bastante trabajoso. Teniendo que dar me tregua para el estudio se hizo un alto en una gran caverna que bautizamos con el nombre de "Cueva de los leones" a causa de alguno de estos bellos animales que se mataban en las cercanías. Cuando pude formarme un derrotero seguimos adelante hasta las fuentes del río Otún, al pie de las primeras estribaciones del Ruiz. De allí pasamos a las Azufreras a donde llegaban los últimos abiertos que los activos hijos de Manizales ensancharan día tras día ganando terreno para el cultivo. En las Azufreras del Ruiz algunos empresarios manizaleses explotaban el azufre que era encaminado a Medellín para abastecer la fábrica de ácido sulfúrico que no hacía mucho había establecido el emprendedor señor Saldorriaga en la capital de Antioquia.

El entusiasmo—por el proyectado camino de Santa Isabel—era grande en Manizales, no todavía capital de Departamento sino distrito floreciente en el grande y próspero Antioquia. Manizales, como Pereira, son urbes sin abolengo español. Ambas de fundación reciente; ambas florecientes al poco andar y ambas resultado de la colonización.

Por qué no han progresado muchas de las ciudades viejísimas que fundaron Rubledo o los tenientes de Belalcázar! Y por qué pueblos nuevecitos se van para adelante con tan grande empuje! Misterio es este cuya explicación vendrá un día, el día en que se entiendan mejor las corrientes—hoy por hoy desconocidas—que rigen la marcha de las sociedades humanas. Que así comó las corrien-

tes marítimas determinan la forma de los continentes, así también las corrientes instintivas dirigen y regulan la forma de las agrupaciones sociales.

Por qué no se fundó a Manizales en el llano del Zancudo y se la vino a fundar en el espinozo de una loma? La topografía de la ciudad, hoy capital de Caldas, es lo más desfavorable imaginable; pero todo ha sido vencido por los habitantes; se han cortado barrancos, terraplenado hondonadas y la ciudad ha ido desarrollándose, embelleciéndose y progresando.

El comercio de Manizales es uno de los de mayor capacidad en el país y a esto se agrega la incomparable riqueza de los yacimientos metalíferos de las cercanías. Cuando visitara por vez primera esta simpática localidad no se habían efectuado todavía los descubrimientos de minas que—como la Cascada—han maravillado por su extraordinaria riqueza. Sólo se trabajaban la Morisca, Tolda Fría, Volcanes, Diamante y algunas otras pocas que, si bien ricas, no eran de calidad sorprendente. Pero el examen de los eruptivos generadores me hizo predecir, desde esa época, las riquezas que se descubrirían posteriormente; el tiempo ha confirmado mi predicción.

Especie de puerto en tierra, Manizales maneja su propio comercio, el de Antioquia, Cauca y Tolima; allí concurre todo, se aglomera todo y la activa agresividad de los hijos de este pueblo sabe explotarlo y beneficiarlo todo en su provecho.

Los frecuentes temblores de tierra—convulsiones del moribundo Ruiz—obligan a construir en madera. La técnica arquitectural ha llegado a prodigiosos desarrollos en Manizales donde se han resuelto interesantísimos problemas de estabilidad. Cuanto a la ornamentación nada deja que desear. Para la construcción del grandioso templo, gala y ornato de la activa capital, se empleó un bosque entero de maderas escogidas y finísimas. Cuando lo vi en construcción parecióme algo como aquel otro magnífico que en la Jerusalem dichosa levantara el Altísimo el más sabio de los reyes.

Sorprende, cuando se estudia ahora, el progreso creciente del pequeño Departamento de Caldas; en poco más de diez años esta privilegiada comarca se ha colocado a la cabeza—Departamento modelo—de todos los demás. Sus rentas admirablemente administradas, sus finanzas crecientes y sanas, su marcha económica siempre adelante, mejorando siempre. Casi a un mismo tiempo se erigieron en departamentos Caldas y Nariño; en cosa de diez años Caldas ha quintuplicado sus rentas, ha logrado sostener sus gastos en un mínimo. Durante el mismo lapso de tiempo, Nariño que principió a funcionar con rentas triples de las del otro, se ha mantenido estacionario conservándolas pero no acreciéndolas; sus gastos, empero, han ido subiendo en una proporción que aterroriza. Era de creerse que el Departamento que se pusiera a la cabeza fuera Nariño; todo lo indicaba: cuantiosas entradas fiscales, moneda sananda, laboriosidad en el pueblo, etc. Pero no resultó así y es de temerse que dentro de poco principien a aparecer los déficits presupuestales. [1]

La ciudad de Pereira ocupa el sitio en que estuvo ubicada la antigua de Cartago destruida por los Pijinos y se fundó en terrenos de mi abuelo D. José Francisco Pereira—por quien le viene el nombre—generosamente regalados a los colonos por mi tío Guillerino Pereira Gamba quien los heredó de su padre. Tengo aquí de hacer un alto para dedicarme a la relación de tradiciones de familia y al recuerdo de los míos.....

[1] Al publicarse estas noticias que se reciben de Nariño son lamentables: la segunda administración Bucheli ha sido un desastre y el simpático departamento avanza rápidamente sobre una senda de regresión: qué diferencia entre ésta y la primera administración de D. Julián Bucheli!

CAPÍTULO IV

La colección de minerales para la World's Fair de 1892.—
Viaje através de Antioquia.—Medellín.—Remedios.—
La industria minera en Antioquia.

Cuando regresé al país de Norteamérica, a donde fui a buscar la mejora en conocimientos y técnica de ingeniería, se estaban haciendo los preparativos para entrar Colombia dignamente representada al World's Fair de Chicago—la gran celebración del tercer centenario del descubrimiento de América. Entre los muchos productos que Colombia podía exhibir era de capital importancia la presentación de una colección de minerales científicamente arreglada por persona competente.

Sedújome D. Vicente Restrepo para que me hiciera cargo de la obra y celebré con el Gobierno el contrato—que como negocio fué desastroso para mí—en virtud del cual debía yo recorrer la mayor parte del país recolectando muestras de minerales y tomar lo cuanta noticia fuera del caso, referente a la riqueza mineral de la República. En compensación de mi trabajo debía recibir los gastos de viaje, muy exiguanente presupuestados, y la publicación costeada por el Gobierno del libro que resultara por motivo de mis correrías.

El negocio no me importaba. Era esta para mí la gran ocasión de llevar a cabo el estudio de la Geología Económica del país; rama nueva de la Geología General que por la época principiara a considerarse en Norteamérica como ramal científico independiente.

Entre D. Vicente Restrepo y yo organizamos minuciosamente en detalles todo cuanto pudiera servir para el mejor éxito de la comisión: el transporte de las muestras por correo, las recomendaciones a todas las autoridades del tránsito y las oficiales para todos los interesados en

la industria minera, a fin de que me prestaran apoyo en el desempeño de mi encargo.

Por estar urgentísimo el tiempo hubo que limitar la carrera a los Departamentos del Tolima, Antioquia y sólo una parte del Cauca.

Desde ahora tengo que decir que, al pasar examen de conciencia de mi vida entera en esta confesión general, surge ante mí—como la más importante y la mejor llevada a cabo—esta obra de la colección de minerales en 1892. Juzgada fué como "Ideal de lo que es una colección en geología económica de un país" por las más altas autoridades científicas de Norteamérica.

La historia de la colección y mi contrato está narrado en RIQUEZA MINERAL DE COLOMBIA y no tengo para que insistir, sólo agregaré que el Gobierno nacional no cumplió lo pactado en cuanto a la publicación del libro y éste lo publiqué—no pudiendo resignarme a perder los manuscritos—años más tarde y en época luctuosa. En el prólogo que le puso el queridísimo García se encuentran los detalles que puedan interesar el asunto; es mi misión ahora referir las experiencias de tan largo viaje en cuanto se roza con la vida en los Andes; dejemos la técnica y vamos adelante.

Que me fuera dable hacer comprender a otros mi entusiasmo, la voluntad activa, la concentración completa de mi espíritu al trabajo emprendido, que no la alteraran los alegres episodios, los amoríos de tránsito y mil otras cosas más que, como incidentes, se presentan a cada paso en la vida interrumpiendo la monotonía de la línea continua, que la hacen pintoresca—como los adornos arquitectónicos hacen agradable a la vista la recta matemática de un cornisamento. Di mi comienzo a la carrera científica por Ibagué, cuyas minas yo conocía tanto, y de ahí siguiera al Norte atravesando todo Antioquia hasta la remota Zaragoza que, con Remedios, forma el Dorado, el país fantástico del oro, de las hechicerías, la pestilencia y las serpientes.

Perdónereme un detalle técnico referente al método adoptado en esta excursión; este detalle será el

último que interrumpe la jovial narración de aventuras; la colección que se formara debía representar la riqueza mineral nacional de una manera práctica y cierta; no era una colección de muestras escogidas sino algo que diera el tipo medio. Además era indispensable que cada mina estuviese representada no sólo por sus menas sino también por las rocas del respaldo y las eruptivas generadoras de la localidad. En cada empresa minera tomaba todos los datos, practicaba observaciones de altimetría y otras, recogía las muestras de tamaño considerable—poco más o menos de un decímetro cúbico—las etiquetaba y envolvía cuidadosamente, incluyendo dentro del envoltorio los datos más importantes para tener la certidumbre cuando hubiera de desempacarse en Bogotá. Las conducía luego a la primera estafeta del correo y allí las empacaba yo mismo; y con qué amor! Cada remesa llevaba una sucinta descripción por duplicado a fin de que don Vicente Restrepo—en Bogotá—pudiera informarse.

Hoy al acordarme de ese trabajo no puedo menos de admirar el celo, la decisión y actividad que desplegué. Bendito sea Dios que en mi vida agitada dejara oasis donde espaciar la vista interior y descansar.

Cuando mi colección fue desempacada en la capital de la República y se la exhibió extendida en los amplios corredores de la casa de don Vicente Restrepo, exitó la sorpresa y admiración generales. Efectivamente ella ponía de manifiesto las relaciones entre los minerales y las rocas y evidenciaba la riqueza mineral del país!

Entre las muestras que se remitieron había algunas valiosísimas, tales por ejemplo las de Echandía en Marmato, bloques de cincuenta kilos completamente impregnados de oro y plata nativos; otras de Remedios, también riquísimas. Nuestro Gobierno obsequió la colección formada por mí al principal museo de Chicago, Instituto que ha considerado esta donación como una de las mejores que haya recibido.

En Manizales—ciudad q' conociera antes y en la cual tenía muy buenas relaciones—principié el estudio de lo desconocido. Gracias al interés especial que por la obra tomara el doctor Marcelino Arango, Prefecto en ese tiempo, adquirí las más valiosas recomendaciones para todo el Departamento y las más grandes facilidades.

La región de Marmato, legendaria en la historia de la industria minera colombiana, atraía especialmente mi atención. Cuántas cosas había oído decir de la localidad: la casi mítica riqueza de don Bartolo Chaves que de simple peon pasara a millonario en pocos meses, gracias a un tope que Dios le deparara en Echandía, historia llena de peripecias como todas las que se relacionan con las minas y cierta; los recuerdos que Bussingnault dejó en Marmato; las anécdotas que se referían de don Rudecindo Ospina y de los suyos, entonces en Supía; los pleitos mineros en esta localidad, tan intrincados. Pero por encima de todo la imponderable riqueza de la comarca.

En el pueblecito de Supía conocí a don Bartolo Chaves, hombre sencillo, ya viejo entonces, que jamás comprendió que las riquezas las da Dios para ser disfrutadas; vivía miserablemente como el más pobre entre los pobres y de su boca oí la relación del encuentro del tope rico, cuya cuantía ocultóme dejando sin embargo comprender que era bastante. Trabajara en Marmato cuando en una carrera dió con un bilillo insignificante; tituló la mina consiguiendo prestados unos doscientos pesos pero no pudo trabajarla. Vencido el plazo del préstamo se vió acosado y no teniendo con que pagar ofreció en venta a uno y a otro la mina sin hallar comprador; desesperado entonces cogió el pico y dió e al trabajo del venero. A los pocos metros, el tope que de la noche a la mañana lo hizo millonario. Cuando yo conocí la mina de Echandía, la riqueza, si bien no fabulosa, era sorprendente.

En el 92 todos los montajes de la comarca y en general en todo el país eran rudimentarios; en Marmato y Supía los que dejara Bussingnault: molinos de palo y barriales de amalgamación. En la actualidad todo ha cambiado

y se explotan los veneros por los procedimientos más adelantados.

Días agradables paséme en la Amalia con D. Rudecindo Ospina y su familia. Días inolvidables! La facundia del señor Ospina es proverbial en el país; raras han gozado como él del dón rarísimo de la conversación amena, chispeante e ingeniosa; pero por seductor que fuera el ameno trato del buen viejo todo se quedaba en pañales al compararse con la belleza de la menor de sus hijas, y no tanto por oírle los chistes como por ver más frecuentemente los ojos soñadores de la niña, estableciera mi cuartel general en la Amalia y prolongara mi estancia más de lo conveniente. Llegó al fin el irremediable momento de partir, resuelto a volver pronto y tal vez a establecerme en la región.

El pueblo de Marmato, prendido en una peña, es tal vez único en su aspecto. Decía D. Rudecindo que para construir a Marmato habían cogido un puñado de casas y lo habían tirado contra el barranco donde quedara prendido, comparación que da una idea de la cosa. Las necesidades de los mineros los obligara desde tiempos remotísimos a acomodarse, como pudieran, sobre aquel peñasco abrupto. El tipo de los habitantes es bastante mulato; entre las mujeres las hay de sorprendente belleza, la belleza de las cuarteronas lasciva y provocante.

En los trabajos mineros las mujeres comparten con los hombres la tarea: desnudas, sudorosas y agitadas golpean con el martillo o arrastran la carretilla ganando el mismo jornal que los hombres y aún a veces más. Cuando el ojo no está aclimatado al espectáculo de desnudeces tan atrayentes, se experimenta bastante malestar interior y la vista se distrae con frecuencia del estudio del filón para otras partes.

Marmato en su formación es algo muy parecido a los yacimientos inagotables de la Africa del Sur; sin exageración puede afirmarse que cuando se hayan agotado todas las minas de Colombia, Marmato ha de estar aún intacto.

Corre al pie del cerro el Cauca torrencial por una estrechura angosta o pongo sobre la cual una tarabita primitiva servía para el paso de las gentes que transitan entre Marmato y Salamina. Antes de entrar al Cauca la quebrada de Marmato se extiende formando playones en los cuales más de tres mil personas sacaban su sustento relevando las arenas desperdiciadas en los molinos. Desde arriba se las veía como inmensa bandada de gallinazos sobre la playa.

Luego a Caramanta para pasar el peligrosísimo Cauca en canoa; no estaba terminado el puente que construyera el famosísimo ingeniero antioqueño D. José M^a. Villa más tarde; y, por Santa Bárbara a Titiribi, mejor dicho al Zancudo.

Era el Zancudo la más importante de las ruinas en el país por la capacidad de su montaje y por el método de beneficio: la fundición. Además los productos de la empresa cuantiosísimos.

Uno de los más importantes fenómenos geológicos se registra en esta localidad: la gigantesca falla que enfrentó unos con otros terrenos del Cámbrico y del Cretáceo, de tal manera que se pasa de los unos a los otros en el mismo nivel. De un lado los esquistos primitivos con las ricas formaciones mineras de oro y plata; del otro lado las areniscas con los potentes yacimientos de hulla. Tan excepcional circunstancia permitió en el Zancudo la adopción del método de fundición para las menas. Según me he informado, del viejo montaje nada existe a esta hora, habiéndose cambiado todo por aparatos y métodos modernos. La inteligencia y actividad antioqueñas ha sabido vencer dificultades que en otras partes fueran insuperables: ellos—los antioqueños—han sabido construir sus motores Pelton, fundir sus pisones y dados y construir sus molinos californianos. Muy paso a paso, con pie seguro, la pequeña ferrería de Amagá ha ido ensanchándose hasta ser productora de toda clase de máquinas mineras.

En los 25 años que van transcurriéndose desde mi

viaje, el progreso de Antioquia es sorprendente; todo se ha transformado: las pequeñas empresas en grandes establecimientos, forjas en ferrerías, selvas vírgenes en pastales y cultivos. Pero la base primordial—originaria, si pudiera decirse así—de todo este movimiento hacia adelante fue la industria minera. Todas las primeras fortunas salieron de Amalfi, Anorí, El Porce, Remedios; todas ellas de los criaderos metalíferos; porque Antioquia es la tierra del oro.

La historia de la empresa del Zancudo contiene algunos detalles interesantes; primero los cogollos (aflorescimientos) trabajados como de oro libre, más tarde el empobrecimiento en metal nativo, en lo sano, y la necesidad de cambiar el beneficio; la fundición con mal éxito al comenzar y las dificultades consecuenciales. Pero la pujanza de la formación y su indudable riqueza hicieron que la compañía lo afrontara todo; se trajeron ingenieros alemanes de la más experimentada práctica y con ellos vino la riqueza. La mitad de las acciones de este potosí perteneciera a un extravagante caballero que se daba trazas para gastar en Medellín los cincuenta mil dólares que recibiera mensualmente y aún de andar endeudado.

Con verdadera emoción vieran mis ojos, desde el alto de San Miguel el valle del Porce en cuyo fondo pero oculta a la vista está Medellín, la bella Jerusalem de aquella tierra, la cantada por todos y que yo conociera por las vivas relaciones de Laureano García en los tiempos del Instituto de Agricultura. Mi imaginación la fantaseara con los más vivos colores y de antemano saboreara los placeres que me estaban preparados en aquel jardín de Armida. Y cierto que Medellín es bella, cuál no lo será ahora, engrandecida por la riqueza y todos los refinamientos de una avanzada civilización? Entonces comenzaba a levantar y ya se preveía que en corto tiempo llegaría a ser la primera en Colombia.

La comisión Shunk del ferrocarril trascontinental llegó en esos días a la capital antioqueña, venía en ella un joven californiano de apellido Martínez; qué hombre

tan travieso! Nos hicimos amigos y por la noche—a despecho de una policía celosísima—recorríamos las calles buscando nuestro placer donde pudiera hallarse. En el hotel padecíamos graves contrariedades porque era costumbre cerrarlo a las nueve de la noche y dejar en la calle a los trasnochadores. Rígidas costumbres de los tiempos antiguos que la cultura va echando a un lado como rancias vejezas, pero que un tiempo fueron el encanto y la originalidad de los pueblos.

Muchos se han imaginado—y aún sobre esto se ha escrito bastante—que la raza antioqueña—y digo raza porque es la propia palabra que debe emplearse—es de origen semítico. No creo haya fundamento histórico y es lo más seguro que el antioqueño desciende de ancestros vascos con alguna cruzada de locunz gente de la Andalucía. Lo que imprime completo sello en los habitantes de esa tierra y lo que más los distingue entre los otros del país es que la raza blanca se ha conservado pura o casi pura, a esto debe agregarse que las tribus aborígenes eran vigorosísimas; en su mayor parte fueron exterminadas por los españoles y el mínimo de cruzamiento que hubo no fue desfavorable a la raza invasora. No así en otras localidades en donde el aborigen que iba en el camino de la degeneración inficionó desfavorablemente al blanco. Los que creen en el semitismo de los antioqueños se fundan principalmente en argumentos que se derivan, unos, de la confraternidad que entre ellos reina—verdadero vínculo racial—y de sus aptitudes sobresalientes para los negocios. La severidad en las costumbres, la tendencia al matrimonio casi en la época de la pubertad, el apego al hogar y lazos familiares y el respeto a las doncellas, todo esto que es típico en la tierra de Antioquia trae a la imaginación reminiscencias bíblicas.

Es indudable que el tipo antioqueño—y en las mujeres resalta más—es judaico, este es un hecho de observación general, a esto se agrega la afición por los nombres sacados de la Biblia sea para las nuevas fundaciones, sea para cristianizar a los recién nacidos. Judíos, moros

o vascos; eso no importa, los antioqueños son una raza fuerte y capaz de progreso, he aquí lo que al país interesa.

Una feliz casualidad hizo que se encontrase en Medellín, a mi llegada, el señor Eustice, Gerente de la Compañía inglesa que trabaja en grande minas en Remedios; relacionados con él resolvimos hacer el viaje juntos. Bastante había oído hablar de Remedios, comarca casi fabulosa. Qué minero no hablara, no trajera anécdotas de aquel rincón desconocido pero lleno de leyendas? El joven que tuvo que ir a diligenciar algún asunto cayó en manos de una bruja hedionda que lo fascinó tomando el aspecto de encantadora doncella. Allí quedó el pobre porque cuando quería regresar a su tierra, la bruja le daba los polvos de "*No te haz de ir*" y perdía la voluntad, y, por este estilo mil y mil historias que agitaran mi imaginación acalorándola con el deseo de ver lo sobrenatural. A propósito de los curanderos la cosa era para no acabar: la toxicidad de las vivoras en el norte del Departamento de Antioquia es conocidísima—la asquerosa mapaná entre todas—pero los curanderos las manejan impunemente como los taurinargos de la India y curan la mordedura unas veces con la saliva, otras aplicando la camándula sobre la infectada herida y otras con hierbas. Mucho hay de cierto en esto: un hombre inteligentísimo, el Dr. Villamizar, dedicó casi toda su vida al estudio de los ofidios venenosos de Remedios y a él le oí referir hechos que no puedo poner en duda.

Cinco días, sobre el mejor camino que existiera en la República, nos pusieron—a Mr. Eustice y a mí—en el grandioso establecimiento de la Salada asiento de los empleados superiores de la Compañía Inglesa; en el centro de un inmenso parque estilo inglés se levanta la espléndida mansión, llena del confort y de las comodidades especiales de residencia colonial en donde habitan los altos poderes de la empresa.

Las minas de la compañía inglesa no eran las únicas que se trabajaban en el distrito, por todas partes diseminados se veían establecimientos mineros; unos en peque-

ño, otros en más amplia escala; pero todos productivos. La roca de la comarca es una sienita—la sienita post-erética—que alcanzó a aflorar sobre la superficie o que una posterior denudación la puso a descubierto. Pero yo no creo que esta roca trajera los valores; una erupción posterior, probablemente riolítica, fue la generadora. Roca de aspecto bien diferente a la riolita de Marmato (que Bussingault llamó pórfido metalífero) pero originada en la misma zona que aquella y de capacidad semejante para arrastrar el oro consigo.

Cuanta cordialidad y cuanta benevolencia encontré en la colonia británica establecida en las empresas mineras. Eran de admirar la tradicional cultura q' se conservaba en el desierto y en el duro trabajo de las minas: la comida solemne, a las 6 p. m., era servida por enfracados criados, exquisitas las viandas y abundantes los vinos; después, en el inmenso corredor frontal, y gozando del fresco de la noche, la lectura de periódicos, magazines, novelas y multitud de papeles que por cargamentos aportaran los correos quincenales. A veces repugnantes insectos se precipitaban sobre la pantalla de la lámpara haciéndome estremecer, pues siempre he tenido al insecto la más invencible, odiosa aversión. Muchas veces he estado inclinado a creer lo que en un antiquísimo libro, de un Padre Jesuita, leí hace años: diserta el buen hombre sobre la finalidad de las cosas, lo encuentra todo bueno y útil, pero al tratar de los insectos asquerosos se pone delante de una tremenda dificultad, pero la vence "Estos horribles animales los crió Dios a imagen del pecado y su objeto fué que viendo los insectos tan feos le tomemos aversión al pecado." Si algunos insectos que vi en Remedios son la imagen de nuestras faltas, no sé por qué todos no seamos santos. Los ingleses no les tenían horror y afanosamente los coleccionaban. Qué vitrinas aquellas! Colección de los seres más repugnantes que Dios ha criado!

En ocasiones me pregunto si para cierto momento dado, en la historia del mundo, se presentan todas las combinaciones posibles en la exteriorización de las formas vita-

les. Asunto muy digno de estudio, pues podría llevar a conclusiones de la mayor trascendencia.

Si no me engañó, en la Salada fué donde se llevaron a cabo las primeras reformas sustanciales en la metalurgia del oro, abandonando el molino de palo—progreso inmenso en los tiempos de Bussingault—y adoptando tipos perfeccionados. Aquí, como en Frías, buen hospital que maneja el Dr. Villanizar, escuelas y recreos para los trabajadores.

Entre las muchas minas que poseían compañías nacionales, la más digna de atención por sus caracteres específicos era la Santa Isabel. Qué muestras tan bellas produce esa mina! Planchas, alambres larguissimos, dentritas y cristalizaciones soberbias de oro nativo. Nada he visto comparable con esto. Pero no puedo extenderme más.

La fama de Remedios como clima mortífero era bien merecida: el paludismo en todas sus formas causaba estragos; ya la pernicioso activa, ya peor que ella, las infecciones de carácter crónico; el ansia del oro, empero, lo arrostra todo. La villa antiquísima desde su fundación es un puebluco miserable a donde enviaran enantes los gobiernos de Antioquia la barredura de los burdeles y a todas las infelices que la lascivia del hombre conduce al triste estado de mujeres perdidas. Al norte de Remedios queda Zaragoza, tierra riquísima también, y en el término septentrional de Antioquia el Nechí el gran colector de lo que las aguas arrastran, es donde en la actualidad se está dragando con soberbio éxito.

Los veinticinco se efectuaban los pagos en las empresas mineras y tres días seguían en Remedios y Zaragoza de la más desenfrenada saturnalia. Principiaba el baile con moderación, los tragos menudaban y con ellos despierta la ferocidad; a un momento dado se apagan las velas, todos se arremeten navaja en mano, algunos parejas huyen, los tímidos se refugian debajo de los muebles y el resto se asesina en la oscuridad. Nadie sabe quien es nadie: todos enloquecidos quieren matar y que los maten.

No en poco colaboraban estos excesos con la sutil malaria traicionera y maligna, en despoblar la tierra.

Los primeros del mes volvían a sus trabajos los mineros—los que quedaban—desfallecidos y exhaustos, sin un centavo del cuantioso jornal ganado que todo quedara en los estancos, para emprenderla de nuevo con el pico en el estrecho corte y esperar el próximo 25 para volver al baile.

Como por un cinematógrafo desfilan ahora Amalfi y Anorí con sus minerales arsenicales pero riquísimos; la sienita de Remedios queda en esos distritos cubierta por pizarras negras. La potente vetra de la Constancia descubierta sobre el terreno por leguas y leguas de extensión; después la Cascada de Guadalupe a cuya orilla dormí una noche tendido en mi hamaca y después, dejando las tierras bajas y trepando a lo alto, la planada de Santa Rosa de Oso, semejante topográfica y geognósticamente a la de Remedios y de riqueza comparable con este famosísimo distrito minero. Santa Rosa de Oso es para el minero una de las localidades más interesantes de Antioquia: situada sobre una elevada altiplanicie árida, la simpática ciudad—bien construída—es el asiento de importantísimas explotaciones. La formación geológica como lo dije antes, es bastante parecida a Remedios pero no idéntica; la topografía de la localidad recuerda también algo a la de Popayán.

La aridez del terreno es tanta que no se cría hierba para las bestias, la que se trae de largas distancias; también la escasez de agua en la meseta dificulta los trabajos de beneficio; me imagino que los problemas para el establecimiento de grandes explotaciones los hayan resuelto eléctricamente tomando la fuerza en alguno de los ríos de la parte baja que es lo indicado. Los minerales son tan ricos que soportaban el transporte a lomo de hombre y bestias en distancias considerables.

De Santa Rosa regresé a Medellín y por la vía de

Sonsón volví al Tolima y luego a Bogotá; viaje de unos seis meses que me hizo conocer las localidades más importantes en relación con la geología económica del país.

CAPÍTULO V

El Valle del Cauca.—Call y Popayán.—Las carboneras.—Potencialidad e incapacidad.—El problema negro.

Poco antes de iniciarse la época cuaternaria una gran parte del país estaba ocupada por inmensos lagos, talvez resto del antiguo océano que llenó el territorio de casi toda la América, al final del Cretáceo. Es bien posible que con el transcurso del tiempo las aguas se hicieran dulces; esto es lo de creerse más. Pero fueran mares interiores o lagos, el hecho es que grandes masas de agua ocupaban considerables extensiones.

Las sabanas de Bogotá, Ubaté y casi todas las tierras al norte formaban la primera y más alta extensión lacustre; la masa líquida estaba retenida por la reticulación transversal de lo que ahora corresponde a la grieta de Tequendama y por los lados lo estaba por los delimitamientos de la cordillera al oriente, y al occidente por un eje paralelo al anticlinal principal que entonces debió ser de mayor importancia de lo que es ahora la pequeña cordillera de Suba. Guardando cierto paralelismo con el lago de la altiplanicie de Bogotá, el Valle del Tolima constituía la segunda extensión lacustre enmarcada entre las cordilleras oriental y central y retenida por una transversal que, poco más o menos, se extendía correspondiéndose con lo que ahora es el Pongo de Nare. Finalmente el Valle del Cauca, desde la grieta de la

NOTA.—Algunos capítulos están incompletos; deben tomarse como fragmentos. El esqueleto sobre el que hay que dibujar mucho todavía. Cuando?

Virginia hasta cerca a Popayán, estaba ocupado por las aguas; superior a él se extendía el lago correspondiente a lo que son ahora mesetas de Mercaderes y otras cercanas, este último lago era retenido hacia el sur por la elevación que todavía existe de la cuchilla del Tambo. Podemos llamar los comienzos de la época cuaternaria, el período lacustre colombiano.

No se puede conjeturar si el hombre ya existiera en este período de la historia de nuestro continente; pero si hay datos ciertos para saber que las elevaciones del terreno estaban pobladas de altas hierbas donde pastan los mastodontes y otras paquidermos y en las aguas quizás los últimos representantes de la fauna cretácea.

Si el hombre no existía, el *semnopithecus* había recibido ya en su cerebro las células capaces de impresionarse progresando; pero algunas tradiciones de los aborígenes inducen a creer que el hombre de las cavernas fue testigo de la desecación de las aguas que tuvo lugar en la etapa geológica subsiguiente.

El movimiento orogénico de la corteza terrestre se continuó lentamente por un largo espacio al cabo del cual esta calma en la formación cedió el paso a un período verdaderamente cataclístico. El movimiento se hizo más acentuado; las reticulaciones transversales, sometidas a esfuerzos de tracción, se fracturaron y a un tiempo mismo hicieron su aparición activísimos volcanes que ocuparon gran parte del territorio del sur de Colombia y casi todo el eje de la cordillera central. Rotas las reticulaciones transversales las aguas hallaron paso, y tras la desecación se produjo la formación de los grandes valles andinos.

Con el período cataclístico concuerdan todos los fenómenos concomitantes: discordancia de las capas estratificadas, fallas, hundimientos, erosiones y denudaciones que terminaron el relieve actual y topografía general del territorio colombiano. La obra natural de modificación continuó, como se continúa al presente, hasta que nuevas convulsiones del planeta la alteren dando lugar a otros relieves.

El volcanismo, en este período que designo cataclítico, fue de tal magnitud que apenas nos lo podemos imaginar y durante él las lavas sacaron del interior los valiosos metales que han hecho de nuestro país uno de los más ricos del mundo como productores de oro y plata.

No puede aceptarse la teoría de que la América del Sur fue en su origen deshabitada y poblada luego por emigraciones asiáticas u otras, todo induce a creer que hubo autóctonos (hijos de la tierra) y que éstos recibirían más tarde la influencia de emigrantes es lo más posible. La historia de las razas americanas está por hacer; al progreso de este estudio se ha opuesto como obstáculo, por una parte la negligencia en la investigación y por otra la creencia de que el continente fuera originariamente poblado por emigrantes de otras partes.

Dejando generalidades volvamos al Valle del Cauca. Descripción no cabe. La belleza de este inmenso llano es tal que una descripción estética sería inoficiosa; cuanto puede hacerse es dar algunos detalles que hablen algo a la imaginación. Se extiende desde Cartago a Popayán cortado a lo largo por el río Cauca—y es semejante en mucho al valle del Magdalena—difiere de él por circunstancias diversas, dijéramos específicas, y sobre todo en la pamosa fertilidad de sus terrenos. No es un pajonal amarillo, como el otro, sino un gramal verde esmeralda y en esto muy parecido a la Sabana de Bogotá; no calienta el sol los sesos del viajero, pues hay frescura en el ambiente, y las matas de monte que a cada paso se encuentran hocajadas son de frutales cuyo aroma perfuma el aire. Sólo en el valle del Cauca como teatro se pudiera escribir la *María de Isaaca*. Los ríos descendentes de las cordilleras—y que abastecen al Cauca de uno y otro lado—son tan diáfanos, tan limpios, tan graciosos que cada uno de ellos pudiera haber servido en el paraíso para deleite de nuestros padres antes del pecado. No es exageración referir que tierra del Valle se ha llevado a otras partes como fertilizante, con soberbio resultado.

No reparte el río Cauca el Valle por mitad; la banda

oriental es más extensa y en verdad la más pintoresca; cuanto a la occidental el río se arrima a la cordillera de Cali para adelante. Sobre este suelo privilegiado se levantan numerosos pueblos: los unos antiquísimos, q' fundaran Robledo y Ampudia, conservan el sello español adusto y anticuado; otros de erección reciente respiran la alegría d' la vida nueva y de la juventud que florece; Tuluá, entre ellos y Palmira. Cerca a esta última corre el río Anaime en cuya vecindad está la casa donde Efraín y María alentaron sus castos amores, esmeradamente cuidada la tradicional morada, es objeto de la peregrinación de muchos que van allí, como tantos otros al cementerio del Padre La Chaise, al túmulo de Heloisa, por dejar flores sobre la tumba de María. Aquí recorre uno los propios lugares en donde se desarrollaban los conmovedores acontecimientos de la más popular narración en el género de la novela nacional. Los naranjos y las flores que María cultivara subsisten todavía, perennes en su floración y reenumerándola con tanto amor como la recuerdan los que de ella oyeran hablar.

Sin ser sentimental, atraído por la belleza del paisaje, demoré a orillas del Anaime en la deliciosa casa del puente casi una semana en ocasión en que viajara con mi familia de Bogotá a Pasto. Gozara entonces de la vida en flor; a mi lado, la incomparable compañera, la que conmigo colaboró en el estudio y alegre siempre conmigo compartió la adversidad. Tiernos retoños a nuestro lado bullían, sonriente la felicidad en nuestro hogar, aun cuando en éxodo para tierras extrañas dejando atrás todo cuanto forma la patria chica. Mi esposa, tierna admiradora de la María de Isaacs quizo visitar el Paraíso y por este motivo yo fui peregrinante a la morada en donde vivió la novia de Efraín.

La ciudad más comercial en el Cauca es Cali, de fundación antigua, cuya prosperidad se debe a que es el puerto obligado de arribo de todo cuanto viene o va para el mar en el valle del Cauca; un puerto en tierra. En no muy lejana época, un mal camino de herradura iba, de

Cali a un puerto en el Río Dagua, y la peligrosísima navegación de esta corriente servían el tráfico hasta la Buenaventura. Las peripecias de la navegación del Dagua han sido descritas por Cordovés Moure y otros, con vivísimos colores. Con tesonero empeño, el Departamento del Cauca, trabajó hasta ver realizada la obra del ferrocarril del Pacífico que liga a Cali con el mar. Hoy el ferrocarril es una hermosa realidad, pero cuántos años de desesperanza y aún de desánimo! La historia de esta empresa, tan plagada de peripecias financieras, resume en sí buena parte de lo que ha de formar algún día capítulo bien interesante de la historia patria: las negociaciones.

Con la llegada del ferrocarril a Cali y su extensión por el Valle, la capacidad comercial de la importante metrópoli se ha decuplicado y el progreso por ende. La ciudad, a pesar de su creciente comercio, conserva su aspecto colonial; se moderniza lentamente.

No se modernizan de un día para otro ninguna de nuestras ciudades coloniales; se edifica pero conservando los lineamientos generales de la urbe española, sobre el mismo esqueleto se arquitectoniza la nueva carnadura. Me acuerdo que después de diez y siete años de ausencia, en Europa, regresó a Bogotá mi hermano Ricardo quien, con profunda tristeza, exclamaba: "Bogotá no ha progresado en tanto tiempo!"; nosotros—los bogotanos—que creíamos en el inmenso progreso de nuestra ciudad nos admirábamos del pesimismo de Ricardo; pero éste nos decía: "Progresar una ciudad es transformarse, y qué transformación se ha operado en Bogotá? Ha crecido algo por yuxtaposición de nuevas edificaciones dentro del mismo plan colonial, pero ahora, al cabo de diez y siete años, me encuentro el mismo Bogotá que conocí de niño."

Si Cali se transforma lentamente no así sus habitantes, ellos están caracterizados por una progresividad paumosa; intelectual y políticamente puede asegurarse que la sociedad caleña va a la vanguardia en la marcha hacia

adelante con los núcleos más progresistas del país tales como Bogotá y Medellín. El caleño guarda muchos puntos de analogía con el antioqueño, es emprendedor, activo y de clarísimo ingenio.

Desde lo antiguo—sabe Dios si desde Belalcázar y Robledo—entre la capital oficial (Popayán) y la capital comercial (Cali) del Cauca se originó la pugna regionalista en la cual venció Cali conquistando la autonomía departamental como lo hiciera Nariño. Al constituirse el Valle en entidad departamental autónoma se satisfizo una necesidad, digámoslo así, de la economía de la República.

En las cercanías de Cali la cordillera occidental está formada por las mismas rocas de la oriental en los alrededores de Bogotá; aquí aparece la arenisca con capas intercaladas de hulla de la misma clase y caracteres que la de Bogotá, prueba cierta de la unidad geognóstica de la formación. Pues bien, las hulleras de Cali permanecieron inexploradas durante centurias; quiera Dios que ahora principien a explotarse.

Potencialidad e incapacidad, he aquí tres palabras que cobijan la idiosincrasia colombiana: Colombia posee en potencia riquezas incalculables; pero ya sea por las dificultades u otras causas, los colombianos somos incapaces para ponerlas en valor. De qué depende esto?

El valle del Cauca confronta un problema temeroso, uno de los problemas más graves que pueden presentarse: el problema negro o sea el problema de las razas. En otro capítulo toco el punto inextenso; pero es indispensable hacer hincapié aquí para lo que ha de leerse más adelante.

La cantidad de negros existente en el valle del Cauca es enorme, no conozco estadística precisa; pero calculo al ojo y, dentro de tal apreciación, es de temerse que el elemento negro forma la mayoría de la población. Qué podemos hacer? Resignarnos al predominio negro? Tomar medidas que sean favorables a la raza blanca? Cri-

zar las razas con la mayor rapidez para formar un término medio homogéneo y evitar el predominio de la más fecunda? Cuestiones son éstas que el legislador debe afrontar con criterio científico y ardiente patriotismo resolviéndolas en el sentido favorable para el progreso de la patria.

Por cualquier camino se llega a la verdad con tal de que el camino se siga lógicamente. La confusión de ideas —como lo dijo Néñez— es el cáncer que enferma al país, el que lo lleva a la caquexia moral; no olvidemos que la cuestión razas es uno de los problemas nacionales que más debe preocuparnos, que debemos formarnos al respecto ideas muy claras. *Si queremos patria fuerte, hagamos ante todo una sola raza fuerte.* Acabemos con la heterogeneidad y realicemos el ideal de la homogeneidad racial.

Muchos dirán que en Colombia el problema negro no es problema; que se lo pregunten a los caleños para saber si, con los negros levantiscos y cimarrones de El Bolo, no hay problema; que la misma pregunta se dirija a quienes tengan que ver algo con el Patía, con Barbacoas o con cuantos otros puntos de la República en donde predomina el elemento chínico.





Andes Occidentales

CAPÍTULO I

Un trato en mi Oficina.—Buchell y de la Espriella.—Pasto al través de la opinión general.—Frases de Reyes.—Preparativos.—Adiós a Bogotá.

134

Alguien ha dicho que en la vida de los hombres todos los ensueños se realizan, que tales ensueños son advertencias premonitorias del destino. Recapacitando mi vida encuentro acontecimientos de tan sorprendente coincidencia, de realización de ensueños infantiles que, estoy, a veces, tentado a creer que la cerebrarización en la infancia disfruta de un maravilloso poder de profecía.

En los primeros años de colegio contraje estrecha amistad con un joven, no recuerdo si nacido en el sur de Colombia o criado allí. En aquel tiempo Pasto era para los bogotanos un país fabuloso que se conocía únicamente por los llamados objetos pastusos: primorosos dijes barnizados remineradores de las creencias japonesas en maravillosa lacu. Tierras remotísimas que en nuestra imaginación aparecían más lejanas que el más lejano oriente, impenetrables selvas, aterradores bandoleros y allá en el término... el mar siempre azul, el Pacífico.

Francisco Jordán fascinaba mi infantil imaginación con fantásticas descripciones de esa tierra ignota en donde

se criara. Precipicios horribles, ríos que se veían correr a centenares de metros allá abajo en lo oscuro, sendas que se desarrollaban sobre empinadísimas lomas anchas apenas de un pie, por donde galopaban impertérritos los habitantes del país fantástico. Pero cuando hablaba del mar azul, de las islas paradisíacas y de Tumaco sobre todo, me enloquecía con el furioso deseo de conocer aquel país de maravillas.

“Hay millares de islas desiertas—me decía Jordán—podemos perfectamente irnos a uno de esos paraísos y llevar una vida feliz.” Nuestra exaltación llegó a tanto que resolvimos seriamente fugarnos del colegio para ir a Tumaco a emprender la vida de unos nuevos Robinsones. Así desde mi infancia se formó en mi interior, el ardiente deseo de conocer el sur de Colombia. Una nueva circunstancia afirmó tal deseo; cuando estudiante de Ciencias Naturales me apasioné de la mineralogía, llegó a mi noticia que por tierras de Pasto los ríos corrían sobre lechos de zafiros, rubies y esmeraldas, extraordinarias formaciones geológicas hacen aquella comarca la más digna de estudio. Leí a Reiss y Stübel y, con cuantos podía, averiguaba todo lo relativo al suelo aquel que Jordán había metido en mi cerebro como una sugestión. Las conversaciones con algunos condiscípulos surianos—principalmente con el inteligentísimo Rosendo Mora—me afirmaban en el deseo de conocer estas tierras.

La vida me llevó a otras cosas y las circunstancias precarias en que me colocó *la guerra de los tres años* hacían imposible para mí el viaje de estudio que siempre deseé emprender. Mi curiosidad por el sur de Colombia tuvo que quedar latente como una aspiración platónica.

En 1905 estaba completamente dedicado al trabajo profesional y ocupado, en esos momentos, en el trazo de la carretera de Chiquinquirá por cuenta del Ministerio de Obras Públicas. Una mañana de julio, si mal no recuerdo, llegó a mi Oficina Samuel Jorge Delgado a relacionarme con dos caballeros surianos; era el uno D. Julián Bucheli, Gobernador del recién constituido Departa-

mento de Nariño, el otro D. Bernardo de la Espriella, acaudalado comerciante de Pasto.

Nunca he tenido tan intensa conversación sobre el progreso de la Patria como la que sostuve ese día en mi Oficina. Digase lo que se quiera de la Administración Reyes, es preciso confesar—y ahora una ola de justicia viene—que con ella vino al país una aura de avance, de progreso, de civilización.

Bucheli me habló de sus proyectos para el desarrollo del nuevo Departamento—todo un plan. Vías de comunicación, instrucción pública, en fin cuanto constituye una reforma progresista para un país atrasado. Su alma—la de Bucheli—vibraba con el entusiasmo del que quiere ver su tierra en mejor condición. Los auspicios que inauguraban el nuevo Departamento eran los más felices: rentas cuantiosas, gastos insignificantes y buena voluntad de parte del Gobierno Nacional. De nuestra conversación quedó decidido mi viaje al sur de Colombia, a Nariño, viéndose cumplida la premonición de los tiempos infantiles.

Cuál era la opinión general—en todo el país—sobre Pasto! Tierra incógnita, pozo horrible de fanatismo y suciedad, y, es bien seguro que el único que sostenía lo contrario—haciendo un elogio que callo—era D. Rufino Gutiérrez. Ir a Pasto era, para un bogotano de entonces, peor que bajar al más oscuro círculo del infierno del Dante. “Se alimentan con piojos”—decía alguno. *Horresco referens!* Con esto basta para darse cuenta del completo desconocimiento que, en el norte de la República, había entonces respecto de estos lugares.

De la Espriella que, como cartagenero, tenía el ingenio agudo y vivísimo, se reía—con su risa sana de hombre bondadoso—oyendo semejantes diálogos y con expresión llena de imágenes describía el Sur como el país ideal para el hombre de actividad y de trabajo. Las minas—inagotable riqueza—del Departamento; los extraordinarios hallazgos, el reciente descubrimiento de minas de veta, el

campo inmenso donde una actividad inteligente puede llegar a la riqueza y a la prosperidad.

Bucheli por su parte me hablaba de la vida tranquila y sosegada de su ciudad natal y me enseñaba que *para vivir en Pasto hay que aprender a vivir en Pasto*. Pero más que todo extendía delante de mi imaginación, como si fuese un mapa, el inmenso beneficio que un hombre instruido podría llevar a los pueblos y conseguir para sí mismo.

Mi imaginación iba más allá de todo lo imaginable: veía los pueblos transformados, las obras llevadas a cabo y por encima de todo esto la vida tranquila de estudio... publicados los libros que debía publicar.

En ese tiempo me aproximaba a los cuarenta; había andado mucho, vivido en las montañas, almacenado conocimientos y sensaciones y era mi deseo dejar la carrera profesional dedicándome al profesorado, al ideal juvenil que la lectura de *ELSA*—la romántica leyenda del profesor Nieman—despertó en mi ánimo en los años de mi primera juventud.

El General Reyes deseaba la organización formal del laboratorio municipal de Bogotá, y que me encargase de la obra; con el deseo de retenerme me habló de Pasto en una forma nueva: "No vaya allá—me dijo—a Ud. lo quemarán en la plaza de Pasto porque es muy instruido." Bastante nos reímos de esto con Bucheli!

Para el Gobernador de Nariño lo más importante de todo era fundar una Escuela de Ingeniería. "No necesitamos doctores sino ingenieros" era su frase favorita, y apasionado por la idea quiso llevar a cabo—sin escatimar medio alguno—lo que fué lo más importante de su administración: la fundación en Pasto de la *FACULTAD DE MATEMÁTICAS E INGENIERÍA*. Para este efecto me propuso un contrato que acepté sin vacilar partiendo de la seguridad de que de ahí en adelante mi vida se dedicaría únicamente al estudio y a la producción literaria. Efímeros proyectos del hombre! por encima de todas nuestras previsiones está el Destino implacable y oscuro!

**Triste destino de la gloria humana
Tan costosa, tan mísera, tan vana!**

El General Reyes pasó a la Sociedad Colombiana de Ingenieros el asunto referente a elección de un ingeniero idóneo para Rector de la proyectada Facultad en Pasto. Tuve la honra de ser elegido para el puesto por la más alta corporación técnica del país; después de esto perfeccioné mi contrato con Bucheli y principiamos los aprestos de viaje.

En cosa de un mes de trato familiar con D. Julián se echaron las raíces de la grande amistad que nos ha ligado, amistad en la cual jamás mediará ni la política ni los negocios. Amistad contraída en la edad madura tal vez más dulce que la que se contrae en la infancia. Siempre he creído en el nobilísimo vínculo de la amistad y he disfrutado de la inestimable dicha de tener buenos amigos. Jamás he mezclado con mis amistades interés alguno, por esto las conservo inalterables.

Para organizar la FACULTAD DE INGENIERIA era preciso procurarse la mayor parte del material en Bogotá, pues en Pasto era cosa desconocida lo relativo a enseres e implementos para la enseñanza técnica. Buscando por todas partes se pudieron reunir algunas cosas, principalmente de laboratorio e instrumentos de precisión; para lo demás, y sobre todo, para textos se hizo un pedido al extranjero que desgraciadamente no se realizó, lo cual fué causa, si de entorpecimiento ocasional, de que se estableciera en la Facultad de Pasto el método de dictado, indudablemente el mejor para el estímulo tanto de los alumnos como de los profesores.

Como Secretario de la proyectada institución fué nombrado el ingeniero PABLO E. LUCTO, quien emprendió viaje inmediatamente al Sur, pues Bucheli me había seducido a fin de que hiciéramos el viaje en compañía. El

deseaba que durante el viaje entramos estudiáramos cuanto fuera conveniente para Nariño. En su mente bullía la idea de transformar los pueblos; quería ver, estudiar, ser aconsejado, formarse en fin para la alta misión que entreveía.

Resolvimos el viaje por la costa para entrar al Departamento de Nariño por Tumaco y Barbacons pues se deseaba hacer un minucioso estudio de las necesidades del litoral e inspeccionar el camino de Barbacons, vía principal y única del comercio nariñense. El itinerario era halagador: bajar el Magdalena, visitar las principales ciudades de la costa atlántica; pasar a Panamá—donde convenía ver algunas cosas—y de ahí a Tumaco y Barbacons para inspeccionar enseguida el famosísimo camino que, con singular talento de ingeniero, trazó y construyó D. Julián Uribe.

Desde el principio presentí que mi separación de la Ciudad Querida iba a ser definitiva, que el resto de mi vida iba a pasarse en otro teatro y entre gentes que yo no conocía sino por informes deficientes y muchos de ellos mal intencionados. La imaginación arrastrándome siempre más adelante de la meta me presentaba las cosas, que estaban por venir, bajo los coloridos más extraordinarios. Aquellos amores con místicas frenéticas de que me hablara D. Rufino Gutiérrez, aquellos desahorados que podían quemarme en la plaza de un pueblo, las gentes arrojadas casi todo el día en calles y plazas al toque de campana, las sucias comedoras de piojas de que hace mención Cordovez Moure en las Reminiscencias—aquellas a quienes viendo lo que comen ya no se les da un beso—y por encima de todo, el aura religiosa formando ambiente como de incienso perfumado! Para mí Pasto era—y al través del tiempo ha continuado siendo—LA SANTA BENIGNA CATÓLICA DE COLOMBIA; un TIBET ROMANO impenetrado, misterioso y santo. Allí veía a los flagelantes, los extáticos, los iluminados y todas las formas de las aberraciones místicas. ----

Por último llegó el momento en que se fijó la par-

tida. Mi esposa estaba en los días próximos al alumbramiento--motivo de inquietudes,—y era lo irremediable tener que emprender viaje el día señalado. En los inmediatos a la partida invadió mi espíritu la más honda tristeza, todo lo miraba intensamente queriendo repujar formas y fisonomías en altos relieves en mi cerebro; ese cielo de Bogotá tan espléndido, calles tan conocidas, edificios familiares, fisonomías tan de todos los días, recuerdos, sensaciones, impresiones!

Todo contribuye a llevar la amargura al espíritu: la despedida de mis alumnos en la Escuela de Ingeniería, la de los amigos y familia, la misma separación de la Oficina en donde tanto trabajara y en donde tantas conversaciones de la más alta intelectualidad hicieron salir chispas de cerebro!... Qué más podré decir!

Jamás olvidaré la mañana de agosto en que salí de mi casa camino de la estación del Ferrocarril de la Sabana. Vivíamos en la Magdalena. Temprano, muy temprano para el trén, bajé solo por la avenida del Parque del Centenario al Cementerio.

Íntil sería aquí describir, el tantas veces descrito bello y espléndido Cementerio de Bogotá. Todos cuantos lo conocen saben que a la entrada, a mano derecha, rodando de artística verja hay una elevada cruz de mármol en cuyo pedestal, en letras de oro, se lee: **FAMILIA PEREIRA GAMBÁ**. Allí están todos los míos,idos pero no olvidados; de ellos tenía que despedirme. Aquel pequeño huerto de los muertos que mi mano cuidara con amor iba a quedar abandonado, las malas hierbas crecerán allí donde la mano cariñosa hacía crecer las flores, único tributo que podemos rendir a los ausentes, a los idos...

Qué recuerdos me vienen aquí ahora? Recuerdos de una época lejana. Noches enteras que pasábamos con Laureano García sentados sobre alguna tumba buscando impresiones y disertando tremenda metafísica, conversaciones con los sepultureros en puerca taberna próxima al campo santo, investigaciones sobre misterios, en fin afluyen a mi mente tantas cosas que no sé como decirlas.

Llore amargamente quizá una hora o más, arrodillado, al pie de la cruz a cuya sombra los nuestros reposan en el eterno descanso. Cuando me levanté me sentí confortado y listo para todo, cual si el espíritu invisible de los míos hubiera llevado algún sedativo a mi atribulado espíritu. Había dado mi adiós a Bogotá.

CAPÍTULO II

De Bogotá al Atlántico.—Cartagena.—Barranquilla.—Peripetia imprevista.—Vuelta al interior.

Hay detalles insignificantes, futesas como se dice, que no se olvidan nunca; en el apremio de los arreglos, las despedidas y demás impedimentos de un viaje, recomendé a mi esposa arreglara los baúles con el inmenso número de cosas que debía llevar: fuera de ropa, un teodolito pesado, innumerables instrumentos de ingeniería y de estudio y en fin sabe Dios cuanta cosa. Cuál sería nuestra sorpresa, en Facatativá, a lo que llegaron las bestias en que íbamos a seguir a Honda, cuando se encuentra que mis baúles eran dos cofres descomunales de peso de diez y seis arrobas cada uno.

Los viajeros éramos Julián y José María Bucheli, con D. Bernardo de la Espriella, suegro del segundo, y yo.

El arriero miraba mis baúles con ojos espantados y los tres pastusos se oprimían el vientre con las manos para no reventar de risa, yo debía tener el aire más cohibido y la actitud más ridícula que imaginarse pueda. Ciertamente aquellos baúles era lo más descomunal que se pudiera imaginar. Aún años después he sido objeto de burla, de mis compañeros de viaje, por el percance aquel.

Hechos los arreglos del caso pudimos al fin continuar el viaje por el camino de Honda. En aquel tiempo no se había terminado todavía el ferrocarril de Girardot, obra redentora para el comercio del interior de la República y que se concluyó algunos años después; sea que se tomara

la vía de Girardot o la de Honda había trayecto de lomo de mula entre los trozos no conectados del ferrocarril.

Siempre me pareció pintoresco el viaje de Facatativá a Honda por el detestable camino—trocha de los «borígenes primero y principal vía de la colonia luego— que comunicaba la altiplanicie de Bogotá con el río Magdalena venciendo una diferencia de nivel de 2 300 metros, entre las frías mesetas de los Andes Orientales y las ardientes riberas del «padre de los ríos.»

La vegetación que cambia con la altura, el aspecto de las gentes tan distinto a medida que se baja, las poblaciones de tierra caliente tan alegres y abiertas y, finalmente, la espléndida vista del valle del Tolima a lo largo del cual el Magdalena corre poderoso y magnífico.

La animación del camino de Honda era extraordinaria entonces, por allí subían, en interminables recuas, todas las mercancías que abastecieran el comercio del Interior y el grito sostenido de los arrieros, semejante a una salvaje melopea, daba vida al paisaje.

Con buenos compañeros un viaje, a lomo de mula, en nuestras montañas es siempre agradable; las horas se pasan en amena charla y no se sienten. Por otra parte el viaje de Bogotá a Honda me trae, siempre que lo efectúo, los más viejos recuerdos de mi infancia: mi padre acostumbraba a veranear en Villeta y más tarde, en la época de sus grandes empresas, nos llevaba a Honda con la mayor frecuencia. Viajar con él era encantador sobre todo por las narraciones de hechos y de cosas que sucedieran aquí y allí en donde él había sido testigo presencial, su conversación fascinaba el espíritu, quien lo oyó una vez jamás pudo olvidarlo.

En Villeta, nuestra primer posada, acordamos el método del viaje y los detalles de organización: dos de nosotros roncaban por la noche, los otros dos no podían dormir con tales compañeros, se acordó pues que en lo sucesivo los roncantes ocuparían su pieza aparte, para el ma-

por confort de la comunidad, ellos barían entre sí los arreglos convenientes para llevar a cabo el conocido método de dormirse antes que el compañero que ronca; se designó a Bernardo de la Espriella como tesorero general de la expedición y por último algunos otros detalles relacionados con la libertad individual de los compañeros, este plan, como pudimos verlo, a posteriori, dió los más estupendos resultados.

Al otro día, por Gunduas, al Consuelo; el famosísimo Consuelo conocido de todos principalmente por la amenidad de su dueño el señor Mejía y el curiosísimo álbum en donde centenares de miles de viajeros dejaron sus autógrafos con algún "pensamiento." Este álbum es uno de las más grandes curiosidades que hay en Colombia. Dios quiera que no se haya perdido! En la maravillosa *caricatura literaria* de Marroquín—Pax—se encuentra una de las mejores descripciones de esta localidad y de los panoramas aledaños.

Temprano, en Honda. La admiración de los Buchelis por el puente fue lo más sincero imaginable: "que pudiéramos hacer cosas como éstas por allá" decía Julián lleno de entusiasmo.

En este puerto nos encontramos con algunos amigos muy queridos: un joven matrimonio de Bogotá que hacía un viaje de bodas a Europa, el Dr. Hernando Santos y otros tantos que bajarían con nosotros el río hasta Barranquilla y en Honda también la mala noticia de que la fiebre estaba haciendo estragos en la costa.

En la mentada localidad tiene lugar la división del río Magdalena en dos secciones navegables con solución de continuidad, pues el raudal llamado Salto de Honda pone obstáculo infranqueable a la navegación continua del río. He oído decir que son catorce metros la diferencia de nivel que se cuenta en este raudal y los trabajos que se han hecho para vencerlo son de suyo contra naturaleza. A la naturaleza no se la vence sino obedeciéndola, es mujer y por lo tanto no hay que contrariarla.

En el futuro, cuando estos países sean prósperos, la monumental obra de ingeniería que se llevará a cabo en aquel punto es exactamente la misma que los ingleses efectuaron en el Nilo: amurallar para que las aguas del Alto Magdalena se repre-en y la navegación se haga fácil. Cuanto a la comunicación de las dos secciones del río, un canal de esclusas. Por lo pronto el ferrocarril de La Dorada satisface las necesidades del comercio.

En Honda se siente ya el ambiente perfumado de libertad y civilización que viene del mar; de aquí para allá el "padre de los ríos" es el camino que anda, la facilidad para todo, la vía por donde—desde los tiempos de Quesada—penetraron al país productos e ideas.

Bien lo dice Miguel Triana en su libro "Por el Sur de Colombia" refiriéndose al camino de Barbaças que por él, con las facilidades comerciales, entraron a Paato los gérmenes de las ideas modernas.

Pita el tren. Confusión en los viajeros. Movilización de equipajes. Cosas que se olvidan a última hora y todo cuanto sucede en los momentos de partir para una estación de ferrocarril. Luego ya en el tren camino del puerto.

El horrible calor se suaviza con el movimiento del vagón, brisa refrescante alivia nuestro organismo de frías nos permitiéndonos conversar con más soltura y abanicarnos menos. El ferrocarril de La Dorada fue proyectado por mi padre el Dr. Nicolás Pereira Gamba quien con un staff de ingenieros ingleses llevó a cabo el trazado definitivo; se dió luego la concesión al señor Francisco J. Cisneros quien lo construyó.

Ya que he nombrado a Cisneros permítaseme hacer el recuerdo de este hombre y a quien la ingratitud de los políticos colombianos condujo a la desilusión, al desencanto y al pesimismo. En la ola de justicia que viene ya principia a aparecer, entre nosotros, la figura de Cisneros en la verdadera magnitud de sus dimensiones. El mejor elogio que de él se puede hacer es el que ha hecho un escritor antioqueño, cuyo nombre desgraciadamente no re-

querido, en esta forma: Cisneros nos enseñó el A B C del progreso material.

La bajada del río, en los cómodos vapores que lo surcan es deliciosa, yo me admiro por que las gentes acomodadas de Bogotá y Medellín no van siempre a veronear a Cartagena, la incomparable, la bella, gozando de parranda estos deliciosos tres días de bajar el río.

Los lectores podrán juzgar cual sería nuestro placer —el de la Espriella y el río— conocedores de las localidades explicándoles a nuestros amigos tanta cosa de explicarse; los grandes panoramas del río: la angostura, o mejor dicho el "Pongo" de Nare semejante al de Manaciche en el Amazonas; los bajos y tantas cosas más del magnífico escenario. Ahora en la historia: aquí los restos de vapores naufragados; allá los clásicos lugres de nuestras guerras civiles, más allá—en el Banco—la tumba siempre visitada de la hecatombe de hombres ilustres que perecieron miserablemente en la Humareda.

En puerto Berrío visitamos los talleres y la Estación; allí por última vez ví a Tomás Arturo Acevedo, el héroe del ferrocarril de Antioquia, ya estaba moribundo pero su energía era tal que sorprendía. Esqueletizado, con toda la vida en los ojos ardientes de fiebre parecía el alma de la obra, y con Julián Bucheli sentimos que, por un prodigio extraordinario, aquel hombre sin carne como los grandes taumaturgos podía hacer milagros.

Qué error tan grande se ha cometido entre nosotros al dar el puesto de héroe a los del chafarote. Qué irrisión! Los hombres de la nutanza enaltecidos en un país desierto! Héroe entre nosotros son los que llevan el progreso a nuestra Patria, no los que matan sino los que contribuyen al desarrollo de la riqueza pública, los patriarcas antioqueños de maravillosa fecundidad y los hombres como Acevedo que dan su vida entera a una obra.

Arriba del Banco principian los desparramaderos del río y en ese trayecto encuentra la navegación las más graves dificultades en época de sequía. Verdaderamente horroriza quedarse varado en estas arenales presa del mosquito desesperante que, en nubes asedia a hombres y animales sin tregua ni descanso.

La obra de la canalización no presenta mayores dificultades si se la acomete sistemáticamente. Por desgracia no hay un plan continuo.

Durante todo nuestro viaje mantuve correspondencia de artículos técnicos con la Sociedad Colombiana de Ingenieros y uno de ellos, escrito en el vapor en que bajábamos, me viene ahora, en su parto sustancial a la memoria. Observando el curso del río pude darme cuenta de la manera cómo en la edad presente, es decir en este periodo que en geología se llama reciente, se están formando holleras.

No sólo estas sino otras muchas del Cretáceo y tal vez del Carbonífero se debieron formar de idéntica manera.

El río corre, casi a flor de tierra, entre la más lujuriante y magnífica vegetación tropical; por el movimiento oscilatorio de los grandes cursos de agua tiende a desviarse unas veces a un lado, otras a otro, socubando los barrancos; viene el derrumbamiento que soterra inmensas masas de madera; cuando en la oscilación queda abandonada por las aguas la una ribera, sobre lo soterrado vuelve a levantarse la vegetación tropical poderosa.

En el interin el río ha estado haciendo en la ribera opuesta la obra de demolición y soterración, y así en la sucesión de los tiempos masas de bosque de volumen inconmensurable son guardadas por la tierra. Trabajan allí en seguida el microbio, las presiones y otras mil causas que transforman los árboles y demás restos vegetales en hulla.

Las noticias alarmantísimas de los estragos que hacía la fiebre en Barranquilla nos obligaron, temerosos por la delicada salud de Julián Bucheli, a cambiar nuestro itinerario e ir a Cartagena. En Calamar desembarco. Nue-

vo trozo de ferrocarril, nuevo carro de primera, y tras algunas horas de resoplar la locomotora, en la ciudad de los Heredias,

Oh Cartagena! Oh incomparable y bella Cartagena! Ciudad trazada por los tácticos españoles en los tiempos de su grandeza, Carlos V quiso ver tus murallas con un antejo desde el Escorial, fuerte fuiste y heroica!... En Cartagena hay que distinguir la ciudad vieja intramuros de lo nuevo y moderno extramuros y no se sabe qué se admira más, si lo que los conquistadores hicieron en el sentido de la defensa o lo que las gentes del presente han hecho en el sentido de las comodidades materiales y el confort. Pero por encima de cuanto los hombres han hecho, está el mar, el mar en Cartagena es más bello que el de Nápoles, más bello q' el de las Islas Jónicas. Viendo el azul intenso se experimenta la impresión de que al meter la mano en el agua ha de salir manchada de tinta, tan intenso es su color.

Decía alguna señora en Popayán, que lo único que le pedía a Dios era sentir en su boca, a la hora de su muerte, el delicioso sabor de la granadilla de quijo, y si yo le pidiera algo de esto le pediría que mis ojos ya extinguidos vieran el mar de Cartagena como se ve en la revuelta del camino que lleva al Cabrero. También desde el Cabrero es bello y por eso Núñez quiso morir allí, mirando en sus últimos momentos la inmensidad de donde todo viene y por donde todo viene.

Al otro día de nuestra llegada a la Heroica me di el gran placer de llevar a mis compañeros Buchelis al punto escénico desde donde el mar se columbra en toda su magnificencia; fuimos en coche cerrado y rogúeles no pretendieran hacer esfuerzo alguno por ver nada hasta que yo les dijera. Llegados al paraje, sentimentalmente estratégico, "salgan y vean" les dije. Para gentes que no conocían el mar... ver ese mar!

Como emporio de riqueza y prosperidad es Cartagena uno de los principales centros del país; su rivalidad con Barranquilla ha servido para engrandecer a una y a otra, noble emulación que sirve para llevar a los pueblos al engrandecimiento y en esta lucha ambas ciudades han ganado.

La Nación ha sido, en toda circunstancia, munífica con los pueblos de la costa atlántica; ellos han correspondido al inmenso sacrificio que los paganos del interior hacen.

No há muchos años, cuando se bajaba el río Magdalena, sólo selvas seculares se distinguían en sus riberas; ahora todo ha cambiado y los plantíos recuerdan—ya desde las proximidades de Calamar—las riberas del Misissipi, todo en cultivo.

Tanto en Cartagena como en Barranquilla poderosas fábricas exportan para el interior el jabón y las velas que se consumen allí. El aprovechamiento de los frutos oleaginosos transformó la industria de esos pueblos. Aparte de esto las fábricas de productos en cemento (azulejos) significan bastante en la producción local.

Pero la principal fuente de riqueza, para Cartagena, estriba en la ganadería, las inmensas sabanas de Corozal en donde los ganados pululan como los mosquitos en las costas malenas. Esta es la gran riqueza de esos pueblos.

Además tienen los cartageneros el control del Sinú y de la producción del platino en el Chocó.

Qué alegre es la bahía tan llena de pequeñas embarcaciones que arriban de todas partes trayendo los productos de esa comarca privilegiada! Aquí la goleta que se va para el Sinú, otra al Atrato, todos los aprestos, todo es interesante.

"Vámonos al Cabrero"—le dije a Bucheli un día—"vámonos a ver la tumba de Núñez." Como los musulmanes a la Meca van los colombianos al Cabrero; allí vimos la tumba del profeta, tendido,—en su estatua de mármol—mirando al infinito, el gran vencido.

Como intentábamos seguir a Panamá, esperábamos

ansiosamente un steamer que nos condujera ; desgraciadamente, por motivo de la epidemia, los puertos colombianos fueron cerrados y los paquebotes no arribaban.

Días y días se pasaron en esta expectativa y en el interin nos distraíamos cual podíamos. Desde nuestra llegada se nos hizo amigo un tal Dr. Tabor, contratante de trabajadores colombianos para no sé qué clase de obras en América Central. Hombre insinuante, si los hay, el Dr. Tabor me pareció más bien un tratante en negros y blancas que otra cosa ; pero nos entreteníamos con su charla melosa y fluida cual corresponde a un hombre de su profesión.

Como en el hotel Americano las divisiones entre piezas son de mero tabique de tela, tocóle a Tabor compartir un salón dividido de este modo con nuestro joven matrimonio que venía de Bogotá. Por la mañana se nos presenta pidiéndonos hospitalidad en nuestros cuartos "no me dejan dormir" nos dijo "y el hotel está lleno, háganme dormir aquí con Uds." Cuánto nos reímos!

Un tipo muy curioso conocí entonces, un místico de yo no sé qué secta de iluminados. Ingeniero civil se ocupaba en trabajos de diferentes clases, hizoseme muy amigo y por las tardes paseábamos juntos en las murallas. Yendo y viniendo en el glasis de la fortaleza él me enseñaba muchas cosas : las almas que se pierden por descuido, la redención, y me decía : "por todas las partes del mundo por donde yo he andado he visto que mi misión era salvar una alma ; estoy seguro de que a Colombia vine para salvar la suya."

Hablaba yo de estas cosas con mis compañeros : Julián y de la Espriella se reían ; pero José María, lleno de la más grande indignación, se producía vehementemente contra el protestante que quería robar mi alma al cielo!

Imposibilitados para salir de Cartagena vía de Panamá porque los vapores no arribaban, resolvimos, apesar de nuestros temores por la salud de Julián, ir a Barranquilla. Tocó un vapor francés de regreso a Europa y en él, con bastante dificultad, conseguimos pasaje para la capi-



tal del Atlántico. Qué cosas las que suceden en Colombia! Estaba cerrado el puerto de Barranquilla y el buque francés, no siendo recibido, resolvió seguir a la Martinica para dejarnos allí. Veníamos más de cincuenta pasajeros de Cartagena, gentes que iban a negocios o por motivo de familia de una ciudad a otra. Puede el lector imaginarse el horror que en todos produjo la decisión del capitán del buque de llevarnos a las Antillas; las mujeres lloraban, los hombres nos preocupábamos con los gastos de la aventura. Afortunadamente el Capitán, previó un consejo de pasajeros, convino en mandar una lancha, suceda lo que suceda, para llevar una tarjeta del Gobernador de Nariño al Gobernador del Atlántico manifestándole la novedad que ocurría. Gracias a esto pudimos arribar al muelle y era de verse la desesperación con que hombres y mujeres saltaban a tierra, abandonando equipajes, arrastrados por el temor de ir a templar a la Martinica.

Así llegamos a Barranquilla, y ahora a la Aduana. Nuestros equipajes fueron tachados de excesivamente pesados, se nos cobraron derechos a nosotros que viajábamos de una ciudad de la República a otra de la misma y tuvimos las más grandes dificultades.

En el vapor francés siguió para Europa el joven matrimonio talvez incomodando, como a Tabor, a los vecinos por la noche; Hernando Santos con su madre en cura de salud y otros, de los cuales nos despedimos quizá para siempre.

Barranquilla representa el comercio, es la ciudad de mayor movimiento comercial en Colombia, el cual es sorprendente, y gracias a tal actividad ha podido contrarrestar las dificultades naturales de su posición.

Si las Bocas de Ceniza estuvieran abiertas los buques de fuerte cala arribarían a Barranquilla; pero la barra del río Magdalena impide que las embarcaciones entren del mar al río. Puerto Colombia no puede considerarse puerto en ningún sentido, y sin embargo las corrientes comerciales huyen de los buenos fundaderos como Santa Marta y Cartagena y afluyen a Puerto Colombia en virtud de

alguna ley económica de la trascendencia más inconcebible que está por descubrir.

Cuando se abran las Bocas de Ceniza, Barranquilla habrá derrotado a todas sus rivales y será el gran emporio del bodegaje, el transporte y el tráfico. Por lo pronto el ferrocarril de Bolívar (Barranquilla—Puerto Colombia) y el muelle prestan todas las facilidades al comercio. Estas dos obras lo fueron también de Cisneros y a la construcción de la última dedicó los últimos años de su vida.

Como ciudad no puede compararse Barranquilla con Cartagena, ni con Medellín, ni con Popayán; pero en cambio por su industria y adelantos es superior a todas ellas. Sobre sus calles arenosas, caldadas como el Sahara, el pie no resiste siendo casi imposible atravesar una plaza a mediodía.

Término de la navegación del Magdalena, Barranquilla, posee los mejores astilleros y los mejores talleres de reparación y toda compañía fluvial está obligada a pagar a los empresarios un tributo permanente. Fábricas como las de Cartagena se desenvuelven también aquí y prosperan gracias a la actividad de los hijos de esta tierra que, ayer no más, fue insignificante villorio, perdido entre arenales, y hoy es una de las ciudades más prósperas de Colombia.

La fiebre amarilla hacía de las suyas. La higiene pública, por medio de resoluciones y decretos, procedía con el platonismo más encantador. Nada práctico, nada eficaz, todo asunto de papel y pluma; la algarada imprudente de los oficiales de la higiene produjo efectos de las peores consecuencias: el puerto se puso en estricta cuarentena y ningún buque volvió a tocar allí.

Qué hacíamos nosotros mientras tanto? desesperarnos viendo que sólo a nado podríamos llegar a Panamá. Mientras tanto los días pasaban, el Gobernador debía ir a su Gobernación y yo a inaugurar aquella Facultad de Matemáticas, en Pasto, de la cual tanto bien se esperaba.

Mortificaba a José M. Bucheli ver flotar el pabellón

ngul con la escuadra y el compás, en pleno día en la casa de la Orden, y D. Bernardo con su modo suave y afable para distraerlo lo invitara a concurrir con él a la tenida nocturna. Enérgica protesta del yerno, amable insinuación del suegro y risotadas generales.

Viendo que era imposible, dadas las circunstancias, realizar el viaje como lo habíamos pensado resolvimos volver al interior e ir a Pasto por tierra, de este modo dejábamos de hacer mucho de lo que proyectábamos, pero el tiempo, en verdad, no se había perdido. Habíamos observado y estudiado los progresos de la Costa Atlántica.

CAPÍTULO III

De Honda a Pasto.—Rubíes y zafiros.—Primeras impresiones. Recibimiento a Buchell.—Fundación de la Facultad de Matemáticas e Ingeniería.—Luchas que se presienten.—Menos matemáticas y más ingeniería.—Pasto requiere un factor de progreso.

Hétenos otra vez en Honda fletando bestias para seguir el viaje al través de toda la República, de Norte a Sur, más de cien leguas; hétenos aquí en este calor sofocante tras meses de andanza por la costa bastante descorazonados y confundidos. Ay! que en nuestro país las circunstancias son más fuertes que la voluntad. Quién podía imaginarse que, por motivo de las cuarentenas, era imposible pasar de Cartagena a Panamá y de ésta a Tumaco? Quién que estuvimos a punto de ser llevados a la Martinica cuando viajáramos entre dos ciudades costaneras? Quién que se nos exigieran derechos de aduana por nuestros equipajes viajando entre Cartagena a Barranquilla? Y ahora, vuelto a remontar el Magdalena, otra vez a un paso de Bogotá, delante de las bestias de alquiler terroríficas por lo desconocidas.

“Son los pastusos que vuelven”—dijo alguno en el hotel, y esto me hizo recordar que un día en Barranquilla nuestro coche se rodeó de gente que nos miraba como

animales raros y oí la misma frase "Estos son los pastusos."

Un antioqueño hábil y expedito nos pidió precio exorbitante por las cabalgaduras de Honda a Manizales, precio diez veces mayor de lo acostumbrado; a nuestro justo reclamo, con la más grande amabilidad respondiónos: "Ustedes deben comprender que yo me agunto este calor de Honda para ganar plata y que mi misión es sacársela a los pasajeros. Por ahora no encuentran Ud., otras bestias sino las mías; hay mucha fiebre amarilla, ya lo saben; espérense ocho días más para conseguir bestias más baratas, talvez para entonces no tengan que ir tan lejos." Qué hacer!...

Emprendimos el viaje por el Fresno y la Moravia a Manizales.

De Manizales, con alguna pequeña demora en Pereira y Cartago, cojimos a lo largo, y río arriba el valle del Cauca. Día tras día sobre las mulas ansiosos de llegar a donde íbamos, espoleábamoslas para andar ligero. Queríamos recobrar el tiempo perdido y vernos pronto en Pasto.

En el Ingenio de los señores Eddera nos demoramos lo bastante para admirar el establecimiento; primer Ingenio en Colombia fundado sobre principios científicos. Cierta que otros esfuerzos se habían hecho antes pero sin éxito para cambiar la rutina trapichera por algo racional. Años hace, Fuentes y Delmonte, cubanos, vinieron a Cundinamarca a establecer el ingenio de Santa Rita a los márgenes del río Bogotá, pero fracasaron: mejor aconsejados los Eddera fundaron la Manuelita, ingenio de gran capacidad. Yo no dudo que al cabo de diez u doce años, ahora, esté la Manuelita, produciendo lo que era de esperarse. Tarde salimos de la espléndida mansión de los Eddera via Cali para estar a tiempo del último paso de la Barca, a las seis, teníamos afán de llegar a casa del Dr. Manuel M. Rodríguez. Fue una carrera frenética comparable sólo a la de un derrotado en el combate. Al momento en que la Barca iba a desprenderse de la orilla del Cauca, el barquero oyó nuestras voces y se esperó un momento.

La oscuridad más tenebrosa reinaba en la ciudad— en Cali— cuando llegamos; caballeros sobre nuestras bestias extenuadas recorriamos las calles averiguando por la casa del Dr. Rodríguez. De repente en una esquina surgió una sombra, alta y esbelta, que se dirigió a nosotros preguntando en voz recia “Viene aquí Julián Bucheli?” Era Manuel M^a, entonces sano, activo y fuerte; hoy ciego pero activo. Moralmente una de las más importantes figuras que ha dado el Sur de Colombia.

De Cali a Popayán, por Buenos Aires, gozando del magnífico espectáculo de las más tremendas tempestades eléctricas, en este trayecto de camino al pie de cada poste del telégrafo tienen siempre una docena de reserva porque los rayos los destruyen, día tras día, de manera inconcebible. Y luego, — en Popayán, ciudad de hombres ilustres y mujeres bellas: Aquí puede decirse que principia el Sur de Colombia.

Cuando aproximándonos al puente del Humilladero mis compañeros, con amor que les salía de los corazones, me dijeron: “estamos entrando a Popayán”—yo senti que también compartía sus sentimientos. Era la primera vez que visitara la ilustre ciudad tan memorada en los anales de nuestra patria. Allí nació mi madre, allí mi abuelo don Fortunato Gamba ejerció, por años y años, el cargo, entonces tremebundo, de Juez de Derecho; pero no era por tal motivo por lo que mis sentimientos se hacían tan intensos cuando mi cabalgadura pisara las calles de la noble urbe y fecunda.

Aquí nacieron Caldas, Torres, los Musqueras, los Pombos, los Arboledas y tantos y tantos más que los colombianos admiramos, tal sentimiento dominando mi espíritu me hizo sentir mezquino y triste el alegre hotel en donde me hospedara. Mis compañeros se hubian ido a casas de sus relaciones de familia, dejándome solo después de tantos meses de compañerismo. Paseábame en el cuarto pensando cómo iba a principiar, al otro día, la visita

de la ciudad, cómo iba a darme cuenta de todo, a saberlo todo, desde las casas donde nacieron próceres hasta el último tugurio donde vivieran mujeres bellas. Con qué ferocidad pensaba historia y placeres!

Algunos golpes a la puerta me sacaron de mi distracción, más bien del ensueño en que me hallaba; GUILLERMO VALENCIA, entonces Gobernador del Cauca, venía a visitarme. El hombre a quien más he admirado yo en su expresión de arte supremo; el hombre que más ha sabido vivir la vida y sobre el cual pueden algún día recaer los más grandes honores políticos.

Hablábamos, de lo que se hablaba entonces con todos, la próxima transformación del Departamento de Nariño bajo la administración Bucheli; sus proyectos, su actividad, su patriotismo, su buen deseo.

Luego fuimos a la celda monacal y austera en donde el orfebre Valencia trabajaba sus joyas literarias; impenetrable, austera, fría en su mansión señorial. Era el recinto en donde huyendo de las obligaciones oficiales y de las instancias de la política vivía consigo mismo a ratos, y, meditaba a Zarathustra.

Para mí Popayán fue fundado con cariño, de otro modo no puedo explicarse la coquetería de su construcción. Me imagino que gentes enamoradas de la belleza de la localidad, seducidas por el clima delicioso y tal vez por la belleza de mujeres aborígenes, resolvieron erigir algo pequeño, mimado y coqueto; no centro de industria o de comercio, sino lugar de *farniente*, de vida reglada y tranquila. Las minas daban, los esclavos eran baratos, los medios de subsistencia fáciles y las familias españolas establecidas en Popayán vivieron, no hay duda, la vida que yo me imagino. La prueba más grande de esto son los próceres, siempre en todas partes, salieron de familias sibaritas.

Por otro lado, en Popayán, tiene que haber influencias climatéricas que producen la vivacidad de la inteligencia, el amor a la intriga y la belleza de las mujeres. Provedrá esto de la influencia de la tensión eléctrica de

la atmósfera? Es bien posible pero nada puede asegurarse. Obligada Popayán ahora a ser centro comercial está condenada a desaparecer; mientras pudo sostenerse con el *trabajo negro* o con el *impuesto blanco* pudo vivir. Pero al apartarse de su modo propio tiene que perecer o transformarse.

Trazada con esmero sobre un plano regular la ciudad se extiende, cual una joya, al pie del Puracé que, de noche, la ilumina con su nión de fuego, como dijo Jorge Isaacs. A corta distancia el Cauca ácido, por las fuentes sulfurosas, no permite la vida de los peces pero, en cambio, sus aguas limpidas y su aspecto fascinante lo alegran todo.

A orillas del Cauca van las familias popyannejas a tener sus *pic nicks* envidiables y es allí una de las pocas partes en Colombia donde se encuentra la alegría interior, la alegría natural no producida por los intoxicantes.

Al tratar de Popayán hay que tratar del Cauca entero porque todos los caucanos, siquiera seámoslo de origen, lo consideramos como madre. El Cauca antiguo constituía un peligro, un peligro para la Nación, por eso estuvo bien el dividirlo; pero el recuerdo de esa grandeza está en todos los caucanos, del Norte o del Sur. Cierto que Popayán fue madre un poco exigente, pero eso no quita para que sus hijos, libres ya de la patria potestad, la veneren y la quieran.

En nuestro viaje nos sorprendió lo inculto de los terrenos; en estos últimos años se ha dado al cultivo una gran cantidad de tierra. La topografía y aspecto del terreno, tan semejante al de Remedios en Antioquia, me hizo profetizar la existencia de ricas minas de oro. Las habrán descubierto?

De Popayán para Pasto el camino era la senda más horrible que imaginarse pueda: la bajada de Quileasé, la cuesta de Los Arboles y el aterrador valle del Patia, todo ese conjunto preñado de incomodidades y aún de peligros ponía espanto en los ánimos.

Para formar el Departamento de Nariño, segregár-

dolo del del Cauca, hubo una lucha de décadas de años. Tal vez quien primero lanzó en un Congreso, en tiempo de la Federación, las ideas del décimo Estado en La Unión fue mi tío GUILLERMO PEREIRA GAMBA. La idea cuajó en el Sur y tras una larga lucha consiguieron los surianos su autonomía política y administrativa. En la época de mi venida a Narino estaban frescos todavía los añazos de la contienda. Sistemáticamente en Popayán se hablaba mal de Pasto; lo que no impidió que, poco después, todos los popayanecos quisieran irse a Pasto.

La primera población del Departamento de Narino es La Unión, pasando El Mayo, en donde principia a encontrarse algo bien diferente de a lo que estamos enseñados en el Norte. Si, todo cambia y hay diferencias sustanciales entre estas comarcas y las otras. Pero vamos en orden: De Timbío para Dolores siente uno la impresión de que se va metiendo a un hoyo; talvez dependa esto de la exageración con que se cuenta lo terroríficamente malo del valle del Patía. Cuánto se conversa sobre esto! Arrieros que mueren como moscas, viajeros asaltados por los negros, pérdida de las bestias, calor sofocante, insectos horripilantes y sabe Dios cuántas cosas más que ponen pavora en el ánimo y preocupación fuera de medida. Y el camino desciende, desciende al terrorífico hoyo; llegado al Bordo se divisa el valle, abajo en el fondo de la cuesta y en frente las planadas de Mercaderes, casi a nivel con las del Bordo, produciendo la idea de que el valle del Patía fue originado por un hundimiento. Si mal no recuerdo se reconocen doce leguas "de bordo a bordo" como se dice, esto es: de la una planada a la otra salvando el hoyo. La mayor parte de los viajeros arreglan la jornada de este modo, de un bordo al otro en el día.

Fuera por la exagerada aprehensión de mis compañeros o resultado de las conversaciones que había oído en Popayán, es lo cierto que bajé temeroso e intranquilo la

última, empinada cuesta que nos llevó a aquel valle, *Valle de la Muerte* al decir de todos.

Suelo aparentemente árido, poblado de acacias espinosas—a cuyas flores se atribuye lo mortífero del clima—me hizo recordar el paisaje aquel otro en que Raposo, de Eça de Queiros, se encontró el árbol que produjera la corona de espinas, claro es que la imaginación obra por mucho en estas asimilaciones.

"Pasemos ligero esto"—decían mis compañeros, y al trote largo de las mejores bestias de alquiler que tuviéramos en nuestro viaje ganábamos terreno para no pernoctar en aquellos parajes infectos. Pero cuando yo veía, al travez de los boscajes de espinos, huír delante de nosotros los cornúpetos bien proporcionados y de corte perfecto que han dado fama a los ganados del Patín, me reconciliaba con todo, porque donde se crían en tanta profusión tales toros y vacas es consecuencial que la tierra sea de una fertilidad extraordinaria. Bien dicen los agrónomos: "A tales ganados tales tierras."

Día llegará en que el hombre, armado de punta en blanco por la Higiene, podrá acometer la conquista de las vegas de nuestros grandes ríos y entonces el valle del Patín será un emporio. Ya algunos esfuerzos se han hecho por el denodado joven pastense, D. Juan Paredes, y otros que lo seguirán en la conquista de una tierra que talvez no sea tan perversa como se dice.

Almorzamos en el horrible pueblo de Patín, *kraal* de negros salvajes y alzados que allí viven en perfecta armonía con sus tradiciones y sus ritos, en un clima propicio a su raza. Entre negros que he visto en Colombia ningunos tan gigantescos y bien formados como estos del Patín; al verlos envidiara a quienes los poseyeron en calidad de siervos trabajando las minas. Qué dulce vida debieron llevar los popayanejos anteriores a la emancipación!

Sirviéndonos el almuerzo una negra vieja de cara de sibila—talvez sacerdotiza de los ritos sangrientos del culto de la serpiente—y por desgracia nuestra el manjar principal eran tamales (envuelto de masa de maíz y carne

picada); ocurriéronos que el cocido era de carne humana y no pudimos comer; para colmo de desgracia cayó del techo, en la mitad de la mesa, un asqueroso escorpión como de veinte centímetros de largo, incidente que puso fin al desgraciado almuerzo.

Pernoctamos en Mercaderes, triste villorrio en donde los habitantes víctimas de la anemia tropical despiertan la compasión del viajero; el paludismo en todas sus formas se presenta allí. En pocas partes de esta tierra he visto, como en Mercaderes, hacer estragos la plaga palúdica. La gran planada que se extiende en seguida hasta El Mayo en consonancia con la del Bordo fue al principio de la época cuaternaria el fondo de un lago; el río Patía en vez de correr, como ahora corre, desaguaba al lago en dirección al Cauca. Vino luego el gran sismo y la cordillera Occidental de los Andes, sometida a un esfuerzo de tracción, se rompió dando paso a las aguas y haciendo que el Patía corriera en sentido contrario de como corría antes. Con este sismo correspondió la depresión del valle del Patía y las formidables eyecciones de peridotita portadoras de los rubíes y zafiros que, primero se encontraron en la quebrada de la Honda, y luego se vió que dependían de una formación más extensa.

Cuando llegamos a la quebrada de la Honda mis compañeros me advirtieron ser este el punto de los rubíes y los zafiros. Conocer esto era uno de los motivos de mi venida al Sur. Júzguese cuanta prisa me daría por desmontar de la cabalgadura e ir al lecho del arroyo.

La quebrada corre sobre una roca negra caracterizada principalmente por sus gruesos cristales de Olivina y todo el lecho está carcomido formando "olletas": los *caldeiros* de las formaciones diamantíferas del Brasil. En estas olletas o *caldeiros* se encontraron, a profusión, las piedras. Fue D. Rafael de Guzmán el primero que encontrara aquello y en la historia de estas piedras—mal llamadas del Mayo—de la Honda, ha habido tanto miste-



rio que a veces creyérase estar bajo la influencia sugestiva de un cuento de Barret o de Connan Doyle. Puedo hablar aquí también con propia experiencia.

Pero volvamos a D. Rafael de Guzmán. Cuando hizo el descubrimiento creyóse millonario, reunió una carga de piedras de la mayor belleza (de esto me han hablado algunos que las conocieron), fué a Europa con ellas y allí, en Francia o Inglaterra no sé, vióse encarcelado y perseguido, perdió las piedras sin llegar a saber si valían o no. Volvióse al cabo—y a pesar de las desgracias que sufrió—más empecinado que nunca en el asunto. Legó su mansa a sus hijos y parientes; pero como si una maldición mediara, nadie ha podido hacer nada. Al presente todavía no se sabe si la cosa vale o no.

Ya es tiempo que volvamos a La Unión en donde el Gobernador Bucheli fue recibido, en su carácter oficial, por un pueblo entusiasta y... ya estamos en Nariño.

Tengo que hacer el más increíble esfuerzo de abstracción introspectiva para dar forma a las primeras impresiones que experimenté entonces. Sin duda la primera impresión, la más intensa, me vino por la vestimenta de las mujeres. No podía comprender estas mujeres de forma de globo inconcebible. Imposible imaginar forma alguna de ser femenino en aquello que más bien parecía tres bolas superpuestas de menor a mayor de arriba para abajo, que el ente mujeril esbelto y grácil que hubiera visto en todas partes. Ni jóvenes ni viejas podían distinguirse, todo el sexo me parecía uniforme e irreconocible. No atreviéndome a preguntar, dejé las cosas a la marcha de los acontecimientos que mejor que preguntas indiscretas sabrían informarme. Pero qué curiosidad de ver cómo eran por dentro!

La misma impresión que yo sufrí debió experimentar Carlos Fonseca—incorregible aficionado—cuando vino al Departamento con muchas campanillas y, en Pasto, me dijo "Contra lujuria Nariño."

En los hombres hallé, fuera en el vestido o en su modo de ser, un yo no sé qué que me los aparecía diferen-

tes de nosotros las del Norte; talvez por dentro eran ellos como las mujeres por fuera.

En La Unión discursos, banquetes... en fin, todo lo que es un recibimiento oficial y en tales ejercicios se nos paaron unos días. En el interin y mientras que los que tenían asuntos públicos estaban en ellos, yo pude informarme del camino de progreso por donde emprendia este pueblo de La Unión gracias a la industria de sombreros; ya cultivaban la paja toquilla y la fabricación de productos era activísima. La industria en camino de pleno desarrollo.

En ese tiempo era cura Párroco el doctor José M. de Guzmán, hijo de don Rafael, que de él heredara la mania—si esto puede llamarse así—por las *pedras del Mayo*. Brindóme muestras y contóme toda la historia del descubrimiento. Entre los especímenes hallé una extraordinariamente parecida a un diamante *hart*; no resultó serlo, pero sí me trajo la idea de que es posible se encuentren diamantes en los terrenos corundoníferos.

De La Unión a Berruecos. Recuerdos del Mariscal Sucre y de don Julio Arboleda—obligatorio para todo caminante en la localidad;—pero lo más interesante es la vista del volcán Doña Juana cuya última erupción habia tenido lugar pocos años antes, la lava viva todavía alcanzaba a distinguirse y el terreno estaba cubierto por las tufas y cenizas de la eyección. Todavía el volcán lanzaba bocanadas de ceniza que caían sobre nosotros como lluvia de harina. Mirando hacia el cerro se veía el paisaje desolado, carbonizado por la lava ardiente y mis compañeros referían las pérdidas del siniestro en ganados, sementeras y hombres.

Los primeros encontradores que salieron a recibir al Gobernador llegaron a Ortega—hacienda situada a media jornada de Pasto—eran los Secretarios de la Gobernación y el Director de Instrucción Pública, doctor Enrique Mu-

ñez, hombre educado en Bogotá y empleado acucioso o inmejorable como después tuve ocasión de verlo.

Que nadie pueda tomar a mal—sobre todo amigos queridísimos—el que en esta narración tan sincera, se encuentren algunas frases picantes que salen de mí, sin malicia, como de la abeja sale la miel y recordar el verso de Núñez en su famoso "Que avis'ja."

En viendo a los verdaderos pasturosos sentí la misma impresión que en La Unión me causara la vestimenta de las mujeres: El horror de las gentes del Norte por los ponchos o ruanas con fleco o de colorines, nuestro sentimiento severo de la indumentaria, levantó en mi interior una especie de protesta por cosas, en materia de vestido, que estaban en pugna con nuestras costumbres; pero al mismo tiempo sentía inmenso placer al ver gentes que no están dentro de un convencionalismo extremo. Párrafos las presentaciones el doctor Muñoz me llevó aparte y con el aire más desconsolado me dijo: "Imposible fundar escuela de ingeniería, usted está excomulgado por el señor Obispo Moreno como padre de los masones de Colombia, el Gobierno no sabe qué hacer porque la dificultad es gravísima... Usted no sabe como es Pasto." Quedéme sorprendido, parecíame mentira el camino que tomaban las cosas y a la imaginación se me vino la obra Perfecta de Pérez Galdós que Francisco Jordán me había hecho leer y releer cuando estaba preparando mi viaje para el Sur. Tal vez no sería quemado, pero la obra magnífica que íbamos a llevar a cabo no se efectuaría. La ilusión inmensa del progreso de estos pueblos sería vana, la irrisión haría mofa de nosotros. En estas vino a nuestro grupo el doctor Peregrino Cerón, Secretario de Hacienda, y en frases, todavía más apremiantes, habló del mismo asunto. Muy mal auspicio para llegar a Pasto!

El recibimiento a Bucheli en la capital del Departamento fue algo que nunca se había visto ni se volverá a ver. Un pueblo inmenso, lleno de auténtico entusiasmo, salió a recibir al primer Gobernador de Nariño festejando, tanto la autonomía departamental, como al ciudadano

que la había defendido año tras año en tenacísima lucha. Arcos triunfales, teoría de doncellas portacoronas, delegaciones de las Provincias con medallas de oro, todo aquello constituyó la ovación espléndida que, pueblos agradecidos, consagraron a un buen ciudadano.

Hicimos la entrada montados en espléndidos caballos que al propósito se nos enviaran; desde el alto de Aranda la vista es magnífica, la urbe tendida en el valle de Atriz, al pie del Galeras, ha sido muchas veces descrita para serlo ahora una vez más. Desde Aranda se columbra el lineamiento regular de las calles, las cúpulas de Jesús del Río que, al ser doradas, trajeran una reminiscencia de la monumental Santa Sofía; los veintiún pueblos que rodean la ciudad dándole un aspecto increíblemente pintoresco y el valle, teñido en esmeralda, que recuerda aquel otro, por donde corre el Porce, allá muy lejos en la tierra antioqueña.

He aquí *la Benarès santa, la Teológica, la Sagrada!!*

Ya para entrar a las calles aproximóseme el Secretario Lucio, y me dijo: "*A usted lo miran más que al Gobernador, todos los ojos están clavados en usted, lo creen el diablo.*" Qué consuelo aquel para la que yo traía por dentro!

Poco puede agregarse al describir un recibimiento de esta clase: banquetes y espléndidos bailes en donde pude conocer la cultísima sociedad capitalina. GOOD SOCIETY IS GOOD SOCIETY EVERYWHERE.

El dos de noviembre (mal día) de 1905 se inauguró, oficialmente, la Facultad de Matemáticas e Ingeniería de Pasto con unos poquitos alumnos catequizados por el doctor Lucio y las influencias oficiales, so la tremenda conjetura de que aquello no iba a durar a causa de la censura del Prelado y las ardientes prédicas de curas imprudentes, que iban más allá de lo que el celo religioso consintiera. La Administración Reyes era, *sotto voce*, com-

batida por dos influencias que, siempre en el país, se han mostrado antagónicas, pero que inconscientemente siempre en las emergencias han obrado de consuno: los liberales con el pretexto de dictadura; los clericales con el de religión; pues se creía que Reyes, calcándose en Porfirio Díaz, fundaría una dictadura anticlerical. La CONCORDIA entre los partidos, norma del Gobierno, y la parte que muchos liberales tomaron en el Gobierno mismo que se ha llamado *El Quinquenio*, daban pretexto a los ultras para creer que una evolución liberal tendría lugar; por otra parte, los verdaderos republicanos aliados con los descontentos veían la dictadura inminente, no les importaba que fuera liberal (que no lo era), sino dictadura.

Qué grande desconcielo experimenté al encontrarme frente a la casi nula preparación de los jóvenes con que se contaba para alumnos. Nociones de Álgebra y Geometría deficientísimas, a un tiempo mismo un señalado hábito, tanto de discusión estéril como de llevar todas las cosas al terreno religioso. Imposible era que aceptaran, siquiera en gracia de hipótesis o definición, la noción concreta—que todos los católicos aceptan—del infinito matemático; en los nombres de las líneas trigonométricas seno y coseno creían ver obscenidades y con esto basta. En Pasto no se tenía idea alguna de lo que fueran las matemáticas puras, se creía, por haberlo oído decir, que la Trigonometría plana constituía el término más alto de la iniciación matemática, y respecto de ciencias aplicadas ni el más ligero burruntó. Tal fue el estado en que encontré yo las cosas, con orgullo puedo decirlo se me debe, en una buena parte, el progreso alcanzado en los últimos años.

La severidad del señor Moreno—Obispo pastopolitano—en materia de opiniones liberales, era tal que, en puridad de verdad, el sacramento de la confesión no se concedía sino previa protesta. Para un bogotano esto era inconcebible, pues allá no está la religión de este modo vinculada a la política; pero es bien sabido que el señor Moreno—santo y todo—llevó la exageración al extremo,

Él quizo, como timbre el más alto, usar como mote—el bien tonto—que dejó para su epitafio: EL LIBERALISMO ES PECADO.

Enojo-o fuera en demasía pormenorizar el impropio trabajo que tuve que imponerme para rehacer la defectuosa preparación de los alumnos y avanzar los cursos; sólo Dios lo sabe cuánto tengo que agradecer al doctor José Rafael Sañudo—verdadero compañero y amigo en esta ardua labor!

Durante la administración Bucheli privó en el Departamento el ansia de progreso; puede decirse que la idea de progreso era una manía, y salvo algunos refractarios aparentemente todo iba para adelante. Algunas veces sin embargo se oían, voces significativas. Cuando vió la luz pública la REVISTA DE INGENIERIA—órgano oficial destinado al incremento del progreso material del Departamento y a la propaganda en su pro—el doctor Gustavo S. Guerrero, prohombre del Sur, me dijo algo que no olvidaré nunca: "*Usted redacta esa famosa Revista de Ingeniería cuyo objeto es hacer conocer el Departamento de Nariño; pero usted debe saber que aquí no les gusta que los conozcan.*" Por otra parte la sicología de Pasto la expresó el doctor Lucio, con otra frase inolvidable: "*Doctor—me dijo—en esta tierra anda uno como sobre un tembludal, no se sabe lo que hay debajo;*" y en verdad que en Pasto hay algo subterráneo en lo social, como algo muy temeroso subterráneo debe haber en la estructura geológica del valle de Atriz.

Visto desde Aranda, Pasto seducía, pero en sus detalles de cerca daba grima: las casas sin pintar, la plaza un potrero, en cuyo centro se elevaba la más andrajosa pila española—el mamarracho más grande que imaginarse pueda—la catedral, horrible edificio descuidado y sucio; las acequias corriendo sobre las calles y a toda hora arrastrando inmundicias, completa la falta de arte en los edificios ----

Si el vestido de la gente femenina del pueblo causara repugnancia, más aún la causaba la saya negra de cola, que arrastrando polvo y lodo, usaban las mujeres de sociedad, las que no se alzaban el traje por temor de mostrar el tobillo; el manto tapándoles la cara dejar veía apenas dos ojos que miraban yo no sé sin con furia o con fiebre; y la vivienda en tiendas para la gente pobre que hace de Pasto, y de los otros pueblos de Nariño, ciudades imposibles de higienizar.

Algo se ha conseguido, o mejor dicho se consiguió hace algunos años en pro de la mejora urbana, pero con qué trabajo! Para transformar la plaza principal de Pasto en parque se luchó con toda clase de resistencias; casi a viva fuerza hubo que desbaratar el horrendo mamarracho de la pila y la gente lloraba! Cuando más tarde en 1911 se erigió la estatua de Nariño, en el lugar que ocupara la pila española, buen trabajo costó. "Es la estatua del diablo," decían muchos, y la policía tuvo que custodiarla hasta que la gente se acostumbra a verla.

Por lo antedicho se comprende que estos pueblos, si han de progresar, requieren factores de progreso. Julián Bucheli fue uno de ellos; cuando Bucheli faltó, la inercia, la decidia, la conformidad malsana volvieron casi por entero a apoderarse de los ánimos; a pesar de esto tal es la fuerza creadora del progreso, que Pasto ha continuado para adelante, si no con el empuje de los tiempos del Quinquenio, sí lo bastante para que pueda preverse que el movimiento iniciador que dimos con Bucheli no ha sido perdido. Por otra parte el movimiento hacia adelante en el camino del progreso es—como el de la caída de los graves—acelerado, lo cual es bien consolador.

—e—

CAPÍTULO IV

Guerreristas y Buchelistas.—El Clero.—Los nobles.—Marcha de la Facultad.—Mis compañeros; su incapacidad para la labor.—Cambio político.—Un Gobernador troglodita.—El fin de todo aquello.

Las divisiones de gamonalismo son el mayor mal en nuestra tierra. Pueblos pequeños, poblaciones insignificantes en donde se creyera reinaba la mayor unión están divididas, separadas en sus habitantes, por odios inextinguibles. Sin embargo esto es viejo; desde Capuletos y Montesquios, ya lo sabemos, Verona está dividida en dos bandos:

*Two households both alike in dignity
In fair Verona where we lay our scene,
From ancient grudge grew to new mut inity
Where civil blood make civil hands unclean.*

Así en Pasto. A la época de mi llegada, dos bandos poderosos, ambos y de igual dignidad como los que Shakespeare nos describe en Romeo y Julieta, dividían la Teológica: los unos Buchelistas que seguían la política de Reyes y aclamaban la *concordia* nacional; los otros—cuya cabeza visible era el General Gustavo S. Guerrero—se apellidaban Guerreristas y no se sabe qué política perseguían a no ser la de supeditar a sus contrarios. En el encono de estas divisiones de parroquia, cada cual hallaba malo lo de su contrario, como los unos estaban encima los otros desentaban tenerlos debajo. El odio irreconciliable que imperaba entonces ofuscó, por el momento, a los seguidores del Dr. Guerrero y llevaron la injusticia hasta desconocer todo lo bueno que se hacía y cuanto se hacía deseaban aniquilarlo. Tal es la triste verdad de los hechos cumplidos.

Pero no es este libro de discusión, es un libro de im-

presiones, al escribirlo sigo el chorro de mis recuerdos, obedezco a la necesidad de hacer vivir aquello que tiene derecho a vivir.

Calcando modelos de instrucción superior en Norte América quise llevar la Escuela de Ingeniería a un plan de práctica bien entendida y conociendo los inconvenientes de una educación demasiado teórica, como la que se da en Bogotá, resolví que nos sometiéramos al aforismo de: *menos matemáticas y más ingeniería*. Esto es: las matemáticas como herramienta, no como fin de la profesión. Tal es el sentido en que se entiende el arte de la ingeniería en todo el mundo civilizado. Entre nosotros los antioqueños nos han dado el ejemplo al fundar su Escuela de Artes y Oficios y su Escuela de Minas de donde han salido ingenieros en la verdadera acepción de la palabra. Fue éste el proyecto que concebí: una instrucción práctica en la buena acepción del término y, hay que ponerle adjetivo a la palabra práctica porque aquí se confunde práctica con ignorancia. Lo que en Colombia se llama un hombre práctico es muy distinto de lo que en otras se califica con este apelativo, el práctico en Colombia es el hombre ignorante y presuntuoso.

Quizás por el terror de incurrir en esta denominación se ha caído en Bogotá—en la enseñanza de la ingeniería—en el error de la teoría extremada.

Era indispensable obviar en Pasto las dos dificultades, la rutina ciega y el analitismo extremado de Julio Garavito; pero mis compañeros fueron incapaces para esta labor. Educados en la escuela de Bogotá no comprendían sino ese plan de estudios y el cálculo integral como fin único de la carrera de ingeniero.

En el desarrollo que tuvo el instituto que me tocó en suerte fundar en Nariño, hube de contratar, por cuenta del Gobierno, nuevos profesores en Bogotá y aquí estuvo nuestro error, ninguno de ellos tuvo la abnegación, la buena voluntad, el amor a la tierra, el amor al instituto, el deseo de fundar algo grande cual lo tuvimos los primeros: LUCIO, SAÑUDO y YO. Apesar de todo la Facultad de

Matemáticas e Ingeniería de Pasto marchó correctamente algunos años. Se había logrado fundar el más bello laboratorio metalúrgico que ha existido en el país, se publicaba la Revista de Ingeniería—que tanto auge dió al Departamento y que recibió de los mejores premios en la Exposición Internacional de Quito—se había dotado la imprenta departamental con toda clase de tipos para escribir matemáticas y estábamos en camino de establecer anexo a ella un taller de fotograbado sin nimiriento al costo. Así las cosas vino el catubio político. Ya me ocuparé de ello luego.

Trasladada mi familia a Pasto llevé en esta ciudad, durante varios años, la vida más hermosa, la más feliz, la que realizara—nún superándolos—todos los ideales que la imaginación me forjara. Vida de estudio, de actividad intelectual y social, de hogar feliz y de religiosidad.

Cómo podría describirse esto? Cómo hacer comprender un estado de cosas que significa la más completa felicidad? Esos años compensan ampliamente las amarguras de ahora; cuando desfallecido me siento próximo a la desesperación, vuelvo hacia atrás la mirada y vivo en el Pasto de esos tiempos.

La pasión por el estudio que siempre me fascinó pudo desenvolverse con entera amplitud aquí. El método de dictado establecido en las clases obligaba a un trabajo intenso y, la preparación de los cursos, me embargaba bastantes horas de la noche; durante el día las clases y el trabajo asiduo de laboratorio. Allí estudié minerales, rocas, aguas termales y en suma cuanto interesara en el Departamento; pero no era esto sólo: escribía la REVISTA DE INGENIERÍA, concurría a la JUNTA DE OBRAS PÚBLICAS, al CONSEJO MUNICIPAL, desempeñaba la consulta oficial técnica y aún me alcanzaba el tiempo para hacer adelanté trabajos de micrografía, escribir para las principales Revistas técnicas de Norte América, para los Anales de Ingeniería de Bogotá y para cumplir atenciones sociales. Cuando pienso en la actividad que pude desplegar entonces no la concibo ahora. Pero era que la atmósfera se

prestaba, atmósfera benéfica y estimulante, capaz de desarrollar en mí todo lo que podía dar.

El Departamento, en su administración, seguía planes de la mayor economía; baste citar la organización del ramo de Obras Públicas: una Junta ad honorem se entendía con la marcha general de las cosas y un ingeniero departamental ponía en práctica las decisiones de aquella. En Nariño no había caminos, sendas intransitables unían las poblaciones entre sí, y fue el primer trabajo de la Junta idear una red racional; de tal manera que todo cuanto después se ha hecho solamente ha sido simple desarrollo del plan general que para todo un futuro trazara la Junta precitada. Nada nuevo ha podido inventarse después de ella. Y ni aun lo que se proyectó se ha llevado a cabo.

Yo logré empaparirme en absoluto, como una esponja, del ambiente, digámoslo así, espiritual que me rodeaba; fui el recipiente más perfecto para almacenar sensaciones y he llegado a creer que yo he sido el único forastero que sintió y entendió a Pasto. Qué dicha ponerse al unísono con el temperamento general!

La vida religiosa ocupa una gran parte de la actividad del habitante de la capital de Nariño; para ponerse en pie de igualdad con el tipo corriente hay que someterse, voluntariamente, a una *mutilación interior*. Se ha leído mucho, hay que olvidar aquello; se ha pensado mucho, hay que restringirse; se ha investigado mucho—andando por sendas por donde no conviene—hay que volver atrás colocándose interiormente en los tiempos del catecismo. El nivel literario está en Pasto en la época de Escriche, no se ha llegado a Dumas todavía; pues bien, hay que olvidar que se ha leído a Renán, a Tolstoy, a Metelink y en fin... todo lo que se ha leído; lo cual significa volver a un estado primitivo y en ese estado sentir.

Para el que busca sensaciones nada tan agradable como borrar el pizarrón y empezar de nuevo leyendo con encanto lo que se publica en el Mensajero del Corazón de Jesús! Pocos son capaces de entender la fruición intelec-

tual de *cosa* semejante; José Asunción Silva lo hubiera comprendido. De Restrepo Tumayo recibí en esos tiempos una carta que me hizo reír bastante. "Sé que estás dedicando al misticismo y a los amigos les he dicho, éste lo hace todo bien hecho y si lo ponen a adorar una olla lo hará mejor y, con más talento que todos los demás."

Pero dejando el gracejo es preciso saber que en el Sur de Colombia el vínculo Religión une las gentes con el *link* más estrecho y más fuerte; en el fondo de los corazones está la Religión. La atmósfera religiosa de Pasto hay que sentirla... Y cuando se la siente, llena de encanto. Yo me decía: queremos traer el progreso occidental a esta *BENARÉS* SAGRADA, no es esto un delito! No están las cosas mejor como están? Estas gentes contentas con ser desconocidas habrán de comprender nuestros ideales! Agradecerán acaso los esfuerzos hechos en sentido contrario a su querer! Y mi ánimo de hombre progresista, en el sentido occidental de la palabra, desfallecía a veces, no por cansancio sino por sinceridad.

La reflexión, sin embargo, impone a nuestra mente la necesidad del progreso, y puesto que el Sur de Colombia no está desvinculado de los intereses generales de la humanidad, cuando ella progresa en cierto sentido es preciso que todo prograse en el mismo sentido. Semejante a los organismos celulares, la humanidad, exige en todos sus miembros la conadyuvación del esfuerzo, ya lo dijo Núñez:

"----- la humanidad camina a un solo fin
Quién la mueve! El que mueve las espigas..."

Así, a pesar de horas de delicioso desfallecimiento místico, predominó en mí la conciencia progresista del hombre del Norte y llevé adelante la labor con fe y entusiasmo.

En la hora presente no experimento vacilación alguna, o se *PROGRESA* o se *PERECE*.

La sociedad de Pasto, en la época de mi venida, estaba formada por cuatro elementos de caracteres especiales cada uno: los llamados *nobles*—antiguas familias de apelativos desconocidos en el Norte, Astorquiza, Zaramas, etc.—la característica de estas familias era el aislamiento y la cruz consanguínea; los nobles no se trataban ni entre sí; por motivo de una selección mal dirigida, imprudentes matrimonios entre muy próximos, iban llegando al fatal término de la degeneración. Los *ricos*—lo cual no significa que los nobles no fueran ricos—sociedad bastante modernizada, amplia y agradable. Todo el juego social está concentrado en este grupo; incipiente en su desarrollo, ahora años, ha tomado vuelo con el tiempo y representa al presente la buena sociedad. El *pueblo*, misterioso y recóndito, movido siempre por influencias subterráneas. Abisno sociológico digno de estudio. El pueblo de Pasto es bastante diferente del de las otras poblaciones del Departamento. Será cierto lo que dicen? Cuando el saqueo por los Rifles, se asegura, que quedó en Pasto la simiente venezolana, a lo cual atribuyen, los que saben de estas cosas, la marcada y una diferencia enunciada antes. Yo no sé qué pensar.

El *clero*, en Narifio, está representado por el regular y el secular. Por lo pronto me refiero tan sólo al último; en los tiempos remotos, cuando el belicoso doctor Canuto Restrepo gobernaba la Diócesis, el clero, según cuentan, era bastante indómito, insubordinado y hostil a toda disciplina, no hay duda que el doctor Restrepo ha sido el mejor administrador del Episcopado pastopolitano y que, gracias a él, cambiaron muchas cosas.

Como ejemplo de la orgullosa indisciplina del clero narifence puede citarse el caso, absolutamente auténtico, que voy a referir: en una gran fiesta, en la catedral de Pasto, subió al púlpito el Ilustrísimo señor Restrepo e hizo una prédica evangélica; casi sin darle tiempo de bajar de la tribuna sagrada un impetuoso presbítero tomó su lugar en ella y dirigiéndose a los fieles les arengó en estos términos: "No creáis nada de lo que dice este

Obispo mentiroso." Puede juzgarse cómo serían las cosas.

La ardiente pasión política del señor Restrepo lo llevó en 1876 a tomar parte activa en la revolución, siendo derrotado por los liberales; doblemente mártir, este hombre ilustre, lo fue de sus diocesanos y de sus enemigos políticos. Tesaurizó el señor Restrepo, para fines de verdadera mejora que él no pudo llevar a efecto, pero que sus sucesores han efectuado en parte.

Cómo dejar pasar inadvertida la bondadosa figura del más bueno y caritativo de los hombres, la excelsa silueta del Ilustrísimo señor Perea, que por brevísimo tiempo gobernó el Episcopado pastopolitano y que fue víctima de rencillas eclesiásticas? Hay un episodio que no dejaré pasar por alto, episodio que hace ver la realidad de ciertas advertencias premonitorias que, en lenguaje vulgar, llamamos presentimientos.

Fue el recibimiento del señor Perea, espléndido; estaba en su mayor auge la administración Bucheli y venía este ilustre Obispo como elemento conciliador. Cuando tomó asiento bajo el solio que lo tenían preparado en el atrio de la iglesia de Santo Domingo, la mitra se le entredió en un alambre de teléfono y cayó al suelo. "*Este Obispo no dura*"—dijo alguno, coroa de mí, y, así sucedió en verdad.

Pero la influencia positiva en lo que se refiere al clero, en el Sur de Colombia, reside en las órdenes monásticas: Jesuitas y Capuchinos ejercen tal control. En Pasto, los primeros sobre las clases dirigentes, los segundos sobre el pueblo. Ya me volveré a ocupar de esto al hablar de Túquerres y de la influencia político-social de las órdenes Franciscanas.

En una población, como la del Departamento de Nariño, en que un buen por ciento desciende de origen eclesiástico, el lenguaje vulgar ha creado términos de uso familiar, que enseñan mucho respecto de costumbres y usos. Llámase *mula* a la manceba del clérigo, *candelero* al hijo

de los tales y mil otras cosas más. Por qué vinieron semejantes expresiones al lenguaje familiar? Fácil es comprenderlo.

La gente sencilla se fraga leyendas en sus imaginaciones y en estas tierras, en donde el pueblo cree en brujas voladoras, se tiene como cierto que las mulas, por causa de su sucio pecado, se convierten en verdaderos animales los miércoles y los viernes, viéndose sometidas a tremendos trabajos de acarreo, principalmente cargando leña. Al otro día las pobres amanecen adoloridas y muchas veces magulladas, con las carnes llenas de cardenales. Es bien seguro que aquello provenga de reyertas entre amantes, pero el pueblo cree lo otro y así tal vez sea mejor.

Es cosa bien rara que en este Sur de Colombia tan religioso no se reclute el clero entre las clases sociales de posición elevada, los que de estas toman el estado eclesiástico lo hacen entre los regulares, principalmente entre los Jesuitas.

"*Muertos quiere el cura.*" Refrán entre el pueblo que hace comprender que el clero mira más al negocio que a otra cosa, pues desgraciadamente en esta tierra, la carrera eclesiástica se considera como una profesión. Día llegará en que una reforma haga del clero suriano algo semejante a lo que el señor Herrera hizo en Bogotá con el establecimiento del Seminario Conciliar de que por tantos años fue Rector.

Con una sociedad constituida como ésta, cuál es el porvenir de Pasto?

La clase de abolengo—tal vez cepa española—degenerada y en completo aislamiento no es factor de significación en el futuro, esta clase social desaparecerá sea por la absoluta regresión, sea por la cruz; los ricos ávidos y codiciosos, en su afán por acrecentar sus fortunas, y por su orgullo—orgullo del rústico abito de que habla la Escritura—oprimen al pueblo que ya, desde hace bastante, los odia. Elemento regulador, el clero, se inclina sin embargo al lado de los ricos y probablemente, pronto, no podrá hacer valla al torrente—ola embravecida—del movimiento socialista; pero del socialismo más brutal que

se ve venir. Ojalá fuera una forma del socialismo fundado en la caridad que Tolstoy predicara y a la cual sería fácil llegar dado el espíritu religioso de la población; pero todo hace ver que las cosas van por muy diferente camino...

Ya a fines del año 8 la exacerbación política llegaba a su colmo. La tentativa de asesinato contra el General Reyés, llevada a cabo por elementos ultras, había sido un toque de alarma y todo hacía presentir un cambio. Uno de mis compañeros—de cuyo nombre no quiero acordarme—en estrecha correspondencia con los centros capitolinos más exageradamente antigubernistas, olvidándolo todo, deberes y obligaciones, resolvió largarse a Bogotá "No me estoy un momento más aquí, nos ahorcan como van a ahorcar a todos los que hayan tenido parte en este gobierno" y estaba verdaderamente enloquecido con el terror histérico del maniático. En vano le explicara que nosotros no representábamos política sino instrucción pública, que éramos acreedores al agradecimiento y respeto de las gentes. "No lo crea, doctor, a lo que venga el cambio de gobierno no se libra nadie." Abandonando empleo se fue. Epoca bien dura, del más intenso trabajo, fueron aquellos días en que el Dr. José Rafael Sañudo y yo quedamos hecho cargo de todo por motivo de la desertión de nuestros compañeros...

Graves acontecimientos sucedían en Bogotá a principios del 9. Sea el patriótico temor a una guerra civil, sea un desfallecimiento, sea—como muchos lo dicen—un ataque de cobardía sintomático de la parálisis general, es lo cierto que, intempestivamente, el GRAL. REYES abandonó la Presidencia fugándose del país. Vino el cambio político. El Gral. Eliseo Gómez Jurado—el gobernador troglodita—fué nombrado Gobernador del Departamento tras la destitución de Bucheli; y con Gómez Jurado vino el fin de todo aquello: la FACULTAD DE MATEMÁTICAS, la REVISTA DE INGENIERIA y las principales obras del inci-

piente progreso. No es mi objeto recriminar; pero hay cosas que deben vivir en la historia.

Ciega pasión, odios estúpidos, envidias y rencores antiguos, el frenesí de los incapaces fueron los móviles que guiaron a las gentes recién venidas en cuanto hicieron. Baste saber que el bonito superávit que Bucheli dejara en la Tesorería, para la redentora obra de la Carretera de Burbacoas, fue repartido a pro rata entre los Municipios.

Toda ilusión de hermosa vida de estudio, toda esperanza de ver un término a mi errante vagabunda carrera había desaparecido. Allá a lo lejos las montañas volvían a abrirse delante de mí... el trabajo profesional y la conformidad con la voluntad de Dios eran mi apoyo.

Sic transit gloria mundi.

N. B. Al releer, para dar a la estampa, estas hojas que fueron escritas en Túquerres al dictado y en época de la mayor tristeza veo que falta bastante; mucho más debería haberse dicho; pero... qué vamos a hacer?

He descuido mucho intercalar una especie de crítica de lo que, por tierras del Sur de Colombia, fué el *quinquenio*; ahora sobre todo en que la segunda administración Bucheli da tanto margen para hacer comparaciones. Quizás pueda agregar este capítulo que es bien interesante. Ante la avasalladora oleada de clericalismo extremado que invade a Colombia y la asfixia, hay que hacer la gran justicia al General Reyes haciendo ver que su Gobierno no fué clerical. Qué actitud tan distinta, enfrente de los obispos, la de ahora y la de los tiempos de Reyes!.....

CAPÍTULO V

Aspecto general de las poblaciones de Nariño.—Esta gente no come.—Conformidad o indiferencia.—Estancamiento.—La religiosidad y las costumbres.—El santuario de Las Lajas.—El Padre Collins.

Los que estamos enseñados a la vista de las alegres poblaciones del Norte de Colombia, experimentamos la más profunda decepción ante el triste y descaecido aspecto de las poblaciones de Nariño, tanto que una profunda tristeza cae al ánimo. Los que vienen de paso aplican su criterio superficial, este aspecto descuidado y triste de las poblaciones los hace concebir ideas despectivas sobre el pueblo. Los que aquí vivimos entendemos mejor las cosas. Pueblos estos olvidados completamente por la República, sometidos a un duro vasallaje, por centurias en tiempo de la colonia, y por casi un siglo de la vida nacional bajo el antiguo Cauca, son pueblos que no tuvieron ocasión, ni se les brindó oportunidad para progresar. Si son miserables es por nuestra culpa. Lo que es hoy día Nariño fue la "tela ubérrima" para Popayán, como dijera el notable escritor pastense, D. Tomás Hidalgo.

Que hubo intereses grandísimos para que estas comarcas quedaran *cosa oculta*, no hay duda; la silenciosidad sistemática del Cauca, sobre el Sur de Colombia, es un hecho evidente y lamentable.

Pero hay algo que me hace pensar mucho, es la falta de buenos edificios españoles en las principales ciudades del Departamento. Por todas partes, en Colombia, vemos los suntuosos templos, los magníficos conventos de piedra labrada que el conquistador dejara, expresión de su ardiente religiosidad. En Nariño no los hay. En ninguna ciudad dejó el español monumento alguno—no digo como el palacio de Santo Domingo, el Convento del Santo Ecce Homo, etc.—sino algo por donde se pudiera colegir idea de permanencia. No, los españoles no dejaron nada

perdurable en estas comarcas; la Catedral de Pasto, el mejor edificio existente, es la más ruin, mezquina y sucia construcción imaginable...

Por qué no construyeron? Por qué a pueblo tan religioso, si se quiere fanático, no lo dotaron con un templo, un convento o algo perdurable? Los más dicen que los españoles miraron, lo que es en la actualidad Departamento de Narino, con desprecio a causa de la pobreza de las tribus aborígenes que pagaran al Inca su tributo en piojos, porque otra cosa no había. No es este mi modo de pensar. Jamás al conquistador se le ocultó la feracidad de las tierras ni la existencia de buenos criaderos metalíferos y si no construyó en piedra labrada débese al temor de los volcanes. Es para mí indudable que el Galeras, el Azufral y otros de la familia, fueron mirados por los españoles con temerosa desconfianza llevándolos a imaginar que las construcciones en estas comarcas serian destruidas muy próximamente. Con otra hipótesis es imposible explicarse un hecho histórico de semejante importancia.

Los numerosos volcanes que existen en el territorio parecen estar comunicados por debajo de tierra; la expansión de gases por los conductos comunicantes produce, por épocas, ruidos de mayor o menor intensidad que siempre son causa de temores, origen de fabulas e inagotable fuente de supersticiones. Al iniciarse el Cuaternario la superficie de lo que es hoy día Narino debió presentar —mirada a vuelo de avión— el aspecto del más gigantesco fuego de artificio, pues toda ella estuvo completamente conflagrada.

El más importante de los volcanes surianos fue, sin duda, el Gualacá, cuyas lavas corrieron sobre extensión mayor de treinta leguas; pero al lado de este volcán gigante millares de cráteres menores y crateriolas ocupaban casi toda la superficie del territorio.

El Galeras es amenazante para Pasto y yo no sé por qué, al mirarlo, siempre he sentido la impresión de que es un ente accarrón y malvado, de análoga naturaleza al

Montecalvo de la Martinica, que no ha mucho supo hacer de las suyas.

Peru volvamos al asunto: la falta de casas posadas, fondas u hoteles—tanto en las poblaciones como en los caminos—hace que los viajes, por la tierra marifinense, sean muy incómodos, pues el viajero tiene que aportar consigo todo el avío (víveres y cuanto se ofrezca). La hospitalidad del techo se consigue en todas partes, pero la de bucólica en ninguna.

Recordar ahora estas posadas deliciosas en mi tierra—la inmensa tienda, el largo mostrador y la regordeta, sana, alegre y reluciente ventera! Los salones de cordero que penden del techo, los manojos de velas favorecidos por una totuma contra el ataque ratonil y los inmensos barriles donde la chicha se fermenta—! La cama limpia, la comida servida con el mayor esmero y, sobre todo, el recuerdo que más se ha marcado en mi memoria, el olor de los inmensos heces de furrage que, al frente de la venta, están amontonadas; el afanoso comer de las caballerías cuya vista es el mayor placer para el viajero. Luego allá en Antioquia, el tasón de leche fría, la muzamorra, el nseo si se quiere exagerado en todo y la doncolla—siempre respetada—sirviendo la mesa al fatigado caminante!

Desde mi llegada al Departamento de Nariño me admiraron, por parte de los habitantes, tanto la parquedad, como el descuido, en la comida. En realidad la gente no come y lo que come es poco nutritivo y mal condimentado; hay familias que sólo se mantienen con unas tazas de café al día y otras, como lo he visto en Mallama, entre los indígenas, que se mantienen con el hongo, llamado oreja de palo (callambas), y el ulloco, que es bastante menos nutritivo que la papa. Se ensalsa la sobriedad de los pueblos. Grave error! Gentes que no comen, o sólo comen cosas indigestas, no pueden producir trabajo disponible; podrán sostener el organismo pero no pueden rendir una energía sobrante que se exteriorice en trabajo li-

terario o científico, en ideales, en empuje hacia adelante, al progreso.

Hace años una revista de ingeniería norteamericana publicó un artículo que no por ser grotesco deja de tener mucho de cierto: tratando de nuestra incapacidad para el trabajo refería el dicho periódico, que el Gral. Reyes había conseguido hacer avanzar muchos kilómetros el ferrocarril de Girardot sólo con obligar a los peones a comer carne. Ahora veinticinco años, cuando trabajaba yo en el laboratorio del eminente metalurgista E. M. Riote, en Nueva York, el sabio Profesor me decía frecuentemente: "*Ustedes, los tropicales, lo que tienen es hambre; aprendan a comer como nosotros y habrán resuelto todos sus problemas de progreso.*" En el fondo de todo esto existe una gran verdad.

Máquina de combustión interna, la humana, necesita el combustible adecuado y suficiente para producir todo el trabajo de que es capaz. Cuando nuestros legisladores encuentren el medio—sea por las enseñanzas en las escuelas, sea por cualquier otro procedimiento—de hacer comer debidamente a la gente se habrá hecho más, por la patria, que todo lo que se ha hecho hasta ahora. Si la alimentación de la gente pobre de Nariño es lamentable; aparte de hongos y otras cosas no digeribles los productos alimenticios usuales son de muy poco valor nutritivo: ulloco, ocas, papas y arroz de cabada que sólo introducen a la máquina hidrocarburos con tenuísimas cantidades de elementos nitrogenados. Carne no se come nunca, y, tal vez por atávica reminiscencia de los tiempos incaicos, se la mira con cierto temeroso respeto.

Cuando se compara la alimentación del pueblo en Nariño con la del pueblo en otros departamentos de la República resalta su inferioridad y aunque el cundinamarqués, por ejemplo, tampoco come carne, tiene el maíz como base; el pueblo de Antioquia se alimenta ampliamente. Poniendo de lado consideraciones de raza si es de atribuirse a la buena alimentación del antioqueño sus condiciones de acometividad y de progresividad. En el lito-

al y a orillas del mar, la alimentación es mejor que en los interiores, pues allí el peje y los mariscos aportan al organismo, además de elementos proteicos, el yodo que tan necesario es al desarrollo de las actividades superiores.

Preséntase en el Sur el grave problema de la conformidad con la situación presente, la falta de ambición. Es indudable que el hombre fuerte que se resigna alivo a los embates de la adversa fortuna es, en muchas ocasiones, un héroe; pero la conformidad malsana del vencido es para los pueblos el peor de los cánceres sociales. He aquí una de las más graves dolencias que afligen el organismo social en Nariño y en otros departamentos en Colombia.

La indiferencia por el confort y las comodidades lícitas en la vida común, impresiona desfavorablemente, hace pensar sea cierta la tesis de que estos pueblos van en el rápido camino de la degeneración racial hacia la más completa regresión.

De tal estado de cosas, y dada la idiosincrasia apática del suriano, fuera de temerse que el más absoluto estancamiento tuviera lugar para todo el futuro. Tal cosa sucediera si el impulso dado durante cinco años pudiera detenerse. Un pueblo puede estar estacionario siglos, pero si en alguna ocasión recibe el primer impulso hacia adelante, el movimiento continúa, fatalmente, acelerándose cuando es capaz de recibirlo.

Repetiré aquí lo que ya en ocasión solemnísimas hablé en Pasto, en las fiestas de la inauguración de la estatua del Precursor :

" Todo cuanto a diario nos hace comprender que las modalidades en el Departamento han variado, estas mismas festividades, los cambios materiales, que se efectúan en las ciudades ; todo en suma que es ahora diferentes de como era, son manifestaciones de un cambio radical que se está operando. Todo esto significa el éxodo moral de unos ideales a otros, son los preparativos de la peregrinación que emprende el pueblo suriano en busca del vellocino. En fin, son los signos de que se inicia la marcha

hacia el progreso o que tiene lugar la evolución hacia el progreso; ninguna figura encuentro mejor que el sol naciente para simbolizar esto que está sucediendo en el Sur de Colombia.

El movimiento de los pueblos en su trayectoria hacia el progreso es como el de la caída de los cuerpos, un movimiento acelerado. No hay una simple proporción entre los espacios recorridos y los tiempos empleados; los espacios recorridos son siempre mayores que los que arrojaría una simple proporción.

Se inicia lentamente el movimiento y va acelerándose cada vez más, sin guardar relación meramente proporcional con el tiempo; lo que se avanza en un año no es unidad, pues en el segundo año puede ser cuatro veces más, en el tercero nueve y así acreciéndose de modo rapidísimo, de tal manera que en los países muy adelantados, un año ahora, representa un progreso más que un siglo antes; y, dentro de poco, los días serán más que años. Y esto es claro porque ahora hay concurrencia de fuerzas, de factores de progreso; dadas las facilidades de comunicación y otras, todas las energías de la humanidad pueden concurrir en un momento dado a un punto dado. Nosotros hemos permanecido alejados de este concurso de fuerzas, y por esta razón el progreso ha sido lento, aún cuando siempre acelerado; en especial, del Departamento pudiera decirse que hace poco partió del reposo, ahora principia manifestarse su movimiento, el sol que aparece sobre la línea del horizonte en su carrera hacia el cénit.

Cuando un pueblo evoluciona hacia el progreso, cuando el movimiento en tal sentido se establece, es como un grave que cae sin obstáculo: nada puede detenerlo ya. Respecto de los pueblos es preciso guiarlos, encarrillarlos, si pudiera decirse así, a un progreso bien entendido: bienestar general, riqueza distribuida, mejora moral y material de la colectividad.

Tolstoi, en alguno de sus últimos escritos, manifestó sus simpatías por Suramérica; para él estos pueblos guardaban extraordinaria semejanza con el eslavu; ya, mucho antes que él lo dijera, los que leíamos ávidamente sus libros habíamos caído en la cuenta de que espiritualmente existen nexos de analogía entre nosotros y los mujiks de las Rusias. No hemos visto todos en las ibzas rusas nuestras chozas? No encontramos en las Matrounas, Natachas y Akulinne del Apóstol perfectas semblanzas con mujeres de nuestro pueblo? No tenemos millares de los Nikitas, Dimitraes y otros tantos personajes masculinos de Tolstoi? Cuántos de nosotros no estamos encarnados en Pietro Ivanovitch?

Pero si en algún lugar de la República la antedicha semblanza se transforma en retrato perfecto, es en Nariño, y por qué? Porque el espíritu religioso domina aquí, como en Rusia, sobre todas las conciencias, lo impregna todo, lo domina todo y está por encima de todo. Viviendo, como he vivido, con el pueblo en íntima familiaridad es a él al que me refiero en general. El pueblo es la inmensa mayoría, lo que se llama *sociedad* forma apenas una minoría insignificante.

No hay interés ninguno en estudiar una *sociedad moderna*—digo sociedad en el sentido de lo llamado *clases superiores*—todas estas agrupaciones artificiales, fundadas sobre las conveniencias, tienden a hacerse rigurosamente uniformes en el mundo entero; sus usos, prácticas y convenciones son las mismas, en puridad de verdad, en Medellín, Paeto, Bogotá, Barranquilla o Nueva York. Se diferenciarán por el lujo, por los alcances monetarios, por el mayor o menor refinamiento o por un grado mayor o menor de corrupción fundamental. No así el pueblo, éste es original siempre y aquí y allí diverso, digno de estudio para el observador en toda ocasión y siempre variado.

Me atreveré a profundizar el estudio emprendido? Me atreveré a decir cosas que nadie osa pronunciar? En realidad me siento sin fuerzas para una intentona de esta clase; la complejidad del problema es superior a mis ca-

pacidades de análisis. Surja de la relación de impresiones lo que no me siento en vena de metodizar.

Valga una palabra: admiro al pueblo de Noriño como al que más en la República y no por un mero sentimiento de gratitud sino por el conocimiento que de él, y durante un lapso de más de diez años, he logrado adquirir. En este instante la tremenda pregunta se me viene de nuevo encima, se enunciará un mal, con el progreso, a estos pueblos! Cuando pierdan su conformidad, su resignación, su religiosidad serán más felices! Quédesse en el tintero uno de los más atractivos *motivos* del sumario de este capítulo.

La peregrinación al Santuario Las Lajas es de obligación para todas las familias cada año. Unas en una época, otras en otra, otras para las grandes fiestas que se celebran en septiembre, van al Santuario donde la milagrosa imagen de la Virgen María se venera.

Descripciones e historia de este lugar de romería existen a millares, desde la del Sr. González Suárez de corte histórico, hasta la más sentimental del Pbro. Arturo Delgado.

Las Lajas, por acá, es la Chiquinquirá del Norte; pero qué diferencia! allá una ciudad comercial, sucia y por épocas infecta; aquí la naturaleza agreste, el precipicio aterrador y el paisaje de la más estupenda magnificencia. Allá el templo inmenso, obra colonial en sillería; aquí la artística capilla prendida en el barranco del precipicio que la fé más encendida levantara, venciendo tremendas dificultades. Aquí el recogimiento, allá el bullicio y el comercialismo.

A siete kilómetros de la floreciente ciudad de Ipiales demora el Santuario; grandes hospederías de buena construcción sirven para el hospedaje gratuito del peregrino. Estas hospederías quedan en la parte alta del cerro; para bajar a la ermita una senda tortuosa bordea el barranco. Cuéntase que la imagen apareció — hace muchos años —

pintada en una peña (laja) y desde el principio atrajo la admiración de las gentes; el fervor fue creciendo y no ha mucho se llevó a cabo la artística construcción que a todos admira.

En el barranco cortado a pico sobre el río Carchi, que más adelante toma el nombre de Guaitara, levantó el arquitecto—Maestro Aulestia, ecuatoriano—un muro de sostenimiento y sobre este englobó, con la armita, las rocas milagrosas. La impresión que se siente al mirar, desde la opuesta barranca del río, el pintoresco edificio, es que esté hecho de alguna cosa plástica y adherente y se hubiera pegado sobre el talud vertical del cerro. Fácilmente se comprende que todo concurre allí para llevar a la más alta exaltación el fervoroso espíritu de los peregrinos.

En la época de la fiesta, en septiembre, concurren por millares los peregrinos del Norte, del Sur, del Oriente, del Occidente, del Ecuador, del Perú y hasta de Chile. Como las hospederías no alcanzan se establecen en toldas, tomando aquella población ambulante el más pintoresco aspecto.

Cuando se precipita en masa el rebalfo humano obscado por la emoción de lo maravilloso, sobre la estrecha tortuosa senda, ruedan muchos de los peregrinos por el precipicio, siendo frequentísimas las desgracias de este género; la estrecha capilla tampoco da abasto para el tropel humano que se apiña adentro y afuera formando una compacta masa, asfixiándose y desvaneciéndose...

En años pasados vino a estas comarcas uno de los hombres más extraordinarios que pueda uno imaginarse, fue el Padre Collins, inglés o americano no sé, pero la tradición lo pinta como hombre infatigable y de energías sobrehumanas; caminador incansable, nadador insigne y hombre de proyectos proporcionados con sus condiciones físicas. Pero la misma fuerza volcánica de su imaginación lo llevaba a la nulidad en la aplicación, falta de técnica además no podía reducir a obras aquello magnífico que imaginara. El concibió el descomunal proyecto—que aho-

ra se intenta realizar—de cubrir con una bóveda el río Carchi en una extensión considerable frente al Santuario, y levantar sobre arquería los cuarenta o cincuenta metros de diferencia de nivel hasta ponerse con el piso de la ermita y, sobre esta arquería, erigir inmenso, magnífico templo.

Dejó el Padre Collins, en el Sur de Colombia, recuerdo imperecedero. Hoy aparece cual figura fantástica de leyenda; por supuesto que su paso por las tierras surianas costó un dineral proporcionado con los vuelos de su imaginación. Qué divertido capítulo se podría escribir narrando las fechorías de este insigne aventurero! Con la credulidad y sumisión del suriano para todo lo de la sotana, el Padre Collins pudo fácilmente hacer de las suyas y sacar dinero al gobierno civil, desvalijando a un tiempo mismo el tesoro del venerado Santuario. Se acompañaba el audaz eclesiástico, de un austriaco o zingaro—de cuyo nombre no quiero acordarme—el que según es fama pública se alzó con alhajas y con cuanto pudo, desposeyendo a la imagen de lo mejor que la ardiente devoción de las gentes sencillas le obsequiara...

Quédese para otra ocasión referir anécdotas picantes de las muchas que tengo en almacén y, pasemos la hoja.

CAPÍTULO VI

El camino de Barbaecos y la Carrotora del Sur.—El proyecto de Guapl.—Barbaecos y Tumaco.

La suprema necesidad en Nariño, las vías de comunicación. Y desde mi llegada se principiaron trabajos en el sentido de una reforma radical. Las sendas por donde se transitaba eran de tal clase que sorprende pudieran salir con vida, por ellas, bestias y hombres; a un tiempo mismo la ignorancia era absoluta tanto del trazado de caminos como de los instrumentos y aparatos empleados en él. Las primeras nociones al respecto fueron las consecui-

das en la Facultad de Matemáticas de Pasto, lo mismo que los primeros aparatos los que ella introdujera.

Algunos jóvenes, cuya preparación pudo hacerse avanzar rápidamente — señores Jeremías Bucheli, Florentino Calderón, Samuel Chaves, Manuelito Espriella y algunos pocos más — entraron pronto; adquiriéndolos con extrema facilidad, a las nociones preliminares de la topografía; a fuerza de incesante práctica diaria pronto estuvieron capacitados para el trabajo en el campo, principalmente en el trazado de caminos: Aquí comenzó todo el progreso de la época posterior.

La idea de una carretera que, atravesando el Departamento, llegara al mar, se impuso como necesidad primordial. Las dificultades, a causa de la naturaleza de los terrenos, sobre todo en el Guátara, eran tales que a veces el ánimo desfallecía, creyendo la obra imposible. Es justo reconocer aquí que los gobiernos del Departamento han dado la prueba más alta de constancia y tenacidad continuando la labor, año tras año, sin dejar un día, y afrontando todos los problemas de un trabajo monumental.

De Túquerres a Barbacons existía el sumoso camino de herradura, llamado de Barbacoas, y persiguiendo la idea de que fuera fácil transformarlo en carretera se me comisionó para su estudio. Con algunos de mis discípulos hicimos el viaje, excursión deliciosa llena de peripecias simpáticas. Qué agradable fue aquello. Jorge Reyes quería sólo hablar en latín todo el camino; Samuel Chaves medir las aguas y Juan José Gutiérrez — que había militado en la última revolución en estos territorios — el más eficaz proveedor de los excursionistas. Así estudiando, charlando, divirtiéndonos si se quiere, llevamos a cabo la deliciosa turnee que nunca he de olvidar.

La impresión general resalta de lo que entonces se publicó en un periódico de Pasto.

NOTAS DE VIAJE

El viaje a Barbacoas descrito en las *Reminiscencias* me había impresionado profundamente desde años atrás cuando lo leí en Bogotá. En mi imaginación Barbacoas se me aparece como algo análogo al "darkest Africa," es decir: lo más profundo y misterioso que pudiera hallarse en el planeta; sus selvas impenetrables con árboles que fructifican y brotan; los abismos que se atraviesan sobre una chonta; sus *morenos* comedores de Nupa, en fin, todos los detalles de aquella narración, obra maestra de nuestra literatura descriptiva, me causaron siempre curiosidad avivando el deseo de ver las comarcas descritas.

Los tiempos han cambiado, y al recorrer el espléndido camino que en la actualidad liga las ciudades de Táquerres y Barbacoas se reconocen las huellas de la senda primitiva por donde transitó el autor de las *Reminiscencias* y, se comprende que no hay exageración en sus escritos. Viva están los recuerdos del modo como se viajaba entonces, especie de excursión por un panorama del *Inferno* de la Divina Comedia.

En veinte años se ha transformado todo aquello, se ha poblado una zona de considerable extensión y se han creado intereses comerciales y de tráfico de bastante importancia; todo esto se debe a una vía de comunicación bien trazada y bien conservada!

Si ahora se viaja con menos aventura, si ya no se corre el riesgo de comer sorpiente distraída con el pseudónimo de peacada no por esto es menos interesante la excursión. No se transita en estos tiempos a lomo de indio, ni se cuentan las distancias por *decanañeros*, (unidad de medida bien sugestiva pues marcaba el trecho que el carguero recorría hasta experimentar fatiga). Ahora las distancias se miden por leguas, se puede andar en este camino a razón de legua y media por hora, cuando antes era este el trayecto que se recorría en un día de jornada.

La distancia entre Táquerres y Barbacoas es de 31 leguas o 5 kilómetros que se cubren, sin apuro, en cuatro días. El camino admirablemente trazado sigue una serie de contrafuertes. Los primeros correlativos a la hoya hidrográfica del río Mira y los últimos a la del Patía. De un sitio llamado *El Páramo* y casi a mitad de distancia arranca una gran cuchilla o contrafuerte, *divortio aquarum*, entre las dos hoyas mencionadas. La pendiente más común en la vía es la del 10%, pero hay algunos puntos en que sube al 16%. Al pasar de un sistema de contrafuertes a otro se han introducido horizontales y contrapendientes. Para mí, que conozco la mayor parte de los caminos de la República, fué una impresión muy grata ver este camino de Barbacoas, notable bajo dos puntos de vista: su trazado y su mantenimiento.

Quien trazó esta vía puso de manifiesto dotes de la más grande

sagacidad al aprovechar los accidentes topográficos del terreno llevando a cabo una obra maestra de Ingeniería de vías de comunicación, tanta, que este trazado puede poseerse como ejemplo. Se deja ver que el trazo primitivo obedeció a la idea de un *carretrazo*; al construirlo, y por motivos muy justificados, se le introdujeron algunas pendientes fuertes del 16%, por razón obvia en muy contadas localidades: no se pretendió construir un carretero sino un famoso camino de herradura.

Al transitar por estas sierras, al oír las relaciones de los habitantes sobre la venenosa y abundancia de las serpientes, al ver los abismos y abruptos que cruza la vía, no pueden apartarse de la imaginación las figuras de los primeros Ingenieros que cruzaron nivelando este trazado. Se siente uno hondamente conmovido pensando en las penalidades que tuvieron que experimentar, en los peligros que arrojaron y la paciencia y conformidad que tuvieron que desplegar para llevar a término su cometido.

Causa tristeza el considerar que la personalidad del Ingeniero desaparece completamente delante de sus obras. Suerte común a ciertos profesionales humanos: la labor que llevan a cabo ahoga su individualidad. El camino, el puente, el edificio quedan prestando un servicio perpetuo, pero el nombre de quien los construyó se olvida muy pronto. No así sucede en otro orden de trabajo, el nombre del autor queda aunque las obras se hayan perdido.

Pero esto no importa. Los Ingenieros seguirán trabajando en su labor que si aún nada en cuanto al individuo, es de eterna memoria por su utilidad. En el plan providencial que rige el desarrollo del progreso humano nacen individuos con estas condiciones de amor al trabajo, de indiferencia al peligro, dotados de cierta admirable conformidad que se aplican necesariamente a estas labores de utilidad pública guiados, si se quiere, por un instinto ahogado además en sus aspiraciones. De esta manera hablan Dios los verdaderos ingenieros.

En las posadas del camino el dueño de casa, por lo común, conocedor de las montañas que tiene, a quien sabe interrogarlo, con interesantes narraciones de cacerías y sobre todo con detalles vívidos de los costumbres, hábitos y recursos de las víboras. La Nueva humana, especie de Dios que devora los venados y otros grandes animales; la GUALCAUNA, de mordedura mortal, pero perezosa e indolente; la AMARCAUNA, terror de los montañeros, por su agilidad y sobre todo por su recurso. Esta Amarcuana espanta más si es necesario a quien la molestó hasta que logra darle su mortífero mordisco. Para darse cuenta de que no hay exageración en las relaciones, basta saber que en estas comarcas tan poco pobladas se registran más de veinte defunciones anuales por mordedura de serpiente...! Cuántas cruces hay en el camino en los puntos en que N. N. cayó bajo el ataque de la feroz Amarcuana! En el camino de Barbacoas las víboras son motivo obligado de conversación.

En la zona longitudinal del camino el clima está dividido en dos regiones bien delimitadas: la de Túquerres a Altaquer de clima común ecuatorial y la de Altaquer a Barbacons que puede llamarse de LLOVIAS PERPETUAS, esta parte de la vía es también la montañosa.

Yo había oído hablar de esta lluvia constante característica de la selva colombiana litoral del Pacífico, pero no había visto cómo es aquello, ni me había podido formar idea de lo que es la humedad congénita de esas comarcas.

Sin haber ciénagas y con buen declive en los terrenos, el suelo sin embargo, está tan impregnado de humedad que, a no conservarse el camino como se le conserva, sería barrizal impracticabilísimo. Del camino no puede apartarse una línea so pena de enterrarse en el fango. No sé como en esta humedad crecen los árboles y sin embargo la selva es poblada. Allí, bajo una niebla permanente que no permite distinguir un objeto a cincuenta metros, donde no alientan aves ni otros animales de los que alegran las selvas ecuatorianas se siente que el estido impera semejando estos lugares a los del litoral africano que, como "RINOS DE LA SERVIDIENTE" nos han descrito los viajeros.

Debido a la gran humedad y sobre todo a la brisa fría, no se siente sino a intervalos que habría de experimentarse sobre todo desde Buenavista en adelante. En Barbacons, que está a muy pequeña altura sobre el nivel del mar, sólo a ratos se siente el calor y el clima en general es fresco. Como el camino tiene mucha contrapendiente, en un mismo día de marcha, se alterna clima frío y caliente repetidas veces.

De Piedrancha para adelante se encuentra ya la arquitectura palustre característica de esta región y a la cual debe su nombre Barbacons. Hay cierto tipo japonés en estas construcciones montadas sobre pilotes y a las cuales se sube por escaleras más o menos primitivas y peligrosas. Nada tan sencillo como estas edificaciones: cuatro postes altos enterrados en el suelo y unidos en su parte media y superior con tirantes. Sobre los primeros un piso formado de latas de un árbol llamado *gualte* y, sobre los segundos, el antechado cubierto de hojas o de palmiche.

Las paredes son un ligero enrejado de chonta y por toda división interior uno o dos pequeños tabiques también de chonta, de modo que al entrar a una de estas habitaciones se abarca todo el interior de una sola ojeda. La altura del piso sobre el suelo varía de metro y medio a dos metros, y se sube por una escalera muy comúnmente hecha de un madero con entallas. Los utensilios interiores se reducen a un fagón de arcilla, algunos barriles que sirven de asiento y dos o más baúles, que desempeñan las funciones de armarios.

En la mayor parte de las casas y en la parte que pudiéramos llamar el salón está colocada la *maximba*, instrumento de origen afri-

cann que produce sonidos melodiosos y suaves algo semejantes a los del pino con sordina.

El tipo arquitectural descrito es el mismo en la ciudad pero ornamentado. Las paredes y entablicados son de madera de pino, cobertura de zinc y pintura al óleo en colores de mucho gusto.

El aspecto de Barbacona es muy especial y como es tan diferente de lo que conocemos en el interior causa impresión. El carácter más saliente es la simpatía; aspecto simpático: he ahí la indefinible sensación que el viajero experimenta a la vista de Barbacona, sensación que se confirma al recorrer la ciudad.

A causa del incendio, que devoró gran parte de la ciudad hace unos tres años, se encuentran ahora numerosas obras de reconstrucción, pero con la actividad con que se está construyendo no tardará mucho en estar reparado el mal. Sorprenden los almacenes por su arreglo, elegancia y surtido, pero también sorprenden los precios, que en vez de ser más bajos son mucho más altos que en el interior.

El río Telembí, a cuyas márgenes está Barbacona, tiene fama por la limpidez de sus aguas; una enorme avenida en día de mi llegada me impidió gozar de la encantadora vista que debe presentar cuando está claro. Su aspecto me recordó mucho el del Magdalena en Girardot.

La avenida de que hablo fue tan grande que buena parte de la población se inundó por completo, habiendo subido el río, en total, siete metros. El vapor *República* rompió las amarras y se largó río abajo arragado y apenas con dos tripulantes; fue una sorprendente casualidad al que no hubiera naufragado.

De los cuatro vapores que sirven al comercio con el mar Pacífico sólo conocí el *Nariño*, pequeño barco de excelentes condiciones, movido a hélice, y el *República*, de mayor tamaño y de ruedas laterales, algo lento en marcha y duro para maniobrar.

El día en que, adoptando métodos adecuados, se haga de nuevo el camino de Barbacona será increíble la manera como se acercará el movimiento comercial en la ciudad y la importancia de este Puerto.

Puesto que existen tantos intereses creados es mi opinión que el Gobierno haga lo posible por conservar la vía existente. Buscar nuevas es fácil, pero: cuánto vale lo ya adquirido? En países como el nuestro hay que ser conservador de los intereses creados; hay que considerar cuánto tiempo, cuántos sacrificios y cuántas dificultades vencidas representan.

* * *

Desde el punto de vista industrial las zonas seca y húmeda del camino están divididas; la primera puede desarrollar agricultura y ya principian a verse grandes desmontes donde se fundarán hermo-

las haciendas, la segunda es esencialmente minera, sobre todo en Barbacons.

Quizá con el transcurso de años y años pueda implantarse alguna agricultura en esta región de las lluvias perpetuas, pero hoy por hoy no puede hacerse nada ahí a este respecto y estas comarcas serán tributarias del interior, para todos los mantenimientos. Consideración es esta que urge en favor de la transformación en *carretable* del camino entre Túquerres y Barbacons.

La *Provincia* tiene que vencer la competencia del extranjero. Papas, harinas, carne, etc., van de la altiplanicie al litoral; si los medios de transporte se mejoran la agricultura tomará un enorme desarrollo en esas regiones productoras; pero si los medios de transporte siguen dificultosos todos los mantenimientos irán no de la *Provincia* sino de los Estados Unidos, y el desarrollo agrícola de lo más fértil de Nariño permanecerá estancado.

La más superficial reflexión evidencian que la empresa cardinal para el progreso del Departamento es la transformación del camino de Barbacons en vía que sirva al tráfico sobre ruedas.

Los grandes adelantos realizados en la tracción automóvil deben aprovecharse entre nosotros, pues parecen hechos a propósito para nosotros. Al presente no se necesitan aquí grandes velocidades, el comercio no exige más de diez kilómetros por hora. Hacer el vinjo de Barbacons a Túquerres en 15 horas satisface todas las necesidades del tráfico.

Por otra parte el tráfico es modesto, se lo estima en cosa de 10 toneladas por día y aun cuando fuera el triple todavía lo sería. Pequeño tráfico y moderada velocidad en el transporte permiten el empleo de vías a pendiente fuerte y con radios estrechos en las curvas. Es decir, el problema del camino de Barbacons puede resolverse en estas condiciones; no transformándolo en carretera clásica sino en *carretable* para ciertos y determinados vehículos.

La cuestión económica que decide, en cuanto al negocio, las condiciones de una vía de comunicación, es el precio de la *fuerza motriz*. Si en una línea horizontal para acarrear a cierta velocidad un peso A en kilos se requiere una fuerza F , para acarrear el mismo peso a la misma velocidad en pendiente en ascenso se necesitarán fuerzas tanto mayores que F , cuanto mayor sea la pendiente. Si la fuerza F vale D en dinero y el acarreo deja ganancia en la horizontal, en la pendiente llega un momento en que la fuerza movilizante vale tanto que el acarreo da pérdida. La línea horizontal, que era económica, se torna en la pendiente antieconómica. Lo mismo que se dice de las pendientes se aplica al radio de las curvas: tanto menor radio tanta mayor fuerza movilizante.

Se deduce, pues, que para poder utilizar vías de fuerte pendiente y de corto radio hay que emplear para el transporte fuerzas aunamente baratas o gratuitas. En este caso se echa mano de las

energías naturales: las caídas de agua, que transformadas en electricidad, suministran la energía más barata conocida.

El tipo de automóvil eléctrico accionado por las energías gratuitas que se encuentran en la zona del camino resuelve toda la cuestión: En técnica el asunto está estudiado, ahora hay que llevarlo a la práctica.

Pero no dirá que la tracción automóvil es impráctica y que en el ensayo hecho en el "Celeste Imperio" los resultados han sido desastrosos. Impráctica será esta tracción también entre nosotros, a gran velocidad; lo que salva el punto de vista es lo cardinal, en cuanto a nuestro tráfico.

CUANTÍA MODESTA, MODERADA VELOCIDAD, esto en la técnica; que en cuanto a la economía la empresa está salvada con el empleo de las fuerzas acuatitas. Imprácticos son los automóviles, en pugna de peso en la carga y de velocidad de acarreo, comparados con los ferrocarriles, pero son enteramente prácticos para pequeños tráfico y modestas velocidades. No pueden compararse las necesidades del comercio europeo o asiático con las necesidades de la pobre Colombia y al estudiar en Europa medios de tracción aplicables a nuestro país hay que tener la sinceridad de declarar que nos basta una cosa viable allí: TRÁFICO DE DIEZ TONELADAS Y VELOCIDAD DE ACARREO DE DOS LEGUAS POR HORA!

La minería de Barbacosa no tardará en pasar del estado incipiente en que se halla al estado de plena actividad, con producción que justifique la enorme riqueza de sus yacimientos. La falta de aguas cercanas, los rudimentarios métodos empleados y la invariable rutina, han paralizado hasta ahora la industria. Pero el enorme progreso en MAQUINARIA facilitará medios económicos de trabajo y vendrá a solucionar cuestiones técnicas que hasta el presente parecían irreductibles.

Por lo pronto, y como más fácil, se ocurre la elevación de aguas del Telembí a una altura vertical de 100 metros y trabajar por lavado común el radio de explotación que produzca esta diferencia de nivel. La baratura del combustible permite establecer como fuerza motriz el vapor. Para más tarde y no dudo que se intentará la conducción de aguas entubadas. Tenemos el ejemplo en nuestro país de acequias y entubados cortosísimos, los cuales se han efectuado en Remedios, en ocho leguas de acequia, y en Mariquita y el Fresno, entubaduras de más de doce leguas de longitud. Si se despierta el espíritu de empresa no creo tarde mucho el día en que a los aluviones de Barbacosa se conduzcan las aguas, que por ahora faltan, para un trabajo activo y continuo.

Para los lectores poco familiarizados con los modernos adelantos en maquinaria conviene sepan que, en nuestro país mismo, se eleva el agua en algunas minas a alturas hasta de 300 metros y que en Norte América hay desagües por bomba a más de 1.200 metros;

dolante de estos números, qué son los 100 metros a que hay que levantar los aguas del Telembí?

Qué diró para terminar? El sentimiento patrio me lleva a pensar que desarrolláramos nuestras industrias por nosotros mismos, que buscáramos para ayudarnos el mínimo de capital extranjero, y en caso de buscarlo lo solicitáramos modesto, con la modestia de nuestras necesidades. Pero ya todo esto no son NOTAS DE VIAJE; el pensajamiento he ido a divagar por la técnica de las vías de comunicación perdonésemo el haber salido del asunto.

Gratos recuerdos conservaró siempre de esta excursión a Barbaacas y, sobre todo, experimento viva satisfacción al ver cómo, en pocos años, por donde eran selvas y abismos impracticables se extiende hoy un camino poblado a sus orillas, provisto de recursos por donde se viaja al paso largo de la caballería, y estoy seguro de que en un futuro próximo los métodos de locomoción se habrán cambiado por los más perfectos que nos brinda la civilización.

F. P. G.

Desde entonces con invencible perseverancia tesonera trabajé en el proyecto de hacer carretable el camino de Barbaacas. Desde entonces sostuve la tesis de los procedimientos de tracción forzada, las pendientes fuertes y las curvas estrechas, y yendo más allá, la de automoviliarias *versus* ferrocarriles para el Sur de Colombia.

El principio de Erasmo, que *de la discusión surge la luz*, será bueno para todos los países del planeta menos para Colombia; en esta tierra, *de la discusión sale la ofuscación*. Como si un hado adverso guiara nuestros destinos el prurito de discutir nos lleva fatalmente a dejar de hacer lo que debe hacerse; a la pavorizante frase "No sería mejor?" A la conjugación de la forma verbal "Ser mejor" debe Colombia todo su atraso. Ya se cristalizó la cosa en un refrán inglés: "EL PEOR ENEMIGO DE LO BUENO ES LO MEJOR."

Aduéñose la discusión del proyecto de la automoviliaria a Barbaacas; hablaron los prácticos... qué más

puede decirse? Los unos trataron el asunto como cosa temeraria, allá otros negaron la existencia de los automóviles y más allá, los que llevaban la batuta, opinaron sobre la conveniencia de hacer estudiar el asunto por algunos jóvenes narrienses que entonces residieran en Europa. El proyecto durmió el sueño de las cosas que no se hacen.

Al hacer que Fausto visitara el recóndito paraje del Caos en donde están las "Madres"—aquellas que únicamente ven a los que no han nacido—Goethe nos regaló la más espléndida figura de mil cosas en la vida humana; pero todos los admiradores del genio de Weimar hubiéramos deseado llevase al Doctor a esotro paraje donde se hacían, en el caos infinito, las cosas que no hacen, allí hubiérase encontrado el grandioso proyecto que con mis discípulos imaginamos entonces.

El gravísimo problema de la inquina creciente entre los del litoral y los del interior—serranos como dicen ellos—llevó a todos los gobernadores del Departamento post Bucheli a tomar, como elemento de popularidad, la unión de los pueblos de la sierra y de la orilla del mar, basándose en la carretera proyectada; único luzo posible y único medio de unión.

Jamás echará Dios al mundo hombre de tan buenas intenciones cual lo fue el Gobernador Mutis; pero al hacerlo, el Padre Eterno, equivocó los botes farmacéuticos que emplea en la confección de los hombres, y, en vez del grano de locura con que a todos nos ensena le introdujo, a Mutis, una onza de tontería. Por esto no pudo hacer nada y... hubiera hecho cuanto hubiera querido.

Fue la época del gobierno del doctor Apolinar Mutis, hombre bueno si los hay, época de agitación; agitación política se entiende. En la lucha de ultras y republicanos—estos los representantes de un partido progresista—imaginaron los llamados de la clase rica en Pasto, el más extravagante proyecto: unirse directamente al mar por medio de un ferrocarril entre Pasto y Sanquianga, es de-

air: llevar una dosis mayor de confusión y distraer esfuerzos que debían hacerse en el buen sentido.

Es de sentirse que Julián Bucheli, olvidando los más puros ideales en materia de progreso en estas tierras, tomara parte activa en tan descabellada empresa. Qué le aconsejarían los *prácticos* entonces!

El que conoce las localidades sabe que un ferrocarril, de adhesión, entre Sanquianga y Pasto, es algo como el ferrocarril de la Oroya en el Perú. Lo hacedero, lo que valía la pena de hacerse se dejó a tras mano, energías inmensas se gastaron, no digo estérilmente—porque en lo humano no hay trabajo perdido—sino inoportunamente.

Cayó Mutis bajo los golpes de hacha del Ilmo. señor don Leonidas Medina—perdóneseme el irrespeto, figura extravagante en la historia de Pastópolis—y los gobernadores posteriores a Mutis abandonaron enteramente el proyecto de la automoviliaria a Babacoas.

En el 18 concurrí, como Diputado, a la Asamblea Departamental; primero y único estreno de vida política, pues nunca he tomado cartas en asuntos de esta clase, ni he desempeñado empleo público alguno; pero fui, porque era indispensable que una voz autorizada sacara adelante la obra redentora de la automoviliaria proyectada hacía diez años. Por suerte de las cosas beneficié, en favor de esta obra de mi predilección, la incontrastable influencia de que disfrutara y ahora estoy seguro de que la automoviliaria se llevará a cabo.

SIC VOS NON VOBIS.

In illo tempore el magnífico puerto de Guapi pertenecía al Departamento de Nariño, las gentes que viven allá elevaron un memorial a la Gubernación, memorial sumamente sentido manifestando su aislamiento: ningún camino los comunicaba con el interior, vivían como elemento disgregado, sin nexos, sin relaciones comerciales. En esas lejanías ellos por agua se entendían, a veces, con la Buenaventura, con Tumaco, con Panamá----

Para atender a la apremiosa necesidad de unir todos

los miembros de la colectividad política que llamamos patria, la Junta de Obras Públicas proyectó el trazado de un espléndido camino que uniera a Guapi con Pasto; no un ferrocarril, sino un buen camino. Pasara aquella vía por Sanabria—indudablemente el más rico territorio del país—y luego, buscando la división de aguas entre los ríos Inouandé y Guapi. Qué hermosa idea! Desgraciadamente la cosa se proyectó ya en los momentos en que el Troglodita se sentara en el solio. En la actualidad Guapi no pertenece a Nariño y el proyectado camino fue a amontonarse, con otros tantos proyectos, en el lugar que el Doctor va a visitar muy pronto, muy lejos, en el caos, más allá de donde demoran las *Madres*.

Tumaco es el único puerto del Departamento; no hay necesidad, ni se ha pensado tampoco, en habilitar otro. La comunicación entre Tumaco y Barbacons se hace por navegación fluvial primero en el Putúa y luego en el Telembi; esta navegación presenta algunas dificultades, obvias algunas y otras de carácter permanente. Pero la capacidad comercial de Nariño es todavía muy pequeña y sólo para un futuro remoto habrá que pensar en otra vía más expedita.

Tumaco es la población más próspera del Departamento, el Municipio disfruta de cuantiosa renta y la parte blanca de la población es progresista. En los últimos tiempos los tumaqueños han tratado de dar inmenso empuje a la instrucción pública; pero se han suscitado desavenencias—en algunas ocasiones— con el Gobierno del Departamento, desavenencias originadas por el temor que se tiene en Pasto de que en Tumaco se quiera dar una instrucción muy libre, no enteramente sujeta a las normas ultracatólicas del interior. Por esta causa no han podido los tumaqueños desenvolver todo su plan instruccionalista. La prosperidad de la "Perla del Pacífico" está amenazada por los embates del mar, peligro que día por día se hace más inminente; para afrontarlo se exige cuidadoso estudio. Sólo la ciencia puede salvar a Tumaco.

CAPÍTULO VII

Fiestas y fiesteros.—Derechos y camaricos.—El diezmo y primicias.—La agricultura no se expande a causa del derecho eclesiástico.—El diezmo en las minas.—Indios y blancos.—Los indios son menores de edad.—Carácter del pueblo.

No tuve ocasión de observar estas cosas en otros lugares del país, no me habían preocupado; cuando vine al Sur, llamóme la atención todo esto porque fue nuevo para mí. Este capítulo es una especie de cuadro de costumbres enteramente suriano; algo de ello debe haber por el Norte, pero no de tan intenso colorido como por acá.

Algún amigo, cuando leyó el sumario de este capítulo, lo vió con ojo temeroso y aconsejóme la prudencia. Pensé, en ocasiones, no escribirlo; pero la descripción de la vida en los Andes Occidentales quedaría tan incompleta—sin él que es el meollo—que abandonando todo temor lo escribo; además, pienso para mí, que en él nada ha de encontrarse censurable: es una descripción sencilla de cosas que a diario están pasando, que el avance de la civilización hará desaparecer bien pronto; lástima sería que no quedaran descritas.

Al hablar de fiestas y fiesteros no me refiero a las grandes festividades que, en todo el mundo católico, se celebran en épocas señaladas. No; no pretendo describir esas solemnidades magníficas que en todas partes, con grandiosa pompa, conmemoran fastos de la religión nacional y que por cierto—en magnificencia y pompa—son, en Nariño, muy inferiores a las que se celebran en otros Departamentos; las fiestas de que voy a ocuparme son celebraciones locales, las más de ellas en pueblos de indios, o en apartados rincones, festejos dedicados a imágenes que se veneran aquí y allí, por todas partes, y que recuerdan, con mucho, las "borracheras" con que los

aborígenes se daban días de contento, también en épocas señaladas, honrando sus divinidades.

Dícenos Renán que la organización del mundo católico se congeló sobre la organización pagana, tanto en dignidades eclesiásticas, como en sus festividades conmemorativas; es bien seguro que las fiestas locales en el Departamento de Nariño se calcaron sobre los festejos de los indígenas, probablemente por haber sido esto un medio empleado por los misioneros para atraer a los primitivos habitantes al feo y al amor de la verdadera religión.

Verdadero placer sintiera concurriendo a las fiestas en Mallama; pues aparte de la diversión, en ello encontraría el mejor medio de estudiar las costumbres y conocer a fondo el carácter del pueblo. La descripción que hago de lo que pasa en Mallama abarca todo el asunto, pues con pocas variaciones las cosas se suceden de idéntica manera en todas partes; para muestra basta un botón.

Para conocer el pueblo hay que vivir familiarmente entre él; beber cuando hay que hacerlo; tener una querida que nos quiera y que ocupe cierta posición—dígase así—en medio de las clases trabajadoras. Necesítase, además, que sin familiarizarnos, ni degradarnos, lleguemos sin embargo a inspirar absoluta confianza.

Yo no sé qué sensación experimento cuando oigo declamar a los agitadores de levita sobre los derechos inmanentes de los pueblos; ellos, los agitadores, no tienen idea de lo que es el pueblo, ni amor por él; ni estimación; buscan tan sólo explotar su necesidad y su candidez. No así los que viviendo familiarmente con los humildes, llegan a descubrir virtudes y defectos, y, guiados por la caridad, admiran las primeras, disculpan los segundos y se afanan por encontrar el medio de corregirlos. Perdónese-me la repetición: el grande apóstol de la Rusia nos ha dado el ejemplo, con su vida en la práctica y, la doctrina en sus escritos; fuérame posible el imitarlo!... Basta de divagaciones y adelante.

Aparte de las fiestas clásicas, celebrábase en Mallama, las locales que son como cinco en el año; pero se me ol-

vidaba decir que, en todos los caminos apartados, existen capillitas—ranchos bastante grandes de cubierta pajiza—en donde se veneran iconos de mayor o menor fama milagrosa, que no milagrosa. Para entrar en materia principiaré por esto.

La capilla pertenece, por lo general, a una *síndica* que explota en su propio beneficio la credulidad supersticiosa de las gentes sencillas. Si están bajo la inspección de las autoridades eclesiásticas, no sabré decirlo, porque las fiestas se celebran sin intervención del párroco u otro clérigo.

En las seis leguas del extraviado camino que conduce del Guavo a Guachavés, existen—dentro de la jurisdicción de Mallama—tres de estas capillas en donde se festejan pequeños iconos, muy diminutos que representan advocaciones de la Virgen María; la *síndica* ocupa posición importante—dijéramos posición eclesiástica—disfrutando de no despreciables privilegios. Parece que en el fondo de las cosas las buenas gentes del vecindario las temen. No tienen ellas—las *síndicas*—más que otros influencias especiales sobre la imagen bendita que es su propiedad? No están más cerca? No pueden dirigirsele con mayor intimidad?

Cada año—en fecha precisa—se celebra la fiesta: hombres y mujeres del vecindario solicitan hacerse cargo de los festejos; para cumplir lo prometido no vacilan en malvender sus bienes, cabezas de ganado, bestias u ovejas, que con sudores, en el trabajo de la tierra, hubieran logrado adquirir. Pero la fiesta está primero que todo; la más elevada noción de honor por el cumplimiento de la palabra empeñada se despierta entre personas que, talvez otros compromisos, no cumplieran. Así debieron ser los aborígenes en el cumplimiento de sus deberes para con sus terribles divinidades; aquí, en los días del presente, próximos al pico del Gualcalá veneran un icono que otra raza lea hiciera conocer, pero que ellos—en su mentalidad primitiva—confunden en el *substractum* étnico de la religiosidad antigua.

Con suficiente antelación comienzan los preparativos: moler el maíz para la chicha, encargar a tierra caliente—gunico, como aquí se dice— el guarapo, preparar los cuyes y las otras vituallas. Gastos inmensos para los pobres, porque aun cuando sólo monten a cincuenta, sesenta u ochenta pesos, son para ellos un caudal!

Blancos e indios concurren de todas partes, ya saben que tienen la comida y la bebida en casa de los fiesteros; no falta el guardaño ansioso del negocio que puede hacer explotando a los que en el afán de beber sacrifican, en breve, la vaca, el toreto o la sementera en hierba para procurarse aguardiente; tampoco falta el agente de la renta de licores tratando de vender cuanto trago sea posible, primero al contado y en seguida al fiado, sobre buenas prendas o documentos de concierto. Horror causa decirlo; estos agentes dependen de un patrón rico de Pasto que comulga todos los días!

Los fiesteros se enorgullecen con llevar a la fiesta las mejores *rezadoras* de la comarca; en esto hay graduación, como en todas las profesiones; y hay en materia de rezadoras buenas, mejores y óptimas, como en todas las cosas. Naturalmente que los honorarios son diferentes según clase como todos lo saben.

Viene luego la música: el gran bombo—inmenso y sonoro tambor—flautas de caña, capadores—otros instrumentos primitivos—y un pistón más o menos ronco, que domina con sus notas estridentes la algarabía. Tonada monótona y triste, fatigante para el que no entiende pero llena de atractivo para el iniciado. Los extremos se tocan, y para mí hay ocasiones en que he sentido una algarabía con tanto gusto, como en otras he sentido lo mejor de Parsifal o de Tanhauser.

Se celebran las vísperas con mucho rezo nasal y monorrítmico, rosiándolo con trago y vasos de guarapo. Al otro día la fiesta: el rezo se pone de lado; se baila día y noche, se canta y se enamora como en los cuentos antiguos de la fábula griega. Cuando se sale del rancho—en

los bocajes vecinos—se oyen dulces querellas y suspiros de amor----

El guarduña aprovecha para su negocio al pobre que deseando beber no tiene con que pagar; el pobre que está tantalizado viendo tan cerca, y sin embargo tan lejos, la botella de aguardiente. El agente del bento patrón, aprovecha para él la imperiosa necesidad asegurando a su dueño peones que irán a trabajarle por un ruín salario, más ruín que el que pudieran obtener esclavos de otros tiempos.

Cuatro o cinco días dura la fiesta; gana la sáindica por ciertos y ciertos derechos; gana el guarduña y gana el agente del productor de aguardiente, para el rico propietario que vive en Pusto con fama de santo; pierden su honor multitud de muchachas y sus jornales el trabajador. No puedo imaginarme qué cara harán allá en el cielo los venerados santos que reciben la fiesta en su loor. Tristes o alegres---- allá ellos. Cuanto a mí comprendo que es una necesidad del hombre el distraerse con estas borracheras, todos los pueblos de la tierra las han tenido, sólo desearía que pudiera dárselles apariéncia más civilizada y que no fueran originadas por motivos religiosos. Que la religión viva muy alto en la serena, etérea atmósfera que le conviene: fortaleza de las almas y esperanza de un futuro mejor.

Las fiestas en los pueblos son más en grande; concurre el Párroco, el primer día para la misa, y recibe la oblación de los fiesteros en forma de derechos en dinero y camaricos. Qué graciosos son estos camaricos! En una vara larga, como de cuatro metros, van suspendidos productos de la tierra y del corral: plátano, frutas varias, gallinas, cuyes y hasta pequeños cerdos; en fin, toda cosa comible. Los fiesteros cargan las varas por las puntas y, con gran pompa, las llevan al convento, que así, en Nariño, se designa la casa cural.

Tras la función religiosa—muy cohetada y polvoreada--sigue una procesión al rededor de la plaza; luego el cura hace las cargas y se va. Siga la fiesta! Cuatro o cin-

co o más días de regocijo permanente, de buena hebezon, mucho baile y *parranda*, para usar un término enteramente nacional, significativo de todo lo sabroso que se puede hacer en estos casos. Queda a la imaginación del lector el fantasearlo.---

Gustárame—sobre todo para la fiesta de la Purificación, el 2 de febrero—bajar de las alturas de “El Porvenir” al delicioso temperamento de la meta de Mallama a pasar, con mis buenos amigos, festeando algunos días; gusto sintiérame, y bien aprovechado el tiempo, estudiándolos. Las gentes timoratas de las ciudades parece que me han reprochado mi afición a las fiestas creyéndola, mal juzgando, no hija del deseo de estudiar, sino originada en «ficciones groseras. Ay! cuántas veces el filósofo se ha visto criticado por el vulgo!

Se diferencian las fiestas en las tierras altas de las de los guaicos—en el camino de Barbacoa principalmente—por la orquestación, pues en los calientes figura un instrumento musical, la *marimba*, probablemente introducida por la negrería que —en calidad de esclava—trajeran los colonos españoles para beneficiar las minas.

Es digno de notarse que la marimba no es conocida entre la negrada que puebla parte del territorio en el Valle del Cauca o en la Costa Atlántica colombiana; es característica en la Costa Pacífica (alto y bajo Chocó), cual si los negros que fueron importados allá pertenecieran a tribus o naciones diferentes de los que vinieron acá. La marimba es una especie de piano, para buscarle alguna semejanza con nuestros instrumentos musicales: consiste en un teclado hecho de gualte (palmera, especie de chonta, cuya corteza es durísima); las teclas como de 40 centímetros de largo, están sujetas firmemente a la armazón posterior del aparato y arregladas en sus gruesos de tal manera que el golpe que se dé sobre ellas forma escala; debajo de cada tecla, un tubo de guadúa (gramínea casi gigantesca de la América ecuatorial) hace las veces de caja resonante y refuerza el sonido maravillosamente. Para tocar, el artista se vale de dos palitroques que llevan

en la punta una bola de caucho; el sonido de la marimba, melancólico y recio, se deja oír a largas distancias. Caminando por la vía de Barbacons llegan a veces al oído, las notas de una mariмба lejana; son los negros que están de fiesta, se dice uno, y piensa en todo lo que estarán haciendo. Como relámpagos, como luces cerebrales de las que cruzan por nuestra visión interior en ciertas oftalmías, desfilan todas las escenas de las fiestas en los guaiacos y las figuras perfectas de hechura, absolutamente vernácula, de algunas negras.

Fáltame por recordar las fiestas del Niño Dios que durante los meses de Diciembre y Enero celebran casi todos los pueblos; estas fiestas no son propiamente la de Navidad pero se allegan a ella. Aquí y allí, por todas partes, sindicatos y sindicatos poseen efigies del Niño que se adora; cuando llega la fiesta, qué bien lo engalanan! Buena camisa aplanchada, vestido arregladísimo, con nuevos alpargates y ruana tejida por la casera llena de amor. Va el niño en su anda precedido por una turba de chiquillos disfrazados de negros y vestidos de colorines, que bailan alegres por todo el camino, no importa lo largo que éste sea, detrás la música: el bien conocido bombo, las flautas de caña y el pistón. Van al pueblo o ciudad a la misa y luego vuelven el Niño a su residencia sindical para lo de la juerga. Estas fiestas llevan el nombre especial de *belenas* y, si en los meses de Diciembre y Enero son más frecuentes, no por eso las deja de haber en el curso del año.

Cuando recién llegado al Departamento sí que gocé en Pasto viendo lo que yo no había visto en otras partes, sobre todo la entrada del Niño-Dios que de los pueblos vecinos traían a la ciudad a recibir la misa solemne en algunos de los templos de la "SANTA"; parecíame aquello muy semejante a las peregrinaciones que, en la India, se hacen a lugares venerandos.

Maravillóme la marimba la primera vez que la oí, en San Miguel si mal no me acuerdo, cuando fui a conocer a Barbacons. Mi buen inolvidable amigo—ay,

cuanto tiempo hace que duerme el sueño perpetuo!—Juanito Arboleda llevó a Bogotá uno de estos instrumentos desde el Chocó lejano que él, talvez uno de los primeros, exploró de una manera sistemática. Cuando vi la primer marimba en San Miguel, por natural asociación de ideas, vióme a la mente la imagen del amigo ya muerto y la espléndida riqueza del Chocó que él tan a lo vivo supiera describir.

Por natural proceso en la concatenación de nuestras ideas mis simpatías por Arboleda recayeron también en la marimba; cuánta pena sentí la última vez que recorriera el camino de Barbacoas al ver que los pinnos del guinco habían desaparecido.

—Qué ha sido de las marimbas? pregunté.

—Ay señor, contestóme una criolla, pasó por aquí el Padre Mera y las hizo quemar todas. Admirado le pregunté: por qué!

—El buen Padre nos dijo que en cada cañuto de guandua de los que están de bajo se aposentaba un diablo y que al tocar la marimba salían todos ellos, en legión, para hacerse dueños de las gentes.

—Cierto, cierto, el Padre Mera tiene razón.

Las sensaciones las llevan al deseo de continuarlas, aquí está el vicio; pero... sin sensación qué sería de la vida humana?

En el Departamento de Nariño se paga una contribución eclesiástica de algo más de dos pesos veinte centavos oro (\$ 2,20) *per capite*, por año. Esta contribución se resuelve en varios capítulos que nó es el caso analizar aquí, ni hay para qué meterse en tal asunto. Pero entre estos capítulos hay uno que merece le dediquemos unas líneas porque pone de manifiesto la profunda religiosidad del pueblo y la injusticia de lo llamado clases superiores o sean los ricos.

El diezmo es la contribución del diez por ciento (10%) sobre el producto bruto de la tierra, y que es

exigida con el más estricto rigor por las autoridades eclesiásticas; la ley no obliga al pago, pero la piedad de las gentes trabajadoras efectúa tal pago voluntariamente; tal vez en el fondo no muy voluntariamente; mas sea temor, sea superstición, sea amor, el pago se hace.

La forma de recaudo es un remate en el cual, el rematador queda franca y abiertamente explicado de que la Iglesia no se hace responsable al valor del remate, una vez que la ley colombiana no reconozca la efectividad de este derecho. Para el cobro del diezmo, los rematadores, no esperan a que se terminen las cosechas; en regla general cosechan ellos antes que el propietario de la estancia, contando por surcos y de cada diez tomando uno: ellos tienen la libertad de principiar a contar por donde quieran y de aquí que arreglen sus cosas para recolectar lo mejor del sembradio. Cuando no es por surcos—como en la cebada o el trigo—lo hacen por gavillas y de no por costales en el grano trillado para cuya operación, el rematador de diezmos, no contribuye con nada. En fin, lo grave aquí es que el pobre paga el derecho íntegro y completo; pero el rico, el dueño de grandes haciendas, el dueño de grandes sembradíos, no permite a los diezmeros la incursión en lo suyo y se arreglan por una exigua suma en dinero que no representa, en muchas ocasiones, ni la centésima parte de lo que debiera pagar. Ved la tremenda injusticia: que el culto se sostenga por los fieles, es de rigor; que paguen todos por igual—la equidad exigiría que los pobres pagasen menos—pero en fin que paguen por igual. Todo lo contrario acontece en esta tierra, los prepotentes saben eximirse y los infelices tienen que someterse.

Hablando hace años con D. Ricardo Zarama—importantísimo personaje de Pusto—sobre el futuro desarrollo de la agricultura en el Departamento, me dijo él algo que me dió en qué pensar: *“Mientras paguemos el diezmo con rigor, la agricultura no podrá desarrollarse; Ud., bien comprende que ninguna empresa agrícola resiste el pago del*

diez por ciento del producto bruto." Talvez don Ricardo Zarama tuviera razón.

Dato curioso para guardarse es este: cuando principiaron a beneficiarse minas en Nariño algunos párrocos exigieron el diezmo de los productos brutos. Algunos empresarios (Dr. Rosendo A. Benavides y D. Hermógenes Zarama) se dirigieron al Delegado Apostólico en Bogotá, en consulta, para poner sus conciencias a salvo y consiguieron una resolución favorable.

El diezmo constituye una contribución general; va a la capital y el Obispo dispone de él a su arbitrio. Provincias que pagan altísimos diezmos no se benefician de nada; el Obispo es árbitro único y dispensador de estos dineros. Para el sostenimiento del Párroco, aquí en Nariño—como en todas partes del mundo—los fieles contribuyen, según sus alcances, con lo que se llama la Primicia: víveres, cabezas de ganado, bestias, etc. Si la primicia se pagara con rigor significaría una contribución enorme; los buenos curas no son exigentes al respecto, desgraciadamente no todos son así. Los hay que olvidando que la vocación es su ministerio, la creen una profesión; sus exigencias los hacen odiosos y a tales exigencias debe atribuírse el menoscabo que, día tras día, sufren los intereses más elevados del catolicismo en estos países.

No creo que en el Norte de la República existan las particularidades de legislación que nos admiran al venir al Sur; bien pudo ser que no me preocupara de estas cosas y aquí resultáronme novedades; es la aplicación de la ley sobre Resguardos, la manera como se cumple esta ley. Ello llama tanto la atención que exige se le dedique un capítulo, quizás, me lo imaginó, uno de los más interesantes de este libro.

En cuanto he leído nunca he encontrado una descripción de lo que en sus efectos es la Ley de Resguardos; en el Norte de la República se habla de semejante cosa como de una anticualla, cosa pasada, fósil para usar un

término—en nuestra legislación. Pero en el Sur de Colombia es actualidad, asunto del hoy presente y que se tiene casi como un canon de las ideas.

Ahora bien, la Ley de Resguardos—admirable en principio y expresión cierta de la caridad que tuvieron por los indios los reyes españoles—es una manifestación positiva de un régimen comunal cuyos resultados serían sorprendentes, cuando tal comunismo se vinculara en individuos o parcialidades progresistas; pero que, aplicada a colectividades no progresistas, es desastroso en sus efectos.

Todos deseáramos vernos incluidos dentro de una ley general de resguardos; todos, sin excepción, nos encontraríamos felices dentro de una legislación en que la tierra no tuviese propietarios y nos manejáramos—cual la Internacional lo prescribe—en el régimen de posesión y no de propiedad. Si todo el país estuviera organizado dentro de este régimen socialista el bienestar sería mayor a no dudarlo.

En el sistema comunista que la legislación del Sur de Colombia reconoce para el indio y no reconoce para el blanco (caso de que ellos—los blancos—quisieran agruparse en esta forma), hay una grandísima injusticia: se cura de favorecer al indio se le exigen servicios civiles y derechos eclesiásticos tales, que rompen—cuando se estudia las cosas desde el punto de vista sereno de una crítica cierta—todo equilibrio de la más elemental justicia; veámoslo sino: el indio, menor de edad en consonancia con la ley, no puede disponer de la tierra, ni aún siquiera arrendando; el Gobierno no lo considera en calidad de colono ni lo ayuda en nada; en cambio, el indio, está obligado a ciertos servicios de carácter oficial: a servir de posta o chasqui en cualquier circunstancia, a trabajar en las obras públicas, a servir a los alcaldes y a multitud de otras cosas que la autoridad les exige; esto es en lo civil, cuanto a lo eclesiástico tiene que pagar diezmos y primicias, estar a órdenes de los curas y atender con catuaricos y otros derechos en cuanto se les diga.

Haciendo el cálculo del arrendamiento que los indios pagan—civil y eclesiástico—por las tierras que usufructúan, salta a la vista que estos infelices—por el simple creerse terratenientes—pagan un arrendamiento mil veces más alto que el que pagaran al más duro dueño de tierras. El estudio imparcial del asunto conduce a la afirmación de que la Ley de Resguardos, en el tiempo en que estamos, no obedece a caridad alguna, sino muy al contrario al deseo de explotar la raza nupática del aborigen, por tales o cuales intereses.

Si en el régimen comunal—base cierta que los monarcas españoles, inconscientemente de suyo, introdujeron al país como fundamento del socialismo que viene—hubieran librado a los indios de toda gabela, anata o derecho cualquiera, al darle la tierra libre de todo gravamen es seguro que un ideal de caridad humana se realizara; pero este no fue el caso antes; ni después lo ha sido.

Por muy poco que se entienda en lo que es la naturaleza humana puede juzgarse muy bien, a este a quien se le dice: la tierra es suya, se siente satisfecho. Así es como las comunidades indígenas se manifiestan contentas, porque se les dice tienen la tierra que no puede pasar a otras manos; los infelices no se hacen cuenta de que por esa tierra pagan gabelas y derechos eclesiásticos de tal naturaleza que los arruinan totalmente. Si el indio pudiera comprender que el trabajo activo de hombre libre lo ha de llevar a una condición mejor, él sería el primero en dejar el resguardo, coger la hembra y con ella marcharse a los montes nacionales a tumbiar la montaña, fructificarla y señorearse de ella, como otros tantos lo hacen, sin patrón, sin gabelas ni derechos de fiestas y fiesteros.

La personería jurídica del indio, en el Sur, es la de un menor al cual se obliga a que no salga de la menor edad; párceme la de aquellos pobres ércas a quienes las gentes, con palabras almiburadas, les recalcan siempre su condición de huérfanos y, viejos ya, se quejan a las gentes diciéndoles: "*yo soy un huérfano.*" Ni el padre de familia, ni la nación puede abrogarse los derechos de la

Providencia; cuando el ave empluma, vuela; cuando el cachorro se sostiene bien y es capaz de procurarse caza, anda por el monte; así como el hombre, el padre de familia, no puede convertirse en Providencia de los crios, ni el ave mirar siempre por el pajaraco que vuela, ni los otros animales constituirse en permanentes tutelas de lo que de ellos proviene, así tampoco las naciones pueden constituirse en guardianes de una raza. Que la naturaleza haga lo que debe hacer, esto es lo mejor; si una raza está llamada a desaparecer, para qué interponer medios artificiales a fin de garantizar su efímera persistencia?

Nada puede detener la extinción de la raza indígena entre nosotros, ni nada puede hacerse valer en favor de su persistencia; nuestros gobiernos han pagado ingentes sumas a misioneros en su calidad de sostenedores del bien de la raza india; qué ha conseguido? Nada.

Si los que pensaron catequizar para el bien común las recias selvas del Putumayo y del Caquetá, diciéndonos que de su propia catequización—entre indígenas—alli nacerían los gérmenes de una entidad patria capaz de defender nuestros derechos territoriales, por qué buscaron entre la raza blanca del país, en los libres de Antioquia primero, y después en los descendientes de esclavos de Barbacoas lo que necesitaban? Si los millones que gastó la República catequizando indígenas estuvieran bien empleados en lo que se nos ofreció, por qué se busca en blancos y negros, ya civilizados, el contingente oportuno?

Esta es la gran prueba—que está de manifiesto ante todos,—de que el indio jamás será otra cosa que lo que es, elemento apático en nuestra vida civil; carne de cañón para nuestras guerras, elemento electoral en nuestras decisiones, sin ideales, sin ideas, sin cosa alguna que lo mueva en la vida de la nación.

La nación se pregunta ahora, quiénes son sus hijos; al grito de la Patria, quién contesta? Serán los indios o los negros que miran para uno y otro lado a ver cómo se les indica contestar?

Qué horrible es pensar en todo esto, qué horrible es vivir en un país que nuda así.

De quién dependen los indios? Del poder eclesiástico primero y luego del poder civil, tras este poder civil vienen todas las que hacen sobre ellos los dueños de haciendas, calcados en un todo sobre los encomenderos.

De tal estado de cosas, qué puede resultar? Los indios se creen tenedores de la tierra, por intereses se propagan entre propios, aún muy allegados—padres con hijas, frecuente—y la raza va en continua decadencia, porque la unión consanguínea los lleva a tal extremo. Bien, es un medio de acabar con los indios, como otro cualquiera, pero muy en contra del país. El país necesita raza fuerte, no la raza degenerada de indios que van rápidamente al regreso. La Patria necesita de hombres—hombres fuertes, llenos del más grande amor—y de hembras secundas que den hijos, y hartos, de la raza colombiana. Qué importa que se diga a estas horas, que mis ideas se apartan del sentir común; sería yo un profeta, y al pensar cuántas cosas he profetizado en mis escritos de antes me hacen pensar que iba por el verdadero camino.

Por otra parte—y como ejemplo clarísimo, tomémoslo en lo que pasa en la Parcialidad de Mallama—es el caso que inmensas extensiones pueden quedar, a perpetuidad, retraídas de la colonización por motivo del Resguardo. Más de doscientas mil hectáreas (las mejor situadas y mejores en calidad) en el Departamento de Narinó no se colonizan ni se ponen en valor en virtud de la Ley de que me ocupo; pues siendo de Resguardos y perteneciendo a una Parcialidad muy pequeña, ni los colonos pueden ocuparla, ni los indios—por su escasez numérica—pueden beneficiarla.

CAPÍTULO VIII

Maleficios y enlutheramientos.—Las brujas.—Supersticiones populares.—Leyendas varias.

Del maleficio se habló siempre; el mal de ojo, la *gelattura* y lo demás, forma un acervo en la historia del mundo de tal magnitud que, con su historicación, se podría partir una enorme biblioteca. Los muy despreocupados no dan ascenso a estas cosas, los crédulos lo aceptan todo; entre los dos extremos puede formarse un criterio vastamente racional; algo puede haber de cierto, mal estudiados aún estos fenómenos, parece creíble se relacionen con mucho a fenómenos de hipnotismo y sugestión.

El pueblo cree, lisa y llanamente, en el maleficio; lo llama "*daño*"; cuanto al mal de ojo suceden lances que hacen pensar. Conocí en una mina un peón que tenía unos enormes ojos negros, medio adormilados;—ojos de sapo—pues bien, al tal hombre les hacía dar horribles dolores de estómago a las mujeres a quienes miraba y aún a los hombres frecuentemente; repetido el hecho muchas veces dióme curiosidad. Cogí al peón y averigüéle qué hacía él para producir semejantes efectos, ingenuamente me contestó que nada, que era una desgracia que tenía desde niño y bastante que lo hacía sufrir. Pero lo más original del caso es el remedio para curar los calambres del estómago producidos por el ojeo: basta que una persona que tenga *virtud* escupa sobre el vientre del paciente en forma de cruz, con lo cual sana. Los efectos del ojeo no se limitan a las personas sino que alcanzan también a los animales, sobre todo a las yeguas.

Tanto como he oído relatar y algo también que me ha parecido ver ponen, en mi imaginación, el asunto como muy digno de estudio y sería de descarse que tal cosa no se mirara cual simple superstición, acordándose de lo que

alguna vez se ha dicho: "hay en la naturaleza bastante más de lo que está escrito en los libros de filosofía."

Cuanto al enhierbamiento esto es harina de otro costal y voyan aquí algunas referencias de carácter auténtico.

Allá, en época lejanísima—cuando murió mi madre—frecuentaba yo el cementerio de Bogotá; sorprendiome un día, mirando exhumar unos restos, ver que los sepultureros raspaban, con el mayor cuidado, el podrido ataúd que por su parte interior estaba cubierto de un polvillo blanco, medio cristalino, el que recogían en papelitos con esmero; curioso preguntéles para qué hacían eso y—sonriéndose socarronamente alguno de ellos que era muy mi amigo—me contestara que ese polvillo se vendía porque era útil para muchas cosas. Comprendiendo el alcance del asunto di cuenta a la autoridad; qué haría ella? No lo sé.

Cuando ejercía la consulta en mi laboratorio—en la capital de la República—presentóseme un caso sumamente curioso que me ha hecho pensar toda la vida, a veces cual reato de conciencia, a veces como mera curiosidad; allá va el cuento: una mañana llegó un señor a la oficina, hombre alto y delgado, calentano, echábase de ver que era rico; su nombre lo he olvidado, el lugar de su residencia no importa recordarlo;—llamémoslo don N* vecino de V*. Muy misteriosamente quiso tener conmigo una conferencia de la mayor reserva, el caso era grave — y bien grave que lo era!

Cuando encerrados contóme en voz muy baja su historia; era casado, según me dijo, con una joven muy bonita y pobre,—él era rico—ella lo engañaba y de esto tenía pruebas; además bien se veía que la hembra quería heredar.

Acostumbraba el buen señor—así me lo confesara cándidamente—tomarse sus tragos con, talvez, no muy grande moderación; en los últimos tiempos, la mujercita, muy solícita, le atendía a la bebida con exquisita ternura; pero el trago le caía mal y ya, por varias ocasiones, había

sentido síntomas muy graves y víctima suera de varios accidentes. Conocedor de la deslealtad de su esposa y temeroso por otra parte de alguna necchanza, dióse a espiarla y vió que de una botella, que élla guardara en un baúl, mezclaba el aguardiente antes de dárselo; logró percatarse de la misteriosa botella. Y aquí vino la consulta:

—Le traigo la botella Doctor, quiero que Ud. examine el contenido y me diga si es veneno o no.

—Caso de policia—repúselo.

—No quiero eso Doctor, no quiero delatarla nuncunando me envenene; cuanto deseo es cerciorarme, en íntima confidencia, qué debo temer o esperar.

Grave el caso, rogúele me permitiera asesorarme con otro químico—hombre de gran reserva, sabio excelente y antiguo profesor mio, el Dr. Luis Herrera Restrepo—a la cual convino. Mandé llamar a Luis y lo puse en contacto con don N^o; el sabio profesor se dió cuenta del caso y resolvimos hacernos cargo del asunto. Dividióse el contenido de la misteriosa botella en tres frascos sellados, uno para el Dr. Herrera, otro para mí y el tercero se guardó, como testigo, en mi caja de valores. Regresó a V^o don N^o; no recuerdo por qué motivo demoramos, tanto el viejo profesor como yo, por unos pocos días, el análisis del liquido; cuando menos lo pensamos cayónos como rayo la noticia de que don N^o habia muerto.

Qué hacer? Poner el asunto en manos de la justicia, contra la expresa voluntad del hombre que se habia confiado en nosotros? En tan dura situación, “en la duda abstente,” rompimos los frascos quedándonos, el Dr. Herrera y yo, en una gran curiosidad para toda la vida. De qué murió don N^o? Talvez a consecuencia del trago, talvez a causa del mixto o sabe Dios si se lo cargara una infecciosa de las que predominan en nuestras tierras calientes. Allá él, élla y éllas. La dama y la botella hicieron lo demás...—

Más serios estudios pude hacer luego, en Pasto, sobre el enhiervamiento; como parito científico me llamaron al

Juzgado en varios casos; mirábase—aún por los Jueces mismos—lo de los enhierbamientos, como superstición y, sin embargo, los hechos eran claros y palmarios: el cuerpo del delito aparecía constantemente ya en forma de botellitas con agua, ya como hojas secas; esta misteriosa sustancia fuera siempre vendida por indios de Mocoa—los grandes hierbateros según fama.

Casos siempre idénticos: mujeres infieles que daban tomas a sus maridos para mantenerlos en la ceguera respecto de sus deslices; en la dulce ignorancia; pero a veces los pobres cornudos experimentaban síntomas alarmantes, su natural suspicacia los llevara a recurrir a la autoridad con algún cuerpo de delito que se encontró escondido en el baúl de la infiel.

En regla general las hierbas y nguns que examiné eran venenos poderosos. El método seguido por mí no fue propiamente químico sino fisiológico, pues de esta manera era fácil abrir los ojos al cuerpo médico, que miraba en Pasto, estos asuntos de enhierbamiento con cierta sonrisilla sardónica. Por fortuna las experiencias llevadas a cabo por mí, sobre cuyes [Cochon de l' Indie], hicieron cambiar el gesto a los Galenos. Desde entonces tomáronse los delitos de que me ocupé con mayor seriedad.

Llamóme mucho la atención una frase de un pobre hombre en un expediente: después de haber comido alguna cosa que le dió su mujer, sintió, dice él, "rasquiña en la sangre." Qué malestar experimentaría el pobre hombre!

La gente del pueblo teme al enhierbamiento y se abstienen, sobre todo las muchachas, de recibir cosa alguna que no venga de mano muy conocida; en lo cual hacen rete bien.

Muy de común ocurrencia es que los Tenorios empleen mixtos que producen, en las infelices que para su desgracia los toman, desfallecimientos pasajeros que dan campo al hombre para abusar de ellas. Ejemplos pueden citarse a millares.

Hay gentes señaladas con el dedo--con más o me-

nos razón—como practicantes de enhiervamientos; entre centenas puedo citar a'guna casa, en el Camino de Barbacoas, a la cual todos temen; simpática familia en apariencias, bonitas las muchachas. Pero se refieren tantas anécdotas! En cierta ocasión quise parar allí y mis compañeros se admiraban de la imprudencia, algo, sin embargo, me llamó la atención: dos de las hembras son casadas, los maridos—cuando solteros—eran hombres despiertos y aventajadísimos; uno de ellos de principalísima familia de Cali. Poco a poco fueron ebetándose y al presente están reducidos a entes. De una de las solteras enamoróse un joven muy simpático de Pasto, la familia quiso hacerlo salir del lugar peligroso; tratara él de obedecerla, mas de repente se enloqueció, yendo a morir miserablemente en Tumaco. Estos y otros muchísimos ejemplares más, han servido para establecer la fama de la que, sin temeridad, no puede juzgarse.

En Mallama hay una mujer a quien por apodo llaman la LINDA, la cual se jacta de que tiene medios de dominar por entero los hombres; el marido, indio activo y ágil, principió de repente a entontecerse; vivía familiarmente con los queridos de la mujer, los que a su turno también entontecían. Ella se reía de todo esto, se reía, se reía!

Para terminar puedo contarse que es muy común en los caminos, en las ciudades, etc., encontrar ebetados o delirantes de quienes a uno las gentes—señalándolo con el dedo—le dicen: “este es un enhiervado.” Sobre esto no hay duda: lo mismo en Remedios que en otras comarcas del Norte; lo mismo aquí—en Nariño—que en la India y en Africa existe la costumbre de envenenar, con venenos lentos, para fines—por lo común—de amor.

El camino de Barbacoas—en la región comprendida entre el Guavo y Altoquer—es famosísimo por la excelencia del guarapo que se produce; el guarapo es un verdadero hidromel que preparado con esmero y asepeia constituye una excelente bebida refrescante. Pero es el caso que se desen producir un embriagante de alta capa-

cidad y para llenar tal objetivo es muy seguro que le mezclan sustancias vegetales ricas en alenloides. Guarapos los hay que embriagan instantánea, fulminantemente; embriagueces de estupor profundo y prolongado sueño, casi comático las más y otras delirantes, muy parecidas a las del yaje o la tonga.

Si la sustancia tóxica que absorbe el organismo estuviere siempre en forma cristaloides su eliminación fácil no la haría muy temida; pero se absorben coloides—de eliminación difícilísima—y su permanencia en el organismo es segura. De aquí el envenenamiento lento pero progresivo. Los guarapos son, bien se comprende, el vehículo más adecuado para el enhierbamiento.

En el terreno de la superstición pura se encuentra—entre el pueblo del Sur—la aferrada creencia en las brujas, como artículo de fé. Exactamente lo mismo que en la Edad Media, todas las leyendas de esa época al respecto están vivas y son actualidad en Nariño. De la brujería, por supuesto, se habla en voz baja y con cautela; pero no por eso con menos certidumbre.

Hay poblaciones—no hay para que mentarlas—muy desacreditadas, al decir general; casi todas las mujeres de esas localidades son “voladoras” hasta las más bonitas, y viene a la memoria la estúpida descripción del autor de “Resurrección de los Dioses” del aquelarre aquel allá en Milán, si mal no me acuerdo. Con gusto vérase—por estas tierras del Sur de Colombia—la Inquisición funcionar de nuevo a fin de exterminar tan feo avechicho como son las brujas.

Ni los espíritus muy cultivados, como el de D. Adolfo Gómez, insigne ingenio pastuso, se libró de la obsesión de las brujas: mucho lo perseguían y mortificaban, tanto que el buen señor dejó de escribir mucho de lo bueno que hubiera podido sacar de su caletre—pues tenía la cabeza del tamaño de una gran olla,—por las mortificaciones continuadas que las brujas le metieron; tuvo que dedicar su tiempo a espantarlas, dejando de producir lo que Pasto esperaba de su gran cabezota cuyos sesos, tal se asegura en

la capital del Departamento, eran de la misma enjundia y calidad que los de don Miguel Antonio Caro y talvez mejor razonados. Aqui me viene al mugin el versito aquel de mi tío, Benjamín Pereira Gamba, que termina: "Es pecado creer en ellas pero que las hay, las hay."

Para el maleficio y la brujería son los indios supremos en el oficio: de la hierba, el botecito, el franco y otros menjerges se hace un tráfico que pudiéramos llamar público, pero reservado. Las supersticiones, en Colombia, traen su origen desde la prehistoria, es de creerse que el *substractum indigena*, con todas sus supersticiones, hizo el fondo y sobre él se depositaron luego las que de la España medioeval se trajeran por los colonos españoles y las de los negros venidos del Africa oscura. Todo esto formó una mezcla y ---- la religión aportó un nuevo contingente.

El más viejo de la Parcialidad de Mallama—murió hace pocos meses—era don Pedro Puerán, con sus ciento veinte años, bien reconocidos y quizá cortos, hablaba bien y se las entendía de todo. Era un injio alto y corpulento, muy blanco que tal vez más heredara del conquistador que de su abuelo; pero en la Parcialidad era tenido por renaciente, es decir, por autóctono. Para cualquiera que estudie ve en un viejo como éste, una mina de leyendas y tradiciones; quien logró tan larga vida vió mucho y, por tanto que fuera, algo le quedó.

Fuime a conversar con don Pedro Puerán para que algo me contara, que el tesoro de su larga experiencia no quedara perdido; remiso al principio, se abrió luego refiriéndome algunas leyendas de la región del Gualcalá. Profética, en algunos respectos, fue la voz del viejo renaciente.

De lo primero que trató conmigo fue sobre las minas: "Nadie sacará nada de estas minas que usted y otros están trabajando, sobre esto hay tradición muy vieja; el Dueño de las minas lo impide y usted verá que todos los

trabajos que se están haciendo son inútiles." Poco a poco he visto morir las empresas del Guicalá por causas diversas y sin atribuir influencia supersticiosa alguna me maravilla, sin embargo, la clarividencia del indio. Qué bulla en el fondo oscuro del alma primitiva de don Pedro Puerán? Bullan los recuerdos tradicionales de quienes en la antigüedad trabajaron esos veneros con mal éxito? O simplemente la creencia aferrada de que toda riqueza perteneciera a la tribu? Queda a cargo del lector resolver la cuestión.

Más tarde—y con más confianza—el renaciente dejó oír su palabra sobre otras cosas; en ella encontré una razón fundada, tradicional: la misma historia que narran los cronistas en el Norte se encuentra aquí reproducida, casi textualmente, pero cambiados ciertos detalles. Allí se refiere del español que huyendo por Monserrate encontró el famoso venado de oro del cual arrancó un cuerno, estableció la señal del paraje y siguió en el camino de su fuga; cuando años más tarde regresara de España, en vano buscó el lugar del hallazgo, no pudo encontrarlo. Esta tradición es conocidísima y muchos, en Bogotá, se han dado la tarea de buscar el famosísimo venado de oro, sin encontrarlo jamás.

Aquí el Puerán me contara la maravillosa leyenda del Santo de oro al que un indio encontró un día, de la siguiente manera: Andaba el indio en correría por el pie del picacho, por donde hay tanta grieta, tanta caverna que se abriga bajo el temeroso obelisco—el dedo que señala al cielo—desde lo más alto de la sierra. Andaba el indio buscando alguna res o una bestia perdida, cuando de repente alcanzó a columbrar, en una de las grietas, un santo que parecía leer un libro; aterrorizado huyó, más en breve la curiosidad lo hizo volver. Arrimóse lentamente y no viendo ya al hombre que lea atrevióse a avanzar hasta la grieta; después de vacilar mucho tiempo hizo hígados y penetró por la estrecha abertura, cuál sería su sorpresa al encontrar en ella un santo de oro! Arrancóle un pedazo de donde pudo y huyó sintiéndose perseguido por



véres extraños y en su pavora arrojó al suelo el trozo de oro. Llegado a Mallama contó la historia, pero inútiles fueron sus esfuerzos hechos en busca de la áurea escultura, no pudo el indio reencontrar la grieta donde la viera y allí ha de estar todavía esperando quien la encuentre; pues no hay duda que los tesoros de los mallamas deben estar ocultos en grietas o quedades del fantástico picacho que ellos miraron quizás como un dios.

Si continuara refiriendo leyendas, no acabaría en mucho tiempo; pero no finalizaré este capítulo sin contar algo de los "chutunes" y del "cueche".

Pues bien, el chutún aparece, más comunmente, a las muchachas a orillas de los vallados, entre ciertos matojos que son de su preferencia; de la naturaleza de este endrino poco se sabe. Su forma más familiar es la apariencia de cosa esponjosa, a semejanza del mendo del ganado vacuno, pero se transforma en cintaños, espejitos y otras chucherías del agrado de las chicas. Ay! de ellas si las coge, se cubren de chanda, que tal es el nombre que por aquí se da a la sarna perruna. A veces el chutún toma la forma de animal, con cabeza de gato, causando espanto en quienes lo ven.

Los indígenas—principalmente los de origen quechua—son muy supersticiosos respecto del arco iris al que llaman cueche; lo creen vivo y le atribuyen la propiedad de producir, con su contacto, chandas. Esta creencia me ha hecho pensar que quizás, en circunstancias especiales, alguna zona del arco iris tuviese una refracción ultravioleta de suficiente intensidad para actinizar la piel; sería curioso.

Las mujeres embarazadas y las en men-traso, son, en todas partes, motivo de extravagantes suposiciones. Retiro la palabra extravagante; en el fondo de todas las creencias—suen de las que nos parecen absurdas—hay un fondo de verdad que el buzo del pensamiento debe esforzarse por encontrar. En el Duteronomio a la menstrua-

En se la trata hasta con terror; entre algunos indígenas predominaba el mismo sentimiento.... Cuanto a las embarazadas, es general opinión que cuajan la leche con su sola presencia; que aduermen las serpientes *et caetera de caeteris*.

Pero lo más curioso que he oído referir es que el feto llora en el vientre de la madre, mal presagio de suyo. La visita de una embarazada a una recién parida producirá *pujo* en el infante y aun la asfixia misma; los antojos no satisfechos ocasionan el aborto, aparte de manchas (*parche*) para el feto....

Qué importante sería escribir un diccionario de abusiones (así se llaman las supersticiones en Nariño), y cuánta luz daría para el estudio de la psicología del pueblo. He aquí un vasto campo abierto a los ingenios.

CAPÍTULO IX

En las minas.—Confianza de los trabajadores.—Los gringos en la Concordia....

Entro a referir la última época de mi vida, la vía dolorosa por donde voy caminando. Los acontecimientos parecen las piedras lucientes y resbaladizas que el sol ardiente de la vieja Jerusalén hubiera hecho, como al propósito, para lastimar las plantas divinas del que anduvo—fatigado y maltrecho—la última jornada para subir al monte de la crucifixión.

Cuando el entusiasmo minero en Nariño, entré en el negocio, constituyendo una Compañía para explotar yacimientos—bajo toda apariencia y ante cualquier criterio—riquísimos. Todo cuanto puede preverse en teoría, justificaba la empresa: rocas haligadoras, contactos que indicaban algo importantísimo y en fin, minerales de magnífica apariencia y calidad.

Disgustado de todo (más que todo de la que no puede dejar de llamarse ingratitude de las gentes), concebí el

proyecto de aislarme en las montañas dedicándome al trabajo sostenido y material de una explotación minera. Trabajar materialmente—renegué del trabajo intelectual y por natural reversión, en mi modo de ser, di me a trabajar con las manos, como jornalero, y aún llegué a creer que esta forma de trabajo era la única digna del hombre. Que el martillo encallezca nuestras manos; que nuestra inteligencia, aplicada únicamente a hacer perfecta la obra de ellas, abandone los senderos tortuosos del pensamiento y la introspección: el análisis interior, la conciencia propia que a tantos ha tornado incapaces. Desde los tiempos más antiguos ya el griego nos aconsejó cuando supo decirnos, como enseñanza digna de tenerse en cuenta: "No impunemente se piensa." Nuestro pueblo—con esa filosofía inconsciente de las masas—ha traducido el mismo pensamiento en un refrán muy colombiano: "EL MUCHO SABER PERJUDICA."

Los ahorros míos, en junta con los de un amigo, se fueron para Alemania en consecución de un buen molino de piones, que llenos de esperanzas aguardábamos día tras día, en el interin algunos trabajos mineros reforzaban nuestra confianza de que EL PORVENIR—pues tal fue el nombre que dimos a nuestra empresa—era—lo que en Antioquia se llama—una mina de pobre; esto es: un yacimiento en el cual un pobre sale de la triste condición con su trabajo personal y pocos gastos.

Era—como se dijo en otro lugar—la época de la fiebre minera; en la CONCORDIA—la mina más reputada—los empresarios, ciegos por la codicia, cometían las más grandes torpezas. La CONCORDIA si que era una mina de pobre! Jamás se reunieran condiciones tan buenas. Pero—Dios pone la miel en la boca del asno—se quiso hacer sin sistema lo que debió llevarse a cabo lenta y metódicamente; trajéronse gringos a alto costo, mimóseles en todos sus caprichos y de la manera más disparatada pidióronse fierros al exterior; fierros y más fierros. Los resultados no se hicieron esperar: la vida de juerga de los misteres, su intemperancia y falta de sistema, condujeron

pronto, casi a la ruina la magnífica empresa, que bien explotada hubiera sido un Potosí.

Aparte de esto (y esta es punto delicadísimo de tratar, que no obstante lo trato para fundar bien la historia) la Compañía de la CONCORDIA tuvo la pretensión de aduñarse de todas las minas del Departamento. La idea de constituir un monopolio minero descomunal, los llevó también a ingentes gastos. Como en todas partes, principalmente en las capitales, hay en Nariño un círculo de gentes ávidas que desean acapararlo todo: donde surja alguna fuente de negocio se pretende organizar un monopolio. Nada de época de los trusts!

Lamentable ha sido tal cosa en pueblos como este—con marcada tendencia al socialismo—para la marcha a un progreso bien entendido. Pero volviendo a los gringos de la CONCORDIA hay que notar un hecho general de la mayor importancia: todos hemos observado la actitud servil de los nuestros con respecto a los extranjeros, principalmente cuando son yanquis o ingleses, tal servilidad duele al patriota; pero hay que conformarse porque ella está en la naturaleza de las cosas.

Delante del gringo el colombiano, por lo común, se siente avasallado, triste verdad, pero verdad! Cuantos hemos trabajado profesionalmente bien lo sabemos: *en nuestra tierra el diploma más apetecible es el de Mister.*

La desastrosa marcha de las operaciones en la CONCORDIA, bajo el régimen gringúístico, forzó a los empresarios a pensar en la conveniencia de poner a un nacional al frente de la empresa. Una circunstancia fatalísima púsonos—a mí socio y a mí en nuestros trabajos de EL PORVENIR—en grave aprieto y desconsuelo: el molino de pisonos, tan ansiosamente esperado, se perdió cerca a Tumaco, con el vapor Chiriquí que venía de Panamá. Circunstancia fatal que, para un supersticioso fuera signo cierto de futuros, completos desastres. Propuse a mis socios abandonar la idea de beneficiar las minas; recoger el seguro y esperar una ocasión propicia para vender las concesiones. Tratáronme de inconstante y, en mala hora, re-

solviéramos reiterar el pedido insistiendo en nuestros propósitos.

Mientras llegaba el nuevo molino pedido al exterior y por ocuparme en algo, acepté una proposición de la empresa la CONCORDIA; allá me fui a recomenzar la vida de montañas que tan de buen grado abandonara cuando me vine de Bogotá al Departamento de Nariño.

Nada hay perdido, sin embargo, en los continuos recomienzos de la vida de algunos hombres: aprender nuevas cosas todos los días mirando este poliedro de la existencia por sus diversas facetas. Yo me pregunto, cuál destino es mejor! Llevar una existencia tranquila en un mismo lugar, bajo un mismo sistema diario, o variar en infinito número de circunstancias y lugares!

La vida no se vive sino una sola vez, verla por todos sus lados quizá sea lo mejor, lo que no obsta para que yo envidie la fortuna de algunos de mis amigos tan apacible y tranquila.

Tengo que hacer aparecer en este cuadro dos figuras, en mi sentir magníficas, de hombres de trabajo; los primeros que andando por los montes descubrieron las minas de veta en Nariño y supieron hacerlas valer. Antioqueños debían ser los tales, esto es claro. Hombres de los de allá, andadores por el monte, trabajadores infatigables: ELÍAS GONZÁLEZ fue el primero que vino; de la gran cepa de don Pantaleón que tan buena gente ha dado a Manizales; FERNANDO VILLA el otro, de donde provenga no lo sé, pero incansable y activo. Ellos—González y Villaños—recorrieron el territorio nariñez por todas partes descubriendo los buenos veneros. Con los defectos de sus cualidades, estos maiceros—bastante impróvidos—no cosecharon para sí; más de la simiente sembrada por ellos otros recolectaron la cosecha. Tal es la ley. *Sic vos non vobis!*

En el descubrimiento de las minas riquísimas de la CONCORDIA puede referirse algo que vale la pena: Villa

descubrió buenos minerales en el punto aledaño al río Cristal; logró vender a una compañía pastusa el Madroño— como que este fue el nombre con que bautizara su descubrimiento, bueno en apariencia—la compañía trabajó allí con mal éxito; para aliviarse en algo de fletes resolvieron el pastuso abrir un camino y por la suerte de las cosas la vía atravesó sobre riquísimas formaciones más arriba del Madroño. Pasara Villa por allí cuando se descubrió la cosa, cnten en la batea y se queda pasinado; prende a Samaniego, espoleando la mula, para dar el aviso y hacerse el dueño del estupendo hallazgo conforme a la ley nacional; pero, oh fatum! en Yascoal se detiene atraído por una bonita chola, su afición. Reinaldo en el jardín de Armida toda la noche... Mientras tanto el pastuso envía seguro chasqui al pueblo vecino, trochando monte, acortando camino.

Entra pimpante Fernando Villa, al otro día, bien trasnochado, al bonito pueblo de Samaniego—feliz creyéndose—con su aviso; rico sintiérase, millonario talvez. Con hórrida sorpresa encontróse con la noticia, que recibiera en la Alcaldía, de que todos aquellos potentes veneros estaban ya poseídos por la compañía pastuseña. Así fue como el activo maicero por su afición a las bonitas cholitas y a la *reculadora* (como por aquí se llama la botella) no fue el dueño de la gran mina la CONCORDIA; mas es de decirse: quizá la noche aquella, en el gran potencial, fuera mejor que todo lo otro. Eso no sabemos.

—Entróse Villa luego por las ásperas cañadas de la magestuosa serranía del Gualcalá; por todas partes anduvo buscando minerales, tras mucho montar encontrara una región riquísima; tierras vírgenes en donde ningún codicioso había sentado el pie aún. No eran los minerales de aquellos en los que, el amarillo, está libre y suelto pinta dando en la batea; pero ricos.

Por eso del 1908 arribó a estas tierras un buen yanqui, uno de los mejores que se criara en esas tierras del Norte, Mr. Raymond Aaron Linton, en busca de minas; compróle a Fernando Villa sus prospectos y con capital,

que salió principalmente de altas potencias en la vecina hermana República, emprendió en grande escala la prospectación del territorio y la erección de un grande beneficio. No seguiré adelante sin contar cómo y de qué manera Villa supo emplear los buenos dineros que el yanqui le diera por sus minas.

Probablemente impresionado, don Fernando, con la fábula de "El diente de oro"—que en los tiempos de su niñez oyera referir—cogió la plata y fué a Quito. Mandóse a arrancar su espléndida dentadura, sana y blanca y arreglóse dientes postizos de oro. Talvez al hacer esto se creyó convertido en el genio poderoso que la fábula llevara a su imaginación infantil, allá cuando la Buña lo arrullara en la cuna y luego le contara, para entretenerlo, las viejas tradiciones que de boca en boca vienen por las edades sucediéndose.

González, tras altas y bajas, dedicóse luego a la agricultura, abrió fincas, fundó plantíos, y ahora mismo coloniza tierras, pone en valor nuevos terrenos; pero no deja de buscar minas. Pueblo extraordinario el antioqueño, tan minero y tan agricultor!

Pocas veces en mi vida he visto meter el dinero y el trabajo con tanto empeño como lo vi meter por Mr. Linton en la explotación y luego en el montaje de las minas—Gualcalá Mines Co.—que esta Compañía, formada por Linton, compró a Villa.

Bajo la influencia de mágicos minerales, socavones, abiertos de montaña, casas de habitación, caminos por riscos increíbles, todo surgía allí; más tarde maquinarias de toda clase—acarreadas las unas a brazo de hombre, arrastradas otras por bueyadas, cargadas estas y esotras a lomo de pacientes bestias e indios—se vieron entrar en el recóndito seno donde las minas se ubicaban: en el fondo del cráter del más potente volcán que existiera en esas comarcas, ahora frío y extinto: el Gualcalá.

Nosotros, con nuestra pequeña empresa EL PORVENIR éramos vecinos y colindantes de la empresa colosal, en la cual afincábamos nuestras más grandes esperanzas. Em-

presa—que pudiera llamarse gigantesca para el Departamento—era para nosotros, así lo creíamos, la madre protectora que hubiera de mimarnos luego facilitándonos el éxito. No quiero adelantarme a la marcha cronológica de los acontecimientos; pero sí establecer las premisas que harán ver cómo, por una sucesión de hechos fortuitos y fuera de la previsión de todo, fui conducido al impase, al impase del cual uno no sabe como salir sino por el *exit* que a todos Dios nos deja; la puerta secreta del coliseo por donde se salen los aburridos de la función.

Yo estaba trabajando en la Concordia cuando recibí de mis socios la noticia de que nuestro nuevo molino había llegado ya al *PORVENIR* y que era indispensable mi presencia en la localidad para erigirlo; el golpe acompasado, rítmico, de los pisonos moliendo el cuarzo sería la mejor música, el redentor himno triunfal tras la gran batalla.

Si antes no hubiera conocido las admirables condiciones que adornan al pueblo de Nariño (digo el pueblo, la clase trabajadora, no la población) mi permanencia en la CONCORDIA, haciéndome familiar con los trabajadores, hubiérame llevado a tener de ellos un concepto más elevado del de antes; fué esa empresa para mí la gran escuela en donde se abrió mi corazón a los principios socialistas; mejor dijera populistas. El nombre no importa.

Viven apartados del pueblo los que se creen sus amos, los que se imaginan que *Dei gratia* son clases superiores traídas por el Arbitro Supremo a gobernar e imperar sobre las gentes. La masa inmensa de la humanidad, hato de carneros es arreada por los que llevan el palo como las manadas de focas son arreadas al matadero por dos o tres que, látigo en mano, las asustan haciéndolas andar. Ay si las focas comprendieran su fuerza! qué sería de los del látigo?

El buen pueblo de Nariño se ha visto gobernado

siempre, ya bajo el yugo de la superstición, ya bajo el látigo del patrón que lo desprecia, ya por la influencia de su naturaleza bondadosa, apacible y conforme. En el fondo de su ser, en el substratum de su conciencia, bajo la capa misma de su idiosincracia fisiológica, vive y arde perennemente una luz grave y diáfana: la luz de la justicia. Es bien seguro que entre todo el pueblo de la República sea en Nariño el lugar en donde este sentimiento innato—el sentimiento de la justicia—esté más arraigado en el alma popular. Tal sentimiento lo nobilita todo y el que ha vivido aquí, años y años, aprende a reconocerlo; de ahí su admiración por las clases trabajadoras del Sur.

Pudieran algunos tachar de timidez ciertas modalidades o de abyección o de servilidad. No son las cosas así, en el pueblo de Nariño se observan fenómenos que no son hijos ni de la abyección ni de la servilidad; tales movimientos obedecen, por una parte al innato sentimiento de justicia que domina las almas y por otra parte a un sentimiento—que no sé como explicármelo—de algo que pudiera llamarse caridad social. Inquirá en ello el espíritu religioso?.....

Las empresas mineras tenían en Túquerres sus agentes pagadores; pagábase en las minas con vales, papeles sin valor ejecutivo ante la ley, que los trabajadores recibieran como moneda corriente, tal su confianza. En ocasiones el pagador no tenía dinero, la mina no producía o no había valores en caja. Los tenedores de esos vales cobraban nada más sin recurrir a las autoridades. Ejemplo único que puede citarse en toda la América latina? Por el temor no cobraron? claro es que no; por abyección? tampoco. Cuanto a mí estoy perfectamente seguro de que si trabajadores no pagados se mantuvieron dentro de los límites de la más grande ecuanimidad, debióse a que—en el fondo de sus almas caritativas—no quisieron causar daño; hubieran podido causarlo; pero no quisieron y lo más admirable es que este resultado es de acción inconsciente: el alma buena que no causa daño y ella misma lo ignora. Comarca en la cual se puede contar de

tal suerte con la confianza del trabajador, fácil es explotar; pero con cuánto riesgo! El hombre confiado es el peor de los desconfiados cuando llega a desconfiar, y el día en que el pueblo de Nariño llegue a desconfiar ó del patrón en los trabajos industriales, ó de la religión en lo íntimo de su ser, echará a un lado todo tornándose otro.

Lentamente se ha de producir la reacción: este pueblo nobilísimo irá cambiando poco a poco, si no se recompensa con amor lo que de él se exige. Ya se entrevén síntomas ciertos de un cambio.

[Fragmento]

CAPÍTULO X

Túquerres.—“ El Porvenir.”—Muerte de LILE.—Desolación y orfandad.—Luchando contra una gatautura.—Qué quiere Dios de mí

“ Quien vive de ilusión al fin despierta
con faz traspada y esperanza muerta.”

[Florilegio]. P. P. G.

Cuenta el Padre Velasco, en su Historia del Reino de Quito, que llegados los conquistadores a la altiplanicie que se extiende entre Túquerres y Pisto encontráronse con los Quillasingas, agrupación indígena que los sorprendió, no tanto por su apatía cuanto porque en estos aborígenes no encontraron signo alguno de religión. Oh ley de los contrastes! maravilláranse ahora el sabio sacerdote y buen cronista al ver que aquí mismo—donde se horripilaba Belalcázar con la falta de religión entre los indios—es el centro fecundo de la más grande religiosidad imaginable; quizás porque los pobres Quillasingas no tenían nada en lo espiritual, bebieran ávidamente, en las fuentes, hasta emborracharse.

Túquerres demora a 3 100 metros de altura sobre el mar; pero su clima es benigno; su cielo—como el cielo en casi toda la extensión del Departamento de Nariño—

se mantiene, por lo general, nublado; el sol apenas brilla, de cuando en cuando, calentando la tierra con sus rayos benéficos. Las gentes al verlo se alegran, de las tiendas y aun de las casas salen los moradores a la calle a solearse. Qué triste es esto para los que venimos de tierras en donde el astro esplendoroso lo anima todo y alegra, durante casi todo el año!

Ciudad, una de las más antiguas en el Departamento; Túquerres—puerto que pudiera llamarse en tierra—sin embargo, no ha progresado. Por esta localidad pasa un tráfico mayor que el que pasó por Manizales en años anteriores y sin embargo, a pesar de este tráfico, Túquerres no se mueve; es como la vena del camino despoblada y desierta que ve,—si pudiera ver—los cargamentos, las riquezas, las mercaderías indiferente y apática. Pasa, pasan todas las cosas que sirven para engrandecer a un pueblo; para todo ello por Túquerres, y Túquerres indiferente (talvez conforme, talvez inconsciente), lo mira pasar...

Vieja, enmohecida ranchería ubicada en una de las más bellas y pintorescas localidades posibles es esta ciudad—talvez dependa esto de causas climatéricas—la más indiferente al bienestar, a la comodidad, al confort y a todo lo que las gentes urbanizadas miran como bueno. Es cierto que en todos los pueblos de Nariño predomina esta indiferencia; pero salvo, en los muy miserables, en ningún lugar se señala tanto como aquí.

Recostada en las faldas del Azufral, la ciudad, se extiende sobre una extensión considerable; hacinamiento de casas pajizas en la mayor parte, cuyos techos cubiertos de vegetación llevan al ánimo la impresión más triste; las calles tortuosas—algunas empedradas a trechos con toscos gujarros—no tienen otro pavimento que la tierra misma; barrizales en invierno, asfixiante polvareda en verano. El aseo se hace, como en todas las viejas urbes de la Colonia, por acequias laterales: focos infectos a ciertas horas de la noche y de la madrugada. Inmensa la plaza en pura tierra mal apisonada ocupa, digámoslo así, el centro; en el medio del plazolón una vieja pila española de pie-

dra mal labrada se levanta solitaria y triste dejando correr el agua en los cortos intervalos en que las basuras no obstruyen la cañería principal. Allí concurren mujeres en follados, chiquillos y otras gentes a coger el agua para sus menesteres; cultivo de microbios, diría yo, que no agua; por épocas el tífus y otras epidemias diezman la ciudad.

Lo más inconcebible en Túquerres son las aceras, una gradería. Como el poblado está en declive, cada casa o tienda conserva su nivel y las aceras vienen a ser escaleras por donde uno se admira que caminen, sin romperse las crismas, viejas beatas, mujeres y hombres en zuecos.

Como en Pasto ahora diez años, aquí al presente, las mujeres no se alzan el traje y arruistran sobre la sucia calle la cola del vestido barriendo con ella polvo e inmundicia; sólo las ñapangas, que usan el vestido alto,—dejando ver el pie,—se libran de semejante barredura.

Impresiona terriblemente—la primera vez que uno visita Túquerres—ver que la mayor parte de las habitaciones está apuntalada por causan del desplome hacia el lado de la calle y aun se contemplan fábricas, apenas en construcción, necesitando el pie de amigo para sostenerse; pero me engañaba ---- no es esto lo que más impresiona al viajero, lo más horrible es la Iglesia Matriz: levántase en una esquina de la plaza con un descuadre de varios metros en el sentido de la calle y como emblema de la apatía de estas gentes sus dos torres, en ruinas, producen la más desagradable impresión. El extranjero que pasa por Túquerres, al ver tal iglesia, juzga a este pueblo indiferente en religión, pues es imposible imaginar que pueblo que mira su templo parroquial con tal descuido pueda ser un pueblo religioso. Al filósofo se presenta la cuestión: será la religiosidad presente de los Quillasingas un puro barniz superficial que la mano demolidora del tiempo ha de arrancar en breve?

Como las ostras que no desean cambiar la posición en que viven ni mejorarla, porque así como están están contentas, lo mismo parece que sucede en este lugar, no se

desen nada, cual se está al presente así se está bien de por siempre. Pero es indispensable introducir una distinción: una cosa son los dirigentes, otra cosa es el pueblo, el pueblo de Túquerres es perfectamente apto para comprender el progreso, para comprender el bienestar, para comprender otras muchas cosas; está comprimido nada más. El día de la expansión llegará.

Al rededor de la ciudad tierras fértiles poseídas por indígenas incapaces de toda noción de mejora y en cantidad muy considerable vienen a constituir un problema en varios sentidos. Hacia el Noroeste—pero no visible desde la ciudad—se extiende la sabana de Túquerres, fértil pero triste; antiguo lago que se desecó cuando la ruptura de la gran grieta del Sapuyes. A diferencia del valle del Cauca o de la sabana de Bogotá lagos desecados cuyo fondo quedó a nivel porque ningún sismo posterior rompió la continuidad de su superficie, la sabana de Túquerres—sometida a movimientos posteriores,—es ondulada. Las tierras feracísimas de la sabana, como casi todas las propiedades rurales de valor en el Distrito, no pertenecen a tuquerreños sino a pastusos y es para mí seguro que la causa principal de la malquerencia de aquellos por estos se deriva de esa circunstancia.

Me imagino a veces que la causa principal, quizás la única de esta apatía que se observa en Túquerres, depende del inmenso desencanto que sobre un pueblo tiene que venir cuando él no es el dueño de las tierras aledañas; cuando ve cultivarlas y beneficiarlas por forasteros. Merece hipótesis que probablemente concuerda con la verdad.

ECCO IL LUOGO!... Trasladé mi familia a Túquerres para quedar más próximo a la empresa minera EL POVENA, en donde me iba a enterrar, por algún tiempo, en la seguridad de rehacer mi fortuna explotando los buenos veneros que la providencia nos había deparado. Cuánta ilusión! cuánta esperanza confortara mi espíritu! La suerte—me imaginaba—sonreía suavemente conmigo; los ricos yacimientos estaban allí, las máquinas también,

la voluntad firme en mi interior y el trabajo barato, complemento de todo, fácil de encontrar.

En que rancho tan miserable vine a vivir, en Túquerres, con Lile y con mis hijos; mas qué importaba! pronto habríamos de salir de allí, pronto volver a la ciudad querida que el águila guarda sosteniendo entre sus garras la granada de oro, símbolo del contento y el bienestar. . . . Jamás volvimos.

Dos caminos pueden seguirse para ir de Túquerres a la mina EL PORVENIR: el uno bastante corto, fragoso y pintoresco es el del Azufral; el otro suave y ameno da un largo rodeo para salir al mismo punto que el primero.

Nuestra empresa minera demora en la vertiente occidental de la gran serranía del Gualcalá, a 3 400 metros de altitud, en la región del páramo frío y desapacible. Dando el rodeo por el buen camino de Barbacoas se sigue esta vía hasta el sitio llamado Puente Alto que está sobre el río Guavo; en la primera parte del trayecto gozan los ojos con la vista de la sabana de Túquerres a la que, desde lo alto, bordea el camino, allá a la izquierda alcánzase a divisar las nevadas cumbres del Chiles y el Cumbal, picos aislados de la serranía; más lejos colúmbrase el Cayambe, en tierra ecuatoriana. Relativamente próximo el pueblo de Sapuyes, más allá quedándose atrás está Guachucal y entre ellos la vista presiente divisar el campo glorioso de Cunapud, teatro memorable de las hazañas de los héroes colombianos en época no muy remota.

Ascende suavemente el camino (parte del carretero que ya está hecho) y dejando atrás el progresista caserío del Espino se penetra en una región de páramo—especie de planada en donde se suavizan las faldas occidentales del Azufral—llamada Chimangual. Aquí nos espera un admirable espectáculo: al frente, al norte, se levanta la alta serranía del Gualcalá, el eje antinclinal de la cordillera de los Andes occidentales. Altísimo, dominándolo todo, un obelisco se yergue semejando un dedo que seña-

lana al cielo: es el picacho del Guacalá, conocido en geografías con el nombre de pico de Mallama; millares de veces lo he visto desde Chimangual y siempre lo he admirado; también en el pie de su base he estado y me ha sobrecogido su aspecto imponente y siniestro.

Qué pensarían los aborígenes—los mallama— de esta columna que hasta las nubes se levanta sobre lo más alto de los cerros? Grande importancia debieron darle porque aún, en el día de hoy, los restos degenerados de la tribu lo miran con temerosa admiración y mil fábulas y leyendas vienen transmitiéndose hasta el presente desde los tiempos ancestrales.

Adelante de Chimangual principia el descenso hasta el río Guavo. El camino que, admirablemente trazara D. Julián Uribe, se desarrolla sobre el corte abrupto de un antiguo cráter en la Calera; el haber aprovechado el Ingeniero la concavidad del cráter para desenvolver un helicoides en descenso es cosa que admiro siempre desde la primera vez que visitara el camino.

Desde arriba, al principiar la bajada en Chambú, se distingue la blanca pista desarrollándose en suave hélice hacia abajo costeano la ya enmudecida boca del volcán y luego siguiendo la margen del río Guavo hacia abajo hasta que allí, en una revuelta cerca del caserío del Guavo se la pierde de vista. Cuánto debió gozar el ingeniero que construyó esta vía contemplando, la mejor parte de su obra, desde la cumbre de Chambú!

Bajando a la Calera—con el cuerpo todavía entumecido por el frío del páramo—se reacciona en la suave temperatura de un clima benigno; pero nada más, aquí no hay el vaho perfumado que sube de las tierras bajas en otras localidades, ni frutales, ni plantas olorosas, ni azúcares como los que embalsaman el ambiente y con su aroma lo saturan por leguas en las tierras calientes del oriente de Bogotá.

En la Calera hay que mirar dos cosas: el abrupto altísimo desde donde se viene—muerto cráter de paredes verticales y estriadas—que impone espanto todavía; y---

el Padre Manuel Silva, grotesca figura que también pone espanto a los pobres de espíritu por estar revestido del sagrado ministerio. Qué extraña figura es la del Padre Silva! con él converso siempre que paso por allí. Un pope ruso sin quitar ni poner nada; viejo ya pero siempre ebrio es una de las fisonomías que más me ha llamado la atención; feo, de un feo bestial; su cara justifica las historias que de él se refieren. Tiene una pequeña casa a la vera del camino; en la parte alta un oratorio, en la planta baja un estanco y los domingos celebra la misa llorando sus pecados delante de los oyentes que lo escuchan, temerosos de que, al remate embista como toro sobre alguna hembra bien parecida de la concurrencia.

Desde a caballo, en medio del camino, conversando con él que está en su balcón, alzo la vista al cielo y veo los buitres—el magnífico cóndor de los Andes—planeando en la altura; describiendo las perfectas volutas de su vuelo y al mirarlos no puedo menos de pensar: *Oh libertad, oh libertad de las almas cuándo vendrás a nosotros?*

En Puente Alto se aparta la vereda que va a las minas, estrecha senda, ascenso duro sobre la escarpada falda. Como a media hora se llega al humilde, pobre y miserable caserío de Mallama.

Demorémonos un momento aquí para seguir luego el viaje. Hacemos la posada (pascana como en el Sur se dice), en la pobre choza del buen indígena Ramón Ipiates; comemos su cocido, ullocus con papa, sin carne y un plato de habas bien sazonadas a la india. Comidos tendemos el encauchado sobre el desigual piso de la ibza y cubriéndonos con lo que lleve: nos, dormimos descaucando de la jornada.

La leña arde en la tulpá (el hogar de tres piedras), con llama alegre, a veces el humo molesta en los ojos; pero la casera sopla para reanimar la llama. Al rededor de la tulpá varios indios e indias—invariablymente feos—están en cuclillas calentándose a la lumbre, silenciosos e inmóviles, restos regresivos de una raza que se dice fue potente en la época de la conquista.

La noche se pasa como se puede; durante la noche, el permanente chillido de los cuyes (el pequeño roedor que se cria en todas las cascas pobres y que es la providencia alimenticia) y su continuo traeragar interrumpe el sueño; al despertarse molesta a la nariz cierto tufillo incómodo; pero al sueño se vuelve. El viejo Ramón trata de ser agradable. Excelente alma, pobre de espíritu — bueno y querido viejo — ya te veré cantar en las altas himnos espléndidos, tú, humilde «qui ya te sentarás allá, en tu silla de oro, rodando de los buenos, de los que tuvieron tu buen corazón. Temprano levantarse; preude la casera el fogón y el humo, llenando el estrecho aposento, asfixia.

El pueblo de Mallama, así se cuenta, fue de gran importancia, hoy día está reducido a tres o cuatro chozas en donde viven algunas familias. Pequeña meseta — una planada de unas diez hectaras de superficie — es la localidad, abrigada de los vientos fríos y de una temperatura agradable como que está a algo menos de 2 500 metros de altitud.

La iglesia es bonita, construyéronla los cascarrilleros en los tiempos en que la quina, vulgarmente llamada cascarrilla, fue un buen negocio por estas latitudes, y cuidanla los indios con amor tan grande que uno se siente obligado a no ser menos que ellos; se provoca uno y gústale ayudarlos para la ornamentación del templo y su sostenimiento.

Cuentan que el viejo Cacique, el gran Mallama, hombre pacífico y de quererles, poseía una mina de plata en donde el blanco metal se cortaba a cincel; en donde estuviera la mina? eso no se sabe. Pero la tradición conserva el recuerdo de que él con su esposa, la más querida, traíanla por un subterráneo para llevarla — a ella la que quería — a contemplar el nido en que la blanca plata resplandecía a la luz de la antorcha. Pobres indios mallamios! de sus glorias pasadas nada queda, ni el recuerdo siquiera de su lengua; como los chibchas la olvidaron, tan débiles eran.

Sigamos ahora andando cuesta arriba por el camino que conduce de Mallama a Guachavés, otro pueblo de in-

dios que perdió toda idea de sí mismo. Sobre gradientes del treinta al cuarenta por ciento se extiende la ruta, importantísima vía que el Gobierno del Departamento no ha querido atender, y se sube y se sube; jada la bestia, a veces quiere uno desmontarse para aliviar al pobre animal; pero se continúa, el caballo descansa a trechos arhelante, correle el sudor por los miembros y luego continúa. De esta manera, en una corta línea, se ascienden verticalmente centenares de metros; al fin una planada, es el punto llamado "La Cruz;" de ahí para adelante, con pendiente y contrapendiente el camino nos lleva a la vereda de Imbú: de trecho en trecho—a uno y otro lado—*ibzas* mezquinas señalan la vivienda de familias indígenas, pobres seres perdidos en la montaña, mal alimentados, peor vestidos y desnudos de toda instrucción!

Así se crían en nuestra tierra millares de criaturas, hermanos nuestros por todo vínculo; olvidados de todos y más que todo de los que se han abrogado, en Colombia, el título de clases dirigentes; clases que lucran para sí sin acordarse que también para otros Dios hizo el pan, Dios hizo las cosas fungibles y que Dios impuso sobre todos—como único imperativo categórico—la caridad.

Aquí en Imbú principia lo más duro de nuestro viaje: trepar el repecho tremendo que nos ha de hacer subir 800 metros sobre una pendiente bestial. Es el camino que uno de mis socios construyera para llegar a los minas, el trazo idiota siguiendo una parada cuchilla sin preocuparse de nada. No describo la ascensión—encontrémosnos ahora, por arte de aerostato, en EL PORVENIR.

Cuál fue mi vida allí? trabajar materialmente.

Llegado el nuevo molino—repuesto del que naufragara en el Chiriqui—era de ir a montarlo y *el amarillo* vendría en seguida fluyendo cual río a llenar nuestras arcas. A erigir la maquinaria me fui y principiaba apenas la obra, cuando EL IMPREVISTO se me presenta cara a cara; la tragedia levautóse ante mí, solemne y espantable, pi-

ando sobre el alto coturno se me encaró; bajo su máscara creo aún ver su diabólica sonrisa. Mayor dolor no lo sintió nadie.

Ella, mi compañera, mi LILE, se moría en Túquerres.

Breve frase de un chasqui, llegado al PONVENIR, a las siete de la noche, "Ductor, su esposa se está muriendo"...

Llovía a cántaros y cuando el agua del cielo daba un reposo, el granizo, como pedradas, caía sobre el suelo desolado del páramo. Madrastra allí la naturaleza parecía del hombre que no madre.

Qué noche aquella! Conmigo estaba mi pequeño Nicolás—el mayor de mis hijos—apenas de diez años; en un potrero lejano los caballos.

A la fatal noticia los trabajadores vinieron en masa a ofrecerme sus servicios; pensar en esperar el nuevo día imposible. Prendimos algunas lámparas y con dos de los mejores entre la buena gente que me acompañaba partimos.... Qué noche aquella!

Como loco, cuesta abajo, saltando sobre los troncos caídos que derribara la tempestad, enredándonos en las lianas, hundiéndonos en los barrizales, avanzábamos rompiendo las tinieblas de la noche oscura; lluvia y granizo caían sobre mí pero no los sentía. El pobre niño, al poco ya no podía andar; tomólo el buen Juan Bolaños sobre sus hombros y, tras breves momentos se durmió. Feliz edad aquella!

Llegados al camino abierto, en Imbú, pudimos ya apresurar el paso y de Puente Alto para arriba fuémos todavía más fácil la frenética carrera.... Como a las cuatro de la mañana llegamos a Túquerres; habíamos corrido diez leguas en nueve horas! Ella había muerto.....

Los grandes dolores no se describen; existe en el fondo de nuestras conciencias un especial pudor que nos obliga a guardar, en lo íntimo, los grandes sentimientos que conturban el ánimo. La obra de Dios se había cum-

plido... llevóela dejándonos a nosotros... en la orfandad los hijos, en la desolación a mí.

ECCO L' URNA... aquí estás, mi buena compañera, en el descuidado cementerio de esta ciudad. Aquí estás esperando que pasada la descomposición de las cosas renazcas más tarde a la nueva vida, la que es indudable en la eterna sucesión. Volveremos a encontrarnos en ella ! Pasaremos desconocidos, el uno al lado de otro, en las futuras encarnaciones que los átomos hagan de nosotros ? u, otra vez conociéndonos, volveremos a amarnos ! Es el deseo de todos los que se quieren —y mi deseo serviente también lo es— que sus cuerpos reposen en la fosa juntos ; que la descomposición tenga lugar a un tiempo mismo sobre la materia organizada de los que se amaron. Por qué se desea esto en la inconsciencia del sentimiento ?... por qué !... La razón es bien clara : la especie humana ha llegado a comprender su inmortalidad, no la inmortalidad escolástica sino la inmortalidad científica ; en este inconsciente sentimiento que sube del substractum de las cosas, aquellos que en la vida se quisieron, juntos también quieren estar en la fosa para que en las futuras combinaciones los átomos y moléculas de sus cuerpos, que desaparecieron con la muerte, se reúnan luego, unidos para siempre en un mismo sér ; que no se dispersen en séres diferentes.

Al penetrar en el hondo abismo de las cosas, con criterio científico, se vienen a encontrar sensatas las más aberrantes ideas que al hombre dominan en el campo religioso : todo significa lo mismo—no importa el adjetivo con que se designe la creencia. PAN lo comprende todo ; PAN por sí mismo lo es todo y la ciencia no difiere de la religión si no únicamente por el método expositivo. Todo concurre a un mismo fin. Basta de filosofía, basta de pensar en aquello donde la razón se pierde. Aurora de las almas es la esperanza, la que nos dice con su voz tan dulce y tan insinuante que nuestra especie—la humanidad—



caminando sobre la tierra, sometida a todas las experiencias, llegará algún día a conocerlo todo, oriente espléndido que se alcanza a ver a lo lejos.

Funerales magníficos—como se acostumbra aquí—con posas en cada esquina y canturreos—irritante para los nervios—de los frailes en cada detención. Creen las gentes del Sur que estas posas alivian los tormentos purgatoriales de las almas. Pero, a tí, mi LILE, quién te tenía que aliviar de tormentos de otra vida, a tí, tan buena!

Cuánto sufrí en la vincruz de la casa al panteón no sé expresarlo, al fin esa ordalia pasó y libre vine, para entregarme a mi dolor. Como por un cine ante mi vista corrió todo el pasado, los años transcurridos—tan rápidos como corriente d'agua torrencial—desde el día aquel en que, en la Iglesia de San Juan de Dios, el mitrado nos casara y en seguida los años que siguieron: el Chorro, la guerra horrible, la vida en la Magdalena, los estudios que juntos hicieramos, su amor, su abnegación... hasta el presente—Túquerres y su cementerio.

Agrupábanse a mi alrededor figuras y cosas de las que ya fueron, entremezcladas con cosas del presente; las cosas del pasado—tan alegres antes—me miraban ahora tristes; de las presentes, no se diga, eran la imagen de la desolación-----

Al cabo de pocos días regresé a la mina. Sólo el trabajo material con el agotamiento físico, podría dominar lo que por dentro me ahogaba; sólo el esfuerzo sostenido que rinde el cuerpo y lo aniquila sería capaz de vencer la cruel tortura que me rendía.

En el interminable recomienzo de las cosas en la vida, sobre los edificios en ruinas, de una etapa, levantomos nuevos edificios; sobre la muerte, nueva vida; sobre las ilusiones idas, nuevas ilusiones; tal es la cadena—que continua, pero formada por eslabones discontinuos—marca nuestro paso por el sér.

Trabajé como loco, el trabajo material vigorizante en

sí, fue la mejor higiene para esta enfermedad del dolor interno que me aquejaba; la morfina que, opacando la sensibilidad, disminuye el dolor.

Imaginéme entonces—oh vanos sueños del que siempre fue iluso!—que de las minas saldría una fortuna; vine en Norteamérica, con mi familia, educándola; educando mis tiernos hijos en esta benéfica atmósfera de la gran nación. Vi a mi familia—la que me quedara en tan tierna edad—respirando la seca y electrizada atmósfera que respira el yanqui y a la cual debe su agresividad y su brío. Consoláranme tales pensamientos y en medio de mi tristeza la faz, de corte griego, de la dulce esperanza me sonreía.

Tengo que hacer un aparte aquí: Este libro es la real representación de una vida, todas sus páginas son vividas y por esta razón he constituido un documento humano de alto valor, pues que lo escribe quien—desafiando a los dioses—pensó y sintió.

Alegres son sus primeros capítulos como es alegre el día que nace; hacia la tarde todo se entristece, luego viene la noche oscura; no la noche de la muerte sino la noche de la desilusión: oscuro todo..... perdido el camino, avanzando en tinieblas con la linterna inútil de la experiencia nos parecemos, los hombres, a aquel viejo Obispo Ozio que aparece en el libro de Merowekosky—compilador de herejías—que preguntaba a todos: "De qué se trata, hijos míos?," "qué pasa?," "cuáles son las herejías?" A Ozios llegamos muchos porque descubrimos que había muchos caminos; a eso llegamos los que no nos pusimos tapajos para seguir una sola senda y pudimos columbrarlas todas. El ciego y el deslumbrado caminan de idéntica manera.....

Acto de gratitud es para mí, en este libro que talvez sea leído por muchos, pintar, aun cuando sea de incompleta manera, la obra benéfica que, en este apático Túquerres, llevan a cabo mujeres excelentes que vinieran de la pintoresca Suiza bajo hábito, dedicadas a la enseñanza de la mujer. Me refiero a las MADRES FRANCISCANAS, y al

hablar de ellas brota de mi corazón desbordada la gratitud. Madres fueron ellas para las tiernas niñas que me quedaron, supieron ellas comprenderlo todo... qué más podría decir?

Sin ser partidario ni adversario de que, en nuestro país, la instrucción pública se lleve a cabo por Congregaciones; es, sin embargo, para mí un deber manifestar que las escuelas y colegios que regentan las MADRES FRANCISCANAS son verdadero modelo—el ideal pudiera decirse así—de lo deseable para la instrucción de la mujer. Su institución es lo bueno que hay en Túquerres, esto sólo valiérale a este pueblo para salvarlo; Dios hubiera salvado a Pentápolis con menos.

Bien puede imaginarse cualquiera lo que es vivir, en los Andes, a 3 400 metros de altitud, donde llueve a toda hora. Bajo un cielo en donde nunca las nubes dejaron ver el sol, humedad espantable y temperatura bajísima. Así era aquello. Desde la alta cumbre, y cuando por raros intervalos se hace claro, hacia el Occidente véanse extender planadas magníficas, si no soleadas, por lo menos abrigadas con la temperatura ambiente; pero arriba es muy distinto, el frío y la humedad entumescen los miembros de los trabajadores; cuántas veces los ví agarrotados! No sé qué influencias hagan diferentes las alturas colombianas de las de Bolivia, ubicadas en los mismos Andes; pero es lo cierto que aquí el trabajo es muy duro a los cuatro mil metros de altitud, y en Bolivia se trabaja, con relativa facilidad, a 5 000 metros.

Llovia sin cesar en EL PORVENIR, el agua era abundante y la Pelton giraba suavemente transmitiendo al molino su energía y él rítmicamente devolvíerala con sus golpes acompasados. El cuarzo rico—una vez molido—corría por las planchas, en forma de arenas, despojándose en ellas de lo que nosotros deseábamos recoger.

Nada hay tan semejante al organismo humano como una mina de oro con molino; es el molino el corazón. Su

golpe continuando es como la diástole y la sístole que envía a todas partes la fuerza vital. Entra el cuarzo—la sangre venosa—y sobre las planchas se recoge el oro, la arterial que va a vivificar el organismo. Y la vida de la mina es alegre cuando, por los cuencos de las montañas, el tac tac rítmico de los pisones se deja sentir. Contentos están todos con este ruido tan simpático, ruido precursor de la corriente de monedas que va a llevar al jornalero su salario, al patrón su utilidad.

Pasárame noches enteras en el molino y me distraía con su música sonora que cantaba un himno de esperanza... Fácil pareció todo al principio.

Bien pronto las dificultades comenzaron: el frío horrible y la continua lluvia retraía a los trabajadores y, desde el principio, hubo que pagar jornales elevadísimos, a un tiempo mismo—a causa del prolongado invierno de años—marcadísima escasez se hizo sentir y—en esta tierra donde la alimentación era tan barata—los precios subieron exageradamente. Nuestros dineros se iban rápidamente en alimentar una peonada cuya eficiencia en el trabajo dejaba mucho que desear.

Mi natural, excesivamente compasivo para con el trabajador, no me permitía obligar a la gente para que su trabajo rindiese de un modo efectivo; causábame profunda pena ver a los pobres jornaleros, mal vestidos, aguantar la intemperie del clima inclemente; verlos tiritar bajo el azote de la lluvia helada, agarrotárseles las manos sobre el cabo de la herramienta.... Al lado nuestro y a corta distancia por la montaña la gran empresa Norteamericana, LA BOMBONA, crecía por momentos bajo el impulso de un capital fuertísimo; en ella se afincaban todas mis esperanzas: vender lo nuestro al gigante que podía necesitarlo. La ruina de la compañía yanqui fue un golpe decisivo para dar al traste con lo más halagador de mis proyectos.

Pero el molino andaba en EL PORVENIR y el oro se veía. A los pocos meses de establecido cambióse el tiem-

po: de llover sin tregua se vino a que no llovía nunca; las aguas se escasearon y el molino se detuvo; dejó de oírse el rítmico tac tac, el corazón dejaba de latir.

Enojosa fuera la relación de tanta malhadanza, brega perpetua, año tras año nadando contra la corriente impetuosa e irresistible de fatales circunstancias. Donde se vencía una dificultad surgían millares de mayor gravedad, cual cáncer que estirpado en un órgano se reproduce en otros más prolífico y voraz. Parecíame que me hallaba bajo la influencia de una *gettatura*, bajo el poder maléfico de un hado malsin, y la superstición, casi, casi se apoderó de mi espíritu.

Ahora pensando en tantas cosas; tanto que fue, aquí en un salón de mezquina casa, en Túquerres, paseándome a lo largo lo veo todo; todo me viene a la imaginación; los errores, los errores fatales de mi vida. Error donde quiera, aun el mismo sentido de las cosas ciertas, en todo, error.

Viviendo allá, en EL PORVENIR, y ya vencido por la fuerza de las circunstancias, preguntéme muchas veces: qué quiere Dios de mí? Al preguntarle a Dios qué es lo que hace de su criatura se admirarían algunos; Dios hace lo que quiere, dicen otros, trayéndonos como ejemplo la parábola aquella de la Escritura en que el Cristo nos enseñó que el alfarero que fabrica un vaso bien puede hacerlo para que en él beban los ricos o en él orinen los pobres. Verdad amarga! Del barro del que fuimos hechos todos, bien pudimos resultar la copa en que beban los poderosos o el orinal en que meañ los pobres. Absurdo todo! Lo que Dios pide a los hombres es la caridad, nada más que la caridad; el amor que debemos tenernos—quien quiera que seamos— en esta lucha que la especie humana lidia por su existencia, desafiándolo todo, hasta el mismo querer de Dios, del Dios cual nos lo pintan los que no lo comprenden.

En medio de mis grandes penas, de mis grandes sufrimientos, cuando noches de no dormir debilitaron mi ser sintiéndome agobiado bajo la pesadumbre de las cosas;

cuando el Destino se me viene encima pesando sobre mí, el sueño llegó una noche y me trajo la visión magnífica de cosas que nadie había visto y he aquí lo que yo ví claro en sueños: abrióse ante mis ojos el Libro y leía el pasaje de los primeros capítulos del Génesis, leíalos y releíalos; al principio su sentido aparecióme literal—el sentido criticado por todos, el sentido del cual, en épocas pasadas, se quiso hacer burla—pero luego abrióse mi alma a la mejor interpretación, la exégesis vivía en mi sueño. Abrióme la Hermeneútica la puerta de la inteligencia, sagrada era ella y sin embargo convidóme; la mano me tendió, la mano espiritual de la que sabe guiarnos, y entonces mi espíritu no vaciló en dar un paso al través del misterio.

Allí estaba la Hermeneútica sagrada llamándome con voz suave pero imperiosa, temeroso la miraba, a un signo de su mano miré el Libro; era sueño aquello o era realidad? yo no lo sé; pero ella, tan cariñosa e insinuante, me hizo leer y su voz dulce me obligó.

Entonces comprendí las cosas—ella fue la que me las enseñó a comprender—versículo tras versículo corrió en mí la doctrina de la tradición mosaica y vi las cosas claras. La ciencia, por más que avance, sólo confirma la versión bíblica; el Génesis es la revelación más grande de todo lo que el hombre puede concebir: es el paraíso aquel lugar en donde el autóctono, libre de toda traba, vive en el bosque secular feliz e ignorante. Ahora mismo nuestros indios de Mocoa y otros, están llevando la vida paradisíaca; es la serpiente el conocimiento, el bien y el mal—que no importa quien—les enseñó a los hombres primitivos, felices ellos y sin conciencia.

Así, en el sueño, la santa Hermeneútica me habló y más aun me dijo: por qué se quiere hacer pasar a los Adanes y Evas que viven en las montañas, en dulce ignorancia, al sentir de las cosas?

Incorporándome desperté y ya en vela gritéle a la Sagrada: no es el progreso la obra mejor del hombre? allá en el paraíso la serpiente azul llevónos al conocimiento, comimos del fruto y ahora vivimos, a dónde ire-

mos? Ante el arcano de las cosas me humillo, qué quiere Dios de mí? yo no lo sé.

Pero en medio de tantas desgracias mi corazón en vez de empedernirse se ablanda y, si de algunos santos se cuenta que el corazón se les volvió una piedra, del mio puedo decir que se me ha vuelto una esponja capaz de impregnarse con todos los dolores, con todos los sufrimientos.

En el futuro qué haré? Imposible decirlo.

Como en los cuentos de las mil y una noches llega el hombre al punto en que se bifurca el camino que—único—llevaba; en la encrucijada se detiene y se pregunta: por cuál de los dos caminos cogere?

La viejecilla que está sentada a la vera, le da una ligera enseñanza: por aquí te vas a la ciudad de los placeres y de la opulencia, por allá te vas al país de tus hermanos. Cualquiera que sea la vía que se elija hay siempre que luchar; estamos en elegir y en la disyuntiva—no pudiendo seguir ambos caminos—tomamos uno u otro.

Qué grande fue el Alighiere cuando supo contarnos que es en medio del camino de la vida cuando puede extraviarse la senda y no antes.

*"Nel mezzo d' el camin de nostra vita
Me ritrovai per una selva oscura,
Che la dirita via era smarita...."*

No creo haberme extraviado, en la derecha senda, cuando de los caminos que se me presentaron tomé el que me señaló mi corazón. El camino que llevaba a donde están los hermanos. Por ahí debía encaminarme. Todo me llevaba a eso y las penas mismas, y las mismas contradicciones sufridas, conlujéronme fatalmente.

A un tiempo mismo el conocimiento de las excelsas virtudes que existen en el fondo del alma del pueblo, obró sobre mí; pero talvez más que todo la influencia de la querida única que, en los más duros trances, supo acompa-

ñarme y compartir conmigo, maritalmente, los más grandes sufrimientos.

Un hecho basta, por sí solo, para hacer comprender hasta donde llega la abnegación de la mujer, cuando ella quiere: difícilísimas se pusieron las cosas en El Porvenir; una falla interrumpió el vónero y en la emergencia, la mina no producía. Con qué pagar a los trabajadores? Algunos se marcharon, otros, confiados, se quedaron conmigo—a sabiendas y trabajando al fiado. Con qué furor se trabajó; sobre el granito duro el taladro apenas si hacía algo, el martillo causaba la mano; los explosivos apenas si causaban efecto. Pero se avanzaba, se avanzaba entré el cerro, entre la mole del inmenso Gualcalá.

Llegó el día en que no había víveres; el día en que teníamos que abandonarlo todo, y desistir. Pero, élla, valerosa, tuvo una idea salvadora: el local en donde se depositara el maíz sobre la tierra, debía contener, en el suelo, algún grano y raspando la tierra lavóla ella como oro en la batea sacando el grano que nos alimentó; qué agujeros porquerías se encontraron allí: ratones muertos, apapos desecados, y sabe Dios cuántas cosas más.

Pero vino la subsistencia, los brazos se invigorizaron; se pasó la falla y una nueva época de prosperidad: golpearon otra vez los pisones, corrieron las arenas sobre las planchas y se le volvió a ver la cara al oro cual sol, que aparece iluminando al mundo, tras un eclipse.....

Un libro entero pudiera escribirse—querrá Dios que lo escriba algún día?—para contar la historia de un hombre que se vuelve ciego; principiando el capítulo por el momento aquel en que se nota, con terror, que los objetos no se ven distintamente; los intermedios, de cruel sufrimiento, en el avance de la enfermedad y finalmente el no ver. Cuanto se vió en otro tiempo, perdido; formas vagas no más: el esplendor de los colores, el claro azul del cielo, la faz riente de las mujeres bonitas, todo sombras; la cara amiga indiscernible y peor que todo el alejamiento;

todos dejan al ciego, el que ya no puede ver, qué les importa ?

Pasan las gentes a su lado, sin mirarlo: él no las ve. Y sólo los amigos—cuando algunos le quedan—se aproximan dándole sus nombres. Qué horror todo esto para quien en un tiempo fue fuerte, para quien en un tiempo tuvo la sugestión de la mirada, la más completa entre todas las sugestiónes !

Así me pasó a mí: cuál sería mi horror, aquella mañana en que parado en lo alto del rumbón por donde se botan los minerales al molino, en EL PORVENIR, noté, por primera vez, que no distinguía las hojas de los árboles; que una gaza se interponía entre mis ojos y las cosas. Poco a poco ya del leer tan dulce víme impedido; más tarde de escribir y luego de todos los trabajos materiales que, a mi espíritu, daban aliento y fuerza. Más adelante el inválido: oh cosa repugnante para mí ! llevado del brazo por la calle del pueblo, pues que en la montaña no pude vivir más.

Pero a medida que la vista fisiológica se pierde, la vista psíquica nos anima interiormente; mientras menos se ve hacia afuera más se mira hacia adentro. Pasada la primera vergüenza, pronto se dicta bien; no pudiendo hacer otra cosa se escribe; las impresiones se cuajan, los recuerdos se arriman desde el pasado—como niños cariñosos se apegan a nosotros. Tiéndennos las manos, los unos sonrientes, los otros llorosos y nuestra alma a todos los cobija con igual afecto.

Viejo ya el Secretario Florentino dióse a la vida de entre gañanes, bebedor con ellos de mal vino en las tabernas, para disipar sus penas. Leer las cartas del buen Nicolás Machiavelo da lástima. El ilustre hombre, gloria de su siglo, inmortal entre los inmortales vivió sus últimos días olvidado de todos—pobre y triste—bebiendo el vino de la desesperanza y alentando en su alma la gloriosa idea de la patria magnífica, de la Italia unida, de la nacionalidad. Sin compararme con el gran Secretario me veo como él, olvidado de todos, en este helado Túquerre.....

Los versos—que una vez me dedicara José Anunciación Silva—se me vienen como ob-eción a la mente: evoco ahora el cuadro de mi vieja vivienda, en los días de mi juventud tan bella: el microscopio cerca a mí y en el escritorio Silva con faz sonriente, pero irónica, mirándome, clavado sobre el objetivo y él escribiendo:

**" EL CONOCIDO SABIO, CORNELIUS VANCKENRIGEN
QUE DISFRUTÓ EN HAMBURGO DE UNA CLIENTELA ENORME
MURIÓ EN LEIPSIG, MANIÁTICO, DESPRESTIGIADO Y POBRE
DEBIDO A LOS ESTUDIOS DE SUS ÚLTIMOS AÑOS
SOBRE ESPERMATOZOIDES.**

**FRENTE DE UN MICROSCOPIO, QUE LE COSTÓ UN SENTIDO,
OBRA ESTUPENDA Y ÚNICA, DE UN ÓPTICO DE LONDRES
LA FRENTA EXCOGIDA, TEMBLANDO LAS MANOS, EL OJO FIJO, INMÓVIL:
" OH MIRA CUAL SE MUEVEN, SE CRUZAN Y SE AGITAN
LOS ESPERMATOZOIDES....."**

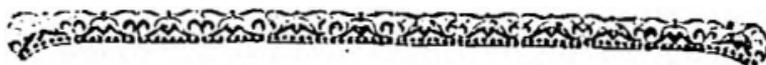
Aquí debo decir como los antiguos histriones " LA COMEDIA HA TERMINADO. APLAUDID ! " poniendo punto final a este libro que ya va haciéndose largo.

Pero no puedo dejar de incluir, en forma de epílogo, pero en otra publicación, algunas observaciones de interés y un capítulo de la vida en Quito; ahora en que curado de la vista he renacido a la luz y a las actividades.

A veces vuelven a sonreírme las cosas, a veces ¡ bendito sea Dios! me pregunto: EN DÓNDE ESTÁN LOS DÍAS OSCUROS ?

FIN





LA VIDA EN LOS ANDES COLOMBIANOS

INDICE



INTRODUCCION..... 3

Andes Orientales

CAPITULO I — Bogotá—Recuerdos lejanos—Escuela y colegios—La Universidad; grandes hombres de entonces—El Instituto de Agricultura—Los condotipales—La Escuela de Ingenieros—La insurrección de los castañoleros—Tipos—Amistad y amor—Pasión por los libros—(La Bruyère, La Rochefoucauld, Lord Chesterfield, Machiavelo)—La educación de la voluntad—Para qué sirve todo esto?..... 5

ELSA..... 20

CAPITULO II—La Sabana de Bogotá—Ubatú—Fúqueno—Chiququirá—Leiva—Ráquirá—La Candelaria—Infancia feliz—El retorno años después—Los frailes agustinos—La mansión señorial de Simijaca—Desecación de Fúqueno—Esmeraldas..... 37

CAPITULO III—Las carboneras—Ferrería de la Pradera—Las salinas de Zipaquirá y Nemocón—Hulla blanca..... 50

CAPITULO IV—Juventud; primavera de la vida— Los inseparables—Libros de caballería—Restrepo, Cuervo, Plata—Un Jueves Santo de la juventud dorada—Silva; él fue para mí una conciencia exterior.....	71
CAPITULO V—Per l' onor per la fé cho mi padre a servato—Aida—Oriente de Bogotá—Un idilio en La Unión—Los tesoros de las lagunas.....	83
CAPITULO VI—La industria cafetera—El Chorro—El barrio de San Cristóbal—Sic vos non vobis—Lila—Cuánto esfuerzo estéril.....	99
CAPITULO VII—El papel moneda—Fue Núñez lector asiduo del segundo Fausto ?—Guerra y agio—Desmoralización y desmembración—Tienen razón los separatistas ?—La ruina—Fin de la vida vieja—La vida es una sucesión de recomienzos.....	109

Andes Centrales

CAPITULO I—Cómo principié mi carrera profesional—La fiebre minera en el Tolima—Confusión de ideas—Randolph versus White—La ilusión del progreso—El Cisabrio—Carlos de la Torre—Dulce amistad—Visita-ción: un idilio en la montaña.....	119
CAPITULO II—Don Manuel Gómez—Los mineros antioqueños—Bulles en el Guayabal—Recuerdos cinegéticos—El Soldado—Las vaquerías—Mi cuñado Leiva—Natagaima—El cobre nativo—La fábula del Mohan—Los Parisots—Compañías inglesas—Una noche en Frijas.....	138
CAPITULO III—El camino de Santa Isabel—Solo en los nevados—Jesús Cuervo—Las azufreras—Manizales—Pereira—Cartago—Recuerdos de familia: mi abuelo José Francisco—Los Gambas.....	167
CAPITULO IV—La colección de minerales para la World's Fair de 1892—Viaje al través de Antioquia—Medellín—Remedios—La industria minera en Antioquia..	177
CAPITULO V—El Valle del Cauca—Cali y Popayán—Las carboneras—Potencialidad e incapacidad—El problema negro.....	189

Andes Occidentales

CAPITULO I—Un trato en mi Oficina—Buchell y de la Espriella—Paso al través de la opinión general—Frases de Reyes—Preparativos—Adiós a Bogotá.....	196
---	-----

CAPITULO II —De Bogotá al Atlántico—Cartagena—Harranquilla—Peripécia imprevista—Vuolta al interior.	203
CAPITULO III —De Honda a Pasto—Rubíes y zafíros—Primeras impresiones—Reoibimiento a Bucheli—Fundación de la Facultad de Matemáticas o Ingeniería—Luchas quo se presienten—Menos matemáticas y más ingeniería—Pasto requiere un factor de progreso....	214
CAPITULO IV —Guerrerristas y Buchelistas—El Clero—Los nobles—Marcha de la Facultad—Mis compañeros; su incapacidad para la labor—Cambio político—Un Gobernador troglodita—El fin de todo aquello...	229
CAPITULO V —Aspecto general de las poblaciones de Nariño—Esta gente no come—Conformidad e indiferencia—Estancamiento—La religiosidad y las costumbres—El santuario de Las Lajas— El Padre Collins...	239
CAPITULO VI —El camino de Barbacoas y la Carretera del Sur—El proyecto de Guapi—Barbacoas y Tumaco...	248
NOTAS DE VIAJE	250
CAPITULO VII —Fiestas y fiesteros—Derechos y camaricos—El diezmo y primicias—La agricultura no se expoude a causa del derecho oclésiástico—El diezmo en las minas—Indias y blancos—Los indios son menores de edad—Carácter del pueblo.....	260
CAPITULO VIII —Maleficios y enhierbamientos—Las brujas—Supersticiones populares—Leyendas varias.....	274
CAPITULO IX —En las minas—Confianza de los trabajadores—Los gringos en la Concordia.....	283
CAPITULO X —Túquerres—EL PORVENIR—Muerte de LILR—Desolación y orfandad—Luchando contra una gotattura—Qué quiere Dios de mí?.....	291

